

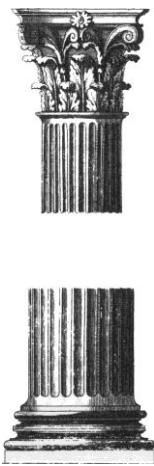
Noveno Libro

Retazos del Apocalipsis



J.A
Fortea

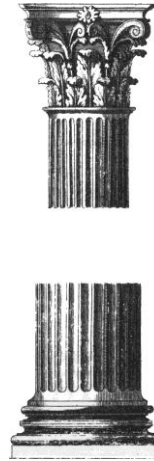
Editorial Dos Latidos
Benasque, España
Versión en pdf, año 2012
Copyright José Antonio Fortea Cucurull
www.fortea.ws
versión 5



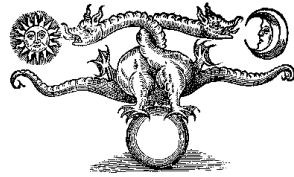
EL IX LIBRO



Chronica et annales de
Antichristi tempore
scripta ad maiorem
Dei gloriam



índice



La debilidad de la dura Ley
La Reina de Inglaterra
La trampilla y el plano de los arquitectos
Que caiga fuego del cielo
Gates y los astrólogos
La huida de la Familia Imperial
Ciudadano Abel Mann
Las cloacas romanas
Ciudadano exánime flotante
Guardia Palatina
Hortus perfectus
Sobre la alfombra de hojas iluminadas por la luna
Cielo Veneciano
Fromheim Imperator
Me despierto en medio de la noche
Ursila y sus nietos
La Abominación de la Desolación
Vinicianus Imperator
Ichabod
El búnker
Departamento D-8
Halophagus heterocephalus
Sermón tokiota
Neumophagus endocephalus
La propuesta 37



La debilidad de la dura Ley



Año 2212

Siendo emperador Hurst
de la dinastía Schwart-Menstein

Los zapatos brillantes, impecables, resonaban por el estrecho pasillo poco iluminado y mal pintado. El hombre tímido, pero decidido, vestido con una americana oscura, pantalón negro y corbata discreta, avanzaba con paso firme. La faz redondeada de ese hombre era la de alguien nacido para hacer oposiciones. Su pequeño flequillo caía en punta sobre su tenaz frente que no era la de un héroe, pero sí era la frente de alguien muy perseverante. Ese varón de la americana iba seguido de diez agentes de la policía judicial, revestidos casi todos con sus corazas y varios con ametralladoras en las manos. El pretoriano que azorado guiaba al primero por el pasillo iba, por los nervios, a paso más que ligero. Por fin, después de muchos pasillos, le hizo un gesto al juez señalando a la gruesa mujer de color sentada detrás de las barras de una celda. El señor del flequillo se acercó, la observó seriamente y, desde el otro lado de las barras del calabozo, mirándola fijamente, le preguntó el juez:

-¿Es usted Carlote Roche?

A partir de ese momento el cúmulo de acontecimientos que iba a sobrevenir fue tal, que ninguno de sus protagonistas pudo nunca haberlo imaginado. En los cinco minutos siguientes a hacerle esa pregunta, no menos de veinte teléfonos estaban sonando como locos entre el Palacio Imperial, los ministerios y los consejeros del Cónsul Máximo. Unos consejeros se vestían rápidamente, cerraban sus maletines y se ponían en marcha en

dirección al lugar donde se encontraba el juez. Otros seguían haciendo llamadas y preparando una reunión de urgencia. En el mismo Palacio Imperial, el general al mando de la Guardia Pretoriana, literalmente, corría por otro pasillo hacia la sección de calabozos. La maquinaria de causas y consecuencias acababa de ponerse en marcha.



Dos horas antes de esa escena

Suena el timbre del piso de la madre de Carlote Roche, dentro se celebra un cumpleaños.

-¿Quién es? –fue la pregunta inútil de la madre. Pues al momento, por la pantalla, ya se percató de que se trataba de hombres uniformados.

Tratar de escapar era inútil. Ochenta militares habían rodeado el edificio, vigilado los ascensores y escaleras, y estaban, incluso, en el mismo rellano del piso desde antes de llamar a la puerta. También hubiera sido inútil contestar que no estaba allí, sabían que estaban ella y su marido. Toda excusa o táctica de evasión resultaba inútil, era mejor entregarse con dignidad. Unos instantes después los soldados entraban dentro del recibidor de la casa.

-Traemos órdenes de detener a Carlote Roche.

Carlote, una mujer de unos cuarenta años, apareció en el recibidor con la tristeza reflejada en su rostro. No se percibía ira en ella, ni rabia, sólo una profunda tristeza. Sabía bien que era una de las columnistas que más se había destacado en sus críticas contra el Emperador. No dudaba de que, antes o después, sus críticas mordaces le pasarían factura, aunque sus columnas se editaran en

un medio de tercera categoría. Pero lo que nunca se pudo imaginar era que el Emperador, airado esa mañana, había ordenado:

-Quiero que vayan a detenerla hombres de mi Guardia Pretoriana. Es mi deseo que quede perfectamente claro que soy yo el que detiene a esa imbécil. Que le quede claro que no necesito valerme de ningún intermediario. A veces, hay que dejar claro quién es el que manda aquí. O lo haces de vez en cuando, o si no los tontos se olvidan.

Los pretorianos que habían ido a recogerla, no iban vestidos con el uniforme de gala, ni con el que usaban en Palacio, sino con el de campaña. Un uniforme muy discreto que sólo se distinguía de cualquier otro por unos pocos galones y discretos distintivos.

El marido de Carlote, desde otra habitación de la casa, estaba llamando a la Policía Metropolitana.

-Así que dice que unos locos vestidos de militares han irrumpido en su piso –repetió la mujer policía en uno de los centenares de puestos de la centralita. ¿Está seguro de que no son militares de verdad?

-Completamente –mintió-. Se nota que es gente disfrazada y se quieren llevar a mi mujer. Ayúdenos.

-Muy bien, no se preocupe. Vamos para allá inmediatamente.

El marido le dijo a su esposa, al oído, que se demorara todo lo posible en abandonar el piso. En el tiempo en que la detenida se despidió de sus familiares, uno por uno, fue a por su bolso, e hizo un amago, falso, de desmayo, transcurrieron seis minutos. En ese tiempo, llegaron cuatro agentes de la Policía Metropolitana.

-Vamos a ver, qué está pasando aquí – la voz recia y segura del agente plantándose frente a los soldados, inspiró confianza a la detenida y sus familiares.

Los pretorianos le dijeron que tenían orden de detener a esa mujer. El policía al mando escuchó las explicaciones, sin perder ojo a los supuestos militares. Sólo estuvo seguro de que eran realmente soldados, cuando comprobó sus documentos y vio que sus armas eran verdaderas armas. Pero no acababa de ver claro que unos soldados pudieran realizar tal acción e insistió en que no les podía dejar marchar con la detenida.

-Mire –resolvió finalmente el policía-, voy a llamar, ahora mismo, al Departamento y a ver qué me dicen.

-Nosotros cumplimos órdenes y no vamos a esperar.

-Pues lo siento, pero van a tener que esperar.

El policía, sin esperar respuesta, desde su comunicador situado sobre su hombro se puso en contacto con el Departamento Central de la Policía Metropolitana. Les atendió un superior que, a su vez, les pasó con otro superior de más rango. Después de varias consultas entre los jefes, tampoco vieron claro el asunto y le ordenaron al policía que aguardase mientras consultaban con el departamento jurídico. Dos minutos después, un abogado hablaba con el capitán, y el capitán le comunicaba lo siguiente al policía al mando:

-Verás, nos han dicho que la Guardia Pretoriana está considerada como uno de los servicios de seguridad del Estado. Eso significa que pueden detener a alguien. Pero según el Departamento Jurídico sólo lo pueden hacer de forma ordinaria en los límites territoriales de su jurisdicción, y de forma extraordinaria en caso de flagrante delito. Y por lo que me dices, ellos han llamado y han entrado allí... Esto es muy irregular. Mira, diles que no.

Dos minutos después, el policía volvía a hablar con el Servicio Jurídico que no había cortado la comunicación.

-Mire, se niegan. Insisten en que cumplen órdenes –y poniéndose la mano delante de la boca y hablando bajo-: Son más que nosotros y están armados hasta los dientes.

-Está bien. Tómales todos los datos a los seis pretorianos que están allí en el piso. Ya sabes, compañía a la que pertenecen, oficial del que dependen y todo eso. Y que se la lleven.

Mientras tanto, el abogado consultado, en su despacho del Edificio Central del Departamento de Policía, se levantaba de su mesa y comenzaba a pasear nervioso por su silencioso despacho enmoquetado. Finalmente, se sentó con energía, miró en una guía el distrito judicial al que pertenecía aquel piso, y llamó a un número de teléfono:

-Señorita, sí, quiero hablar ahora mismo con el juez que esté de guardia.

En ese mismo momento, el Emperador estaba feliz sobre un caballo, jugando una partida de polo, vestido de blanco. No sabía él hasta qué punto su vida se iba complicar en el mismo instante en que aquel abogado, lleno de dudas, marcaba el teléfono del juzgado.



Estar en la cúspide de la pirámide jerárquica,
te da la sensación de impunidad.
Miras hacia arriba y no hay nadie.

57 minutos después de la detención

Una mujer joven, aburrida, sentada en su mesa, se encargaba de la vigilancia de la entrada Este-4 al Palacio Imperial. Se trataba de una entrada discreta, situada en un gran muro de mármol blanco, a cien metros de la gran escalinata de la Puerta Unrein.

La mujer aburrida vio como un señor desconocido, el juez Fabien Landreau, seguido de la Policía Judicial, se plantaba delante de ella y, mostrándole sus credenciales, le decía que era juez y que quería que llamara a algún oficial de la Guardia Pretoriana. Al poco, apareció allí un suboficial de guardia en ese sector.

-Sí, en qué puedo ayudarle –dijo el joven militar amable y sorprendido.

-Soy el juez Landreau, pertenezco al Juzgado 328. Aquí tienes mis documentos acreditativos. Vengo a hacer un registro. ¿Sabes donde están los calabozos de este edificio?

-Pues... sí, señor.

-Llévame a ellos.

-No sé si estoy autorizado –repuso dudando.

-No te lo estoy pidiendo, soy un juez. O me llevas ahora mismo, o te detengo por obstrucción a la Justicia.

El suboficial tragó saliva. Los diez agentes de la Policía Judicial que estaban detrás del juez, daban la impresión de que aquel hombre estaba hablando en serio.

-Sígame –mientras tanto le dijo a la mujer sentada en su mesa, vigilando la puerta, que llamara al coronel Zavettieri y le comunicara lo que estaba pasando.

El suboficial, preguntándose mil veces si estaba haciendo lo correcto, le guió hasta la zona de calabozos. De camino hacia la zona de celdas, apareció a la espalda del grupo el coronel Zavettieri ordenando al grupo que se detuviera y exigiendo explicaciones. El juez no se detuvo, el secretario judicial se retrasó y fue él que le dio las explicaciones. El coronel gritó que no podían hacer eso. Enfadado, nervioso, pensó qué hacer. Quiso seguir al grupo, pero tras unos pasos sacó un teléfono y marcó un número: ¡Coronel Zavettieri, póngame, urgentemente, con el general!

Mientras, el grupo había llegado ya a la entrada al sector de calabozos. El soldado sentado en la mesa de entrada a esa zona, se levantó de su asiento como diciendo: ¿¿qué está pasando aquí?? El suboficial le explicó. El juez, con autoridad y aplomo, le preguntó:

-¿Ha entrado alguien detenido en este sector hoy?

-Pues sí.

-Guíeme hasta su calabozo.

-Pero es que... -el soldado tampoco lo tenía claro. ¿Debía obedecer?

-Esto es un registro judicial y te estoy ordenando que me guíes hasta ese calabozo. No te lo estoy pidiendo.

-Pero...

-Hay dos posibilidades: o me guías hasta ese calabozo o vas ahora mismo a la cárcel del juzgado.

-Pero es que las disposiciones de mi capitán...

-Yo no soy ni tu capitán, ni tu comandante. Soy un juez. No te lo volveré a repetir, o me guías o estos guardias de aquí se te llevan detenido.

Malhumorado, el soldado se levantó, cogió de malas maneras las llaves y se puso a andar.

Y así, poco después, llegaron a la celda. El juez la miró a los ojos y, casi con

severidad, le hizo la que iba a ser la pregunta más famosa de la Historia del Derecho en todo ese siglo: ¿Es usted Carlote Roche?

El juez escuchó la respuesta sin manifestar emoción alguna. Después, muy serio, se compuso su flequillo y le hizo, por puro formalismo, una batería de diez preguntas. Tales como: ¿le han informado bajo qué cargos se le ha detenido? Tras esas preguntas, el magistrado le comunicó:

-Está usted libre. Puede salir cuando quiera.

En esa tesitura, el juez se mostraba apenas intranquilo, pero se daba perfectamente cuenta del embrollo en el que se estaba metiendo. Era plenamente consciente de que su carrera, desde entonces, daba un giro de 180°. Fue cuando acabó su batería de preguntas, cuando llegó corriendo el general al mando de toda la Guardia Pretoriana, seguido de cuatro oficiales más.

-¿Qué está haciendo usted aquí? –gritó agresivo el general. Y mirando a los dos soldados que allí estaban-. ¿Quién ha sido el mentecato que ha dejado entrar a este hombre en Palacio?

El juez, sin alterarse, levantó sus ojos castaños de la libreta donde estaba haciendo anotaciones.

-¿Sabe que soy juez?

-¿Usted sabe dónde está?

El juez no se molestó en responder. Se limitó, imperturbable, a preguntar:

-¿Quién es usted?

-¡Soy el general al mando de la Guardia Pretoriana! Y...

El juez le interrumpió:

-¿Conocía que había una persona civil retenida en estos calabozos?

El general furioso le atravesó con la mirada, hubiera deseado echarle las manos al

cuello. Pero se contuvo. Se dio cuenta de que no debía contestar.

-Muy bien –dijo el juez a uno de los secretarios de su juzgado-, Pierre, confisca, ahora mismo, las grabaciones de las cámaras de seguridad de estos pasillos.

-¡Soldado!, no se le ocurra entregarle esas cintas, ¡es una orden! –gritó el general fuera de sí.

El juez sonrió. Sabía muy bien que ese militar no tenía nada que hacer.

-General, o revoca esa orden y le dice que le entreguen esas cintas a mi secretario, o esta conversación la vamos a continuar en mi juzgado. Usted decide.

El general se puso rojo de furia. Apretó los puños. Después, tras una lucha interior, de forma casi inaudible ordenó: dale esas condenadas cintas.

-Muy bien –prosiguió el juez-, ahora voy a interrogar a los oficiales al mando del sector de calabozos. Así como a los soldados que procedieron a la detención de Carlote Roche. Quiero hablar con todos, uno a uno. Aparecerán en las cintas de las cámaras de seguridad, así que no quiero que falte ninguno.

Un brigada sudoroso apareció por detrás del juez. Se cuadró ante el general y le comunicó en voz baja, acercándose al oído de su superior:

-Señor, he consultado con los que me dijo -tres abogados del Estado-, mi general. Vienen ahora mismo hacia aquí. Pero me han dicho que sí, que él tiene derecho a hacer este registro y que, por tanto, no le podemos echar fuera del edificio. Pero que no se preocupe, que ellos vienen hacia aquí y que serán ellos los que hablen con él y manejen la situación en cuanto lleguen.

El magistrado Landreau, de lejos, había oído más o menos de qué trataba la conversación, así que dijo:

-Prosigamos –dijo el juez-, ¿quién es el oficial encargado de los calabozos?

Un comandante dio un paso al frente y contestó con energía:

-Yo soy.

-¿Sabía usted que se había detenido a un civil?

-Sí.

-¿Era conocedor de que se había procedido a su detención fuera de este edificio?

-Sí.

-¿Y usted se limitó a dejar constancia de su detención sin permitirle hablar con un abogado, sin procurarle ningún otro de sus derechos legales?

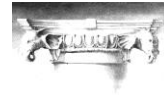
-Obedecía órdenes –respondió con desprecio.

-De acuerdo –dijo el juez-, desde este momento queda usted detenido, proseguiremos esta conversación pero no aquí, sino en los juzgados. Le comunico que está acusado de retener ilegalmente a una persona civil en una prisión militar. Agente, puede llevárselo ya.

-¡Esto es insultante! –gritó el general-. No sabe el lío en el que se está metiendo. Se va arrepentir toda su vida.

-Respecto a usted, general, habrá que averiguar si estaba al corriente de que este ciudadano estaba retenido en sus calabozos – el juez le hablaba sin dejar de tomar notas en su libreta-. Si es así, le puedo asegurar, que usted, y no la señora Roche, va a ser el que va a dormir hoy en el catre de una comisaría. Pero no es ahora cuando le voy a interrogar. Le dejo para el final cuando tenga todos los datos.

El juez todavía se quedó dos horas más por allí, interrogando, tomando notas y pidiendo algunas grabaciones más de cámaras de seguridad. Los tres abogados del Estado llegaron, hablaron con él, y le acompañaron, solícitos y preocupados, en todas sus pesquisas.



Quizá el auténtico cetro de nuestro tiempo es el teléfono.

Tener el poder de marcar un número y decir: hágase esto.

Con el cetro del Poder se puede mucho, pero no puedes coger el cetro y, delante de todos, en el salón del trono, aporrear a alguien hasta matarlo.

Al final de aquella tarde, a las 8.45 pm, el Cónsul Máximo Hurst estaba reunido con el Ministro de Justicia. El Emperador tenía a un comandante de su Guardia Pretoriana y a tres soldados detenidos. ¿Cómo era posible que un juez civil y no militar estuviera allí haciendo preguntas? El Ministro le explicó que el Código Civil expresamente mencionaba que en caso de detención ilegal de un civil por parte de militares, un juez no militar poseía jurisdicción para realizar diligencias previas. Después le explicó infinidad de tecnicismos que estaban en la ley: si se estaba en zona de guerra, si la detención se practicaba fuera de un cuartel, etc, etc.

-¡Pero la Familia Imperial está aforada! ¡Sólo podemos ser juzgados por el Senado o el tribunal que éste constituya!

-La Familia Imperial sí, pero los soldados de la Guardia Pretoriana, no están incluidos en esa ley.

-Pero son militares, luego sólo un juez militar puede juzgarles.

-Sí, pero un juez civil puede hacer todas las diligencias previas. Puede investigar.

-¿Y hacer un registro?

-Si el Palacio fuera un cuartel, tendría que haber solicitado el registro a la justicia militar. Pero el Palacio no es un cuartel. Hay un cuartel dentro del Palacio, pero todo el edificio no es un cuartel. Y el sector de prisiones, curiosamente, está fuera del cuartel. El ala oeste y toda la zona de aquí –señaló un plano-, no es zona cuartelaria.

-¿Y puede detener a ese oficial y esos tres soldados?

-Sí, serán juzgados por un tribunal militar. Pero la detención puede practicarla él.

-Vale, vale, ¿y ahora que puedo hacer?

-le cortó finalmente el Emperador.

-Ahora la maquinaria legal seguirá su curso. No hay forma humana de detener el proceso.

Después de media hora de preguntas y explicaciones, llegó el director del Servicio de Inteligencia. El Emperador despidió al Ministro diciéndole:

-Me ha quedado todo claro. Perfecto. No obstante, voy a demostrarte a ti y a todos que, cuando yo quiero, puedo detener cualquier proceso. Ya lo vas a ver. Ese hombrecillo me ha amenazado, pero yo no necesito amenazar.

El Ministro de Justicia salió, intrigado, sin hacer preguntas y sin querer hacerlas. Salió con una cierta alegría de no tener que quedarse a escuchar la siguiente conversación que iba a tener lugar. Puesto que sabía que Drenan, el Director del Servicio de Inteligencia, había sido llamado para ocuparse también de este asunto.

-Muy bien, mi buen amigo Drenan –le dijo el Emperador-, ya hemos escuchado a este jurisconsulto. Hoy ya llevo oídos a media docena. Les pagamos para que hagan su

trabajo. Pero adonde ellos no llegan, llegamos nosotros. Donde no alcanza el largo brazo de la Ley, alcanza el brazo del Poder.

-Ellos tienen la Ley, nosotros tenemos el Poder. La Ley sólo se puede hacer cumplir con el Poder. Sin el Poder, los textos legales son meros papeles, eso sí, bellísimos e intimidatorios.

-Drenan, sólo el escucharte me tranquiliza. Vamos a estudiar las posibilidades que me traes.

Al cabo de un rato, el Emperador concluyó:

-Estoy de acuerdo, lo mejor es destruir el edificio entero de los juzgados. La sala 328, al fin y al cabo, está en una construcción pequeña y vieja. El que sólo haya una sala de lo penal en ese edificio, nos lo facilita todo increíblemente. Decidido. No dejéis piedra sobre piedra.

-Bastarán tres misiles A-4 del tipo Hawk para que no se salve ni un solo archivo. A eso, desde luego, me comprometo. No quedará ni un sólo ordenador, ni un sólo papel. Son misiles pequeños y precisos, crean una esfera sólo de veinte metros de diámetro a una temperatura de 1.300°. Son misiles de ultimísima generación, precisión absoluta. Todas las pruebas, todas las cintas, todos los informes, están archivados y custodiados en ese juzgado. Si se destruye todo, deja de haber pruebas.

-Perfecto. ¿Para qué necesitamos la Ley, teniendo misiles?



Con el poder supremo,
puedes perpetrar las mayores perfidias,
pero es obligatorio guardar las formas.

Al día siguiente

-Es una verdadera pena –dijo un hombre atlético de unos cuarenta años con gafas de sol.

-Es que no ha quedado nada –añadió el teniente de policía-. Ayer aquí había un juzgado y ya ve ahora... un montón de escombros humeantes.

-¿Cuántos cadáveres?

-Ocho, de momento.

-¿Incluido el juez?

-Incluido el juez. Su cabeza apareció a veinte metros de la pierna más cercana.

-Una pena sí.

-¿Quién habrá podido ser? Este atentado... tan salvaje.

-Quién sabe. Hay tanto loco por el mundo.

-¿Y ustedes los del Servicio de Inteligencia se van a encargar de la investigación?

El hombre de las gafas asintió retocándose el nudo de la corbata.

El ruido de una aeronave que aterrizaba no les permitió continuar la conversación. Los motores callaron. Una pesada puerta metálica se abrió. Del vehículo descendió una mujer alta que nada más bajar el último peldaño se detuvo y miró el panorama con ojos de una increíble severidad. Después, anduvo directa hacia el teniente, pues resultaba evidente por el uniforme que se trataba del policía de más graduación. La mujer, sin darle la mano, le preguntó:

-¿Es usted el policía al mando aquí?

-Sí.

-Juez Montorfano, vengo a investigar el atentado.

El policía miró al hombre gordo que tenía a su lado, el del Servicio de Inteligencia. El cual, de inmediato, añadió:

-Naihm Shuari, soy del Servicio de Inteligencia, me envía el general Aranaz. Un equipo nuestro va a venir esta mañana a investigar lo sucedido.

-No –dijo la juez-. Cuando fallece de muerte no natural el juez que lleva un distrito, su muerte es investigada por el Consejo Superior del Poder Judicial. El Consejo me ha nombrado hoy para que me encargue de todas las diligencias.

-Por supuesto –dijo Naihm-, por supuesto. Pero el que nosotros desplazáramos aquí a uno de nuestros mejores equipos de investigación, era sólo por colaborar. De ningún modo queremos suplantar su autoridad. Nos lo pidió además el Ministro del Interior.

-Agradezcaselo, pero será los investigadores nuestros los que se van a encargar de todo.

Sin dar más explicaciones, la juez se dirigió al montón de escombros. Naihm Shuari observó con preocupación que de la aeronave en la que había venido la juez, bajaban ocho hombres que, sin perder tiempo, se enfundaban en monos blancos. La juez había traído su propio equipo. Naihm, sin aparentar contrariedad alguna, buscó una excusa cortés para dejar al teniente con el que había estado conversando, y se dirigió a su vehículo para hacer una llamada. Pero ya era inevitable, aunque llegase otro equipo de investigadores, el equipo de la juez se iba a pasar toda la mañana revolviendo entre los escombros.



Naihm Shuari se acercó dos horas después a la juez tratando de entablar conversación. La juez, sin distraerse del fragmento metálico que estaba examinando, no rehusó charlar cinco minutos con él:

-Pertenezco a la sala 3 del Consejo General del Poder Judicial –la magistrado hablaba con dureza, como enfadada, debía ser su carácter-. Esa sala es la encargada de investigar todo asesinato de un juez.

-Pienso que todo esto ha sido un atentado probablemente del FMR, o de algún grupo extremista afín. El juez ha muerto porque daba la casualidad de que estaba allí. Pienso que sólo querían destruir un juzgado, el que fuera.

-Lo único que importa es que no ha fallecido de muerte natural. Eso basta para que la sala 3 se encargue de investigar que ha sucedido.

-Le veo revolver cada montón, examina cada trozo de hierro retorcido, ¿siempre se toma tanto interés por sus casos?

La juez levantó los ojos y miró directamente a Naihm. Después añadió con extrema dureza con unas palabras que parecieron arañar a Naihm:

-Landreau, era mi amigo.



A veces, las cosas se lían más, cuando ya parecía que no podían liarse más. A veces, los planes salen justamente al revés.

En ocasiones, los más poderosos no pueden entender por qué todo está saliendo justamente al revés de lo planeado.

En ocasiones, los hechos siguen un curso tal que parecen la venganza de los débiles frente a los fuertes.

Seis horas después

La juez Montorfano se hallaba haciendo una investigación en un cuartel de las fuerzas aéreas situado a las afueras de Roma. Ocho oficiales le acompañaban, amables, rodeándola de sonrisas nerviosas, proporcionándole los datos que pedía con el deseo de no meterse en problemas. Le acompañaba un juez militar, conocido suyo, que era el que le había concedido el permiso para la inspección sin poner ningún problema.

Durante la próxima hora, la juez se empleó a fondo. Preguntando de oficial en oficial, y moviéndose de un piso a otro del edificio de la base militar, llegó por fin a la mesa adecuada con la soldado adecuada. Sabía desde horas antes, por los fragmentos hallados en las ruinas del juzgado, que los misiles empleados eran de última generación: los A4 del tipo Hawk. Y sabía que ese tipo de misiles sólo se encontraban en esa base y no en otra. Así que, ni corta ni perezosa, se presentó en las oficinas de ese cuartel y miró ella misma el registro de almacenaje de misiles A4, con sus anotaciones de entradas y salidas de material.

-Pues, efectivamente, ayer por la noche tenemos anotada una salida de tres misiles de este tipo –le dijo sin ninguna

emoción una soldado encargada de llevar ese registro. La soldado, como los militares que acompañaban a la juez, no tenía ni idea de qué estaba investigando esa magistrado.

-¿Y quién se llevó esos misiles y para qué?

-Aquí pone que se entregaron al Servicio de Inteligencia. En la casilla de *destino* aparece la anotación b8. Eso significa: fines propios del Servicio del Servicio de Inteligencia.

-La anotación b8 es corriente.

-Es inusual. Porque el destino de los misiles se suele especificar. Se dice si van a ser usados en Afganistán o en Nigeria o en otro lado. Sólo un par de veces al año, se nos dice simplemente que entran en los fines que llaman b8.

-¿Algún dato más?

-La hora de salida y que las autorización de entregarlos fueron expedidas por el general Nobrega a petición del Servicio de Inteligencia. No constan más especificaciones.

-Más que suficiente –dijo la juez. Una sonrisa de triunfo apareció en su serio rostro-. Hágame, ahora mismo, una copia oficial de los datos que constan aquí.



El general Nobrega hablando por teléfono a las dos de la tarde del día siguiente con un pez gordo del Servicio de Inteligencia:

-Oye, me están haciendo preguntas muy raras. (...) No son manías más. (...) Que no. (...) No estoy viendo fantasmas por todas partes. (...) Bueno, allá tú. Pero sería bueno que se lo comentaras a alguien de más arriba. (...) Muy bien, señor sabelotodo, te haré caso y trataré de pensar en otra cosa. (...) Sí, trataré de distraerme.



Esa noche, ese pez gordo del Servicio de Inteligencia hablando con un compañero suyo:

-¿Dígame? (...) Oye, ¿estás loco? Ya estaba en la cama y dormido. (...) Perdona, no te he entendido bien, (...) No estoy sordo, lo que estoy es medio dormido. (...) ¡Que quieren detener al general Nobrega por participación en un complot! (...) ¿Cuándo? (...) Que sí. (...) ¡El Consejo General del Poder Judicial va a pedir al Tribunal Supremo su detención inmediata! (...) ¿Y están investigando a tres o cuatro cargos del Servicio de Inteligencia? (...) Esto se nos ha ido de las manos. Me entiendes. Esto se nos ha ido ya de las manos.



Puedes hacer que alguien se trague un sapo, pero debes trocearlo, cubrirlo y condimentarlo.

Ni con todo el poder del mundo, puedes lograr que nadie se trague un sapo entero y verdadero.

Al día siguiente.

El Cónsul Máximo, sentado en un sillón de su sala de estar en Palacio, acariciaba la cabeza y el lomo de su dálmata, tumbado a sus pies, sobre una gruesa alfombra persa. Detrás de él un grandioso lienzo del XVII poblado de colores vivos y figuras de gesto apasionado. Tres consejeros con muchos papeles se acababan de sentar en otros sofás.

-Bueno –comenzó un consejero-, vamos a ver por donde empiezo a darle las malas noticias. Ha habido novedades. A las

4.30 de esta tarde, se ha reunido el Tribunal Supremo de la República para discutir el caso Ladreau llevado por la juez Monfortano.

-Perdona que te interrumpa –dijo el Emperador-. ¿Por qué un caso así ha llegado directamente al Tribunal Supremo?

-Pues porque los magistrados del Tribunal Supremo, después de una reunión de tres horas, han decidido imputarle a usted bajo los cargos de detención ilegal y asesinato.

El Cónsul Máximo dejó de acariciar al perro y se quedó con la boca abierta unos segundos.

-Creo que no te he entendido bien. ¿Puedes repetírmelo?

-Mañana por la mañana, a primera hora, en cuanto abran las oficinas, se presentará al Senado un requerimiento de levantamiento del estatus de aforado del que goza usted.

-Sencillamente, no me lo puedo creer –comentó el Emperador.

-El Servicio de Inteligencia –comentó otro consejero- grabó hace dos días una conversación telefónica en la que el Presidente del Tribunal Supremo llamó a la juez que ha llevado las diligencias previas. La conversación fue ésta: ¿Eres concedora del enredo en el que te estás metiendo? Bien, únicamente quería preguntártelo. Te vamos a apoyar, pero queremos que seas consciente del follón en el que te metes. Pero pase lo que pase, si sigues adelante, nosotros vamos a estar contigo.

-Increíble. Se han vuelto todos locos – exclamó el Cónsul llevándose las sienes e inclinando su cabeza-. ¿Por qué... por qué hacen esto?

Contestó muy serio uno de sus consejeros:

-¿Quizá sea porque a los jueces no les gusta que maten a los jueces.

Los consejeros se callaron. Hurst percibió con toda claridad la dureza del gesto de aquellos consejeros. Harían su trabajo, que era el de intentar salvarle. Pero percibía que ellos deseaban que el peso de la Ley le cayera encima y le aplastara.

Hurst sintió desprecio por ellos, como ellos lo sentían por él, aunque no se lo dijese. Pero sabía que a pesar de lo que cada uno pensara, eran los mejores en su campo y que eran pagados para luchar de su lado.

Otros Cónsules habían perpetrado crímenes mucho más infames. Pero todo se había hecho de manera que los jueces no habían sabido por dónde empezar a investigar. Un hombre desaparecía y eso era todo. Pero él, en un alarde de fanfarronería había enviado a pretorianos, a plena luz del día. Y después, había tomado, en un momento de ofuscación, la decisión de arrasar todo un juzgado. Sí, eran acciones que obligaban a la maquinaria judicial a ponerse en marcha.

-Bien, chicos, ¿qué podemos hacer? – preguntó resoplando el Emperador y tratando de mostrarse optimista de nuevo.

-Lo primero que los tres le aconsejamos, a partir de ahora, es no emprender ningún tipo de acción sin consultarnos. Drener puede saber mucho del mundo de los servicios de inteligencia, pero no es un perito en el campo judicial. Esto ya sólo se puede resolver dentro de la Ley y desde la Ley. El uso cualquier otro medio sólo logrará agravar la situación.

-No, desde luego –bromeó el Cónsul-, si decidiera encarcelar a los miembros del Tribunal Supremo, al día siguiente tendría a diez legiones dirigiéndose hacia aquí para sacarme de este sillón –nadie le rió la broma. Hurst se sintió muy incómodo-. No os preocupéis. Era una broma.

-Hay que reconocer que hemos tenido la mala suerte de que el piso de Carlote

cayera justo en la jurisdicción de un juez que era bien conocido por su rigor en la salvaguarda de la legalidad. Y que, encima, no perdiera ni un segundo en comenzar a investigarlo todo. No nos dio tiempo a reaccionar. A esto se ha añadido la mala suerte de que la juez Monfortano se haya tomado todo esto como un asunto personal. Ladreau era amigo suyo. No muy amigo, pero sí que se veían una vez cada mes o cada dos meses.

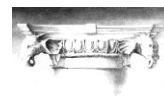
-Aunque una vez que saltó por lo aires el juzgado, ya no era necesaria la mala suerte, los jueces son capaces de tragarse muchos sapos, pero éste era muy grande –añadió otro consejero-. Hoy el presidente del Consejo del Poder Judicial, el duque de Berry, en directo en una entrevista al programa *Europa Hoy* del Canal 3, ha dicho: *Esto ha sido un ejercicio de desfachatez que nos devuelve a la era de las cavernas y al mazo sobre el hombro. Mientras ocupe mi puesto voy a usar todos los generosos medios de los que nos provee el Estado para encontrar al culpable.*

-¿Todo este asunto de la explosión en el juzgado –preguntó el Emperador-, ha salido mucho en los medios de comunicación?

-Pues lo hemos controlado bastante bien. Llamamos a los dueños de los tres principales grupos de medios de comunicación, y les explicamos que era un asunto que afectaba a la estabilidad del sistema. Que el tema se investigaría y se castigaría, pero tratando de que los trapos sucios se lavaran en casa. Es cierto que algo sí que ha salido, pero hemos logrado que se acallara el tema todo lo que se ha podido. Hemos tenido que sacar del frigorífico cuatro noticias de verdadero calado para eclipsar ésta. Menos mal que ya las teníamos preparadas.

-Vamos ahora –añadió otro consejero- a darle un curso de leyes compendiado y

acelerado. Pero déjenos a nosotros las decisiones, al fin y al cabo, somos los especialistas.



El Cónsul Máximo paseaba nervioso a lo largo de una gran columnata que daba a los jardines interiores de Palacio. Había cenado ya, pero su espíritu seguía intranquilo. Una y otra vez seguía culpando a la sociedad por su fariseísmo. Podía hacer desaparecer a alguien, pero no podía saltarse la Ley a la hora de detener a una indeseable como aquella periodista. Y después los jueces... Podía masacrar a decenas de millares de personas en el extranjero, en cualquiera de las guerras que tenía en curso, pero en casa no se le podía ocurrir acabar con un juez loco. Sí, la sociedad era falsa. Si el Senado permite que se me investigue, habrá un juicio y eso sí que ya no habrá manera de pararlo. Si hay un juicio, va a salir mucha porquería. Entonces sí que no habrá nadie en toda la República que pueda detener el veredicto, ni yo, ni nadie.

-Señor –le interrumpió un criado, perdone, ya está aquí la visita.

-Ah bien. Le recibiré en el Salón de la Victoria.

El Emperador saludó efusivamente a su anciano conocido y profesor, el decano de la Facultad de Derecho de París. Después de unos cuantos parabienes entre ambos, el decano le dijo con pillería:

-Ya tengo la solución.

-Pasemos a la Biblioteca, allí me lo explicas.



Dos meses después.

El Emperador Hurst, durante una cena, reía y bromeaba con sus amigos. Al comensal de su derecha, su mejor amigo, le confió cómo se libró de la votación que le hubiera podido llevar a perder su estatus de aforado.

La triquiñuela jurídica se la encontró el viejo Decano de Derecho. Esa escapatoria se encontraba en un pequeño punto del reglamento del Senado. El reglamento dice que *para imputar a un Cónsul Máximo o a alguien de su familia en dos grados parentesco, ascendiente, descendente o lateral, el Tribunal Supremo debe presentar su solicitud en la Secretaría del Senado. Y que ésta la trasladará al Presidente del Senado para que en el día y la hora que crea adecuada, el Presidente del Senado la presente a discusión y votación. Realizada la votación, el Presidente del Senado comunicará el resultado al Presidente del Tribunal Supremo de la República.*

El reglamento decía claramente que el Presidente será el que fije el día y la hora en que la votación haya de producirse. Así que el Emperador llamó al Presidente, su magnífico amigo, y le explicó que lo único que tenía que hacer era ir retrasando el día de la votación. Cada vez que alguien en un pasillo le preguntaba, ¿cuándo va a ser la votación? Él les respondía: la próxima semana. Y al final de la siguiente semana, respondía a los que le preguntaban: hemos encontrado problemas de agenda para esta semana, lo dejaremos para la próxima.

En una de las sesiones del Senado, un senador le preguntó formalmente acerca de esta cuestión con deseo de que constara en acta su respuesta. El Presidente declaró aparentando la mayor sinceridad posible: Es

cierto que esto se ha retrasado en exceso, pero en los próximos días voy a fijar qué día de la próxima semana tendremos la votación.

El senador que había hecho la pregunta dijo que qué problema había en hacer en ese mismo momento la votación. El Presidente le respondió con toda calma: Desgraciadamente, este punto no está en el orden del día y el reglamento expresamente especifica que esta cuestión debe ser comunicada de antemano para que los senadores puedan meditar el sentido de su voto y disponer de sus agendas con tiempo suficiente.

Hurst comentaba este episodio entre risas, el alcohol le había puesto alegre. Pero, ciertamente, todos estos incidentes habían supuesto un terrible desgaste para él. Sabía que si volvía a haber más sucesos de este tipo, ya llovería sobre mojado y esta vez sí que no se lo perdonarían. Nada de lo que se hace, sale gratis. Su crédito político había quedado muy tocado. Un crédito invisible, imposible de plasmar en una cifra concreta. Pero, en cualquier caso, se trataba de un crédito limitado. Por eso, a pesar de la alegría, las risas y la compañía de amigos, se puso serio y añadió:

-Creedme, si tenéis que presionar, maltratar, detener o matar a alguien, dejad el asunto en manos de profesionales. En casos así, no se cumple el dicho de si quieres hacer algo bien, hazlo tú mismo. Si es vuestro deseo quebrantar la Ley, primero hablad con un abogado.

La Reina de Inglaterra



La Reina de Inglaterra estaba sentada en el saloncito de su pequeña casa. Una típica casa de madera blanca, de dos pisos, junto a un bosquecillo agradable. Se trataba de un paisaje típico de Nueva Inglaterra. Hacía más de noventa y ocho años que sus antepasados se habían exiliado allí. Desde la época de la anarquía europea de finales siglo XX. Tras el establecimiento de la República Europea, todo atisbo de poder regresar como monarcas había desaparecido. Si bien, el hermano de su abuelo había aceptado ser rey en el nuevo ordenamiento constitucional, sin otras prerrogativas que las que le confiere su pertenencia a la Cámara de los Lores.

La dinastía se había escindido en un momento óptimo para ello, cuando la esposa de Jorge IX le dio dos gemelos. El parto tuvo lugar en casa. Se hizo un acta, que se perdió no por casualidad veintisiete años después del nacimiento. El menor de los dos príncipes se encargó de ello. Desde entonces, el que hasta entonces había sido considerado el menor, afirmó ser el primogénito aduciendo extrañas maquinaciones para haber sido preterido.

El primogénito y legítimo heredero aceptó el puesto en la Cámara de los Lores, el otro continuó su destierro en Estados Unidos. Ambos reinaron bajo el nombre de Eduardo IX. Siendo el nombre del mayor Eduardo Jorge, y el del menor Eduardo Carlos. Cuando cada vástago tuvo descendencia la dinastía quedó escindida de forma definitiva, hubo una rama inglesa y otra americana. Suena extraño a oído hablar de la rama americana de los monarcas ingleses, pero así fue. Los eruditos en temas monárquicos hablaban entonces de los hijos de estos, por ejemplo, como

Guillermo V RA y Victoria II RE, esto es Guillermo V *Resident in America*, y Victoria II *Resident in England*.

La señora que, ahora, sentada en su salón miraba por la ventana las negras nubes que se aproximaban, tenía en su casa una pequeña parte de las joyas de la corona británica. La mujer se llamaba Victoria II, y observó que las nubes que se aproximaban por el horizonte amenazaban con una gran tormenta. Victoria pensó que allí, en ese salón, estaba la descendiente de los antiguos normandos, de aquellos guerreros que conquistaron parte de Francia e Irlanda. Toda la historia se condensaba finalmente en aquella señora mirando por la ventana en el salón. Sus antepasados habían poseído la India, parte de África, numerosas islas, las Trece Colonias. Ahora sólo poseía esa casita y una porción de las joyas de la familia. Tantas batallas y guerras concluían en esa casita cuyo salón estaba decorado con diez armaduras auténticas. Tanta gente había muerto por la Corona a lo largo de las centurias. Y ahora ella descansaba tan tranquila en esa casita de Connecticut.

La trampilla y el plano de los arquitectos



Dos humildes técnicos especializados en el mantenimiento y reparación de las mangueras por donde corrían los cables eléctricos de aquel laberíntico edificio, iban recorriendo un angosto túnel. Aquella construcción no era un edificio cualquiera, era el Senado de la República Europea. Dada la magnitud del lugar, eso suponía casi 90 kilómetros de túneles por donde discurrían las tuberías de la fontanería, las mangueras de la electricidad y los cables de comunicaciones.

Uno de los dos técnicos miró un plano doblado en muchos pliegues para que le cupiera en su bolsillo.

-Es más o menos por aquí, en el PR342. (...) Aquí está. Ves, Juan, te lo dije.

El otro técnico comprobó que tenía razón, había una bifurcación en la manguera de la tensión eléctrica. El técnico de más años, hizo unas anotaciones en su agenda electrónica. Había que corregir la tensión en esa línea, la bifurcación no constaba y el otro cable le robaba fuerza al principal. Acabada la comprobación y anotado el lugar donde había que hacer la corrección, se encaminaron hacia afuera. Aquel tramo en la decena de años que llevaban trabajando, lo habían recorrido no más de dos o tres veces en los años que llevaban trabajando en el lugar. Mentalmente, Juan iba tratando de recordar a qué salas del edificio daba cada parte del túnel.

Juan se volvió hacia la izquierda, a una parte del muro, recorrido de tubos negros y rojos. Tocó una portezuela cuadrada de un metro de lado.

-Mira. ¿Esta trampilla sabes adónde va?

Peter consultó otro plano más grande.

-Según esto, encima debería estar la Sala Wurtrerojok o el comienzo de la galería esa que tiene unas columnas rosadas con una especie de clavos de oro. ¿Sabes cuál te digo?

Juan asintió, pero curioso golpeó la puerta metálica que resonó mucho al ser muy fina.

-Cuando pasamos por aquí, hace dos años, ya me quedé intrigado. Pero como siempre vamos con prisa. Creo que esta trampilla no va a ninguna parte. Porque, fíjate, con estas dimensiones tan pequeñas y una puerta tan endeble, esto tiene que ser de la segunda o tercera fase de ampliación del edificio. Tiene la tira de años y recuerda que hubo una remodelación en toda esta parte del Senado.

-Mira ya me has dejado intrigado.

Peter con su herramienta desatornilló los cuatro tornillos situados en la parte superior. Al quitar el último, la trampilla giró sobre las bisagras de la parte inferior y calló con estrépito dentro del túnel al ser delgada la plancha. Peter esperaba encontrar, quizá, sólo un hueco de poco más de medio metro. Pero no, un pequeño pasadizo con cables se internaba hacia delante.

Los dos dudaron un poco. Después, Juan, animó a su compañero con un *adelante*.

Gateando avanzaron treinta metros. Sus linternas dejaron patente que el pasaje se acababa allí donde unos hierros incrustados en la pared hacían las veces de escala para ascender tres metros en vertical hasta otra trampilla. Estaba claro que ese pasaje era para la conducción eléctrica y servicios similares, pero lo que hubiera arriba ya no tenía uso desde hacía no menos de veinte años.

Juan, con decisión, subió por la escala y empujó la trampilla hacia arriba y se metió.

Allí no había luz, pero por el eco de sus voces era evidente que se trataba de una sala muy amplia y de techo muy alto. Sacaron de sus mochilas unas linternas más grandes y más potentes. Al encenderlas, descubrieron algo que no dejó de fascinarlos: una sala extrañísima, que llevaba a oscuras y cerrada desde hacía muchos años.

Ellos no lo sabían, pero acababan de entrar en la antigua capilla del Senado. Los arquitectos del Senado, muchos años atrás, en el proyecto de la segunda ampliación, habían cedido una zona para capillas y lugares de culto. Al final, sólo la Iglesia Católica había decidido aprovecharse del ofrecimiento y acondicionar a su costa el espacio ofrecido.

Dado que estaba situada en el monumental edificio del Senado, y que se pensó que allí podrían tener lugar no funerales de estado, pero sí grandes celebraciones, la capilla no era un pequeño oratorio, sino una gran iglesia. Sus cien metros de longitud estaban cubiertos por un bellissimo artesonado en el que los dorados y el nogal formaban grandes cuadrados cada uno con una gran piña en el centro. Al final de la sala perfectamente rectangular, un altar y un pequeño retablo de alabastro. Los dos técnicos exploraban, temerosos y sorprendidos, ese territorio ignoto en medio de un vasto edificio. ¿Cómo había quedado una sala olvidada?

La razón de que esa sala hubiera quedado olvidada, estaba en que en los diez años posteriores a su creación, fueron de una creciente laicización de la sociedad. De hecho, el arzobispado autorizó la creación de ese oratorio como un intento, uno más, por tratar de introducir en ese ámbito algún tipo de presencia cristiana. Pero el intento fue inútil, nadie iba allí para nada. La tendencia clara hacia un mayor alejamiento de la

religión, obligó a ir espaciando los actos de culto cada vez más. De las cinco misas al año con que comenzó al principio, pronto quedaron sólo la de la apertura del curso legal y la de clausura. Después de varios años, sólo se celebraba misa en ocasiones especiales, más que nada funerales. Finalmente, tras treinta años de esfuerzo por mantener abierto aquel oratorio, sólo un viejo capellán poseía la llave y la abría muy de vez en cuando.

Quince años después de su creación, el equipo de arquitectos comunicó por carta al arzobispado la decisión de remodelar todo ese sector. La curia no se opuso a ello, dado que ya no se usaba y que, legalmente, el edificio con todas sus dependencias era propiedad del Senado.

Así que, en la nueva reforma, esa zona en la que se inscribía la capilla, se destinó a fines protocolarios. En el nuevo reordenamiento, la antigua capilla caía justo al lado de una nueva amplia sala donde se celebrarían cócteles y conciertos. Se decidió tapiar la gran puerta de la capilla que daba a lo que iba a ser la nueva sala. Y dejar la zona de la capilla cerrada provisionalmente hasta decidir cómo reorganizaban ese espacio. Tenían un proyecto para esa sala que finalmente no se llevó a cabo.

Cuando medio año después se decidió que la zona de mantenimiento y maquinaria estaría situada en una parte más espaciosa de otra planta, el espacio clausurado quedó sin destino por el momento. Esa situación no hubiera continuado mucho tiempo si no hubiera sido porque la única puerta de acceso había quedado tapiada y se había pintado encima. De manera que sólo los integrantes del originario equipo de arquitectos eran sabedores de que allí había un espacio muerto, sin uso y sin acceso a él. Dadas las dimensiones del edificio senatorial,

únicamente con un plano en la mano hubiera sido posible descubrir esa zona clausurada.

Pero la curiosidad de dos técnicos por seguir hasta el final un estrecho pasaje, les había llevado a penetrar en ese recinto en el que reinaban las tinieblas y el silencio desde hacía veinte años. Ellos dos no salían de su asombro. Deambulaban, callados, entre las desiertas filas de bancos polvorientos. Descubrían un libro de grandes hojas colocado sobre una especie de águila que hacía de atril. El libro hablaba acerca de hechos de lo más misteriosos. Aunque menos misteriosos que el altar de granito (sin manteles) situado en el centro del final de esa capilla. Un altar desnudo entre seis candelabros de bronce, con los cirios aun en su lugar. Ellos se preguntaban qué extraños ritos habrían tenido lugar allí. Entraron después en una salita pequeña donde había muchos armarios con muchas puertecitas. Allí debían haberse guardado muchas cosas. Pero todos los armarios estaban vacíos. No quedaba nada.

La descristianización de la sociedad había sido tan profunda que ellos ni siquiera eran conocedores de que estaban en una capilla católica. El Emperador se hubiera quedado petrificado si hubiera sabido que en pleno corazón del edificio del Senado había una capilla católica. Justamente allí de donde habían salido las leyes más terribles contra la fe cristiana, se encontraba un mosaico que representaba una cruz de siete metros de largo en su palo vertical. CRVX VINCET, la Cruz vencerá, tenía inscrito en la parte inferior de su palo vertical.

Los técnicos, en las semanas sucesivas, siguieron explorando el lugar. Había muchas cosas que indagar: mosaicos, estatuas, confesonarios, y unos cuantos objetos metálicos pequeños, cuyo uso, por el

momento, resultaba imposible de deducir. La existencia de aquel ámbito arcano fue un secreto entre Peter y Juan. No comunicaron a nadie su hallazgo. Indagarían por su cuenta, visitarían alguna biblioteca, leerían para tratar de comprender qué sucedió allí. Saborearían, hasta el final, la satisfacción de ser los primeros en abrir un arca cerrada y oculta durante casi medio siglo.

Con inmensa sorpresa, descubrieron cuatro sepulcros en el suelo. Representaban a cuatro clérigos vestidos con amplios ropajes negros hasta los pies. Uno llevaba en su mano una cruz, otro un pez, otro una paloma, el cuarto una iglesia de tamaño reducido. Dos semanas después, armados de palancas, abrieron los sepulcros. Los personajes estaban allí, convertidos en huesos y polvo.

Otro día, en el centro del retablo, bajo un pequeño arco con vides de mármol, hallaron un espacio vacío que debió estar ocupado por algún tipo de arqueta. La inscripción en griego resultaba ilegible. Más adelante, trataron de descifrar las extrañas pinturas en la parte derecha de un lado de la capilla.

El rastreo del lugar siguió. Las incursiones en ese ámbito, acabaron por cesar. No haber comunicado a las autoridades el hallazgo, en su momento, hubiera dado lugar a sanciones. Habían dejado demasiadas huellas, demasiados signos, de que sus incursiones por allí habían sido muchas: los sepulcros, puertas forzadas, pisadas sobre el polvo en todas direcciones. Sí, habría sanciones. Así que ninguno descubrió a nadie el secreto y la capilla continuó allí, olvidada, oscura, cerrada. En pleno corazón del Senado, permaneció intacta hasta la destrucción del edificio en los bombardeos del año 2214.

Que caiga fuego del cielo



Un bunker en el subsuelo de Tokio, una docena de militares nipones alrededor de una mesa cubierta con varios planos y mapas bastante amplios. La pared más cercana a esa mesa, era toda ella una gran pantalla en la que aparecían todavía más mapas. Los militares muy serios estaban completamente concentrados en el plan de bombardeo. Encima de sus cabezas tenían un Tokio completamente arrasado. Quizá cuatro o cinco millones de supervivientes se debatieran entre sus ruinas, pero ya era imposible prestarles cualquier tipo de ayuda. Su muerte bajo aquellas nubes negras, en medio de lo que hace pocos meses eran amplias avenidas, era inevitable. Japón agonizaba. Pero sus militares esparcidos por el sureste de Asia, montados en sus aeronaves, navegando a bordo de los barcos de sus flotas, o sentados en sus puestos en los silos subterráneos, lucharían hasta el final en busca de una honrosa venganza por la destrucción de su madre patria. Ya no era posible vencer, únicamente era posible mostrar al enemigo que el error mortal que supuso el atacarles.

Hoy se ultimaban los detalles para atacar una ciudad de Europa con todo el poder disponible. Podían todavía golpear varias ciudades. En unas horas, le tocaría el turno a una. El dedo del general se había colocado sobre Londres. La antigua brumosa capital de los anglos sería borrada del mapa del modo más doloroso posible.

En la primera fase, lanzarían dos horas de bombardeo de desgaste. Dos horas de martilleo balístico que serviría para gastar sus almacenes de misiles antimisiles. Después, en

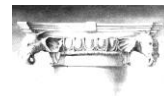
cuanto comenzaran a impactar algunas de las bombas contra la ciudad, habrá acabado esa primera fase.

En la segunda fase bombardearían con precisión, formando líneas rectas, un sector de la extensa conurbación londinense. Vista desde el cielo, esta segunda racha de bombardeos formaría un cuadrado. Estas bombas con los incendios y derrumbamientos que provocaran, impedirían que los habitantes de la ciudad pudieran escapar o que los medios de salvamento pudieran acceder. El sector incluido en ese cuadrado quedaría incomunicado por tierra.

En la tercera fase, se delinearán (dentro de ese cuadrado) una cuadrícula imaginaria para enviar un misil en cada intersección de las líneas verticales y horizontales. Con ello se lograría que toda el área urbana resultara dañada por igual, sin que quedaran bolsas indemnes. De este modo, se logra la máxima destrucción con el máximo ahorro de material.

En este tipo de ataques, se busca no dejar zonas ilesas, pero se calcula bien la potencia para no matar a todos sus habitantes. Dejar al Estado una carga de millones de sin techo resulta valioso para el adversario.

Que la ciudad de Londres sea un recuerdo.



Londres, llueve ligeramente.
10.34 a.m.
Seis horas después de organizado
el plan de ataque en un refugio militar nipón

El infierno está cayendo sobre la City con todo su furor. Como si de un negro e inmisericorde martillo diabólico se tratara, los misiles que impactan contra la ciudad, se escuchan a muchos kilómetros de distancia, como colosales mazazos. Después de escuchar ese infernal martilleo lejano, vi, cerca ya, el fuego del averno sobre la tierra. La tierra convertida en un lienzo al estilo de los óleos flamencos de El Bosco. Entonces comprendí la hoguera de vanidades que habíamos creado y a la que habíamos prendido fuego con nuestra iniquidad. La suma de infinitos errores había llevado a ese espantoso y último error. Ese fuego que descendía del cielo era sólo el último error que coronaba toda una larga sucesión de errores. Una sucesión de errores continuada, aumentada, durante generaciones.

-Este bombardeo se ha llevado muchas cosas, también mi fe.

-¿Pero no te das cuenta de que precisamente esto es el fruto de nuestra falta de fe. ¿En medio del Apocalipsis, y no tienes fe?

He visto caer la muerte más allá de esas nubes que lloviznaban. El fuerte calor ascendente de las explosiones y de los incendios disiparon las nubes, dejó de lloviznar. El cielo se abrió y las nubes grises se disiparon. Fue precioso, durante un minuto, ver la claridad del cielo que había por encima de las nubes. Fue como un espectáculo irreal. Pero las azules alturas perdieron pronto sus colores límpidos a consecuencia de las columnas negras que se elevaban a centenares.

Desde lo alto de mi piso 138, con mis prismáticos, he visto morir por la onda de calor de un misil a muchos hombres en un radio de dos kilómetros. Seres humanos fueron quienes cargaron el seno de ese misil. Ha esto nos han llevado los errados conceptos filosóficos: han hecho que el fuego se arroje sobre nosotros.

He visto manzanas enteras unirse a una hoguera descontrolada que parecía engullirlo todo. De ese incendio descomunal se formó tal columna de fuego que tenía no menos de un kilómetro de diámetro. Esa columna formaba tal ciclón a su alrededor que arrastraba a las personas al remolino, hacia la espiral de fuego, como si fueran centellas. Yo les oí gritar por los aires. El ruido era ensordecedor, pero los chillidos agudos, a veces, se sobreponían a todo. Era un coro de miles de chillidos.

El bellissimo Parlamento, Westminster, el Big Ben, todo son ya recuerdos. Aquí, un día, hubo una ciudad. Hubo toda una larga historia de romanos, anglos, sajones y normandos que desembocó en esta inacabable hora del infierno sobre la tierra. Hemos construido durante milenios, para alimentar la hoguera de esta hora.

Gates y los astrólogos



Cuando penetré por el gran vestíbulo de la parte sur de palacio, comenzó para mí la más notable de las misiones que la Central me ha encomendado.

Se trataba de un día soleado y temperatura agradabilísima. Dos grandes leones orientales, dorados y enfurecidos, con collares de piedras engarzadas alrededor de sus gruesos cuellos, flanqueaban los cuatro peldaños por los que se ascendía a un pequeño pórtico de columnas rojas de madera, no muy altas, muy típicas de esa zona de Tailandia.

El hombre delgado y silencioso que con una túnica color azul celeste me precedía, me guiaba sala tras sala hasta el lugar donde me presentaría al jefe de inspectores técnicos. Las salas, de techos bajos y separadas por biombos y delgadas paredes que parecían de papel, estaban inundadas por una sensación de placidez. La naturaleza de los jardines adyacentes, entraba a raudales por aquellos porches siempre abiertos.

Las palabras de mi jefe en la sede de Virginia habían sido claras: Gates hace más de veinte años que rompió todo contacto con el mundo exterior. (...) Sí, efectivamente, éste es el retataranieto del primer Gates, el millonario. El iniciador de una dinastía de millonarios. Una dinastía que ha dado todo tipo de vástagos. Éste es uno de sus descendientes directos. El único que se ha dedicado sólo y exclusivamente al software. Vive como un sátrapa en su mansión de Tailandia, rodeado de su propia corte. Una corte proporcionada por su dinero, y creada por su capricho.

Éste es un millonario desconocido, nunca aparece en los medios, porque nunca sale de su mansión. Sin vida social, es como si no existiera para los periodistas. En nuestros informes consta, como ya le he dicho, que desde hace veinte años no sale de su palacio, ni poco ni mucho, nada. Éramos perfectamente conscientes en la CIA de que muchos años antes de su voluntaria reclusión, había caído en manos de su equipo de astrólogos. Todo eso lo sabíamos por nuestros agentes en ese país asiático. Pero ahora el Departamento del Tesoro nos presiona.

Que la cuarta empresa de software más grande del mundo esté, en la práctica, en manos de un grupo de astrólogos es una cuestión de Estado. Aunque lo único que tuviéramos que evitar, fuera que su inmensa fortuna quedara en manos extranjeras o que el control de su corporación finalmente fuera cedido a asiáticos de ese pequeño país. Ya sólo por esas dos razones, valdría la pena empezar a hacer algo. De momento, vamos a empezar por colocar una pieza en ese tablero: usted. La Central, los jefes de más arriba, están de acuerdo, debemos reforzar nuestro seguimiento de esa situación tan... irregular.

Usted va a ser colocado por nosotros en esa *corte*. Eso déjelo de nuestra cuenta. Una vez en el sitio, va a informar de qué es lo que pasa allí, sólo queremos saber. Por supuesto no podrá, ni tratará, de influir en ese ambiente.

Nadie puede acceder al millonario. Su palacio está dividido en cuatro ciudadelas concéntricas. Sólo los autorizados pueden acceder a la cuarta ciudadela, que es donde vive. Su palacio es una réplica de la Ciudad Prohibida de Pekín. Una réplica no exacta, adaptada a nuestra época y comodidades. Haber levantado ese lugar y mantenerlo durante tantos años, no supone ningún esfuerzo monetario para el dueño mayoritario

de HCER. Su empresa produce billones anuales de beneficios.

Su fe en las reglas de la astrología es absoluta, total. Probablemente, hace años que el equipo de astrólogos ejerce el control de la empresa. Este grupo de consejeros, evidentemente, se pone de acuerdo para darle directrices ajustadas al sentido común y a lo que más le interesa a su corporación. Se trata de un escenario financiero anómalo, denunciado mil veces por su familia, ante los medios (lo cual no servido para nada) y una vez ante un tribunal de Pensilvania (que no les dio la razón).

Pero su hijo, su octavo hijo, que suponemos que vive en esa corte, está siendo educado en este sistema de valores, inculcándole desde pequeño la doctrina de la inerrancia de los astrólogos. Probablemente, esa camarilla de astrólogos irá incorporando nuevos miembros conforme vayan muriendo los más ancianos. De manera que esta situación se puede prolongar indefinidamente.

Esos diez astrólogos son inteligentes, son lo más alejado de un equipo de alucinados. Nunca han desorbitado sus exigencias económicas con respecto al dueño de la empresa. Saben que si le dijeran que los astros recomiendan que les sea entregada parte de la empresa, él comenzaría, por primera vez, a desconfiar. Gates cree en los astros ciegamente, pero no es tonto. El equipo de astrólogos sabe, además, que si eso sucediera -un testamento en el que ellos fueran los beneficiarios universales-, el estado tailandés intervendría acusándolos de estafa.

Por eso mantienen esta situación, son realistas, saben hasta donde pueden llegar. Y en base a ese realismo, perpetúan un *statu quo* de intereses, de equilibrado reparto de influencia entre ellos. De esta peculiar situación hasta el gobierno de Tailandia participa, beneficiándose y callando,

aceptando las cosas y no removiendo una enredada maraña, que de hacerlo sabe que obligaría a nuestro gobierno a intervenir, con lo que se les acabaría el pastel.

Pero finalmente vamos a intervenir, y si podemos lo vamos a hacer desde dentro, no desde fuera. Y si finalmente hay que actuar desde fuera, por lo menos tendremos nuestros peones situados en el interior del escenario. Pero su misión rigurosamente se limitará a informarnos. Usted hará eso y sólo eso. Lo que haya que hacer en el futuro, ya se verá, de momento no hay prisa. Por ahora, nos conformamos con irnos situando, con ir situando a gente como usted en su entorno.

Los altos directivos de la empresa de la que es dueño, sabe muy bien cual es la situación. El consejo de dirección de HCER es bien conocedor de este reparto de influencia en la mansión de Gates, el cual es propietario del 83% de las acciones. Cuando las cosas evolucionan poco a poco, durante veinte años, los directivos se van adaptando.

Sabemos que el presidente de Tailandia ha presionado para que uno de los diez astrólogos sea de designación presidencial. Pero el equipo se ha negado en redondo. Una de las virtudes de ese equipo, es que ha demostrado mantener su independencia frente a las pruebas que le han venido del exterior.

El equipo de astrólogos cobra al año unos catorce millones de dólares. Apenas nada en relación a los beneficios anuales de la empresa de software. Además, se estima que la cantidad fácilmente se triplica si consideramos que ellos, gracias a sus partes astrológicas, colocan a gente de su confianza en puestos de gran importancia. La red de empleados que debe su puesto y ascensos a sus indicaciones, supone un baluarte dentro de la empresa a favor de que las cosas sigan como están. Pero hecha esta salvedad, el

equipo interfiere lo mínimo en las decisiones del consejo de dirección. Aunque los astrólogos tienen un representante en el consejo de dirección de HCER. Éste informa a los astrólogos de lo discutido en cada junta, y él es la voz de los astrólogos ante los consejeros. Sea dicho de paso, ese representante de los astrólogos no se ha presentado físicamente ni una sola vez en las reuniones de la HCER. Atiende a todas las reuniones a través de videoconferencia. Escucha todo e interviene lo menos posible.

Cada uno con su dinero hace lo que quiere. Pero cuando es tanto dinero, esto es una cuestión de estado. Usted entrará como técnico especializado en la reparación de las máquinas médicas de hepatocrisis. La Agencia ha detectado que estaban buscando un técnico en este campo para contratarlo a tiempo completo durante un mínimo de un año. Nuestra división técnica ha buscado quién de nuestros agentes estaba especializado en ese campo de bionocrisis. Usted cumple con ese perfil. Así que va a trabajar allí, en el palacio de Tailandia, en el mismo campo que aquí nuestra sede de Virginia. Recibirá los cursillos de actualización dentro de tres días en Harvard.

Ahora yo, veintiocho días después, el técnico, el empleado de la CIA, me adentraba por primera vez en lo que iba a ser mi entorno durante un año. Un pequeño empleado en esta suntuosa residencia, pero un peón de gran influencia en un juego mucho mayor. El peón justo en el lugar adecuado.

Tras pasar por un patio lleno de escalinatas de piedra granítica, llegué a la sala donde me recibiría el jefe de inspectores; también él estaba revestido con una túnica. Allí todos vestían del modo tradicional, manías del que había pagado todo eso queriendo recrear un entorno a su gusto. El

jefe de inspectores de mi sección me saludó con una ceremoniosa inclinación, se sentó en el suelo, sobre una gran alfombra de dragones y comenzó a hacerme preguntas profesionales. Me trataba sin emoción, pero con cortesía. Se notaba que me analizaba. Sus ojos me estudiaban desde aquella posición en la que me parecía una estatua del bodhisattva. Yo estaba acostumbrado a ir a despachos y sentarme ante jefes vestidos con americana y corbata, no estaba acostumbrado a comparecer ante una especie de Buda alto y delgado en una salita abierta a un jardín en el que se oían las peleas de patos bajo los alerces de la orilla. Aunque yo fuera ciudadano norteamericano, mis facciones eran orientales. Casi todos los que trabajaban allí eran orientales, salvo tres o cuatro consejeros financieros que con sus maletines, corbatas y zapatos caros visitaban al millonario unos cuantos días a la semana.

El jefe de inspectores de esa sección acabó sus preguntas, me sonrió y me dijo que empezaría mañana. Al salir de su presencia, otro criado me llevó a mi habitación situada en un diferente sector del palacio. Dentro de los catorce escalafones en los que se clasificaba a la gente de aquel sitio, yo ocupaba el sexto escalafón. El de los técnicos muy especializados y con buen sueldo. En mi camino hacia mi habitación, observé que en aquel palacio de tantos patios y explanadas, la altura máxima la constituía un edificio de cinco pisos de altura que recordaba con sus tejados escalonados al castillo de Himeji. Esa edificación, situada en el centro de todo el recinto amurallado, atraía mis miradas: allí vivía Gates.

No lo sabía, pues los setos, y los muros blancos impedían la visión de conjunto, pero muy cerca estaba la pequeña construcción circular donde se hallaba la Sala

de los Partes. La sala circular donde se guardaban los partes diarios que los astrólogos le comunicaban.

Lejos de mi vista, en un patio de la tercera ciudadela, se hallaba una esfera armilar de siete metros de altura. Aquel ingenio metálico era el que se usaba para calcular las posiciones astrales que servían en orden a la redacción de los partes. Esa esfera de anillos metálicos era el instrumento oficial de palacio usado para ese menester. Era la tercera esfera que había conocido palacio. En los dos instrumentos precedentes, los años de cálculos cuidadosos habían hallado fallos, su destino había sido la destrucción, versiones mejoradas los reemplazaron. Esos mínimos errores de cálculo en su diseño habían sido la causa de que los partes realizados en esos años hubieran contenido exiguas cantidades de errores o inexactitudes, por otro lado no excusables. Pero el equipo que confeccionaba las cartas había solventado aquello hacía tiempo. Cada nueva versión de esfera armilar había sido más exacta y precisa que la anterior, también más compleja, y la ciencia de su interpretación (ininteligible para los no iniciados) también había experimentado imperceptibles mejoras. Mejoras tan pequeñas que pasaban desapercibidas salvo para los ojos habituados a aquellos arcanos. Dos nuevos anillos habían sido añadidos, uno eclíptico, y una armila equinoccial menor, así como nuevas reglas de tercer grado habían sido agregadas a las largas listas de Cánones. Aunque el palacio estuviera en el sudeste asiático, todos los términos del Hun Yi (o Instrumento de la Esfera Celestial) eran chinos.

Semanas después, me enteré con seguridad de que el hijo-heredero de Gates vivía en palacio. Un niño de rasgos occidentales rodeado de instructores

tailandeses que, además de las enseñanzas prácticas, le inculcaban desde esa tierna edad, la infalibilidad de las leyes celestes sobre las vidas de los humanos. Supe tras qué muros moraba -muros de ladrillo rojo por los que trepaba la hiedra-, pero al niño no le llegué a ver.

El mismo día de mi llegada, después de una comida ligera al mediodía, me dirigí hacia mi trabajo. Pasé al lado de un lago de flamencos y cisnes. Dado que mi servicio era necesario, tenía el pase para penetrar en la cuarta ciudadela. Recién llegado y ya podía introducirme en el seno más profundo de aquel palacio habitado por casi trescientos criados. Entre miembros de seguridad, cocineros, criados, jardineros de las cuatro ciudadelas, sumaban esa cifra. Todos vestían de un modo oriental, con distintos tipos de túnica según su rango en el escalafón de aquella corte en miniatura.

Mil veces me preguntaría durante los meses siguientes, la razón de Gates por recrear aquel pequeño mundo de otra época. Pero se supone que un rico acumula su fortuna para poder hacer realidad sus sueños. Los sueños son la razón de ser de la acumulación del capital. En ese sentido, no había nada que reprocharle. Cada uno gasta el dinero como quiere. Por lo que decían los informes que me suministró la Central, él no era un hombre desequilibrado, tampoco era una persona obsesionada con lo oriental. Simplemente ése era el entorno en el que le gustaba vivir y como podía permitírselo, había dicho: hágase.

Pero, por lo demás, era una persona normal y razonable. A veces, las personas razonables caen en manos de camarillas como la que había extendido sus tentáculos hasta rodearle. Aunque, probablemente, como decían los informes de la Central, fue él el que

los rodeo. Fue él el que exigió más y más sus servicios para todo. Y fueron ellos los que optaron por conducir esa malsana afición astrológica dentro de unos límites no destructivos. Sí, quizá esos diez astrólogos hayan evitado que él se arruinara financieramente y hundiera su vida. Cuando un ser humano busca desesperada y obsesivamente el futuro, siempre acaba encontrando personajes sin escrúpulos que le dan lo que busca. El equipo quizá haya sido el escudo menos perjudicial frente a intrusos que hubieran supuesto el final de la corporación. Hubiera habido que estar allí cuando todo este sistema de cosas se formó, para llegar a un veredicto. Ahora sólo nos queda dar fe acerca de la complejidad de las cosas.

Gates, desde hace veinte años, vive aislado, rodeado únicamente de los criados que el equipo de astrólogos le recomienda tras consultar los extraños caminos de los cielos. Los astrólogos, o mejor dicho las leyes del cielo, le advierten, de pronto, que la proximidad de alguien supone un tipo de peligro concreto o difuso.

Todos los puestos de palacio están sujetos a esta suprema tiranía de las arcanas leyes. Tiranía que puede parecer arbitraria, pero no lo es. Nada más lejos de la realidad pensar que los partes del equipo están sujetos a la arbitrariedad. Hasta el más imparcial de los jueces reconocería, que los partes están sujetos siempre a razones lógicas. De forma que, a través de la astrología, aquel palacio se regía por leyes lógicas, quizá no justas siempre, pero en todo momento lógicas. Dicho de otro modo, a través de la apariencia de la astrología, era el ojo experto de los astrólogos el que gobernaba ese mundo cerrado.

Hasta las ilógicas leyes de los astros se volvían razonables bajo la ciencia de ese

equipo de sabios poseedores de una sabiduría que ellos conocían muy bien: la ciencia de las leyes que regían esa corte y el experto conocimiento de la corporación. Ellos eran los supremos árbitros que conocían cómo se combinaban las leyes de la realidad con las leyes de los astros. Las leyes de lo infralunar y lo supralunar, con ellos como definitivos jueces.

Era evidente que todo error en las predicciones del equipo era aparente, pues una nueva adición posterior (un nuevo parte, en realidad) mostraba lo acertada de la predicción primera; acertada aunque incompleta. Por encima de aparentes contradicciones entre lo predicho y lo sucedido, el futuro siempre dejaba las cosas en su sitio. Las cosas habían sucedido así, no por error de la predicción, sino porque el mismo parte astrológico dejaba un mínimo porcentaje de apertura a la causalidad de un elemento que ya se había mencionado en el mismo cuerpo del vaticinio.

No obstante, el equipo admitía sin reservas la posibilidad de errores de cálculo, subsanados con celeridad meticulosa. La humildad de los astrólogos consignaba en sus registros una cifra cercana a los cuatro mil pequeños errores o, más bien, distorsiones en su apreciación del futuro. Cifra mínima en relación al gran número de puntos y ramificaciones que sus consignas determinaban día tras día, a mitad de la mañana, en medio del, llamado, salón de los lirios azules del Edificio de los Partes.

No se piense que estos registros que se guardaban en cuatro cámaras del Edificio de los Partes suponían un archivo prescindible. Sus pesados tomos a triple columna, con glosas en los márgenes exteriores, eran visualmente la prueba de que aquella maquinaria celestial funcionaba. Para cualquiera que hubiera llegado de fuera, la

contemplación de aquellos bellos volúmenes visualmente hubieran sido la ratificación, sino de una ciencia, de lo más parecido a una ciencia. Aunque a aquellos estantes sólo el equipo y Gates tenían acceso. Habían sido escritos sólo para sus ojos. Pocas veces el millonario los hojeó con orgullo o preocupación ante alguien foráneo.

El excéntrico millonario en raras ocasiones ha desobedecido a los partes. Pero cuando ha osado salirse del camino marcado por las férreas leyes celestes, el equipo bien que se ha encargado de que los hechos les dieran la razón. Ha habido asombrados criados que han comentado en los pasillos, en sus comidas, en las veredas de los jardines, que el poder e influencia del equipo para torcer los hechos es mayor que su sabiduría para conocer esos mismos caminos futuros. Para ello, si ello es así, han llegado a hacer que las acciones bajaran o que un ala del palacio se derrumbara. Según los más perspicaces sirvientes de palacio, no resulta fácil distinguir dónde acaban esas leyes inmutables regidas por la esfera armilar, y dónde empieza la voluntad de ese pequeño grupo de entendidos. Por eso, por miedo al poder que puedan tener esas cartas astrales, por miedo al poder que puedan tener los astrólogos, los trabajadores allí, si son inteligentes, no comparten su carga de dudas con los compañeros. Pues sea cual sea el poder de esos mapas astrológicos, el equipo posee un poder omnímodo sobre ese pequeño lugar del mundo.

Y así la carta astral es expresión de esos dos poderes: el de poder leer los hechos en el firmamento, y el de poder torcer los hechos. Sobre el caparazón de una de las dos grandes tortugas de piedra que flanquean el portón de entrada a las residencias de los astrólogos, se halla una misteriosa inscripción

en caracteres hanzi: un poder tan grande como el de los astros.

Y así, más que hablar de servidores de los astros, se debería hablar de arquitectos de las líneas del firmamento. Pero nadie habla de ello, nadie quiere perder su puesto. El silencio sobre determinados ámbitos de Palacio forma parte del trabajo. Nadie critica a esos poseedores de una ciencia que Gates desconoce.

Los astrólogos llevan una vida aparte del millonario. Bien sabían que la familiaridad destruye la admiración ante el sabio. Por eso, viven aparte. Es raro que haya más encuentros con él que los que se producen con los partes. El equipo vive en la zona denominada Guicang yi, situada en uno de los lados del gran cuadrado que forma esta réplica de la Ciudad Prohibida. Pegadas a los blancos muros del perímetro, y rodeadas de patios y agradables salitas, las cuatro altas torres son la más clara expresión visual del poder de estos hombres. Los veinte sirvientes de este sector cuidan de los que se consideran los más bellos jardines zen de toda la ciudad. En el interior de esos patios se suceden alternativamente los jardines verdes (de hierba y bonsáis) con los jardines secos (de arena, grava y musgo).

Es posible que en esta corte se haya infiltrado algún agente más de algún otro servicio secreto, sea prudente en no dar ninguna pista que manifieste el verdadero propósito de su estancia allí, me dijo mi jefe en la sede central de Virginia. Posible aunque improbable. Lo que es seguro es que son muchos los que, ante todo, pretenden que nadie ajeno a las cuatro ciudadelas penetre en esa *familia*. Usted es un buen técnico especializado en hepatocrítesis, hará bien su trabajo para ellos. Pero recuerde que su verdadero trabajo para nosotros acaba en

observar, escuchar, charlar con los que trabajan allí. Ni se le ocurra buscar papeles en cajones cerrados, ni entrar en habitaciones prohibidas, deje estas memeces para las películas. Observar, escuchar, charlar, palpar el ambiente, hacerse una perfecta idea de quien es quien en esa residencia. Ningún servicio secreto ha logrado nunca nada relevante por abrir un cajón cerrado, recuérdelo por más que se aburra allí. La Agencia lo que necesita es tener los ojos dentro, nada más. Hacer cosas raras sólo sirve para levantar sospechas. Límitese a hacer bien sus tareas como técnico y en las salidas de sus días libres, fuera de palacio, envíenos sus informes.

Y así, con mi maletín de herramientas, iba cada día hacia el taller de los aparatos de calibración en medio de esos muros de impenetrable secreto. Y un día y otro, veía el edificio central, con sus columnas de madera pintadas en rojo, bajo techos de teja. Allí está, me decía, el centro de este micromundo, el dueño de las acciones y monarca de esta ciudad. Legalmente un residente más de esta nación. Un residente extranjero, nunca se tomó la molestia de nacionalizarse. Oficialmente, él sólo es un extranjero que reside aquí. Extraoficialmente, es el pez más gordo del país, más gordo que el pescador, más gordo que el presidente y su gobierno. Ningún pescador se atreve a alzar una captura mayor que él mismo. Sería una locura. Por eso este pez nada despreocupado en su estanque artificial.

Hay millonarios de todos los tipos y pelajes en este planeta. Unos dirigen sus empresas desde la playa. Otros siempre viajando. Otros aislados en sus casas de campo. Quizá no sea tan desafortunado el haber creado esta relajante *casa de campo* en esta húmeda parte del mundo. Lamentablemente,

su fortuna no le había evitado la aflicción de la enfermedad. Pronto vi con mis ojos lo que en Virginia me habían dicho.

Gates sufre una variante degenerativa de la displasia metilclorolónica. Lleva dos años suspendido en una cisterna de líquido. Ayer tuve que hacer una pequeña reparación en uno de los aparatos de la cisterna móvil y por fin le vi.

El cuerpo del millonario comenzó a hincharse hace tres años. La enfermedad hace que los miembros se vayan deformando y los huesos se vuelvan cada vez más frágiles. Este tipo de enfermos necesita compulsivamente moverse, de un modo ligero y suave, pero constante. El único remedio es meterlos en una cisterna con un tubo en la boca para que puedan respirar. Y que allí se muevan. El esqueleto de su cuerpo cada vez más deforme no podría resistir el peso, así que suspendidos en esa especie de líquido amniótico no sólo notan un gran alivio para su piel reseca y cubierta de eccemas, sino que también pueden moverse.

Gates lleva dos años sumergido en una cisterna móvil de tres metros de largo, y metro y medio de ancho. Seis servidores lo llevan de un lado a otro de palacio, él se comunica a través de ellos con un micrófono. La vocalización del millonario cada vez es más deficiente, de forma que estos seis servidores paulatinamente se han convertido en sus intérpretes. Si el equipo de astrólogos son el puente entre los astros y el millonario, estos seis cortesanos son el puente entre el millonario y el resto de palacio. Mi labor como técnico es la de tener siempre en perfecto estado, varios aparatos incorporados a esa cisterna que, en el fondo, es una verdadera unidad de cuidados intensivos.

Dado el total aislamiento del millonario, algunos en Wall Street pensaron que, en realidad, había muerto y que sus

cortesianos trataban de ocultar ese hecho. Pero lo cierto era justamente lo contrario, sus cortesianos se esforzaban al máximo por mantenerle con vida todo el tiempo que fuera posible. Su vida suponía la seguridad de que todo ese microcosmos continuaría. La justicia tailandesa tuvo que certificar de un modo oficial ante la Junta de Accionistas que Gates seguía con vida. Aunque ningún notario pudo entrar a comprobarlo. Bastó el poder de la Ciudad Prohibida, la presión que ésta ejerció ante el poder ejecutivo, para lograr esa certificación. Fue toda una comprobación, más que de la vida del millonario, del poder que tiene esta corte sobre los políticos. Alguno de los astrólogos, al comprobar la fuerza que tenían sus sobornos, llegó a conjeturar la posibilidad de que oficialmente Gates siguiera vivo indefinidamente. Lo que probaba que seguía con vida, a efectos legales, era una declaración notarial. ¿Por qué no mantener esa situación jurídica con independencia del irrelevante hecho biológico? Al final, esta posibilidad fue rechazada. Era preferible seguir adelante por los más tranquilos senderos fijados en su testamento.

Si Gates fallecía, en su testamento quedaba muy claro quienes formaban el grupo de albaceas que administraría su empresa hasta que su hijo fuera mayor de edad. Es decir, todo continuaría igual, pues las inmutables leyes de los astros habían designado claramente quienes debían ser consignados como albaceas en el testamento. Pero no dejaba de ser un elemento perturbador que ésta figura soberana, Gates, fuera sustituida por un grupo de regentes. Todo el mundo –desde los sirvientes de cocina, pasando por los traductores, hasta el centenar de personas de su equipo de seguridad- prefería que las cosas siguieran igual. Hasta el último jardinero sabía que tras

su muerte se abriría un periodo de incertidumbre para todo ese pequeño ejército de trabajadores creado allí. Aquel reparto de intereses, influencias y poder se había formado durante veinte años logrando un envidiable equilibrio. No en vano el edificio central en el que él vivía se llamaba Palacio de la Perfecta Armonía.

Si el niño pudiera ser eternamente niño, se decían entre sí las mujeres que limpiaban las habitaciones de los supervisores y sus salas de estar privadas. Hasta ellas entendían que el niño crecería y de joven quizá quisiera salir, viajar, volver allí sólo de vez en cuando. ¿Seguiría existiendo esa residencia en una nueva situación como ésa? Paseando en medio de la quietud de aquellos patios, parecía que el tiempo hubiera detenido su curso, que se hubiera remansado. Pero los niños crecían.

Si las cocineras temían por sus puestos de trabajo, mucho más los sirvientes de los círculos interiores. Cada integrante de aquella maquinaria, deseaba que Gates, el morador que daba sentido a todo, siguiera con vida. El habitante por antonomasia de aquel laberinto debía seguir existiendo a toda costa. Pero ni el cuerpo del niño podía dejar de crecer, ni el cuerpo del millonario enfermo podía dejar de degradarse. Y eso a pesar de que tantos años de decadencia física ofrecían la falsa sensación de que aquel proceso podía proseguir indefinidamente.

Ningún juez hubiera permitido una situación como ésa en casi ningún lugar del mundo. Cualquier juez hubiera pensado que aquel hombre de la cisterna ya había perdido sus facultades. Pero se hubiera equivocado. Gates, eternamente fatigado, eternamente dolorido, pensaba perfectamente, se comunicaba a través de los traductores, seguía dando disposiciones como siempre. Todos en

el Consejo de Dirección de la HCER, en los despachos de la capital de Tailandia, creían que era una ficción que el millonario no estuviera completamente demente. Pero la realidad era que seguía en la plena posesión de sus facultades mentales, aunque hablara tan deficientemente. Únicamente los acostumbrados a su débil voz, a sus palabras con sílabas cada vez más indistintas, sabían que él seguía dirigiendo todo lo que le rodeaba. Pero su apariencia, por ser tan lamentable, había que ocultarla. Gates tampoco deseaba mostrarse. Varias veces el presidente y el vicepresidente de Tailandia habían mostrado su interés por hacerle una visita. Y varias veces el departamento de protocolo de la Ciudad Prohibida le había contestado amabilísimamente que dado su estado de salud no deseaba recibir a nadie. Menos mal que el paulatino deterioro de su salud había ido acompañado de la progresiva creación de aquel conjunto de colaboradores que se encargaba de todo.

A lo largo de la Historia, en las conspiraciones de palacio, se intenta que el que ostenta los derechos fallezca. En este caso, era justamente al revés. Todos allí, si hubieran podido conspirar, lo hubieran hecho para que siguiera viviendo; como fuera, pero que viviese.

Todo esto lo fui averiguando en los meses siguientes. Pero quizá el recuerdo que guardo más vivamente en mi memoria, fue cuando el segundo día que llegué, aguardaba en la Sala de los Colibríes Plateados y Gates hizo su aparición. Entró rodeado de cuatro hombres delgados vestidos con túnicas rosáceas con estampados de flores de loto. La cisterna era de un tamaño considerable, pero se movía suave y silenciosamente. El que guiaba la cisterna, la colocó en el centro de la sala. Los tres nuevos empleados, casi en

posición de firmes, nos quedamos mudos mientras uno de los cuatro criados tomó un micro con su mano y le comentó a Gates quienes éramos. Gates no se molestó en contestar. Se acercó al cristal y con sus pequeños ojos nos miró uno a uno.

Aquella mirada parecía traspasar nuestra piel. Se me puso la piel de gallina al acercarse él al cristal y comprobar yo con claridad lo deformado que estaba su cuerpo. El millonario me recordaba a un gusano con cabeza humana. Una cabeza humana, aunque más ancha, más dilatada, parecía alguien que padeciese hidrocefalia. Me sorprendió la serenidad con que aceptaba su estado. Por lo menos, ésa fue la impresión que me dio. Aunque sus ojos suplicantes, el gesto de su rostro, la lentitud con que se movía en aquel líquido no muy claro... eran la viva imagen de la indigencia. Como si nosotros tuviéramos a un pobre encerrado en una pecera y le enseñáramos el palacio en el que vivíamos.

Sólo pude verlo en los meses siguientes, tres veces más, de paso él, acompañado de sus cuatro o seis siervos, cuando se dirigía hacia otra parte de la cuarta ciudadela. Como lo he visto tan pocas veces, por eso recuerdo una y otra vez como en aquella ocasión en que fuimos presentados ante él, nos miró con curiosidad. Recuerdo que tras mirarnos, se retiró un poco más adentro en su cisterna y su cuerpo se desdibujó algo dentro del líquido. El jefe de los criados no tardó en entender que estaba algo cansado. Una orden seca y empujaron aquel pesado mamotreto hacia atrás de nuevo, hacia los aposentos o lo que hubiera tras la puerta por la que había entrado.

Yo salía fuera de la Ciudad Prohibida, una vez cada once días. De un modo seguro, enviaba mis informes a Estados Unidos. De

vez en cuando, me pedían que me fijara en tal o cual aspecto en concreto.

La huida de la Familia Imperial



La anciana condesa de Waldburg se levantó de su cama.

-Qué raro. ¿Cómo es que Juliet no me ha venido a despertar, ni me ha traído la medicina?

La anciana colocándose una bata de seda por encima de su carísimo pijama blanco, se dirigió con pasitos cortos y titubeantes hacia el salón. El nombre de la fiel criada fue gritado de una forma progresivamente más seco y malhumoradamente en el silencio del salón desierto. La voz temblorosa y débil de la octogenaria resonó entre los jarrones chinos, las tallas de marfil y las pinturas francesas del XIX. La anciana gritaba el nombre de su sirvienta desde el marco de la puerta de entrada. Ninguna voz respondió.

Ante el silencio que le respondió en aquel salón en penumbra, la anciana se animó a atravesar el salón y seguir buscando en la casa, un apartamento de cuatrocientos metros cuadrados del piso 219 del rascacielos Montainableau. La anciana, que caminaba poco a poco, con su voz vacilante, cada vez más rota, fue llamando a su sirvienta de un modo paulatinamente menos imperioso, cada vez más suplicante. Recorrer todas las estancias de aquel piso supuso para ella una larga excursión de desconsuelo creciente.

Cuando cuarenta años antes había comprado ese piso de sus sueños, jamás se le

pasó por la imaginación la escena de ella misma, nonagenaria, vagando sola por las habitaciones, llamando a alguien sin encontrar a nadie. Porque sí, era evidente, no había nadie. Estaba sola. Ni su criada, ni las cuatro personas del servicio, nadie. Eso nunca había sucedido. Volvió a llamar con más insistencia. Sabía muy bien que buena parte de los pisos superiores e inferiores estaban vacíos, sus millonarios habitantes los habían abandonado a lo largo de aquel mes.

La anciana seguía llamando inútilmente. ¿Cómo me han podido abandonar? ¿Cómo me han podido dejar sin decirme nada? Las lágrimas comenzaban a correr por sus mejillas. Ya no tenía fuerzas para seguir gritando. Se cansaba de ir de habitación en habitación. Lentamente, llorando como una niña, se sentó sobre una de las mullidas extensas alfombras del Salón Verde. Pulsó una vez más la tecla de emergencia del aparato que llevaba en el ancho bolsillo derecho de su bata. Seguridad debería aparecer de inmediato desde el puesto del piso de abajo. Pero ya lo había pulsado hacía un rato, y nada. Los minutos transcurrieron. Ninguno de sus cuatro escoltas irrumpió en aquel salón de ventanas bajadas y más sombras que luces, lujosa sala con una anciana en el suelo, sollozando. Primero pasó un cuarto de hora, después media hora. La condesa no se movió de su sitio.

Treinta y siete minutos después, apareció Jean, un inmenso hombre de color, uno de los escoltas, el más fiel, que se apresuró a recoger a la anciana del suelo. Ni siquiera sabía que había sido pulsado el botón de emergencia.

Las preguntas de la anciana se sucedieron en cuanto la puso en uno de los sillones del salón. Las palabras *¿por qué?* eran las que más se repetían. Mientras, Jean

subía las persianas. Los *por qué* dieron paso a las recriminaciones. La anciana llorando no dejaba de culparle. Lo cierto es que ya no quedaba ningún escolta, el sistema de comunicación interna ya no funcionaba, para hablar por teléfono había que insistir más de quince veces. Los últimos criados se habían marchado definitivamente en los últimos cuatro días. Juliet, su sirvienta personal, la criada de máxima confianza, había sido la última en abandonarla. Si no fuera por Jean, la anciana se hubiera encontrado ese día por primera vez completamente sola en una gran casa en mitad de un rascacielos vacío, cada vez más saqueado.

La situación de toda la ciudad era tal, que los ladrones que hubieran podido entrar por esa puerta podían haberle ignorado mientras llamaba a una seguridad ya inexistente, o podían haberla matado simplemente para que no les molestara con sus gritos, o la hubieran podido torturar para que revelara qué era lo más valioso que guardaba.

La condesa no entendía que después del gran colapso económico, todo el sistema bancario había quebrado y ya no tenía dinero que ofrecerle al servicio. Sin contar con que el dinero mismo ya no era de utilidad, pues los alimentos se obtenían esperando en largas filas. Ella no entendía la situación a su edad. Pensaba que las cosas estaban mal, pero que con el tiempo la situación se arreglaría y todo volvería a la normalidad. Ella no podía entender que las cosas no volvieran a ser cómo las conoció en su juventud. Los fundamentos de la sociedad que ella había conocido, se habían quebrado y no lo sabía.

Tampoco sabía que sus hijos, que desde hacía años vivían en otro barrio exclusivo de la ciudad, diez días antes habían abandonado la Urbe hacia otro país. No la habían llamado para despedirse por no darle

un disgusto. Que siguiera pensando que ellos estaban allí, que pensara que simplemente era que no podía comunicarse con ellos, había dicho su hija mayor. A duras penas habían logrado su hija y su hermano sitios para sus propios hijos y cónyuges en el vuelo que partía. Tampoco podían atravesar la ciudad para ir a buscar, así que ella se quedaba.

-¿Qué va a ser de mí? ¿Qué va a ser de mí? –gemía la anciana agarrándose a los brazos de su guardaespaldas que la llevaba en brazos a su cama. Las recriminaciones habían dado paso a la tristeza, a las preguntas acerca del futuro.

La dejó metida en su gran lecho con dosel. La vio silenciosa en los minutos siguientes mientras le traía una jarra de agua a su mesilla. Hizo otro viaje a la cocina a por unas galletas de avena. Jean sabía que ésa era la última visita. Ya no regresaría a la casa de la anciana. Había vuelto una última vez como despedida, para ver en qué situación quedaba ella. Un postrer gesto de fidelidad. Gesto que no evitó que se llevara una bolsa de basura llena de todas las conservas vegetales que quedaban en los armarios. Se llevó lo poco que habían dejado en la cocina sus fieles sirvientas antes de abandonarla una a una. Al menos, él había tenido el detalle de dejarle una jarra de agua y una bandeja de galletas a mano. Cuando cerró la puerta blindada de ese piso tras de sí, tuvo la seguridad de que nadie la volvería a abrir.



Un día después de
la escena de la condesa Waldburg.

El general Von Runsfeld. Un despacho del Cuartel de la IV Brigada de Infantería Ligera. Dos militares sentados uno frente al

otro en una sala de juntas vacía, iluminada con una luz fría.

-Coronel Klauffelberg, esto ya no tiene solución. ¿Me ayudará a sacar a la Familia Imperial de esta ciudad?

-Mi general, ¿cree en serio que no hay ya esperanza?

-No tengo la menor duda. ¿Sabe lo que le pasó ayer a la condesa Waldburg?

-No.

-La encontraron llorando en el salón, sola, abandonada de todos en su gran piso. Llamó a mi hermano ayer. Llevaba probando números de teléfono desde hacía una hora. Unas veces los teléfonos no funcionaban, otras nadie contestaba, otras, cuando por fin le contestaron, le dieron evasivas. Al final su sobrino, mi hermano, se apiadó de ella y dijo que haría lo posible por rescatarla. Cuando estas cosas pasan, es que todo se está hundiendo.

-Entiendo.

-Yo, desde luego, me marchó, pero pienso organizar antes la salida de la Familia Imperial.

-¿Piensa comentárselo al Emperador?

-Carece de sentido hacerlo.

El coronel se quedó pensativo por un segundo, después dijo:

-Está bien, cuente conmigo. ¿Cuántos hombres tiene la intención de llevarse?

-Cuatrocientos.

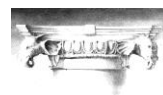
El gesto del coronel le indicó que le parecían muchos, demasiados. Estaban en medio de una guerra con Oriente. Y la guerra no iba bien. El general prosiguió impasible:

-La VIII Brigada de los Dragones... sabes que llevo dos años mimando ese cuerpo. Les he visitado personalmente cada mes. He establecido lazos personales con todos sus oficiales. De las quince brigadas de la III Columna que estaban bajo mi mando desde hacía cuatro años, a este cuerpo lo he

mimado. Todo el mundo sabía que era mi brigada favorita. Cuento con su obediencia directa a mi persona. ¡Obedecerán mis órdenes!, de eso no me cabe la menor duda. Tenía la certeza de que en un momento dado, tal como iban las cosas, iba a necesitar una brigada de mi más absoluta confianza en cuanto a la obediencia. Sabía que llegaría el día en que no necesitaría cien millones más de euros, pero que sí que necesitaría un cuerpo fidelísimo a mis órdenes. Hay cosas que ahora el dinero no puede comprar. De la brigada he escogido a cuatrocientos efectivos que saldrán conmigo de la Urbe.

-¿Siempre pensó que la Guerra derivaría hacia esto?

-No, una guerra de estas dimensiones nunca entró en mis planes. Pero creía que era posible que, debido a las muchas conjuras que reinaban en la corte, yo podría tener la necesidad de recurrir a algún tipo de escudo. Me refiero a la necesidad de tener hombres armados fieles a toda prueba. Pensaba en las conspiraciones que cada vez más rodeaban al emperador. Un cuerpo así podía ser necesario, bien para actuar ofensivamente, bien para defenderme antes de huir precipitadamente.



Otra reunión el mismo día por la mañana

En otra sala del mismo cuartel. Otra sala de reuniones. Alrededor de una mesa ovalada, el marqués de Winchester, el duque de Bretaña, y tres mujeres antes poderosísimas de la dinastía Lambsdorff. Nadie presidía, había sentados tres a cada lado. El general finalizó su intervención con estas palabras:

-Sí, es exactamente así Lara. Se quedarán aquí. No podemos llevarnos más

que a los miembros sanos. Todo aquel que requiera una atención médica medianamente costosa, se queda aquí. Sé que es duro. No pongas esa cara. No podemos llevar con nosotros una carga humana que no podamos soportar. Y el segundo criterio también ha de quedar muy claro: sólo los miembros de la Familia Imperial se vienen, los demás se quedan aquí. Cada miembro podrá llevarse a su consorte y sus hijos. Pero a nadie más, y eso incluye a los padres y hermanos. No me importa que sea el hermano del conde de Duparchy o el que sea, se queda aquí.

-¿Y no se puede esperar al menos... dos días? ¡Mañana es excesivamente pronto!

-Mañana –le cortó el general- es demasiado tarde. Si por mí fuera, me marcharía ahora mismo. Pero les doy un día.

-Avisar a todos en un día va a ser muy difícil.

-Pues al que no le llegue el aviso, se queda aquí –insistió el general-. Mañana partiremos a las 10:30 de la mañana.

-¿Y qué se podrán traer? –gruñó otra millonaria.

-Lo que deseen –respondió el conde-. Las bodegas son viejas pero grandes. No las llenaremos. Que se traigan lo que de verdad deseen conservar. Lo que dejen aquí se perderá. Llevaremos raciones militares como para resistir más de tres o cuatro años, además de varias toneladas de harina por si las cosas se ponen mal. Cuatrocientos hombres armados velarán para que a nadie se le ocurra acercarse a nuestra extensa propiedad. Aunque nos vamos a establecer en un lugar apenas habitado, si hace falta rechazarán al gentío que trate de atravesar nuestras cercas.

-¿Dónde vamos a ir? ¿Tiene ya preparado algo allí?

-Se trata de una hacienda agrícola vacía con un caserón en el medio de ocho barracones. Encargué a cuatro personas que

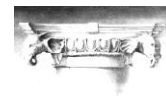
compraran esa finca hace dos meses, dos coroneles con cien de mis hombres ya nos esperan allí.

-No sé si Bostwana es la mejor elección.

-Es el último rincón del mundo. Un rincón perdido entre los cien mejores rincones perdidos en el mapamundi. Allí se olvidarán de nosotros. Nos sentaremos y esperaremos la conclusión de toda esta guerra y esta anarquía.

-Ya, pero podríamos buscar mejor un país que...

-¡No hay tiempo! O abandonamos el barco ya o nos hundimos con él.



Al día siguiente

Los reactores estruendosos y poderosos de la aeronave carguera, de líneas no muy bellas y algo vieja, despegó verticalmente de uno de los desiertos muelles de atraque de la Estación Central tomada por el Ejército. Pesada, lenta, la aeronave enfiló su proa metálica rumbo sursuroeste. Sus aceradas paredes, algo oxidadas, faltas de cuidado, no estaban a la altura de los pasajeros que sentados en sus butacas desde las ventanillas miraban por última vez su urbe querida.

Ellos no lo sabían, pero media hora antes de partir había aparecido por el muelle un general de Estado Mayor, el general Woikiewicz. Había aparecido por allí, por el muelle de atraque, paseando, como si tal cosa, deteniéndose a contemplar las operaciones de carga. Advertido por sus subalternos, Runsfeld había bajado al muelle.

Intercambiaron frases cortas en medio de una gran tensión. Tras un minuto que se hizo interminable, el general Woikiewicz,

como si tal cosa, le había dicho a Rumsfeld: el Emperador sabe lo de vuestra partida.

Rumsfeld encajó la noticia con rostro impenetrable. Como no dijo nada, el general Woikiewicz prosiguió:

-No te preocupes, podéis marchar.

-¿No hay ningún mensaje?

-Ninguno, me ha dicho que me pasara por aquí, sólo para que no creas que no tenía ni idea de vuestra partida. Él no me ha ordenado que te comunique nada. Lo que sigue es mío: las ratas son las primeras en abandonar el barco.

El general Woikiewicz como despedida le tendió la mano sin afecto, le saludó a la romana desganado, alzando el brazo sólo hasta media altura, y con un gran taconazo, dándose media vuelta se marchó a paso ligero, asqueado por la actitud de su colega y sin compartir para nada la pasividad de su emperador. El Emperador no se hubiera opuesto a que la Familia Imperial abandonara la Urbe, y qué mejor que un general para protegerlos. *Por otra parte, incluso allí mis designios les alcanzarán.* Eso era justo lo que comentó el emperador Divus sanctus cuando miraba meditativo por un gran ventanal con el general Woikiewicz a sus espaldas.



Tres días después, ya instalados en la finca.

El general Rumsfeld regresaba de la cerca exterior, con otros oficiales, venía de organizar los planes de defensa de la hacienda en la que ya se habían instalado. El coronel Bernard Sazama iba sentado a su lado en el asiento trasero del todoterreno. Sazama comentó entre dientes: una nueva Roma africana...

El general conocía las fantasías de su lugarteniente. Sazama era un optimista. Rumsfeld no compartía esa visión feliz. Él había comenzado toda aquella empresa porque es un instinto básico el hacer algo para no perecer, pero no se hacía ilusiones respecto a la supervivencia. Había organizado todo, pero lo había organizado desde el realismo. Su subordinado, por el contrario, desde el primer día quedó entusiasmado con el proyecto. Creía que cuando todo rastro de civilización se hundiera en casi todas partes, ellos podrían recomenzar. A veces, ante el silencio de su superior, fantaseaba acerca de cómo habría tres ramas de la Familia Imperial: la rama europea, la que se había dispersado y la rama africana. Creía firmemente que predominarían la rama europea de la Familia Imperial y la africana, siendo ésta última la que sería más poderosa y la que al cabo de generaciones reconquistaría Europa.

Rumsfeld le escuchaba refugiado en un silencio condescendiente, Sazama era un iluso. En las comidas, en la cafetería, el subordinado le daba vueltas al tema de qué nombre habría que poner a aquella hacienda. Decía que las águilas habían levantado el vuelo de Roma y que, dado que se hallaban en África quizá habría que hablar de leones, los leones imperiales, la dinastía de los leones. Rumsfeld consideraba todo este tema del futuro de esa hacienda, como un signo de inmadurez. Quizá un mecanismo inconsciente para no perder el optimismo y no dejarse vencer de la depresión. Al cabo de una semana, Sazama le dijo que el mejor nombre para el lugar consideraba que era el Baluarte de las Águilas.

Otro día, en el todoterreno, Sazama le comentó: *¿Se imagina, señor? Quizá algún día aquí habrá un nuevo foro. Grandes*

avenidas, edificios de mármol, estatuas colosales como las de Roma.

El general, antes de bajar del vehículo, miró al oficial. Era evidente que contra toda racionalidad, Sazama seguía pensando que podrían resistir allí los efectos de una lejana guerra nuclear. Runsfeld no dijo nada, no tenía por qué amargar a nadie su esperanza.

El general y su coronel entraron en una gran estancia del caserón central de la hacienda, una sala repleta de cajas casi hasta el techo. Cajas de casi todos los tamaños. Allí, unas treinta personas de las traídas de la Urbe, buscaban las marcadas con sus nombres. Una anciana de ojos azules y gesto prudente indicaba a los soldados allí presentes que ya había encontrado su caja y que podían trasladarla a su habitación. En esa caja había una armadura medieval de un antepasado suyo, tres collares de esmeraldas y dos bustos de mármol. Otro anciano no muy lejos de ella había encontrado su caja, llena de estuches donde estaban clasificadas una gran cantidad de monedas de plata y oro, también contenía dos carteras de mano llenas de escrituras notariales y otros documentos. Escrituras que pronto marcarían unos límites imaginarios sobre una tierra de nadie.

Más a la derecha, una caja, todavía cerrada, guardaba varias espadas. Otro se había traído consigo un clavicordio y partituras originales de Mozart y Debussy. Otra caja, al fondo de la sala, contenía rollos originales de la película *Metrópolis*. En varias de las cajas que dejaban detrás yacían acolchadas y empaquetadas con toda precaución las joyas de las coronas de Holanda y Noruega. Sazama al pasar junto a las cajas comentó: hemos traído aquí lo mejor de una civilización. Runsfeld pensó con gesto agrio que habían traído todo aquello para enterrarlo en esas tierras africanas.

El general Runsfeld y el coronel Sazama salieron de allí y atravesaron distintas estancias donde ya se habían acabado de instalar dormitorios y cocinas. El general le indicó a su subalterno:

-Debemos mantener las guardias alrededor de cada tramo del perímetro dos veces a la hora, aunque de momento no haya ningún peligro concreto. Y los entrenamientos seguirán como en Roma, con el mismo horario. Hay que mantener la disciplina. Si comienzan a relajarse, también nuestra autoridad se relajará. Todo sigue igual que en el cuartel de la Urbe. ¿Entendido?

-Sí, señor.

Ciudadano Abel Mann



La pupila del ojo aparece perezosa, negra y redonda entre los párpados entreabiertos, casi cerrados. La faz obesa de Abel Mann se muestra inmóvil, como si durmiera, sus párpados entornados. Sus ojos sin prisa miran, nada en concreto. Hay un silencio perfecto.

Abel está tumbado. Sus 180 kilos reposan sobre las agradables telas color hueso del sofá que transmiten una sensación de calidez, de maternal caricia. Abel no es un hombre joven, esos ojos han visto transcurrir ya sesenta y tres años. Son las doce del mediodía. Un silencio perfecto reina en su piso de lujo, en la altura veinticuatro del corazón de Manhattan. Abel disfruta del silencio. Cuando la abundante fortuna de uno está tasada en billones de dólares, a uno le gusta disfrutar de la tranquilidad y puede darse el lujo de pagar esa tranquilidad..

El piso número veinticuatro tiene sus ventanas orientadas a Wall Street, directamente sobre esa calle. Desde la ventana del mismo salón puede verse la célebre fachada de la Bolsa, con sus columnas, su frontispicio, sus tres banderas ondeando ligeramente. Los trescientos metros cuadrados de aquel piso le habían costado una fortuna. Cada metro cuadrado, justamente en ese edificio, ya valía de por sí una fortuna. La mayor parte de la gente ni con el trabajo de toda una vida hubiera podido pagarse ni un metro cuadrado en aquel exclusivo rascacielos. Cuando se mudó allí, hacía ya diez años, el magnate había unido dos pisos y rehecho la decoración interior. Tres años después había comprado también el piso de

abajo, un piso pequeño, para el servicio doméstico y el equipo encargado de su seguridad: catorce hombres en total, día y noche.

El obeso, inmóvil, amodorrado, aburrido, plantó su mirada en la lejana pared blanca de enfrente. Todas las paredes de la casa eran blancas, perfectamente blancas y desnudas. La casa estaba decorada en un estilo minimalista, fruto de la profesionalidad de la más reputada firma de decoración de la Gran Manzana. Sus suelos, sus paredes, sus techos, todo de una uniforme blancura casi más propia de un lienzo que de un lugar real.

Sobre aquel espacio era imposible encontrar ni una mota de polvo, ni una leve mancha. Casi no había muebles, el minimalismo reinaba en toda su severidad. El poco mobiliario presente era de superficies tan blancas como aquellas paredes. En medio de aquella uniformidad cromática, no obstante, se podían distinguir los tonos hueso de los tres sofás, los tonos lechosos de un par de mesas. El ventanal del salón se abría desde el suelo hasta el techo. Transparente para Abel, absolutamente opaco para el curioso que mirase desde la calle. Un ventanal extenso, con unas vistas estrechas, con unas perspectivas encajonadas por los rascacielos colindantes y las construcciones de enfrente, pero aun así se trataba de una formidable perspectiva.

Sobre las paredes, nada. Únicamente cuadros de Kandinsky. En el centro de la blanca pared, un lienzo blanco con unos trazos negros rectilíneos y curvos. En la otra pared, un lienzo azul marino con unas manchas pequeñas y negras y un trazo rojo. En otra más lejana y oblicua, el último Kandinsky, rojo con unos difuminados tonos ocre. Todas las telas eran originales.

Aquellos lienzos abstractos no habían sido elegidos por su valor inherente, ni por el

objeto conceptual que representaran, sino, esencialmente, por sus colores sofisticadamente acordes con las paredes sobre las que iban a ir colgados. La casa era admirable, una obra de arte de formas puras. Su inquilino no entendía nada de todas estas exquisiteces que en el fondo abominaba. Pero había pagado a golpe de talonario todo aquello, eso era lo único que importaba: tener la certeza de que él había pagado para estar rodeado de lo mejor.

Abel Mann, en aquel año 2199, estaba considerado entre los doscientos hombres más ricos del mundo. Exactamente ocupaba el puesto 149, según la última lista del cotilleo más autorizado. Y ahora estaba recostado, casi tumbado sobre aquel blando sofá de tela, sin esquinas, sin estructura rígida, mullido como un colchón de agua. Los ojos del sesentón, desde aquella cara obesa, miraban con un ligero toque de tedio la pared de enfrente. Aquellos ojos vigilantes. Vigilantes y pensativos en medio de un rostro aparentemente semidormido, en un cuerpo recostado, abandonado a la blandura de aquel sofá, con los miembros semiextendidos e indolentes.

Sin mover ni un músculo del cuerpo, sin variar su gesto inexpresivo, sus pupilas miraron los guarismos digitales del reloj encajado en una de las paredes. El reloj seguía su curso, la hora estaba a punto de cambiar. Llegó el segundo preciso y tres guarismos cambiaron: eran las 12:00. Eran números fríos, rectos, silenciosos, glaciales, de gran tamaño, ocupando por entero una pantalla encuadrada en marco blanco. Era el mediodía. La voz de una radio comenzó a sonar. A esa hora siempre se conectaba automáticamente la voz radiofónica de un canal económico.

DH sube 3 puntos
BBR sube 0,3
RW Corp. baja 0,5

El grupo Rechtwulf sube 8
Tyrell baja 1,3
Dan & Shonw sube 4,1

La lista continuó quince títulos bursátiles más. Después añadió algunas consideraciones:

El grupo bancario Creditfrancais sigue mostrando una preocupante figura bajista, confirmada tras agotar todos sus intentos de rebote en la media exponencial.

La operadora de telefonía danesa GRAUSCHWERF continua su pronunciada estructura alzista desanimando a los inversores a recoger beneficios y más bien por el contrario manteniendo la perspectiva de un nuevo tramo de alzas.

Abel escuchó todos los comentarios en silencio, con oído atento y experto. No necesitaba que nadie le explicara qué significaba cada punto arriba o abajo. La voz radiofónica se desconectó. La desconexión también estaba programada coincidiendo con el final del informe. Abel Mann había escuchado inmutable el boletín bursátil, sin moverse, sin manifestar ninguna emoción. El hombre de negocios se llevó las manos a la cara, se la frotó para desperezarse. Por un momento un color rosáceo amaneció en sus mejillas. Después sus mejillas, su papada, sus gordos mofletes de carnes flácidas tornaron a su tono blanquecino.

Sus ojos saltones, azules, se volvieron hacia la pantalla que tenía enfrente. Eran las 12:09, iba a iniciarse una videoconferencia. A esa hora siempre aparecía cumplidor y fiel como un reloj, el rostro de su administrador que le informaba de las incidencias de la jornada anterior y de cómo iba el mercado en lo que iba de día.

Las incidencias en sus inversiones... Para Abel Mann el mundo entero no era otra cosa que las incidencias en sus productos financieros. La videoconferencia con su

administrador ya estaba sonando. El millonario tocó un botón para descolgar.

-Buenos días, señor Mann.

Abel respondió al saludo con un movimiento de cabeza. El secretario dio comienzo a su informe:

-No ha habido nada especial hasta el momento. Tan sólo destacaría la evolución de los valores relacionados con el sector tecnológico y TPI. Esperamos que se comience una tendencia de recogida de beneficios después de los días de euforia desmedida. Los valores, tal como hablamos, se empotran al límite y vuelven a abrir con bandas más amplias. En fin, fuera de esto hay que decir que en general los valores bancarios se están intentando consolidar. Entre otras cosas porque están cómodos en cuanto a liquidez.

El millonario dejó a su administrador hablar hasta el final. Cuando acabó, Abel miró otra pantalla de la derecha y comentó en tono monótono:

-Veo un gráfico alcista en la compra de minerales. Creo que el precio de las empresas mineras de Sudamérica pueden verse empujadas hasta llegar a los 308 dólares.

-Sí, yo también lo creo. Lo vamos a tener en cuenta.

Eso era todo. Allí acabó la conversación. El magnate nunca hacía demasiados comentarios después de escuchar aquellos informes, aunque los que hacía eran atinadísimos. Al fin y al cabo, Abel había llegado adonde había llegado entre otras cosas por ser un tiburón de las finanzas al que no se le escapaba nada. En materia financiera no se le escapaba ni lo grande ni lo pequeño. Cuando el millonario hacía sus comentarios al informe matinal hablaba de un modo lento y

glacial. A su administrador siempre le hablaba como si le estuviera dictando.

Tras sus indicaciones, con brevedad se habían despedido y la pantalla había vuelto a quedarse muda y gris. Otra vez era una opaca superficie oscura e inanimada. Abel se levantó del sofá por fin. Operación que no realizaba sin una acostumbrada sucesión de resoplidos. Hacía años que no podía incorporarse y después ponerse en pie, sin acompañar la acción con una retahíla de fatigas y sucesión de esfuerzos menores. Ciento cincuenta kilos eran muchos kilos. Pero los años le habían acostumbrado ya a eso. Hacía muchos que andaba con ese paso pesado, bamboleante, pausado. Sin prisas se dirigió hacia el ventanal, claro y luminoso con la luz del mediodía.

De pie, justo delante del cristal miró hacia abajo. Le gustaba mirar hacia la calle, era algo que hacía a menudo. Más que dirigir sus ojos hacia el cielo o al edificio de enfrente, le distraía pasar el tiempo mirando a la gente y a los vehículos que transitaban a ras de suelo. Aunque habitando aquel piso desde hacía diez años, repitiendo aquella operación varias veces al día, ya se conocía aquel paisaje urbano hasta en sus más pequeños detalles. Conocía cada palmo del edificio de enfrente, cada una de las cuatro cúspides puntiagudas de los rascacielos que se divisaban desde aquel ángulo. Las masas arquitectónicas siempre se mostraban inmutables, sólo la calle abajo se mostraba como un conjunto cambiante. Afortunadamente el grosor de aquellos vidrios, con su cámara estanca interna, le proporcionaba un silencio nunca alterado. Dentro de su piso reinaba un silencio imposible de conseguir ni en el más deshabitado espacio campestre. No en vano antes de mudarse a ese piso, había mandado levantar suelos y techos para colocar

pesadas láminas con varias capas de metal y material aislante. Le había costado insonorizar el piso, pero ahora gozaba de un silencio eremítico. Desde aquel silencio, desde la altura de su piso contemplaba toda esa gente ir y venir por las aceras, acelerada, con sus gabardinas, con sus maletines, aquellos vehículos transitando en un sempiterno atasco, con sus conductores hablando en su interior desde sus teléfonos móviles, cada uno con sus negocios, cada uno con sus ambiciones.

Abel estuvo con la vista puesta en la calle durante diez minutos, después se volvió, retrocedió sus pasos, se plantó frente al lienzo de Vassily Kandinsky *Vers le blue*. ¿Cuántos millones le había costado aquella tela? Tenía su mirada fija sobre aquellos colores, chillones pero armoniosos, sobre aquellas formas imposibles, conceptuales, la abstracción en su estado más puro. Pero era una mirada aburrada, perdida, no trataba de comprender. Después siguió andando, merodeó por el gran salón. El gran salón estaba rodeado en dos de sus lados por varias habitaciones mucho más reducidas y conectadas entre sí. Pero el magnate hacía su vida en aquel gran salón, sólo el salón contaba casi con doscientos metros cuadrados.

Sonó el leve sonido electrónico rítmico, casi musical, en una pared. Abel se acercó, tocó un botón, se abrió una portezuela, la portezuela de un torno que provenía del piso inferior. Desde el piso de abajo, cada día a esa hora, el servicio le subía por aquel torno vertical el almuerzo. Al abrir la pequeña puerta, su nariz respingona, donde se atisbaban ramificaciones de venas rojas, olfateó la comida caliente.

-Otra vez puré de guisantes, otra vez puré de patata con sabor a chuletas de Sajonia y setas. Al menos, gelatina sabor fresa de postre.

Con la bandeja en las manos llegó resoplando hasta una larga mesa de cristal. Una gran plancha de cristal sobre dos grandes bloques de pulido mármol blanco. Estaba harto de esos menús.

-Trabajas toda la vida para poder comer lo que quieras. Y cuando puedes permitirte comer lo que quieres, ya no puedes comer nada.

Aquello de pasarse trabajando toda la vida para comer lo que quisiera, era una broma, Abel había nacido en una familia millonaria. Pero lo que no era una broma era que tenía que perder kilos. Llevaba años haciendo regímenes. En realidad, los últimos quince años habían sido un inacabable régimen de pérdida de peso. O mejor dicho, un encadenamiento de diversos regímenes. Pero lo que perdía un día, lo ganaba al día siguiente. Lo que perdía con sangre, sudor y lágrimas en una semana, lo ganaba arrolladoramente en la semana posterior. El régimen dietético se había convertido para él en una especie de institución penitenciaria que le seguía a todas partes. Pero las fugas de esa invisible prisión dietética eran usuales. La dieta es una prisión sin barrotes ni grilletes, repetía. Claro que a base de saltar la valla de esa cárcel dietética, su cuerpo se había convertido casi en una prisión de 180 kilos de peso.

Había dado órdenes terminantes de que no se le obedeciera cuando telefonara al servicio, en el piso de abajo, pidiendo más comida. Pero finalmente no solían pasar más allá de cuatro días hasta que no podía aguantar más y ordenaba que se pusiera fin a su misma orden. Aquello era una contraorden a la orden de no aceptar contraórdenes. El servicio ya estaba acostumbrado a este comportamiento errático. Cuando un millonario caprichoso y de mal carácter y que es tu jefe está hambriento, hambriento de

verdad, y te ordena bajo pena de despido que le consigas de inmediato una langosta o un solomillo con salsa roquefort, se lo consigues. Algún miembro del servicio que se tomó muy en serio lo de no aceptar contraórdenes había sido despedido fulminantemente. Este tipo de mártires de la obediencia al jefe, no abundaban. Pero los que llevaron al extremo la imposición de no aceptar contraórdenes, comprobaron que el jefe no se preocupó mucho en resarcir a los despedidos. Quizá la vergüenza de no aceptar la propia debilidad, de tener que reconocer la propia extralimitación. Quizá la falta de costumbre para admitir los propios errores. En esos casos, prefería pasar página y no tener que volver a llamar al individuo al que había gritado y amenazado.

La voluntad de Abel estaba muy debilitada. No se había negado ningún placer nunca. Y ahora, a sus sesenta y cuatro años, no era momento de empezar. Su cuerpo le pedía comer y ya había probado todo; ya había probado todo para dejar de comer. Su cuerpo no aguantaba más liposucciones, ni su hígado más pastillas de disolución de grasa, ni sus defensas más productos metabólicos de inhibidores de asimilación de calorías. Su cuerpo ya había probado todo, se conformaba con no seguir engordando. Si le daba un infarto, se operaría. Si había que someterse a un trasplante, se sometería. Aceptaba su futuro con resignación. Mientras tanto, su cuerpo aguantaba.

Abel se sentó en la mesa con la bandeja delante. Buscó su mando a distancia. Tecléo un número. En la pantalla situada frente a la cabecera de la mesa, apareció Ivonne Delclaux. La pantalla extrafina estaba colocada a propósito en aquel lugar, porque Abel hablaba con alguien todos los días a la hora de comer. Usualmente hablaba con ella,

con Ivonne, aunque a veces cambiaba de interlocutor. Pero siempre a esa hora tenía alguien con quien charlar. O una amistad, o un pariente, o algún subordinado de confianza. Las citas para la comida estaban a cargo de su secretaria. Abel hablaba con jocundidad mientras comía. Reía, era locuaz, amenizaba la conversación con anécdotas. Se había acostumbrado a almorzar así y disfrutaba de esos coloquios a distancia.

La comida había acabado. Bien frugal, para complacer a su médico. Hoy se sentiría contento. Hoy se había esforzado, se había contenido, había sido sumiso al plan. Se esforzaba mucho, pero había días en que no aguantaba más hasta la lejana noche y ordenaba que le trajeran de inmediato una pizza de cuatro quesos con anchoas y alcaparras. Una de esas pizzas recién horneadas, jugosas, calientes y blandas, humeantes, a veces con trocitos de jamón, a veces con sus aceitunas saladitas rellenas de pimienta, otras con su bacon churruscadito salpicado de orégano y albahaca. Pero eso era como un sueño, ahora debía mortificarse, aquella pizza era una utopía.

Abel era un hombre sencillo. Nada de banquetes compuestos por exóticas recetas o delicados manjares estrambóticos. Lo suyo eran los gustos sencillos. Las grandes aficiones de su vida eran la pizza, los partidos de fútbol americano, los dibujos animados. Él se consideraba a sí mismo como un representante de la clase media americana, como un representante del hombre sencillo que, según él, era el pilar, el sano pilar, de esa nación. *América, repetía, es una nación de hombres sencillos, es un país dominado por la clase media. Estamos muy lejos de los refinamientos aristocráticos de la vieja Europa. Estamos muy lejos de sus refinamientos, de sus manías y de sus prejuicios.*

Una cosa era verdad y es que el modo de vida de aquel millonario ya no variaba porque tuviera mil o diez mil millones más. Disfrutaba viendo su cuenta engrosarse. Pero su tenor de vida ya no cambiaba. Hacía mucho que había dejado de cambiar. Engrosar sus cuentas bancarias ya era tan solo como obtener más puntos de victoria en un partido. Era cierto que se trataba de un hombre de gustos sencillos.

Abel dejó de nuevo la bandeja vacía en el torno vertical. Y se dirigió a una mesa donde aguardaban papeles para revisar. Papeles que trataban acerca de las previsiones de que la Reserva Federal iba a tomar la decisión de subir los tipos de interés un 0,11%. Informes alcistas en tal o cual valor. Nuevas bajadas por presión del papel en el sector del acero. Y cosas así. Para Abel aquellos papeles tenían vida, esos números subiendo y bajando eran su vida. Él vivía los movimientos de la economía y estaba avezado a ellos. El mundo de la inversión y la especulación eran su mundo, como el mar lo era para un marinero.

Pero por mucho que le gustase su trabajo, una hora después, al levantarse de aquella mesa, volvía a encontrarse solo. Ni las abundantes y largas llamadas que realizaba a lo largo del día, usualmente más de cuarenta, ni los ratos frente a la ventana o al televisor, podían soslayar la soledad en la que se encontraba. Aquel hombre con un patrimonio que hasta resultaba difícil de calcular, era un prisionero. ¿Por qué?

La razón había comenzado a aparecer veinte años antes, aunque al principio con una intensidad moderada. Al principio nadie le dio importancia, ni su médico. La razón tenía un nombre: germenofobia. Hacía veinte años había comenzado como una manía, como una extravagancia sin demasiada importancia.

Pero poco a poco, año tras año, aquella manía se había transformado en una obsesión. Durante varios años se había logrado mantener en secreto bastante bien, aunque pronto no pudo ocultarse el hecho de que se lavaba las manos más de cincuenta veces al día. Pronto su obsesión por la limpieza, sus berrinches al personal encargado de ella en la casa, las órdenes cada vez más complejas y meticulosas al servicio, comenzaron a traspasar la raya de lo extravagante para convertirse en una fuente de muy seria preocupación entre sus más íntimos colaboradores.

Abel era consciente de que estaba traspasando la raya de lo razonable, su médico comenzó a tomarse en serio el asunto. Pero un hombre de tantos billones, un hombre que nunca se ha negado nada, no está en disposición de hacer esfuerzos ni sacrificios. Hubiera pagado lo que hubiera hecho falta para librarse de sus miedos a los gérmenes e infecciones, pero no estaba dispuesto a mantener un esfuerzo constante por enderezar su comportamiento. La lucha contra sus miedos pronto comenzó a convertirse en una pesada batalla, en un abrumador esfuerzo. Pagó a los mejores psicólogos, buscó a los mejores psiquiatras. Gastó dinero. Pero no estaba tan dispuesto a esforzarse, como a gastar. Finalmente cedió y optó por convivir con sus miedos. Al principio, se consideró a sí mismo como un caso perdido. Después fue justificándose en un proceso en el que defendía que, en el fondo, él era el que tenía razón. Y si no era así, cada uno tenía sus manías. Y la suya era ésa, así que los que quisieran tratar con él, debían aceptarle como era. *Deben aceptarme como soy. Al menos, mi manía no hace daño a nadie.*

Y así, cada año, había ido incorporando nuevos medios para protegerse de todos los virus, bacilos y bacterias del

mundo. La limpieza del interior de su casa era diaria y meticulosa. Exigía al servicio cambiarse de zapatos al entrar en su piso. Después fue exigiendo medidas cada vez más estrictas respecto a su comida. Posteriormente, fue prefiriendo hablar con la gente por videoconferencia mejor que personalmente. Cada vez era más renuente a salir de su casa. En el interior de su *hogar* se sentía seguro. No sólo sanitariamente, sino también seguro frente a secuestros y actos delictivos. Las medidas de seguridad de su lujosa vivienda habían corrido parejas a las medidas sanitarias.

Finalmente, desde hacía un par de años, había alcanzado un cierto statu quo con sus miedos y temores. La última salida de su casa, de su hermético amplio habitáculo más bien, la había hecho hacía cuatro años, y hacía dos años que no había permitido a nadie extraño entrar en su morada. Había fijado en treinta las veces que se lavaba las manos al día. Es decir, se había autoimpuesto no sobrepasar esa cifra.

La comida era subida en un torno. La atmósfera de la casa formaba una cápsula estanca, donde la temperatura jamás bajaba de 25 grados, la humedad era constante, los niveles de polen y polvo controlados, las cotas de oxígeno y ozono controlados. La presión del aire de la casa era superior a la de fuera. De forma que si había una apertura, el aire salía, pero no entraba. Los sirvientes ingresaban por la puerta de entrada enfundados en un mono que les cubría hasta el cuello. Cuando ellos entraban a sus horas fijadas, el millonario se retiraba a su habitación. No salía hasta que el jefe del servicio le comunicaba que ya estaban abajo. Los días pares, cuando limpiaban su habitación, él se retiraba a la habitación contigua, de forma que nunca entraba en

contacto con extraños cuyos pulmones, cuyas gargantas, le parecían verdaderos cultivos de bacilos.

Aquel hombre profundamente millonario, era un prisionero. Encarcelado en su propia casa, encadenado a sus propios miedos. A sus sesenta y cuatro años había descubierto que varios billones de dólares crean la sensación de omnipotencia, la sensación de que cualquier deseo debe ser realizado y va a ser realizado. Pero una masa tal de billones tiende a crear a su vez miedos descontrolados, temores que se desbocan.

La gente normal llega un momento en que tiene que enfrentarse a la realidad. Pero billones de dólares te permiten adaptar la realidad a tus propios miedos. El dinero, cantidades ingentes de capital, te permiten crear un entorno adecuado a tus propias turbaciones y aprensiones. Puedes redecorar no solo tu casa, sino también tu entorno humano. Si tu fobia no resiste algo de tu ambiente, puedes cambiar el ambiente. De forma que el dinero se convierte en una especie de sucedáneo de la medicina. No en una medicina que cura, pero si en un paliativo de tu patología.

Claro que, en cierto modo, tantos billones de dólares se convierten por su propia magnitud en una enfermedad para su portador. Esa masa de dinero constituiría de por sí un problema insoluble si no fuera por el hecho de que nadie se los encuentra de golpe, sino que se van generando de modo paulatino, de manera que los mecanismos para gestionarlos y reinvertirlos y preservarlos se van articulando de modo progresivo. Pero aunque uno pueda ir estructurando mecanismos para encauzar de algún modo ese océano fluido de capital, lo que no se puede encauzar de ningún modo es el carácter intrínsecamente patológico, mentalmente

perturbador, que ofrece esa sensación de poder, esa impresión (no del todo falsa) de que todo es posible con sólo desearlo. Así la relación deseo-realización se va convirtiendo en una costumbre, con los años en un vicio. La voluntad se debilita y encima todos los que están a tu alrededor te dicen que eres el mejor hombre del mundo, y que no eres tú el equivocado, sino los otros. Poco a poco el *enfermo de poder desmesurado* va notando en las conversaciones que es él el que habla casi todo el rato, que casi todos confirman lo que uno dice y que todos le escuchan con agrado, asintiendo, sonriendo. De esta manera, se llega al día en que uno descubre que su primer matrimonio ha fracasado y el segundo y el tercero. Llega un día en que se descubre que la voluntad no está ejercitada más que para mandar, y que los que estaban a tu alrededor al comienzo, ya no te aguantan.

Abel no se consideraba un bicho raro, si echaba la vista a los 148 magnates todavía más ricos que él, encontraba manías tan anómalas como las suyas. El repertorio de ese centenar y medio de los más poderosos del mundo estaba cuajado de una cuarta parte de alcohólicos, de quince casos de pedofilia, una novena parte de ellos estaban aquejados de alguna afección mental, al menos leve, y sólo un 2% mantenían su pareja inicial.

A la excéntrica millonaria Lana Haana le había dado por gastar en cada fiesta de su célebre mansión no menos de cien millones de dólares. A Markus Glazeb le había dado por los castillos inmensos, un deseo desmedido hacia estos, algo que rozaba la paranoia. A Benjamín Tenbritt su pasión y capricho por los amantes exóticos de ambos sexos le había llevado a gastar cifras que parecían sencillamente imposibles, cada vez más imposibles. A Gulman de-Herib le había dado por el masoquismo. Sí, la afición de Abel Mann de mantener limpia su casa,

aunque patológica, entraba casi dentro de lo relativamente razonable. Por lo menos, en comparación con las manías de algunos de sus compañeros de lista, era una peculiaridad de lo más razonable e inofensiva.

En la pantalla que tenía frente a sí, sonó el titilante sonido de una llamada. A esas horas debía ser su secretaria, cada día le llamaba para comunicarle alguna novedad si la había. Presionó un botón y apareció el conocido rostro de Lía su secretaria. Lía estaba acostumbrada a ir al grano, ésas eran las directrices y no perdía tiempo en cordialidades ociosas. Después de tres o cuatro asuntos de administración ordinaria, Lía le recordó:

-Pasado mañana es el cumpleaños de su hijo Marc. Ha vuelto a llamar para reiterar su invitación a que asista a cenar con él. También ha dicho que si lo prefiere, se desplazaría él a su piso.

Abel torció la sonrisa, se quedó pensativo y ordenó:

-Dejo a su imaginación el elegir una excusa para justificar mi no asistencia a su cena.

-Muy bien, señor.

-Ah, envíele una tarjeta y un regalo de unos 30.000\$.

-¿Alguna preferencia en el tipo de regalo?

-También dejo la elección a su buen gusto.

-De acuerdo.

-¿Alguna cosa más?

-La periodista Elisa Pereira le ha pedido una entrevista.

-¿La famosa Pereira de la NBC?

-Sí.

-Dígale que pienso que todos los periodistas son un atajo de serpientes, de serpientes rabiosas. ¿Queda claro?

-Sí, señor.

-¡De serpientes rabiosas y caníbales! Dígaselo bien claro. Son todos una manada de lombrices caníbales. Encárguese de decírselo con estas mismas palabras. No cambie ninguna.

-Sí, señor.

-¿Alguna cosa más?

-Ninguna.

-Pues hasta mañana.

-Hasta mañana, señor Mann.

La secretaria estaba adiestrada también a despedirse sin ceremonias, sin alargarse en cortesías ni deferencias. La pantalla volvió a quedarse muda, fría y cubierta con un tono apagado y grisáceo.

-Los hijos... quizá todos los grandes hombres están condenados a tener una descendencia inútil –pensó el magnate-. Lo he conseguido todo en esta vida, menos tener unos hijos que valgan la pena. Ni siquiera pretendía tanto, me conformaba con tener una descendencia presentable. Pero aquí se cumple aquel viejo refrán que repetía mi abuelo: *abuelos negociantes, padres señoritos, nietos pordioseros*. En una única frase sin verbo está resumida la historia entera de todos los linajes, dinastías e imperios. No importa si se trata de un linaje de industriales, de comerciantes, una dinastía de reyes, o la historia de un imperio o un reino. Todo está condensado en esa frase sin verbo.

Desde luego mis hijos me hubieran defraudado si hubiera tenido alguna expectativa puesta en ellos, como no tenía ninguna no me han defraudado. Aun así han estado por debajo de mis más pesimistas perspectivas. Les he pagado los más exclusivos colegios. He dispuesto para ellos los mejores tutores. He invertido ríos de oro en los preceptores más costosos, para ver si sacábamos algo de ellos. Pero nada. Ha de ser

algo que no funciona bien dentro de sus cabezas, algún gen que les haya transmitido su madre.

Claro que tratar de disfrutar lo máximo posible y esforzarse lo mínimo posible, debe ser un gen que está en la cabeza de todo el género humano. De forma que todos los grandes hombres estamos condenados a tener una descendencia inútil. Me hubiera conformado con tener una prole mínimamente presentable. Me hubiera conformado con muy poco. Menos mal que decidí tener sólo un hijo. Después volví a caer en la tentación, y tuve un segundo. Tal vez he tenido mala suerte con el primero, me dije. Por último me dio por probar con una hija. Menos mal que no me dio por repetir el experimento más veces. La hija ya falleció con su cuerpo carcomido por todas las drogas posibles. Apenas la pude reconocer en el depósito de cadáveres. Sólo estuve seguro de que era ella, cuando las pruebas de ADN que encargué me confirmaron que aquello que vi en la camilla era mi hija. En mi descendencia nunca he buscado cariño, porque si hubiera buscado algún tipo de afecto hubiera sido como para tirarme ventana abajo.

Lo de tirarse ventana abajo era un decir. Todas las ventanas del piso estaban selladas a sus marcos. Aquellos largos ventanales de un palmo de grosor eran inamovibles. El aire que renovaba la atmósfera interior entraba filtrado y descontaminado por los conductos de aireación. La casa nunca se ventilaba por entrada directa de aire.

La seguridad de ese piso era absoluta. No sólo los ventanales, la misma puerta blindada de entrada a su hogar contaba con nueve puntos de cierre. Nueve puntos con sus nueve gruesas y relucientes barras internas desplazándose de forma automática cada vez

que se abría o cerraba la puerta. No sólo el acero protegía la paz bajo su techo, catorce hombres del servicio de seguridad se turnaban en el piso de abajo 24 horas al día. Estaban armados con armas ligeras, pero estaban autorizados por el correspondiente departamento metropolitano a utilizar las armas de asalto si el caso lo requería, esas armas aguardaban en sus armarios metálicos si el caso lo requería. Cuando un hombre vale tanto, un hipotético equipo de secuestradores está dispuesto a planear cualquier cosa. Aunque bien sabía el magnate que secuestrar a alguien en pleno corazón de Wall Street era sencillamente imposible. Cualquier aviso de ataque que diera el servicio de seguridad de abajo, llegaría instantáneamente a la comisaría de la planta baja del edificio de enfrente. Y la comisaría de Wall Street no es una comisaría cualquiera. Sus equipos antidisturbios, antisequestros y antiterroristas eran impresionantes. Había una unidad de élite de trescientos efectivos en esa comisaría del edificio de enfrente. Abel se sentía seguro.

En cualquier caso, allí nadie corría riesgos. Cada mañana las dos personas de la limpieza, a pesar de ser conocidas de toda la vida, subían del piso de abajo al piso de arriba escoltadas por el servicio de seguridad. Los escoltas las acompañaban en el ascensor y allí se quedaban hasta que observadas por los circuitos cerrados atravesaban el exiguo pasillo, más bien vestíbulo, justo antes de la puerta de entrada. Aquella ceremonia se repetía cada día, era como el cambio de la guardia en Buckingham. Una guardia sin otro uniforme que sus corbatas y americanas, pero eficiente. Al millonario le costaba sentirse seguro, le costaba mucho dinero. Pero ciertas sensaciones, como la seguridad, cuestan dinero. Y hay cosas en las que no se puede ahorrar.

Sólo había un ladrón que podía entrar en la casa. Un único ladrón que no necesitaba ninguna fisura para penetrar. Un único ladrón que no sería captado por ningún circuito cerrado, que no sería detenido por ningún ejército de policías: la Muerte.

De momento su espectro no se atisbaba en ningún punto del horizonte. Su contorno no aparecía ni de lejos. Los informes médicos eran tajantes y llenos de garantías: hoy por hoy era un hombre sano. Para sus médicos el sobrepeso era el único punto preocupante por los problemas cardiacos que pudiera ocasionar. Sus médicos ya le habían dicho que si quería máxima seguridad no necesitaba esperar a que surgieran complicaciones, y que podía operarse ya. Un corazón mecánico o un trasplante orgánico, como prefiriera.

Pero hasta la fecha aquel músculo cardiaco con el que había nacido se hallaba dentro de límites no excesivamente preocupantes. Abel de momento decía que resistiría con su propio corazón. En cualquier caso, en cada habitación de su piso había un botón rojo (en realidad era como una esfera redonda, amplia y empotrada en la pared que se podía presionar con la palma de la mano) que una vez presionado activaba el protocolo de actuación médica de emergencia. Si no había contraorden de Abel en cinco segundos, la alarma sonaba en el segundo piso del edificio. Allí había siempre de guardia un equipo de cuidados intensivos, compuesto por cinco médicos que subirían de inmediato por el ascensor con todo el instrumental y los reanimadores. La pulsación del botón de emergencia abría de forma automática la puerta de entrada al piso diez segundos después de pulsado. En los simulacros se había estimado en veinte segundos el tiempo que transcurría entre la presión de ese botón y la entrada de los médicos en el piso.

Saber que en veinte segundos habría allí, en su mismo piso, un equipo UCI, suponía pagar los sueldos de aquel equipo 365 días al año. Incluso por la noche, cinco médicos dormían en sus puestos de guardia. Cuando de lo que se trata es de preservar la vida no se puede reparar en gastos. Si te gastas cientos de millones en un cuadro de Kandinsky, no puedes después ir tacañeando en mantener tu misma vida, repetía.

Y eso lo tenía muy claro, gastaría toda su fortuna si hacía falta con tal de mantenerse con vida aunque sólo fuera un año más, un mes o un solo día más. Para él mantener la consciencia sobre este mundo no tenía precio, porque para él después sólo había la oscuridad de la nada. La existencia de Abel podía parecer a muchos aburrida y tediosa, pero él estaba dispuesto a pagar a precio de billones, de toda su fortuna, esa misma vida de la que ahora disfrutaba. De momento estaba muy sano, pero algo tenía muy claro: en silla de ruedas, o en una cama conectado a una máquina, entubado o con todos los órganos trasplantados, todo lo que fuera preciso con tal de seguir sobre este mundo. Y si se trataba de alguna patología de remedio desconocido, gastaría los billones de los que dispusiera en investigación sobre esa patología. Sería generoso con fundaciones y universidades. Cualquier cosa con tal de un año más. Pero afortunadamente todo esto todavía estaba muy lejos. Gastar todo su patrimonio en el mantenimiento de su propia existencia, le parecía más noble fin que podía dar a su dinero. A sus hijos ya les había dado la vida. Y viendo lo agradecidos que se habían mostrado, aun le parecía que había sido demasiado generoso.

Hablando de generosidad, había sido demasiado indulgente consigo mismo los pasados días al permitirse demasiadas galletas

y cacahuetes. Debía hacerse mirar de nuevo el colesterol. Mañana le diría a su secretaria que llamase a su médico. Cinco colegiados conformaban el equipo medico encargado de mantener su salud. Uno de ellos era el coordinador del equipo, que además de haber sido catedrático era el que más tiempo llevaba a su servicio. Abel no ponía su cuerpo en manos de cualquiera. De hecho, a los médicos de guardia en la planta baja del edificio, los de la Unidad de Cuidados Intensivos, no les hubiera consultado nunca nada. Esos eran del montón, contratados para mantener las guardias día y noche pero nada más.

-En esto, como en todos los ramos –se dijo a sí mismo-, están las águilas y los del montón. En la vida siempre hay pocas águilas y muchos del montón.

Abel anduvo por el salón. Sí, debía mirarse el colesterol. Mientras tanto recordó lo que le había dicho Ivonne durante la videoconferencia de la comida. Los publicistas del Abdal Bank para la promoción de su ampliación de capital han encargado un montaje y han hecho tocar unos ridículos tambores a las puertas de la bolsa de Frankfurt.

-El mejor tambor es que suban las acciones -le respondió Abel-, los accionistas en la junta deberían exigirles que se dejasen de tonterías y cuidasen más la evolución de sus acciones, nos iría mejor a todos. Menos mal que esas pantomimas no se toleran aquí en Wall Street.

El millonario pasó la sobremesa andando un poco, muy poco, pensando en esos tambores de Frankfurt, en su colesterol, en el Abdal Bank, en la subida de los tipos de interés, en el tiempo que haría mañana. Curioso pensamiento, cuando no se tiene ninguna intención de salir.

Abel miró la superficie lisa de uno de los pocos muebles del salón. Y pensó que allí sobre aquella aparentemente inofensiva área podía haber miles de gérmenes. Tal vez millones de microbios. Microbios que se reproducían a velocidad vertiginosa. microbios voraces. Y los médicos decían que cada vez eran más resistentes a los antibióticos. Abel no entendía cómo podía ir la gente tan tranquila por la acera. Sólo las plantas de sus zapatos debían portar colonias enteras. Letales decenas de miles de organismos variados que al llegar a casa quedaban en el suelo y se respiraban en forma de polvo. Abel imaginaba esas cepas entrando por la nariz y quedándose en las mucosas nasales, dentro del cuerpo, en un tejido siempre húmedo y templado. Por un momento el sesentón sintió el vértigo de millones de formas vivientes, microscópicas, reproduciéndose por todas partes.

Aquellos ataques de germenofobia eran breves y no demasiado frecuentes. Pero eran momentos de vértigo, en que sentía al abismo abriéndose bajo sus pies. El abismo de sentir su cuerpo transitado por miles de formas vivas patógenas pululando por los diminutos ríos de su sangre, abriéndose paso por sus tejidos. Pero aquellos abismos del pensamiento iban perdiendo virulencia conforme se esforzaba por pensar en otra cosa, tratando de convencerse de que eran una mera traición de su razón.

-Ayer por la tarde me comentó mi secretaria que un familiar mío le había pedido que colocara a una hija suya, que le diera un puesto de trabajo –Abel pensaba esto para sus adentros mientras seguía paseando lentamente por el salón, único ejercicio que practicaba y, aun éste, con poca asiduidad-. No sé si era la hija de una prima mía. Prima segunda o

carnal, ya no lo recuerdo. ¿O era la prima de un buen amigo mío? Alguien que fue un buen amigo mío hace veinte años. No me acuerdo – juntó su índice y pulgar en el entrecejo, tratando de hacer memoria-. Ya no lo sé. Quizá mi secretaria se refería a la hija de mi prima Yasmine... bah, me da lo mismo. ¡Qué se abra paso por sí misma, como hemos hecho todos!

Si se trata de la prima Yasmine, lo menos malo que puedo desearle a su hija es que acabe en el arroyo. ¿Cómo tendrá cara como para venir ahora a pedirme nada? Además de una pesada, siempre fue una idealista mema. Hace ya años que le aconsejé que vendiera sus sueños en una subasta. A lo mejor encuentra algún postor; probablemente alguien tan alelado como ella. Pero no me extraña que haya acabado mal. ¿Esperas leche de una abeja, miel de una gallina, o huevos de una vaca?

Todo familiar es un oportunista en potencia. Se olvida de ti, te ignora, y cuando te necesita te lo encuentras llamando a tu puerta. El oportunismo familiar es esa actitud que prescinde de los principios fundamentales del *amor entre parientes* (si alguien sabe lo que es eso) y, sin embargo, después busca aprovechar al máximo las circunstancias de los lazos familiares para obtener el mayor beneficio posible. Es el chantaje genealógico, el chantaje de la sangre, un chantaje en primer grado, en segundo y a veces en tercer grado, a tanto se atreven algunos. Como no creo ni en la sangre, ni en la institución familiar, ni en todo eso, siempre le digo a mi secretaria que los redirija a mi jefe de personal. El cual tiene instrucciones de ir dándoles largas de un modo diplomático, y si es necesario sin diplomacias. Mi jefe de personal tiene órdenes expresas de huir de mis familiares como de la peste. Si hay alguien ajeno al nepotismo, soy yo.

Esta innata insensibilidad ante los lazos de sangre, quizá me haga quedar ante la posteridad como un monstruo. ¿Pero por qué habría de preocuparme por la posteridad? Maldita posteridad, que se vaya al infierno. En fin, para qué perder mi tiempo pensando en estas cuestiones sin importancia. Más vale que vuelva a mis asuntos.

Y acercándose a su mesa de trabajo, sin sentarse, cogió un informe y lo comenzó a leer. El patrimonio de Abel era competentemente gestionado por un equipo de administradores. El capital de aquel hombre estaba diversificado en múltiples inversiones para evitar riesgos. Diversificado en distintos sectores y varias naciones. Podía quebrar un sector o una nación, pero no todos los sectores ni todas las naciones. Él no tenía que preocuparse de la seguridad y productividad de su capital, de eso ya se ocupaba un nutrido equipo de administradores divididos en varias ramas y especialidades. Sobre las distintas ramas de administradores había un consejo formado por seis miembros: economistas y abogados. Y de entre esos seis, uno era el coordinador-jefe de todos los administradores. Nadie en este mundo hubiera podido administrar por sí mismo un patrimonio tan inmenso, por eso la ayuda de estos hombres era necesaria. Los órganos para la gestión de un capital de esa envergadura se van creando paulatinamente, nunca de golpe. Se forman al mismo paso que se va incrementando la fortuna. Es un proceso lento, casi como el de un ser vivo. La formación y evolución de un capital de varios billones presenta muchos paralelismos con el crecimiento de un ser vivo. Un crecimiento sin rupturas, sin saltos en el vacío, una progresión constante y gradual.

Hasta cierta etapa, el gran artífice del crecimiento de ese capital fue Abel. Pero después, poco a poco, ese equipo de

administradores fue el que cada vez más iba haciéndose cargo de todo. Se trató de una evolución lógica y natural. Cuanto mayor es un reino, más funciones son las que necesariamente deben ser delegadas. El imperio económico del señor Mann, como cualquier otro imperio, tenía sus legiones defendiéndolas, o mejor dicho sus generales. En total unas sesenta personas trabajando para él, éstos eran sus generales, tribunales y gobernadores. No hacía falta más personal, pues casi todos sus activos consistían en depósitos bancarios, bursátiles y fondos financieros. Él no contaba con empresas y empleados, sólo con participaciones en empresas. De manera que no tenía ejércitos de empleados, sólo un buen equipo de administradores. Según él éste era el mejor modo de no tener quebraderos de cabeza, así como para producir beneficios. Sesenta personas, ésas eran todas sus legiones. Los administradores, entre ellos, llamaban a Abel Mann el *Cetáceo*, también el *Dinosaurio*. En parte por su capital, en parte por su cuerpo.

En nómina siempre contaba el millonario con no menos de catorce abogados. Cuando se tienen billones, siempre hay que estar defendiendo derechos por todas partes. Pero nada de todo esto solía llegar al *Dinosaurio*, hasta las alturas donde él habitaba únicamente llegaba lo más importante. Poco a poco había ido dejando todo en manos de aquel mecanismo eficiente, casi burocrático, ajeno a experimentos y que rendía cuentas ante él cada mes a través de pequeñas auditorías parciales. El sistema funcionaba tan eficazmente, que incluso si el millonario hubiera desatendido todos sus negocios durante un año entero o varios, no hubiera sufrido ningún perjuicio económico. La gestión de su capital funcionaba de un modo perfectamente independiente. Era como una burocracia eficaz y autónoma. Abel se

sentía orgulloso de aquella bien engrasada maquinaria de gestión.



El paso seguro de un hombre de mediana edad atraviesa el tercer vestíbulo del Hilton. En su andar ya demostraba ser un hombre con clase. Sus zapatos negros y relucientes mostraban un andar seguro sobre aquel suelo de geométricos rombos blanquinegros. Aquel hombre rubio que lucía una impecable raya en su pelo tenía un cierto parecido a Robert Redford. Penetró en una de las salas de espera adyacentes al vestíbulo. Una gran sala alrededor de cuyo pasillo central había sofás y plantas ornamentales. Todo estaba lleno de helechos y cinthias. La gente sentada allí era servida por camareros que iban y venían. El hombre que acababa de entrar era el hijo de Abel. Caminó por el pasillo central, buscando con la mirada al grupo que le esperaba. Ya lo había visto.

A diez metros de él, una persona movió la mano para que les viera. Él ya se dirigía hacia allí. Se saludaron. Los tres que estaban allí le aguardaban desde hacía veinte minutos. Tras unas breves palabras llenas de sonrisas, se levantaron. Uno del grupo hizo un gesto a alguien muy bien vestido, parecía el jefe de camareros, pero no. En realidad, se trataba de un empleado de rango superior dentro del hotel. Este empleado se adelantó y salió para guiarles. Al poco, en la misma planta, precedidos por él, llegaron a una de las innumerables salas que el hotel tenía para celebrar conversaciones privadas de negocios. El que había encargado aquella sala de antemano le indicó al empleado que todo era de su agrado, el cual salió y les dejó solos.

Era una sala pequeña con una mesa rectangular en el centro. Una sala sobria

carente de decoración, enmoquetada, funcional. Los cuatro hombres se sentaron, dos a cada lado de la mesa. Mientras se acomodaban charlaban de cosas insustanciales mientras uno ponía su maletín sobre la mesa y sacaba sus folios y su pluma por si había que escribir. Otro abrió su agenda encuadrada en piel. El tema de la conversación seguía siendo intrascendente, nadie parecía querer sacar el tema. Todos se sentían violentos y nadie quería ser el primero en sacarlo.

A un lado de la mesa estaban los dos hijos de Abel Mann. Su hijo mayor Marc con cuarenta años tenía un cierto parecido con Robert Redford. El hermano menor, Ralph, a su lado. Ralph, de treinta siete años, mostraba un cierto parecido con Paul Newman. Ambos tenían en común un aspecto elegante, modales distinguidos, apariencia de haber sido educados en los mejores colegios. Frente a ellos estaban el administrador de Abel y su médico. No cualquier administrador, sino el jefe-coordinador de los administradores. El médico a su lado no era un médico más al servicio del millonario, sino el jefe del equipo médico.

-¿Qué tal en Shawcreek? –le preguntó lleno de cortesía el hermano mayor al administrador de patillas ya canosas.

-Oh, maravilloso. Shawcreek es formidable. Creo que me estoy convirtiendo en un adicto al esquí.

-Debes hacerme una visita en mi residencia de Hunterpeak. Está en la misma cumbre.

El administrador puso cara de verdadero interés.

-Si quieres venirte del 4 al 6 del próximo mes, estaría encantado –le invitó consultando las hojas de su agenda.

El administrador le agradeció su amabilidad, aunque sin comprometerse ni en ésa ni en ninguna fecha.

Antes de que acabara esta conversación entre Marc, el hermano mayor, y el administrador, el hermano menor preguntó al médico:

-Me han dicho que has ido a visitar a tus hijos en Suiza.

-Sí, un frío terrible. Es el segundo año que están allí estudiando.

La conversación prosiguió, incómoda y amable todavía un rato más. Nadie se sentía excesivamente proclive a sacar el asunto. Pero tras tres minutos más, Marc se animó y preguntó tranquilamente, sin darle más importancia.

-Bien... ¿habéis pensado acerca del tema? –

-Sí, hemos pensado en ello... hemos pensado en ello –respondió el administrador.

-¿Y bien...?

-Me pregunto si es factible –la voz del administrador sonaba suave, calurosa, elegante.

-Eso deberíamos preguntárselo más bien a él –y Ralph interrogó con la mirada al médico.

El médico se encogió de hombros y gruñó. Siempre solía responder de forma similar: la callada por respuesta, un gruñido que era más bien una pose, y aquellos hombros que se encogían sin responder a nada.

-Vamos a ver, ¿cómo sigue la salud de Abel? –le preguntó el administrador.

El médico miró hacia la mesa como si estuviera leyendo sobre ella unos hipotéticos informes.

-¿Qué queréis que os diga? Su nivel de colesterol es normal. Su nivel de ácido úrico, dentro de lo razonable. La glucosa sigue bien. Tan sólo el hígado sigue inflamado por el abuso de tantas pastillas adelgazantes. El sobrepeso es quizá el dato más preocupante. Preocupante por los problemas cardiacos que

puede generar en el medio plazo. Pero si se hace un trasplante de corazón el peligro quedará conjurado.

-Pero dejando aparte el tema del sobrepeso y su influencia cardiaca, ¿cuánto? – Ralph le interrumpió porque si no el médico hubiera podido continuar aportando datos de un modo indefinido.

El médico dio un resoplido.

-Lo mismo puede durar diez años más, que veinte, que treinta.

La prole del millonario escuchó aquella sentencia con rostro impasible. No movieron ni un sólo músculo de sus caras. Aunque tras esa impasibilidad se dejaba traslucir el poco entusiasmo por lo escuchado.

-¿Y su salud mental? –preguntó Marc.

-Por ese lado no hay nada que hacer. Se mantiene en la raya, pero no la atraviesa. Tiene miles de manías, es un saco de manías. Pero sus fobias no van más allá de esa hipotética raya más allá de la cual un juez le declararía incapaz. Hace años que vive justo en la raya, pero no acaba de atravesarla.

El hijo mayor no pudo evitar el bajar un poco la cara, y frotarse la frente con la mano derecha. Era un gesto de desesperanza. Un gesto silencioso que fue interrumpido por las palabras duras, aceradas, inmisericordes de su hermano a su lado diciendo:

-No podemos continuar así. Hemos de hacer algo.

El administrador y el médico guardaron silencio.

-Hay que hacer algo –corroboró el hermano mayor dando un pequeño golpe con la palma de su diestra en la madera veteada de la mesa-. ¿Habéis considerado nuestra proposición?

-La hemos considerado, la cuestión sigue siendo si es posible –contestó el administrador-. Tú eres el médico... ¿es factible?

El médico volvió a encogerse de hombros.

-Posible... –respondió-, sí claro, la cuestión es si hacerlo o no hacerlo. Ese hombre es un saco de ansiedades y traumas. No explota porque vive rodeado de un equilibrio perfecto que él mismo se ha creado a su alrededor. Él mismo se ha creado un entorno de protección. Pero no cabe la menor duda de que el más pequeño empujón le desequilibraría. Un pequeño empujón decidido le haría atravesar esa línea.

-Imaginemos que el administrador durante algo más de un mes le presenta informes muy negativos –dijo Marc-, informes que le hagan preocuparse de verdad. Informes que le den la impresión de que lo va a perder todo, de que va a acabar en la calle, arruinado. Imaginemos que logramos que tenga la impresión de que hasta ese momento se le ha estado engañando respecto a lo preocupante de su situación financiera. De que ninguno de sus subalternos se ha atrevido a revelarle lo peligrosa que era su situación económica. Si se logra implantar en su mente la idea de que se le ha estado engañando sistemáticamente y de que ya no puede fiarse de nadie del equipo de sus colaboradores, entonces va a pasarse horas aullando por la casa. Ni diez tubos de pastillas van a calmar sus ansiedades.

-Tampoco se trataría de mentirle –añadió fríamente el hermano mayor- se trataría tan solo de escoger datos preocupantes. En un patrimonio tan grande, tan extenso, tan diversificado como el suyo no resultará excesivamente difícil. Los informes deberían darle esa sensación de que va hacia la ruina. Informes orales, nada debe quedar por escrito. E insisto, no habría que mentir, sino escoger. Pero si se miente, habría que hacerlo hasta el final, hasta el momento en que ya se encontrara verdaderamente

desequilibrado. Y si a eso, si a los malos informes económicos, añadimos que su médico le presentara informes preocupantes acerca de su salud, entonces pronto estaría listo para ingresarlo en un sanatorio mental. El médico, como el administrador, tampoco tendría que falsear datos. Únicamente tendría que encarecerle mucho los peligros de todo aquello que en su salud esté fuera de los baremos normales. A un hipocondríaco como Abel, la valoración de todos esos peligros le desequilibraría sin duda alguna.

-Richard, venga, habla, dinos algo, ¿todo esto le llevaría a la demencia? –le preguntó a su lado el administrador-, ¿le desequilibraría?

Todos miraron al médico.

-Sin duda –respondió-. No habría que hacer ni la mitad de todo eso. Ya está con un pie en un lado y el otro pie al otro. Un pequeño empujón y lo tendremos que encerrar en un sanatorio mental. De hecho, él acabará en una institución de ese tipo, antes o después, es una mera cuestión de tiempo. Yo ya os lo he dicho en otras ocasiones, la situación es clara, no ofrece dudas, la única cuestión es si hacerlo o no hacerlo.

El administrador con las manos juntas sobre la mesa miraba al hijo de enfrente impelido de urgencia por heredar. Nunca un progenitor había tenido unos hijos tan preocupados por su salud. Si había un padre sobre este mundo cuya salud fuera seguida por sus hijos con un interés que rayaba lo obsesivo, era Abel.

-Vamos a ver –dijo el administrador y miró al médico-, ¿pero no resultaría más sencillo darle algún tipo de pastilla o algo así?

-Ja, ja, ni pensarlo –respondió el médico-. Ni hablar de eso. Aquí en el Estado de Nueva York hace treinta años que se ha reintroducido la pena de muerte. Por ganar algo más de dinero no me voy a arriesgar a

perder la vida. Puedo elegir cuidadosamente los datos que más le preocupen, se los puedo encarecer de manera que se vuelva loco, pero no iré más allá de la legalidad.

-Je, je –rió entre dientes Ralph-, ya veo, caminas justo hasta el borde la legalidad. Esto sí que es llevar la legalidad hasta su mismo extremo.

-Puedes ser lo sarcástico que quieras, pero no arriesgaré mi vida por un poco más dinero.

-Venga, no es un poco más dinero. No estamos hablando de un poco más de dinero. Estamos hablando de mucho dinero.

-Si acabo sentenciado a muerte, no me servirá de nada tu generosidad.

La tensión en el ambiente era tremenda. Sentados frente a frente se miraban. Un cierto silencio volvió a reinar durante unos segundos.

-Vamos, vamos, tranquilos –dijo conciliador el administrador tratando de descargar un poco la electricidad del aire-, aquí sólo estamos para analizar la situación. Sólo estamos analizando. Nadie va a hacer nada fuera de la ley, sólo estamos evaluando la situación.

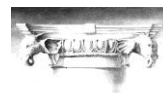
-Exacto –confirmó Marc que siempre era más frío, más flemático que su hermano menor.

-Bien, es evidente que Abel es como un castillo de naipes –dijo el administrador-. El más leve golpe lo echará por los suelos. La cuestión es si dar ese leve golpe o no.

-Sí, esa es la cuestión –volvió a confirmar tranquilamente el hermano mayor.

La conversación se había ralentizado. Cada uno pensaba mucho cada frase antes de decirla. El médico con las manos juntas sobre la mesa parecía cubierto por una nube de mal humor. Ralph tamborileaba con su pluma sobre la agenda de piel.

-No hace falta decir que seríamos extraordinariamente generosos –comentó Marc sin dar más importancia al comentario-. En realidad, debería decir que no hay precio por alto que sea que no estemos dispuestos a pagar. El precio lo ponéis vosotros.



Abel Mann desde el amplio y ancho ventanal de su salón contemplaba el crepúsculo. Su edificio empotrado entre otras altas construcciones no le permitía ver al astro rey hundirse por el oeste de la isla de Manhattan, en las llanuras del Estado de Nueva Jersey. El millonario observaba cada día lo que él llamaba el milagro del atardecer. La penumbra crepuscular se adelantaba casi dos horas a nivel del suelo en los pasillos que formaban los rascacielos. Pero si la luminosidad era ya débil en invierno a cerca de las cuatro e la tarde, las cúspides de los rascacielos por el contrario recibían de lleno el sol del atardecer.

Antes del crepúsculo, durante la última hora y media de cada día, en las aceras reinaba la oscuridad, mientras que las cimas de los edificios recibían de lleno el sol del atardecer reberverando en sus miles de ventanas. Era un momento mágico. Sobre todo, en los últimos tres cuartos de hora de cada día, el contraste entre la luz de las alturas y las sombras de la calle iluminadas por las farolas, formaban un escenario de luminosidad irreal. A esta sutil y casi imperceptible coreografía de oscuridades que se alargaban, de luces tenues y doradas, se iba sumando la gradual aparición de los miles de puntos de luz artificial que como luciérnagas comenzaban a brotar en los vehículos y farolas de la calle, en las ventanas de los edificios.

El ojo del magnate era un ojo experto en apreciar todos aquellos matices. Para él constituía una delicia tal cada crepúsculo, que no se lo hubiera perdido por nada del mundo. Era curioso que un hombre tan refractario a apreciar la belleza en tantos campos, sin embargo, valorase extraordinariamente el aspecto estético de cada ocaso. Cada día, desde el ventanal del piso vigésimocuarto de un edificio encajonado en la umbrosa calle del estrecho Wall Street, una persona, él, contemplaba ese espectáculo.

Cada día se plantaba allí, de pie, junto a los vidrios y se deleitaba en observar cada paso del proceso, cada avance de las tinieblas, cada una de las tonalidades de la luz que aún reverberaban en las cúspides triangulares de los únicos cuatro rascacielos que se veían desde aquel ángulo de su ventanal. Y allí se quedaba hasta que la calle se sumía en la noche invernal. Una oscuridad perfecta cuanto lo puede ser una noche urbana poblada de millares de puntos de luz artificial.

Allí de pie junto a la ventana le vino al recuerdo la escena de sí mismo contemplando el lento atardecer cuarenta años antes, con una guapa pecosa pelirroja dieciochoañera a su lado. Ahora volvía a mirar el crepúsculo, pero esa beldad llena de gracia e inteligencia ya no estaba a su lado. ¿Era el mismo atardecer? No, no era el mismo. Aquellos atardeceres ya habían pasado. Estos eran otros. Pero también éste era un atardecer, al menos. El sol volvía a ponerse, sí, pero sin la pecosa. Se ponía ahora el sol, sí, pero con cuarenta años más. Ya no era lo mismo. Ni Abel, ni el crepúsculo eran los mismos. Él ya no era, nunca más, aquel joven metido en un cuerpo atlético, con una mente llena de ilusiones.

Ahora él, el millonario, era el futuro de aquel joven espigado y lleno de ilusiones que un día estaba contemplando el crepúsculo en un banco de Central Park con aquella

universitaria a su lado. El futuro era ya presente. Sí, él ya no era el mismo, ni el crepúsculo era el mismo.

¿Qué había tenido que suceder para que aquella tan atrayente pecosa se convirtiera primero en una alcohólica, y después en una exmujer que había tratado de sacarle la mayor tajada a la inexistente porción de bienes gananciales? ¿Qué había sucedido para que su princesa se transformara en una rana, y en una rana rodeada de abogados? Sí, su princesa pecosa era ahora una rana alcoholizada, un sapo sin piedad. Las personas a veces sufren transformaciones que parecen ir más allá de las leyes naturales. Algunas personas más que cambios, sufren metamorfosis.

El crepúsculo había tocado a su fin, era de noche de nuevo. El millonario volvió hacia la mesa donde tenía sus papeles.

.....

El médico estaba en la mansión del administrador de los bienes de Abel. El médico tenía a sus espaldas un gran ventanal tras el cual se veía la oscuridad de la noche. Eran las siete de tarde, había oscurecido, ya no se veía nada del jardín ni de sus setos en el jardín de abajo, delante del porche. El carillón de caoba del salón marcó las seis de la tarde.

-Están desesperados por ser declarados los tutores legales del patrimonio de Abel – comentó el médico de pie, con las manos a la espalda, junto a un gran sofá.

-Sí, esperar diez o veinte años más... – meneó la cabeza- No se hacen a la idea de tener que aguardar aún ese tiempo.

-Yo ya he dejado bien claro que cualquier empujón por nuestra parte le desequilibraría, pero aquí hay otra cuestión: si por casualidad, Abel les ha desheredado no van a cobrar ni un céntimo. Y dado lo mal que se llevan, lo más lógico es pensar que no les

haya dejado absolutamente nada.

-Por eso tranquilo –dijo con seguridad el administrador que le daba la espalda mientras se ponía hielo en su copa de whisky en una mesita-bar.

-¿Cómo que tranquilo? Pero...

-¿Quieres beber algo? –le interrumpió el administrador impasible.

-Un poco de brandy. ¿Cómo que tranquilo? Si ellos no heredan nada nosotros no recibiríamos nada.

-Mira, ¿no soy su administrador? Conozco bien sus papeles. Y no hay ningún testamento. Te lo aseguro.

-¿Cómo estás tan seguro?

-Soy quien le lleva sus papeles –le dijo pasándole la copa llena del dorado licor-. Y no hay ningún testamento –esta frase la repitió recalcando cada sílaba-.

-No lo entiendo.

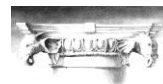
-Si hay algo que no entra dentro de los planes de Abel, es su propia muerte. Te lo aseguro. La muerte le da pánico, ¿me entiendes? No quiere ni oír hablar del tema. No-hay-tes-ta-men-to. No ha tomado ni la más mínima providencia para el día en que fallezca. Ni la más mínima. Hace cinco años fue la última vez que uno de sus administradores le hizo un comentario al respecto. La respuesta fue tal que ya nadie se ha atrevido a mentarle el tema. Con él se habla de lo que sea, pero de eso no.

El médico miró a su copa, la meneó con el líquido en su interior. No le extrañaba lo que había oído. Conociendo a Abel, no.

-Una cosa está clara –dijo el médico echando la espalda hacia atrás en el sofá, relajando el cuello-, no debemos precipitarnos. Tomémonos el tiempo que necesitamos. No tenemos por qué dar una respuesta en seguida.

-Sí, estoy de acuerdo. Ellos tienen la

prisa, nosotros ponemos la calma.



Abel, sentado en su sofá, frente al televisor recordó, aunque de un modo no literal, cierto poema que había oído en cierto reportaje.

De la cuna al ataúd
va siendo el beso, a su vez,
amor en la juventud,
esperanza en la niñez,
en el adulto virtud
y recuerdo en la vejez.

No recordaba las palabras exactas, tan sólo el espíritu de los versos. Y pensó que en él ya no quedaba ni el amor, ni la esperanza, ni la virtud. Quizá pronto, fruto de las amnesias o las demencias aparejadas a la edad, no quedara ni el recuerdo. Incluso ahora él, un hombre de finanzas, no se fiaba de sus recuerdos emotivos. Quizá hasta el mismo recuerdo era sólo una ilusión, la ilusión del recuerdo. Abel cambió de canal de televisión. Alguna que otra vez los fantasmas dickensianos del presente, del pasado y del futuro infructuosamente trataban de importunarle. Una buena programación televisiva y una excepción a su régimen gastronómico conjuraban la visita, que no pasaba así de ser una mera inoportunidad. Únicamente eso.

El hombre ha de valer tanto que todas las circunstancias han de serle indiferentes, se dijo a sí mismo haciendo zapping, pasando por encima de un debate en un canal de televisión, Abel odiaba los debates. Para él, su mujer, hijos, el beso de la juventud, la esperanza de la niñez y el resto de cosas poéticas y cremosas como el mundo del yogur (como solía decir) habían sido eso: circunstancias. Circunstancias gravitando

alrededor de él mismo. Él era el centro de su mundo financiero, el astro rey. Vida social ya no tenía. Familiar, mucho menos. Sólo quedaban los negocios. Claro que algunos de sus satélites, dígame mujer e hijos, habían tenido si hubieran sido analizados por un químico, habría descubierto que poseían una composición de egolatría absolutamente comparable a la del astro central.

-Pero yo tenía más masa.

Yo tenía más masa, yo ganaba el dinero, yo era la materia gris, se repetía a sí mismo con satisfacción tomando unas palomitas mientras dejó, por fin, el mando sobre el sofá y se quedó viendo un reportaje sobre insectos. No debería él estar tomando aquellas palomitas de maíz, ajenas totalmente a los planes y deseos de su nutricionista. Pero allí estaban las palomitas.



Al lado de un reloj de sobremesa sonó el zumbido musical del teléfono. Las delgadas manecillas de bronce dorado marcaban las nueve y veintitrés minutos de la noche sobre la esfera blanca. El reloj estilo imperio contrastaba con el aparato telefónico de superficie cromada. El timbre telefónico sonaba en medio del salón de la casa del médico de Abel. Bastaba ver aquel salón para darse cuenta de que aquel médico no era un médico del montón, sino un especialista de los más reputados en la ciudad. La mano del médico pasó por delante del afrancesado reloj de sobremesa, con sus bronces y mármoles, con una bella figura de una mujer vestida a la griega.

-Dígame.

-Buenas noches, Richard, soy William.

-Hola, ¿qué pasa? –el médico correspondió al saludo habiendo reconocido

la voz del administrador.

-Mira, he estado pensando acerca del castillo de naipes –cuando el administrador y el médico hablaban por teléfono usaban este término para referirse al asunto de la proposición de los hijos de Abel. Nunca se sabía quien podía estar escuchando una conversación-. Lo he meditado y creo que lo vamos a dejar.

-Tú eres el especialista en esa materia económica. Si tú no lo ves claro, yo te apoyo.

-Tenemos que dejarlo porque deberíamos cobrar una cantidad ingente de dinero. Y como tanto tu mensualidad como la mía son muy generosas, la cantidad que tendrían que darnos debería compensar la pérdida de nuestros sueldos durante bastantes años.

-¿Y cuál es el problema? Ellos no van a regatear.

-El problema es que una cantidad tan ingente de dinero no hay manera de ocultarla ni con productos opacos, ni en un paraíso fiscal. Tanto dinero siempre deja rastro. Nuestra compensación no pasaría desapercibida a fraulein –ése era el modo en que por teléfono se referían a la Ley.

-Te entiendo.

-Además he estado dándole vueltas al hecho de que si después ellos, los delfines – así se referían a los hijos-, deciden no pagarnos ¿cómo les exigiríamos que cumplieran su parte? No podemos extrañarnos de que no cumplan un pacto, aquellos que nos proponen un pacto tan... –buscó un calificativo para ese tipo de pacto. Pero antes de que lo encontrara el médico sugirió.

-Podríamos chantajearles. Con lo que sabemos podríamos chantajearles.

-Mira eres médico y sabes muy bien que la situación en la que las dos partes se están apuntando a bocajarro con un arma cargada, es la más propicia para acabar con

una úlcera de duodeno. Tú eres médico y vives tranquilo, pero yo soy abogado y ya he vivido situaciones de ese tipo. Prefiero no repetirlas y dormir tranquilo.

-Estoy de acuerdo. Sí. Es cierto, nosotros tenemos nuestro sueldo más que generoso. En todo esto nosotros no tenemos tanto que ganar como ellos.

-Exacto.

-Vale, lo veo como tú.

-Pues nada, ahora llamaré a Marc para comunicarle nuestra decisión.

-Hasta la próxima.

-No te olvides de asistir a la fiesta del miércoles por la tarde, estarán allí todos los que trabajamos para Abel. Por lo menos los más importantes.

-No faltaré.

-Hasta el miércoles.

-Adiós.



A Abel en la televisión le gustaban los reportajes referentes a emperadores romanos. El mismo se sentía un poco como un emperador romano, emperador de un pequeño imperio financiero. Aquel pequeño piso era su palacio. Los equipos de administradores eran sus ejércitos. El servicio doméstico del piso de abajo, sus médicos, el servicio de seguridad, su secretaria, todo eso constituía como la servidumbre del César. Su capital financiero constituía su imperio, los territorios conquistados eran las ganancias. Sobre todo le encantaba Alejandro Magno, del que estaba convencido (por incultura) que era un emperador romano. Había querido colocar un gran busto suyo de mármol en el recibidor de su piso. Pero la decoradora se había opuesto rotunda e irreductiblemente. Aquel busto rompía la línea estética de la decoración,

protestó ella con tal energía que Abel le obedeció, al fin y al cabo ella era la especialista. Le gustaba mucho ese emperador romano desde que había escuchado una frase atribuida a él: de pequeños principios resultan grandes fines. Esa frase según Abel sintetizaba su vida como ninguna otra frase, se sentía plenamente identificado.

Para él sus administradores eran como su guardia pretoriana, eran también como sus gobernadores en distantes provincias. Había que pagarles bien. La generosidad con la guardia pretoriana es siempre el mejor negocio. Escatimar en esa materia es siempre un mal negocio.

Esa similitud del imperio económico, de cualquier imperio económico, con los imperios de la Antigüedad la recordaba muy a menudo. Claro que Abel correspondía a ese tipo de conquistadores que no disfrutaban de sus conquistas. Es decir, era el tipo de conquistador que no se complace en morar los nuevos territorios anexionados, ni en disfrutar de sus tesoros, sino que lo que se busca con la conquista es el placer en sí mismo de la conquista. Había otros millonarios que dilapidaban fortunas en caprichos asombrosos. En comparación a ellos, Abel amontonaba y amontonaba, por el placer de amontonar, pero su tren de vida permanecía inalterable desde hacía ya muchos años. De qué le servía tener más y más millones si ni iba a vivir en una residencia mejor, ni iba a comer mejor, ni nada iba ya a cambiar en su vida. Efectivamente, no le servía de nada. Era un conquistador nato. Un conquistador puro. La conquista por el placer de la conquista.

Quizá la visión que tenía de sí mismo no era tan errada. Quizá era él un verdadero Alejandro Magno de las finanzas. El mundo de las finanzas en el siglo XXII era tan vasto que cabían muchos imperios y muchos césares. Había cientos de imperios como el

suyo. De hecho el suyo era el imperio número 149. Siempre hay alguien que se preocupa en hacer la escala de las fortunas. Alguien la había hecho, la suya estaba situada en el número 149.



-Hola, soy William.

-Hola.

El corazón de Marc, el hijo mayor de Abel, se sobresaltó al escuchar la voz del administrador. Eran las 21:55 de la noche. Dentro de su pecho, el corazón se aceleró, pero exteriormente mostró una calma absoluta.

-Hemos estado examinando el asunto con Richard –le dijo el administrador- y vamos a dejarlo.

-Muy bien.

-Pues nada, hasta otra ocasión.

-Hasta la próxima –la tensión con que pronunció esas palabras de despedida fueron percibidas al otro lado del teléfono. El hijo de Abel necesitó un esfuerzo sobrehumano para no decir nada más, para no añadir nada. Pero lo logró. El médico al colgar no oyó nada, pero al otro lado de la línea, Marc, se derrumbó sobre un sillón. Después, lentamente, con una gran lentitud, se llevó las manos a la cara.



A esas horas Abel no revisaba ya ningún informe. Veía tranquilamente la televisión, descansaba. Había cenado cuatro cosillas, casi nada. Otro día que habría perdido alguna caloría. Gracias a las palomitas, quizá ninguna. Hoy tampoco es que hubiera comido mucho. Aunque como le decía su

endocrinólogo: el problema no es que comas mucho, el problema es que con el poco, nulo, ejercicio que haces apenas tienes gasto de calorías.

El millonario después de hojear un rato unas cuantas series, después de un rato de aburrido zapping, insatisfecho, presionó el menú del archivo de imágenes. En su casa, Abel no tenía ni un solo libro. No hacía falta. Si deseaba leer alguna página de alguna obra sólo tenía que tomar su mando a distancia y desde el menú de su pantalla buscar el título en cuestión en ese menú. No sólo libros, periódicos y revistas, cualquier cuadro, paisaje o grabado, podía verse con sólo mover el cursor por la pantalla e ir eligiendo posibilidades entre la variedad infinita de inacabables opciones. No había necesidad de ningún libro. Todas las bibliotecas del mundo estaban a la distancia de un simple golpe de cursor.

Su dedo, experto en moverse por aquellos menús de opciones, pronto encontró la obra que quería ver después de aquella cena. Tras media hora de zapping insatisfactorio, le apetecía simplemente mirar algo bello. Era una obra que le gustaba contemplar de vez en cuando: un grabado de Alberto Durero.

Se trataba de un dibujo en blanco y negro, un dibujo denso, con muchos elementos, en el que reinaba un ambiente espeso y melancólico. La Melancolía representada por una mujer triste y bella, alada y de larga melena que apoya su cabeza sobre su mano. La apoya sin esperanza.

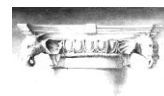
Desde que hacía muchos años le había interesado esta obra. Había invitado a cenar (todavía invitaba a cenar por aquel entonces) a varios peritos y expertos en ella para conocerla más. En la obra se había visto un autorretrato del artista, así como la esencia del humanismo alemán, por lo menos eso le

habían dicho los entendidos. La desesperanza de la figura alada ilustraba a la vez los peligros y las satisfacciones de la actividad intelectual, también simbolizaba la imagen del espíritu creador, del hombre a solas consigo mismo. El grabado tenía muchos más elementos: el edificio con escalera indicando que está en construcción, el problema geométrico sin resolver, Cupido sobre una rueda, el perro hidrófobo, el reloj con la arena cayendo, la balanza vacía oscilando, todo en el dibujo sumía en la tristeza a la Melancolía. El dibujo entero, los símbolos que lo llenaban presagiaban la lejanía imposible hacia la solución de los problemas que encerraban esos mismos símbolos. Veinte años antes intentó adquirir el grabado original. Pero pertenecía a una fundación o a un museo (ya no se acordaba bien) y resultó absolutamente imposible.

Abel miraba una y otra vez ese dibujo en su inmensa pantalla. Meditaba todos y cada uno de aquellos símbolos. La misma escena de un magnate del siglo XXIII contemplando una representación de la Melancolía del siglo XVI, era ya de por sí una escena tremendamente simbólica. Abel musitaba entre dientes una frase que decía algo así como *al final, todos caemos en la melancolía*. Pero contemplando el dibujo, meditando sobre él, vacilaba y después se decía a sí mismo en lo más profundo de sus pensamientos, que él nunca había caído en la melancolía porque él nunca había caído en la esperanza.

-Únicamente el que alberga algún ideal por pequeño que sea –se dijo a sí mismo un rato después-, puede sufrir la punzada de la desesperanza y la melancolía. Yo siempre he sabido lo baja que es la naturaleza del hombre, y he esperado siempre lo peor de mis congéneres. Si me han sorprendido para bien en alguna ocasión lo he tomado como lo que

es, una excepción. Por eso nunca me han defraudado, porque nunca he esperado nada de ellos.



10:11 de la noche

Suena el teléfono en casa de Ralph, el hermano menor de Marc. Presuroso, Ralph cogió el aparato. Al contestar, no podía ocultar su nerviosismo. Reconoció al instante a su hermano mayor. La conversación fue brevísima, concisa. El rostro de Ralph se quedó petrificado. No dijo nada, no comentó nada, ni siquiera movió un músculo de la cara. Tan sólo, de pronto, tras aquella calma, en un arrebato incontenible, arrojó al suelo con todas sus fuerzas el aparato inalámbrico que tenía en su mano. Los fragmentos del teléfono resbalaron por el suelo en todas direcciones. Piezas del aparato hubo que se deslizaron a más de diez metros de distancia.



Ya era muy tarde en el piso del millonario. El filo de la medianoche estaba muy próximo. Pero para Abel no era ni pronto ni tarde, su ritmo de sueño estaba cambiado. Como hacía muchos años que se acostaba cuando quería y se levantaba cuando le apetecía, su naturaleza tenía el sueño muy trastocado. Más trastocado todavía por la asidua intervención de somníferos. Si algo hubiera quedado intacto en su mecanismo natural de sueño, los somníferos habían acabado por desordenarlo. Pasaba muchas noches en blanco, y cuando por fin le entraba el sueño, amanecía. De forma que a veces dormía hasta las tres de la tarde, otras hasta el

mediodía, a veces por la tarde, a veces de forma interrumpida a lo largo del día. Había días en que el sueño, por pura coincidencia, volvía a circunscribirse a las horas de la noche.

Por si esto fuera poco, a la perniciosa acción de los somníferos se había acabado sumando la intervención de los derivados de la cafeína y otros compuestos para despejarse por la mañana y poder afrontar un día por delante. Para un hombre como él, con su poderío, ya ni el día ni la noche tenían tanta importancia y podía permitirse el lujo de prescindir de esos intervalos naturales. Porque un hombre con veinte billones de dólares de patrimonio puede obviar los intervalos de la naturaleza. Ya no está sometido a ellos.

Abel paseó hasta el ventanal. Iba a ser la medianoche, iba a comenzar su diario peregrinaje por el insomnio. La lectura no se contaba entre las aficiones de Abel Mann, era un hombre sencillo. Pero si la literatura hubiera estado entre sus entretenimientos y hubiera leído el relato borgiano *La casa de Asterión* se habría sentido tal vez identificado, se habría reconocido en aquel laberinto. Porque su casa se había convertido en el laberinto de sus temores. Su mente se había convertido en el laberinto de sus fobias y ansiedades. Prisionero de sus temores, encadenado a ellos.

Sé que me acusan de soberbia, y tal vez de misantropía, y tal vez de locura. Tales acusaciones son irrisorias. Es verdad que no salgo de mi casa, pero también es verdad que sus puertas están siempre abiertas para mí. Todo el texto borgiano le habría parecido a Abel Mann un fárrago inútil. Porque él era un hombre eminentemente práctico. *Las enojosas y triviales minucias no tienen cabida en mi espíritu,* había dicho el Minotauro. Su misma

casa era toda una muestra de funcionalidad. Ella no era otra cosa que una manifestación de su espíritu sobrio. *En mi casa no hallará pompas el bizarro aparato de los palacios pero sí la quietud y la soledad. Claro que no me faltan distracciones.*

-Otra especie ridícula es que yo soy un prisionero –se dijo Abel-. Pero bueno, lo que piensen los demás de mí, ya no tiene importancia. Cuando tu fortuna está más allá de lo que puede ganar o gastar un ser humano en una vida, lo que piensen los demás ya no te importa. Cuando tienes menos capital te importa más, es lógico. Y por eso pagas una campaña en prensa o cosas por el estilo. Y los demás piensan lo que hayas convenido con la firma encargada de mejorar tu imagen. La población es siempre muy obediente. La población es mucho más obediente de lo que ella misma se piensa. Es una cuestión de dinero. Pero a ciertos niveles ya te da lo mismo. Estás muy por encima de esas fruslerías. A los niveles en los que me hallo, soy yo mismo. Puedo permitírmelo, aunque digan que soy un monstruo.

Claro que aunque yo no sea un monstruo, sí que he engendrado monstruos. Mis dos hijos son serpientes, mejor dicho son minotauros. Me embestirían sin piedad con tal de que les diera lo que ellos desean. No conocerían piedad alguna hacia su progenitor. Clavarían sus cuernos sin vacilación, en este cuerpo que les engendró. Lo sé muy bien, soy su padre. He engendrado minotauros. Dados sus sentimientos hacia mí (que ellos se encargan de ocultar lo mejor que pueden) parecen el engendro de una concepción *contra natura*, como la del personaje mitológico. Por eso los alejé de mí, son serpientes. Nadie puede vivir con serpientes.

Menos mal que el veneno lo han segregado de sus colmillos ya fuera de mi

casa, que en aquel entonces no era ésta. Verse fuera de mi techo es lo que hizo que esos reptiles comenzaran a segregarse cada vez peores (ponzoñosas también para ellos) y a acumularlas en sus dientes, en su boca y en sus mentes.

¿Por qué los multimillonarios solemos engendrar hijos que nos odian? ¿Por qué el caso de mis hijos no es una excepción? ¿Es la sensación de Poder la que vicia nuestra sangre? ¿Por qué les he dado la vida y ellos me odian? Claro que ellos son los que afirman que soy un monstruo. Después de todo lo que he gastado en ellos, encima, soy un monstruo. Un hijo que dice que su padre es un monstruo, sí que es un monstruo. He procreado hombres falaces y egoístas. Menos mal que sólo he procreado a dos. No haber sido prolífico supone, ciertamente, un consuelo.

Les he concedido todos sus caprichos. Pero ellos no tenían límite, siempre pedían, exigían más. No es extraño: un monstruo siempre quiere más, el hambre de un monstruo es insaciable, por eso es un ser bestial. Por eso me gustan tanto los reportajes acerca de los romanos, los reportajes sobre la vida familiar de aquellos hombres palatinos, todas esas historias, todas esas conjuras, las he vivido yo entre mis parientes más cercanos. Todas esas conspiraciones las he vivido en dimensiones más reducidas. Pero ellos, mi prole, son los que dicen que yo soy más una bestia que un hombre. ¿Por qué, hijos?

He levantado este imperio sobre las firmes bases del interés. Durante todos estos largos años, muchas veces me han preguntado si es que yo no tenía sentimientos al tomar esta o la otra decisión. Pero ni siquiera de joven conocí los remordimientos. No conozco otro sentimiento que el interés pecuniario. O dicho de otro modo, no conozco otro sentimiento que el amor hacia mí mismo. Sí,

ésta es la gran verdad del mundo, el único dogma que merece la pena, ése es el resumen de lo que he descubierto en mi ya no corta vida. Fuera de este dogma, fuera de este axioma... palabras, quiméricas.

El interés económico es una verdad, quizá la única verdad absoluta en este cosmos de leyes erráticas. Todo lo que rodea a esta verdad incontrovertible es pura poesía. Los más inteligentes de esta ciudad que ahora duerme piensan como yo. El resto son carne de cañón, público para seriales de televisión y melodrama barato. Los sabios hacen mucho que descubrieron ese dogma que pone fin a todo dogma. Aunque pocos lo dicen tan claramente como yo. En realidad, tampoco yo lo digo. Pero lo pienso. Los demás no se atreven ni a pensarlo con tanta claridad. Hasta ellos se asustarían de sus mismos pensamientos. Además, a la tropa hay que darle ideales, poesía.

Por eso el haber engendrado una prole innatural ni me asusta ni me preocupa. Ya he dicho que sólo reconozco un sentimiento. A todos los que he aplastado en mi camino para llegar a donde he llegado, ni les pido perdón ni les suplicaría clemencia, tan sólo deseo que las cosas sean como son. Las cosas son como son a pesar de ellos y a pesar mío. Ya no hay monstruos, tan sólo variedad zoológica. No he engendrado minotauros, tan sólo he concebido dos especímenes más. Dos formas vivientes más para esta conurbación. Dos especímenes más. pululando en la fauna de la ambición. Menos mal que tengo en el piso de abajo a más de diez hombres armados, día y noche. Menos mal. Son demasiados los lobos sueltos. En esta ciudad pululan manadas de hienas, de leones, de fieras humanas que por sus venas corre no sangre, sino ambición.

Pero abajo está mi servicio de seguridad. Además, la puerta de entrada tiene veinte centímetros de grosor, acero puro. Tan

pesada que sólo se puede mover mecánicamente. Si alguien tratara de empujarla, de echarla abajo y la desencajara de su mecanismo, lo único que lograría sería obstaculizar la entrada con una lápida metálica de casi una tonelada de peso.

Mis hijos, enfadados alguna vez, me han dicho que esa puerta de entrada no me preserva de mis enemigos, sino que defiende al mundo de mí. Ja, ja. Mis dos hijos parecen duendes desterrados. Desterrados del bosque de la abundancia en el que les coloqué. Hace más de diez años que los eché definitivamente de mi presencia. ¡Que se ganen la vida! ¡Así aprenderán lo que cuesta ganarse el sustento! Que trabajen. El mayor todavía me sigue invitando a sus cumpleaños, cada año. Es falaz y simulador, lo sé, y él sabe que yo lo sé.

Una vez escuché en una película una frase de *Ricardo III*: *No existe bestia tan feroz que no sienta alguna vez piedad". Yo nunca he sentido piedad, por lo que no soy tal bestia.* La frase la Historia se la atribuye a Shakespeare, pero es falso, esa frase la ha tenido que inventar algún vecino mío aquí en Wall Street.

Bien, más vale que pasee un poco por la casa antes de meterme en la cama. No tengo nada de sueño. Ah, el sueño... soy como ese personaje de esa otra película... *Macbeth*, que no podía dormir. Debe ser terrible no poder dormir nunca. Yo, a diferencia del rey medieval, tengo las pastillas. Sé que no es mi mala conciencia la que me impide gozar de mi justo descanso. No, no es mi mala conciencia, porque mi conciencia es muy buena, nada me reprueba, nada me recrimina. A ella, a la conciencia, la fusilé hace muchos años. Era como el apéndice, un estorbo. La conciencia es un estorbo para el recto desenvolvimiento de una vida dedicada a los negocios. Es un residuo

moral, un resto mamífero o reptilino de anteriores estadios evolutivos. Incluso debe haber ya en el mercado algún fármaco que inhiba el sentimiento de culpa. Yo desde luego no lo he necesitado nunca. Algunos por el mero hecho de pensar estas cosas (menos mal que no pueden asomarse a mi mente) dirían que soy un engendro aberrante. Pero ya no hay monstruos. El mundo es un laberinto de intereses, pasiones, provechos y negocios. No busco ningún hilo de Ariadna porque no lo hay. No hay manera de salir del laberinto porque el mundo entero es este laberinto. Alrededor del laberinto está la Nada. El laberinto puede llegar a ser angustiante, pero la alternativa es el vacío de las tinieblas exteriores. Así que seguimos dentro del laberinto.

Tampoco hay minotauro porque ya no hay monstruos. O si se prefiere, el universo mundo es un laberinto de minotauros. Alguno quizá dirá que mi visión de las cosas es un poco pesimista, pero no soy pesimista. No soy ni pesimista ni optimista, un análisis técnico de las cotizaciones sectoriales en la bolsa no es ni optimista ni pesimista. Los números no son ni risueños ni desesperanzados. Me limito a los números, lo demás lo dejo a la pluma de los poetas. Ahora que lo pienso, algunos de ellos, de los poetas, seguro que trabajan para mis editoriales. Poseo acciones en ellas. Hasta la poesía se compra en el mercado. Qué gracia, hasta tengo a poetas trabajando para mí.

He llegado a un punto en el que no me importa lo que digan de mí. Lo que diga el mundo de mi persona, me es indiferente. Por eso si me atacan en la prensa no me defenderé. Ya no me defiendo. Sí, el mundo ya no me importa. Sólo se defiende el que tiene ilusión. Ya estoy por encima de las ilusiones. Lamentablemente, aunque soy

conocedor de que la felicidad perfecta no existe, esta enfermedad, *germenofobia* la llama mi médico, me oprime. En el fondo es como una cadena. Pero nadie te puede librar de una cadena si es inmaterial. A veces pienso si tendré que vivir con esa cadena hasta el fin de mis días. Quizá tendré que hacerme a la idea. La resignación... Al menos vivo, continuo sobre este mundo. *La espada de la divina justicia no hiera prematura ni tardíamente, aunque se lo parezca a los que la desean o la temen*, eso me dijo hace años un abogado mío en una cena. La frase es buena, por eso la memoricé. Lo que pasa es que ni prematuramente... ni tardíamente... ni espada. Únicamente este tiempo lento y silencioso. Podría escribir en estas inacabables noches de insomnio una historia de la eternidad. No sé, vivo en mi laberinto preso de mis temores, la mortífera espada de Teseo se acerca cada año que pasa. No existe el hilo de Ariadna, porque Ariadna misma es un mito.

Abel deambuló lentamente por el salón. Se apoyó en algunos muebles. Se quedó contemplando uno de los cuadros de Kandinsky. Después, como defendiéndose de una acusación que resonase en su cabeza, se dijo: Y encima dicen que soy un hombre sin conciencia, quizá un monstruo.

¿Lo crearás, Ariadna? El minotauro apenas se defendió.

Las cloacas romanas



El túnel, recto, en su final se hunde en la profunda y densa oscuridad. Allí abajo, en el corazón de esa eterna noche, se pierde la galería que semeja infinita. El túnel es recto, perfectamente recto, otros no. Éste tiene una bóveda de grueso hormigón basto, duro y gris. Una suave y dulzona humedad empapa el cuerpo de todo aquel que penetra en este inacabable sistema de galerías. Por el centro de esta galería típica del tercer nivel, discurre una especie de pequeño río de lóbrega y sombría agua, río constante de una corriente sucia y cenicienta. A ambos lados de esa corriente, dos corredores con su barandilla. Cada doscientos metros un cajetín lentamente corroído por el óxido, despintado, con un teléfono. Las aguas corrían tranquilas, el silencio era un silencio subterráneo y por tanto sepulcral, un negro silencio de necrópolis.

Como mínimo lo que podemos decir de las cloacas de Roma es que suponen un mundo extenso. En cierto modo, constituyen un universo, si se me permite la expresión. No afirmo esto en vano, pues sobre ellas se asientan más de quinientos millones de habitantes. Quinientos millones por decir un número, pues cada vez que por fin se acaba un censo, la realidad desplaza los números por encima de las cifras oficiales. En cualquier caso, todo sujeto que vive en esta urbe acaba abriendo un grifo, lavándose la boca, o descargando una cisterna de lavabo, y toda esa agua sigue el curso natural que las leyes de este mundo han impuesto al líquido elemento: de arriba abajo. Esta norma puede

parecer simple, sencilla y casi infantil, pero es la regla suprema que rige el funcionamiento del alcantarillado de la metrópoli más grande del orbe.

La segunda ley que determina el diseño de este mundo subterráneo es que los conductos tienen una sección cada vez más amplia conforme se desciende. No me voy a extender explicando cada una de las quince normas fundamentales del sistema teórico que rige el alcantarillado de cualquier conurbación que supere los cincuenta millones de habitantes. Y no las voy a explicar porque si la primera y segunda ley son comprensibles hasta para el más obtuso de los mortales, a partir de la quinta ley si uno no recibe esas explicaciones con alguien que con papel y lápiz explique las cosas con algunos croquis, esas leyes resultan incomprensibles.

Pero no las explico no sólo por eso, sino, además, porque son leyes teóricas, y después, al igual que ocurre en el mundo natural, las excepciones son continuas. Y así:

1° Este mundo subterráneo no es tan subterráneo como pueda parecer. Buena parte de la red corre por el interior de las grandes megaestructuras habitadas. Y a través de grandes tubos del alcantarillado que van de un edificio a otro bastante por encima del suelo. Esos inmensos tubos discurren muchas veces acoplados a los puentes que unen los rascacielos. De tal manera que sólo el 40% del recorrido total del sistema de cloacas es subterráneo. Eso sí, ese 40% es el sector de los conductos más grandes.

2° La corriente de agua en no pocos tramos discurre de abajo arriba. Eso se logra gracias a la labor de inmensas turbinas y motores. Esto no se hace por el gusto y placer de ver al agua subir, sino para salvar obstáculos. Normalmente es más fácil horadar el obstáculo. Pero *normalmente* no es

siempre, a veces resulta imposible en algunos tramos.

3º Debajo de los inmensos conductos inferiores hay una red más pequeña que recoge todas las fugas del sistema superior. Con lo cual se evidencia que incluso hasta a la 2ª ley podemos hacer salvedades.

Como se evidencia por los tres puntos precedentes, la teoría tiene sus excepciones. Esto no significa que la teoría no sea correcta, sino que la teoría contiene dentro de sí especificaciones más concretas y complejas. O dicho de otro modo, que la teoría general alberga en su interior teorías específicas. La teoría general es más simple, las teorías específicas son de complejidad creciente. A su vez la teoría específica (que es ya de por sí una excepción) contiene dentro de sí excepciones. Probablemente hasta las excepciones a esas excepciones contienen excepciones.

Pero no este el mejor momento para perderme en disquisiciones, sino para dedicarme a la sencilla -¿y tal vez sórdida?- tarea de describir las cloacas de una ciudad de quinientos millones de almas. Sí, tal vez es una tarea sórdida impropia de un espíritu elevado como el mío. En cualquier caso, la más bella de las urbes no se elevaría en sus magníficos y esplendorosos rascacielos sin esa desagradable red oculta. Esos mármoles, esas columnatas, las cúspides que descollan en la Urbe, son habitadas y recorridas por esas masas ingentes de habitantes únicamente porque bajo el esplendor arquitectónico de Roma se despliega un eficiente sistema de cloacas. Parece una paradoja, pero es una paradoja real como la vida misma: lo más excelso de Roma es posible gracias a este conjunto maloliente de sumideros urbanos.

Cuando hablamos del alcantarillado de la Urbe estamos hablando de 100.000 kms de

galerías. En esas galerías hay puntos donde el agua corre a una velocidad vertiginosa impulsada por los rotores de alta presión. Hay trechos, sin embargo, en los que la corriente de agua se ralentiza casi hasta parecer un agua estancada. En esta red de cientos de miles de kilómetros de recorrido se cuentan verdaderas sorpresas tales como su medio centenar de cataratas. No son bellas cataratas de agua cristalina saltando desde picachos amenizados por bosquecillos. Sino miles de litros aguas fecales cayendo por enormes tubos a un gran colector inferior, en ocasiones a cien o doscientos metros más abajo. No es un bello espectáculo como las cataratas de la naturaleza, pero se trata de un espectáculo al fin y al cabo.

Hablo todo el rato de *agua*... En el argot de la plantilla encargada del cuidado del alcantarillado se le llama *agua*, pero evidentemente no es, digamos, agua. O por ser más precisos es un agua turbia, maloliente, de oscuros tonos grisáceos.

Todo trabajador penetra en las galerías con un localizador GPS en su cintura. Localizador, equipo de aire y linterna. Fuera de las galerías llamadas de rango 1, no hay iluminación. Iluminar esta longitud inacabable y laberíntica supondría un gasto inútil. El presupuesto metropolitano prescinde de gastos inútiles. Una red de alcantarillado es el reino de la funcionalidad, no el Partenón. Por eso cada hombre debe portar su propia luz. El localizador es imprescindible, la maraña en algunos sectores es tan intrincada que sólo es posible llegar al punto de destino, siendo guiado desde fuera por alguien que está delante de un plano digitalizado y tridimensional de este laberinto oscuro.

El acceso y circulación por este laberinto está absolutamente restringido. De lo contrario esto sería el paraíso de los

terroristas. Nuestros temores no se reducen sólo a los terroristas, cualquier perturbado podría recorrer decenas de kilómetros provocando los destrozos que le vinieran en gana. Aunque aquí destrozar lo que se dice destrozar, destrozaría poco. En este lugar no hay muchas cosas que sean susceptible de un deterioro intencionado: este es el universo del hormigón y las compuertas y juntas de acero. Un mundo de hormigón y acero por donde discurre incansable la corriente oscura y turbia.

El hombre ha soñado con mundos exteriores y desconocidos, éste sí que es un mundo desconocido para los mortales. Y está no a tres años luz de distancia, sino bajo sus pies. Mas, como iba diciendo, el acceso a este mundo sólo se puede hacer desde los puntos autorizados, puntos que reciben el nombre de *registros de entrada*. Puntos autorizados muy vigilados por retenes de la policía metropolitana donde la identificación es rigurosa. Aun así, si alguien por algún medio penetrara en la red con la intención de practicar alguna abertura malintencionada en alguna conducción, el intruso antes o después atravesaría la detección de algún tipo de chivato electrónico. Hay más de un centenar de tipos distintos de chivatos, desde los que ya llevan funcionando más de medio siglo hasta los de última generación. Ocultos, silenciosos, pacientes, están ahí y no los ves. Pero de pronto alguien atraviesa uno, y el ordenador central sabe que estás justo en ese lugar. Si el movimiento se produce en un lugar donde el ingreso no se halla previamente autorizado, automáticamente se da la orden a Seguridad de ir a por el intruso. Cierto es que se dice que hay cientos y cientos de kilómetros carentes por completo de chivatos. Pero si esos sectores ciegos existen, sólo el Departamento de Policía Metropolitana lo sabe. Asimismo hay quien

dice que el control tan férreo del subsuelo no es factible debido al tránsito esporádico, pero inevitable, de la fauna.

La fauna propia del lugar es muy escasa, por no decir casi nula. Hay muy pocas ratas. Andando por las galerías, puede uno ver alejarse corriendo a una rata gris más o menos cada media hora o cada hora. Como se ve, esta exigua frecuencia da una idea de lo escasa que es la población. Aunque a veces uno encuentra lugares concretos donde las camadas son impresionantes. Entra un operario por una de las puertas a un nuevo recodo, y de pronto aparecen ante sus ojos más de doscientas o cuatrocientas ratas. Y al momento la muchedumbre de roedores huye en todas direcciones, se revuelcan, tropiezan entre sí. Es una desbandada en todas direcciones, obstaculizándose, pisándose, un espectáculo impresionante. Es como una gran masa viva sobre patitas, como un banco de peces, pero terrestre. A veces son ratas grises, a veces son ratas negras. Normalmente no sobrepasan el palmo de longitud. Pero hay constancia de ratas muy voluminosas. Es lógico, la evolución sigue su curso. Hace un año se encontraron cuatro del tamaño de un perro. Claro que eso marca, en mi opinión, el límite de su desarrollo máximo. Pues unos cuadrúpedos de gran tamaño se desenvolverían con mayor dificultad en esta clausurada biosfera restringida a un hábitat de largos túneles. De ahí que aunque ejemplares de más de veinte kilos de peso han ido apareciendo alguna que otra vez desde hace más de un siglo, la experiencia demuestra que no resultan viables. Y que el espécimen que conocemos de toda la vida, resulta una forma de vida más optimizada aunque la naturaleza siga su curso deleitándose en sus experimentos.

Otra cosa distinta son las cuatro o cinco formas de vida genéticamente

modificadas. Es decir, los especímenes diseñados en un laboratorio y que arrojados aquí por algún demente o algún visionario de ideologías apocalípticas, han subsistido y han proliferado. Los smithsaurios infortunadamente son abundantes. Su nombre es grotesco, pero así son llamados popularmente. Son una hibridación entre una inusual especie de gasterópodo y la familia de los arácnidos. Muestra un aspecto de caracol sin cáscara dotado de seis patas. No ataca, es pequeño y se alimenta del agua turbia. Agua que sorbe y filtra continuamente. Pero desafortunadamente el que lo creó en un laboratorio lo dotó de nematocistos. Es decir, de células venenosas, que recubren una franja longitudinal de su cola. Hace cuarenta años, cuando proliferó por primera vez esta forma de vida, las ratas al ingerirlos murieron a millones, a toneladas, pero ahora ya han aprendido que no deben ingerirlos. La selección natural ha creado un nuevo instinto de repulsión.

Para ellos, los operarios, estos gasterópodos siguen siendo lastimosamente urticantes. Además, tienen predilección por anidar en los anillos giratorios y las bridadas. Su retirada con guantes es precisa para evitar el contacto con la piel. A veces se usa una especial barra metálica de punta curva para arrancarlos de los recovecos donde no entran las manos enguantadas.

No lo he dicho antes, pero las ratas son útiles para el sistema de alcantarillado. Devoran todo lo que va quedando seco en las orillas y rincones, es decir las costras, de manera que ayudan a mantener limpias las galerías. Por eso jamás desratizamos el alcantarillado. Su población aumenta o disminuye según las reglas de la naturaleza. A más alimento más ratas, a menos alimento menos ratas. Tratar de intervenir en este mecanismo autorregulador sería inútil, un

gasto inútil. El ayuntamiento no gasta en empresas vanas. Y menos en empresas vanas a cincuenta metros o doscientos metros de profundidad. Aquí no entran los votantes.

La variedad de ratas que habitan este sistema, son completamente ciegas. Se guían tan sólo por el olfato y el oído. Pues a las galerías no llega ni un rayo de luz del astro rey, jamás. De forma que sus ojos son pequeños, muy negros, pero ya inútiles. Huyen de los operarios, pero ya no los ven. Hace tiempo alguien dice haber visto unas cuantas ratas albinas.

Si no tiene sentido desratizar, tampoco tiene sentido tratar de acabar con los smithsaurios. Bastaría dejarse cuatro o cinco para que todo volviera a empezar. Sin contar con que cualquiera puede volver a arrojar por el retrete otra nueva forma de vida de laboratorio. Es seguro que cada año se deben echar unas cuantas. Pero casi ninguna logra sobrevivir y reproducirse. Sin embargo, las medusas sí que pululan por todos los canales. Cada doscientos o trescientos metros de túnel hay un par de medusas, como media. No se les ve porque el agua no es transparente, pero están ahí. A la vida en estas alcantarillas, sólo se ha adaptado un tipo de medusa de color ceniza llamada *noctícula*, éste es su nombre científico. Tranquilas y casi inmóviles se van alimentando serenas de los restos en suspensión en la nauseabunda corriente.

Hace poco aparecieron las famosas anguilas grises. Se alimentan de las ratas, de los caracoles arácnidos y de las medusas. No atacan a los humanos, se deslizan por el fondo del agua y se escabullen. Sólo es posible verlas cuando son cerradas todas las compuertas de un tramo y se procede al completo vaciado de una cisterna para extraer el fango. Cuando, hace ya muchos años, brillantes y coleteando aparecieron inesperadamente por primera vez ante los ojos

de los operarios encargados de la limpieza casi se mueren del susto, ante aquellos bichos de piel húmeda y reluciente que se retorcián entre sí escurridizos. No habían visto ninguna anguila nunca, y de pronto se encontraron en un tramo con miles.

Hoy en día, que existen tantas formas de vida genéticamente modificadas, cada cloaca de cada gran ciudad tiene su propia fauna. Pero es muy difícil que pululen otra cosa distinta que cuatro o cinco tipos de ratas, algunos especímenes de medusas o algún tipo raro de pez.

No me voy a detener en describir ese mundo vital habitante del lodo y buceador de sus tenebrosas aguas lánguidas, pero alguna que otra vez, rarísimas ocasiones, uno halla otras pequeñas formas de vida inofensivas para los humanos que excepcionalmente se internan por este dédalo.

El dédalo está constituido por distintos rangos de túneles. Los túneles de rango 1 son los verdaderamente grandes, es decir aquellos que tienen treinta metros o más de diámetro, cuentan con luz artificial, barandillas a ambos lados y su bóveda está recubierta de placas metálicas. La corriente que discurre por ellos constituye verdaderos ríos. La inmensa mayoría de los túneles son circulares, de hormigón y de unos diez metros de ancho. El agua fluye al descubierto en unos, y dentro de tubos en otros. Los tubos que van por el centro de esas galerías están a la vista, de manera que cualquier desperfecto o fuga es patente nada más llegar.

Si una junta de un tubo se rompe, los estancamientos que se producen son la cosa más nauseabunda que uno pueda imaginarse. Y mucho más si no se descubre ese estancamiento hasta al cabo de un año o dos, cuando la putrefacción puede llegar a producir masas que dejo a la imaginación del que me escuche. Cuando ocurre eso hay que colocar

las bombas que irán succionando a través de tubos de goma toda esa masa líquida hacia otros conductos. Eso lleva tiempo, porque a veces no es que se inunde un túnel entero, sino que a veces se llegan a inundar cuatro y hasta diez o más niveles de túneles.

La dulzona y suave humedad empapa el cuerpo de los operarios que transitan por estas catacumbas infames. Sí, esto es a la vez infraestructura metropolitana y reino de la tiniebla. Conducciones, tubos y canales recorren los túneles divididos en ocho rangos. Túneles que sortean las raíces de los inmensos rascacielos. Esas descomunales estructuras arquitectónicas de cientos de pisos de altura que rozan los cielos, hunden muy abajo sus formidables raíces. Son tan gigantescos y tan profundos esos cimientos que parecen los mismos pilares de la Tierra, y hay que sortearlos.

En este reino lóbrego no hay estaciones, a cien metros de profundidad la meteorología no tiene cabida, ni la noche ni el día existen aquí. Aquí no alcanza ni la lluvia, ni la nieve, ni la niebla. Se trata de un reino inmutable. Es el microcosmos de la perpetuidad. El inmutable reino de la perpetuidad.

Sobre la meteorología habría que hacer algunas aclaraciones. El agua de lluvia es asumida por este gigantesco sistema sin ningún tipo de esfuerzo. No importa lo intensa que sea una tormenta en la superficie, cuando media hora después el agua llega abajo, a los túneles del sistema 1, ya llega amansada, dócil, dosificada por la jerarquía de galerías, saltos de agua y depósitos intermedios. Otro fenómeno que, gracias a la temperatura constante de los túneles, no existe es la niebla. Si bien, hay un 0.4% de la red donde al estar más cerca de la superficie, sí que se dan calentamientos de la atmósfera y

se forman nieblas debido a la humedad de las filtraciones. Y en concreto hay ocho sectores donde la niebla es continua y espesísima. Se podría eliminar, todo es una cuestión de dinero. Pero se ha optado por dejar a la niebla allí donde esté.

Hay dos sectores de esos ocho, en que la niebla es tan densa que no se puede caminar. Por eso, cuando hay que hacer alguna reparación allí, se inyectan por unos conductos grandes cantidades de aire del exterior. Un día de mucho frío, en febrero, se dice que cuando los operarios entraron en uno de esos sectores, estaba nevando. De forma ligera, pero clara. Pero la noticia de la nevada en el alcantarillado, entra dentro de esas historias que no se sabe muy bien si son leyendas o no.

Lo cierto es que aquí nunca pasa nada. Como mucho alguna vez hay algún atranco, alguna rotura, alguna fuga. En la parte más antigua de la Urbe hay incluso algún hundimiento. Los atrancos, si son en los tubos, se arreglan por lo general inyectando agua a presión. En otras ocasiones tenemos que echar mano de cámaras miniaturizadas que son del tamaño de un pez, con sus pequeñas hélices y que tienen su luz propia. Los trabajadores los llaman los *juguetes*. Con sus juguetes descubren la causa de los problemas. Todo tiene su causa, hasta en las cloacas todo tiene su causa y principio.

La labor de los operarios es sellar, soldar, reemplazar, remachar. Los operarios se manchan para que otros puedan más arriba gozar de sus pisos de lujo. Arriba los yuppies, el ciudadano medio, los señores inversores no podrían gozar ni de sus pisos de doscientos metros cuadrados ni de sus lujosos palacetes si ellos, los operarios municipales, no estuvieran abajo. No es difícil hacer filosofía cuando uno mira esta agua. Esta agua resultado y conjunción de orines y

defecaciones, mezclado con duchas y lavados de dientes. Mezcla promiscua de vidas heterogéneas, unidas en un líquido resumen. Sí, no es no es preciso tener un espíritu filosófico para hacer reflexiones ante este elemento.

A veces llama la atención la ocasional presencia del cadáver de algún perro o gato que aparece flotando. Caen por los registros verticales de recogida de aguas pluviales. Al ahogarse se hunden. Pero después los gases de la descomposición hinchan sus cuerpos y flotan. Las ratas captan el olor en menos de una hora. Van nadando con sus cuatro patas tan cortas, y en menos de otra hora el cuerpo parece un nidal de ratas.

Las ratas son útiles también porque advierten de la presencia de gases tóxicos. Allí donde aparecen cadáveres de ratas es señal de una bolsa de gas. Hay muchos tipos de gases que pueden acumularse en algunos rincones de la red: metano, neón, freón... Es labor de los operarios en sus idas y venidas localizar esas bolsas y ponerlo en comunicación de los técnicos-supervisores del alcantarillado. Otra sección del cuerpo metropolitano se encargará de vaciar el sector de ese gas y de sellar el lugar por donde entraba. El metano es frecuente, por la degradación de las materias orgánicas. Es el único gas que no entra, sino que se forma en el interior de la red. Afortunadamente este tipo de bolsas de gas son muy inusuales. Pero si no se hiciera nada por eliminarlas, esas bolsas de gas irían invadiendo otros túneles, otros niveles, como si de un líquido se tratara. Y una gran explosión de metano podría provocar notables destrozos subterráneos. Aunque esos destrozos no pasarían de un túnel o dos, porque por muy grande que sea la bolsa de metano necesita de oxígeno para poder explosionar. Y si el metano invade varias galerías, ya no hay oxígeno.

La Urbe cuenta con infinidad de plantas depuradoras del agua que corre por las cloacas. Esas plantas sí que producen notables volúmenes de metano. Catorce grandes torres, diseminadas por la ciudad, queman constantemente todo ese gas inflamable. Esas torres están situadas a gran altura, coronando varios vértices de rascacielos. Es todo un espectáculo, ver esas nubes de fuego de más de cien metros de altura ascender hacia lo alto, agitarse, descender para de nuevo surgir con una nueva lengua de fuego. Es una visión muy al estilo del clásico *Blade Runner*. Esas torres de metano con sus lenguas de fuego en lo alto de esos edificios, son constantes, día y noche. Diríamos que son como un geiser de gas ardiendo. Forman parte ya de la imagen de la ciudad.

Pero en el sistema de alcantarillas a veces no es gas lo que se acumula, sino otros líquidos. No obstante, se trata de una incidencia todavía más infrecuente que la de las bolsas de gas. Alguna que otra vez se han acumulado grandes cantidades de combustible de depósitos superiores debido a algún tipo de fuga, porque como ya se ha dicho, todo líquido tiende a ir de arriba abajo. Claro que no importa lo que caiga en el alcantarillado mientras el agua siga corriendo. El problema es que en un sistema tan extenso, con tantos recodos y sectores, de vez en cuando se producen estancamientos. Y los estancamientos de líquidos inflamables es conveniente tenerlos localizados. Pero no me voy a detener en eso, ya he dicho que se trata de algo más bien excepcional.

Claro que si algo hay excepcional es la cantidad de agua potable que consume esta ciudad. 600 millones de hectolitros al día. 548.200 millones de media diarios para ser

exactos, 22.841 cada hora. Es una cantidad exorbitante. No hay ningún río en Italia que pueda proporcionar esa cantidad. Ni con la suma de todos los ríos italianos tendríamos suficiente para abastecer la demanda diaria de esta Urbe. El agua que consume esta ciudad proviene de las grandiosas plantas de electrolisis que hay en la costa. El mar, si no ilimitado, por lo menos nos ofrece un aceptable sucedáneo de lo ilimitado. Quince generadores de fusión fría producen día y noche cantidades colosales de energía para la evaporación de agua de mar en esos complejos de desalinización. De esos complejos, no un río, sino media centena de caudalosos ríos de agua dulce nutren a Roma de agua.

Pero toda esa agua cristalina, acabará antes o después en estas galerías oscuras convertida en líquido turbio y maloliente. Ése agua transparente sin sabor ni color discurrirá finalmente por aquí, mancillada. Estos túneles son el infierno del agua, su hades. Destino final, donde discurrirá sucia y lenta. El agua culpable descenderá. Y los pequeños conductos irán descendiendo a más anchas galerías. Y las galerías de notable sección descenderán a otras todavía mayores, más profundas. Y así de conducto en conducto, el agua concluirá en túneles donde formará torrentes, ríos, estanques oscuros bajo la dura bóveda del hormigón. ¿Deberé repetir una vez más que bajo ese hormigón impera una quietud y un silencio inauditos? Ni una palabra, ni un testigo, ningún ojo humano.

Ni una palabra... ¿quién soy yo entonces?

El agua estancada, grisácea y muerta.

¿Quién soy? ¿Quién soy yo? ¿Quién ha descrito, quien ha recorrido estas galerías, estos túneles?

*El agua estancada, grisácea y muerta
discurría silenciosa
en sus nichos subterráneos hacia su destino
de quietud.*

Yo... yo soy el espíritu que recorre las cloacas. El espíritu etéreo y vaporoso que recorre estos espacios de oscuridad y olvido. Soy una primitiva divinidad romana, un numen. Mi nombre, aun en mi época de mayor veneración fue siempre de mi desagrado: Cloaclina. Un nombre más en la larga, interminable, lista de espíritus menores. Olvidada de todos los hijos descendientes de aquellos de la Edad de los Héroe. Pero, aunque olvidados, hasta los dioses menores tenemos nuestro reino. Los dioses primitivos disfrutamos de reinos menores. Esas dos cosas, el concepto de deidad unido al concepto de reino menor, demuestran la falsedad de nuestra esencia. Sí, ciertamente, no sólo nos olvidan sino que nos recuerdan que nuestra esencia es falsa. La hueca falsedad de nuestra misma esencia. Pero no importa, me deslizo callada sobre la superficie de esta agua olvidada. Acaricio su superficie turbia.

*Estancada y grisácea, el agua taciturna
discurría en su destino subterráneo hacia los
nichos de la quietud*

Me deslizo callada sobre la superficie opáca de estas corrientes subterráneas. Ya he dicho que soy una divinidad primitiva. Hundo mis orígenes ya preteridos en un desconocido numen etrusco. Orígenes, tan lejanos ya, en los que contemplé el amanecer de la joven humanidad. Entonces, aunque me asomé, para ver ese amanecer, tenía mi morada en las tierras subterráneas. Y allí sigo. Aburrida acaricio la superficie turbia de las aguas que recorren mi morada. Los dioses olímpicos

triunfaron. Después brilló la Divinidad Todopoderosa a la que se le erigieron las basílicas; el incienso ya sólo ascendió por Él. Perviví en mi mundo, oculta y olvidada. Tan olvidada como si nunca hubiera existido. En realidad nunca he existido. Soy tan sólo la voz ululante y femenina que recorre estos negros túneles deshabitados.

*Muerta y grisácea el agua
en los nichos de la quietud subterránea
discurre hacia su destino.*

Ciudadano exánime flotante

.....



El cuerpo exánime hinchado, lívido de Abel Mann flotaba en medio de una de las innumerables corrientes de las cloacas. Iba vestido en pijama blanco. Pijama que debió ser blanco y que ahora aparecía, como todo su cuerpo, cubierto de un lodo inmundo. Sus cabellos pegados al cogote, pues flotaba boca abajo. Ningún movimiento, sólo ese imperceptible seguir siendo arrastrado por una corriente indolente y lenta. Nadie se hallaba en esa galería, ni en ninguna otra en más de diez kilómetros a la redonda, de forma que su cuerpo flotaba solitario sin testigos. Los únicos ojos que hubieran podido ser espectadores de la escena, hubieran sido los del propio Abel. Pero cerrados o abiertos, pues no se veían, se hallaban bajo el agua, pues flotaba boca abajo. Su rostro bajo el agua no permitía apreciar la expresión de su cara, si en paz o aterrorizada, con una mueca terrible o inexpresiva el velo del agua lo ocultaba.

De pronto una rata trepó desde su obeso costado cadavérico hasta el ondulado espinazo. Las uñas de la rata se aferraron al pantalón del pijama, y desde allí sus dientes comenzaron a escarbar en la carne que ese mismo pantalón dejaba al descubierto en su borde superior. Era escaso el trozo de carne que se podía ver no cubierto por la tela, pero la boca hambrienta no tardó en hacer un buen trabajo profundizando. No salía ni una gota de sangre, pues de los cadáveres que llevan ya días exánimes ya no brota sangre.

Pronto no una, sino una veintena de ratas estaban con sus cuerpos peludos y negros alimentándose de aquellas carnes alimentadas durante su vida ya pasada con manjares tan exquisitos como esterilizados. Las ratas no notaban diferencia alguna si aquellas gorduras se habían cebado de caviars y salmones, o de bajos alimentos más vulgares. Más ratas nadando rodeaban el perímetro del cuerpo sin lograr subir, aunque no por ello sin dejar de intentarlo. Por cada diez que lo intentaban, una lograba trepar. Pero unas se estobaban a otras. Pronto aquella embarcación humana de ratas ya no admitía más pasajeros. En aquel festín no cabían más comensales.

Si Abel Mann hubiera podido contemplar en vida la visión de su cuerpo muerto flotando en la oscuridad de una cloaca se hubiera muerto de asco. ¡Él, que siempre tuvo tanta náusea a cualquier germen, a cualquier forma de suciedad! Ahora allí, irónico final, en medio de la inmundicia por excelencia. Si Abel hubiera podido ver aquello hubiera concluido lleno de horror que eso era el infierno. Ni el infierno podía ser tan espantoso, tan inhumano, tan torturante. No podía caber en su cabeza, tal cosa no podía nunca ni haberla imaginado. Con sólo imaginarla, hubiera vomitado al instante sin poderlo evitar.

Una rata levantó su hocico, su cabeza alargada, y lanzó un chillido agudo propio de estos seres, tratando de morde a otra rata. Estos seres se disputaban los pedazos, las piezas carnosas del señor Mann, luchaban por ellas a pesar de la abundancia corporal del millonario. Había carne en abundancia, pero todas aquellas bocas llenas de dientes pequeñitos se mostraban ambiciosas, ávidas y agresivas entre ellas. De vez en cuando, una rata enfadada mordía a otra. No se daba cuenta de que había carne de millonario para

todas. Aunque Abel ya no era millonario. Nadie es millonario cuando su cuerpo es un cadáver que flota en una cloaca como alimento de las ratas.

Aquello era tan espantoso que no podía ser ni el mismísimo tormento del infierno. Aquello era una pesadilla. Era peor que una pesadilla porque el millonario estaba siendo testigo de la escena con todo detalle. Testigo de su propio banquete, a su costa, del propio banquete de su mismo cuerpo. Abel dio un grito espantoso gutural, un grito estentóreo que espantó a todas las ratas a la carrera. El grito hizo salir burbujas de su boca bajo el agua. Las ratas se empujaron unas a otras en su huída.

En realidad, Abel sí que había gritado. Un grito formidable que penetró a través de las paredes. Un grito que atravesó la noche y la oscuridad. Su mano derecha fue directamente hacia el tórax, a tocarse, a palpase su propio pecho, su vientre, sus carnes estaban intactas, no había heridas, no había agujeros practicados a mordiscos. Su izquierda a duras penas, dando ciegos manotazos, encendió con urgencia la luz de su habitación. La luz, tranquilizadora, iluminó al instante su cama de blancas sábanas de seda. Sus ojos miraron su pijama immaculado, impoluto. Estaba en su habitación del piso 24 de Wall Street.

-¡¡Era un sueño!!... sólo un sueño –se repitió frotándose con sus gruesas manos la cara, palpándose una vez más su cuerpo incólume, su obeso cuerpo empapado en sudor de pies a cabeza. La palma de su mano una vez más resbalaba por su panza húmeda tranquilizándole. Su cuerpo estaba intacto. Todo había sido un sueño. Pero cuando un sueño tan horrible aparece en tu vida se resiste a desaparecer. Ya era la cuarta vez en aquel mes. No se le iba de la cabeza, le iba a volver

loco. No podía resistir aquella pesadilla recurrente, no podía seguir así. -Me voy a volver loco. Estoy sintiendo que me estoy volviendo loco –volvió a palpase el cuerpo. Sintió deseos de enjabonar su cuerpo, de ponerse bajo el chorro de la ducha, para limpiarse la inmundicia que había visto que en la pesadilla impregnaba su cuerpo. No sólo había visto esa basura, la había sentido. Pero su cuerpo estaba limpio. Todo había ocurrido sólo en lo profundo de su mente dormida, en las galerías más profundas de su psiquismo. No había nada que limpiar. No se puede limpiar la suciedad de una pesadilla. Pero hasta sentía la nausea de aquel olor que había olido hacía cinco minutos. Sintió el deseo de darse un baño rápido, sólo con agua, para limpiar el sudor que calaba la fina tela de su pijama. Pero tenía pereza. Había que levantarse, ir al aseo, desnudarse... no menos de diez minutos. No tenía ganas. Se sentía incómodo pero volvió a tumbarse, había estado incorporado con la espalda apoyada en el cabecero de su amplio lecho. Dudó un momento, pero apagó la luz. Me estoy volviendo loco, se dijo a sí mismo, y no puedo hacer nada.

Guardia Palatina



Ya estaba tardando en venir. Un Abel aburrido, con un aburrimiento plácido, se miró las yemas de los dedos, las ondulaciones de sus huellas dactilares, aquellas finísimas líneas concéntricas, los juegos de surcos que formaban aquellas huellas. La piel de sus dedos... la encontraba reseca. Demasiado jabón. Lavaba sus manos demasiadas veces al día. En casa tenía el jabón más suave del mercado, pero aun así la piel de sus dedos aparecía reseca, acartonada. Incluso el color no era natural. Encontraba sus dedos descoloridos. En fin, tampoco había que darle demasiadas vueltas. Cuando alguien tarda en venir, en las esperas, uno le da vueltas a todo.

Ahora estaba usando el jabón de aceite de argán, una especie de acebuche espinoso originario de suroeste de Marruecos. Su carísimo jabón de argán con olor a naranja y salvia era suave, pero Abel abusaba. Trataba de remediar sus abusos untándose sus manos con crema fabricada a partir de la manteca extraída de la nuez de un árbol de Burkina Faso. Más que untarse esa crema, embadurnaba sus manos con ella, tratando de remediar sus abusos con el jabón, con el abuso del remedio. Miró el reloj de la pantalla de su ordenador, estaba tardando en venir.

Por fin sonó un tintineo leve y decreciente junto a la puerta, un tintineo constante que se repetía una y otra vez, en forma de ecos, con un diseño rítmico lento y cadencioso. Era el timbre de la puerta. Abel cogió el mando a distancia, tocó un botón y un rostro apareció al segundo en la pantalla de su televisor. Era la cara conocida de Arthur, el

jefe de seguridad del piso de abajo, esperando en el vestíbulo situado justo antes de la puerta. Un vestíbulo diminuto carente de ornamentación alguna, sólo las paredes blancas. Abel esperaba a aquel hombre. Presionó un botón del mando a distancia y la puerta de entrada al piso, a la fortaleza de su piso, se abrió. Desde su sofá oyó los cierres de aquella puerta al abrirse, las barras metálicas se desplazaban por su interior. La puerta mecanizada, de tamaño no excesivamente grande, estaba perfectamente acorazada. Al abrirse dejó entrever por un momento su verdadero grosor.

Abel avanzaba ya hacia la zona de entrada de su piso.

-Adelante -ordenó con tono amable a Arthur.

Después de recibirle no demasiado lejos de la entrada, Abel no llegó hasta la puerta, dada su gordura se movía con dificultad, ambos se dirigieron al interior del piso. Abel se sentó, se derrumbó, sobre uno de los sofás. Arthur tomó asiento en un sillón de enfrente. El jefe de seguridad era un hombre de unos cuarenta y cinco años, con unas señorial canicie en la zona de las sienes. Vestía muy correctamente, con una especie de americana de tela muy fina y ceñida al cuerpo. En realidad, su americana y sus pantalones formaban una sola prenda que parecía pegada a su piel. Como es norma en todos los guardaespaldas y miembros de seguridad vestía de forma muy correcta, en impecable color negro. Todo en él, desde el corte de pelo, hasta la limpieza de su calzado, aparecía con una pulcritud impecable.

Arthur había entrado en el piso sin colocarse nada en las suelas de los zapatos, ni tomar otro tipo de medidas higiénicas que el millonario exigía rotundamente a los encargados del servicio de limpieza. Abel, por alguna extraña razón de su subconsciente,

siempre había mostrado una respetuosa deferencia hacia el jefe del servicio de seguridad, aunque este cargo lo habían ejercido ya varias personas en los últimos veinte años y con todos había mostrado esa misma deferencia.

El magnate le había mandado llamar para tratar con el máximo responsable de su seguridad cuestiones acerca de ésta. Arthur no se había extrañado de esta llamada. Bien sabía que una o dos veces al año, Abel tenía como costumbre tratar cuestiones acerca de su protección. Un par de llamadas al año para tocar este tema, entraban dentro de lo que ya era como una costumbre. Aunque más que revisar los sistemas de protección del edificio, lo que Abel hacía era plantear cuestiones. Sabía que durante media hora, el millonario sentado enfrente le formularía preguntas concretas sin ningún tipo de orden. Más bien siguiendo el orden de sus inquietudes. Arthur sabía que al principio Abel le haría alguna pregunta de tipo general. Y que mientras estuviera respondiendo a esta pregunta, se iría forjando en la mente del magnate la siguiente pregunta. Y que la segunda pregunta sería la excusa para la tercera, y así hasta escuchar un número suficiente de respuestas que le llevasen a la confirmación de que no había rendijas en el operativo que le protegía.

-¿Qué tal, Arthur? ¿Cómo va vuestro trabajo?

Arthur dio comienzo a sus explicaciones, largas, con toda calma. Una calma no exenta de firmeza. Se conocía bien el tema y podía por tanto ofrecer en cualquier momento todo tipo de aclaraciones y puntualizaciones si era preciso. Cuando ya llevaba hablando un par de minutos, el millonario le hizo una nueva pregunta.

-Mira, hay un punto sobre el que me interesaría saber cuáles son las medidas que

habéis tomado... ¿qué medios habéis previsto contra los secuestros?

-¿Por qué? -Arthur le miró incrédulo.

-Pues no pienses que me he interesado por esto porque exista alguna amenaza concreta. No, afortunadamente no hay nada de eso. Lo que pasa es que he llegado a la conclusión de que mi persona, mi cuerpo vivo, tiene un valor en el mercado delictivo. En la medida que la posibilidad de un rescate es más suculenta, así también aumenta la cantidad de grupos que pueden sentirse interesados en promover un rapto.

Abel captó el escepticismo de su interlocutor. Aunque Ralph todavía no había dicho nada que contestase su pregunta, claramente observó en su mirada que la posibilidad de un secuestro le parecía mínima. Así que Abel con su gruesa mano tomó una copa y sorbió un poco de agua, y continuó:

-Mira, me dedico a los negocios. Y como negociante no puedo evitar el pensar que cada persona tiene un valor en el mercado de los secuestros. Es cierto que las medidas aquí son grandes y organizar una operación para entrar aquí y retirarme con vida de este lugar y llevarme a otro, resultaría muy caro. Pero yo pagaría toda mi fortuna por recobrar mi libertad, y ellos, los potenciales grupos dedicados a la extorsión, lo saben. Los grupos que se dedican a este innoble comercio de la privación de la libertad lo saben. Hay equipos especializados en actos delictivos de este tipo. ¿O me vas a negar que existen este tipo de grupos?

-No, por supuesto que no.

-Insisto, mi pregunta no nace de un miedo infundado. Yo, mi persona, tiene un valor en el mercado. Únicamente trato de averiguar si la relación entre el valor del producto que proteges, yo, y lo que gasto en mi protección, son adecuados, o si por el

contrario hay una desproporción entre lo que ambas realidades.

-Estoy completamente seguro de que las medidas que actualmente existen para su protección son perfectamente adecuadas.

-Y aunque sean adecuadas, ¿corro algún riesgo?

-De ninguna manera, se lo aseguro. Mire, llegar hasta la puerta de su piso sería una aventura. Nadie llega allí si nosotros no lo permitimos. Nadie. Pero recuerde que si alguien llegase hasta ese lugar -y señaló con su dedo en dirección al vestíbulo fuera del piso-, tendrá que atravesar la puerta, inmovilizarle y volver a salir con usted. Eso es imposible.

-¿Por qué? Seguro que hay gente dispuesta a gastar mucho dinero, ¡millones!, con tal de llevar a cabo ese plan. Alguien podría contratar a un centenar de personas para llevar a cabo tal cometido. Todo es una cuestión de dinero. Si el rescate justifica contratar a un pequeño ejército, se podría contratar. ¿Vas entendiendo por dónde van mis temores? Insisto, si el negocio vale la pena, se puede contratar a un pequeño ejército.

-Esto no es cuestión de dinero.

-¿Pero por qué me dice que es imposible? ¿Por qué está tan seguro?

-Pues porque abajo, en el vestíbulo de entrada, hay dos recepcionistas detrás de un mostrador. La más ligera señal de alarma y el servicio de seguridad del edificio, que está en la sala de al lado al vestíbulo de recepción, intervendría. El vestíbulo de entrada es vigilado por circuito cerrado continuamente desde esa sala contigua. Nadie puede ni montarse en un solo ascensor de este edificio sin que se compruebe previamente que el inquilino del piso de destino le está esperando. Si alguien tratara de subirse a un ascensor por la fuerza, sería bloqueado ese

ascensor al momento, desde el servicio central informático que está en el ático. Si alguien llegara a este piso donde nos encontramos, al pasillo de este piso, le estaríamos esperando nosotros. Somos quince personas. Quince personas entrenadas, cada uno con su arma. Pero si los primeros de nosotros que interceptaran al intruso, comunicaran que llevan armas de mayor calibre, los que estuviéramos detrás tomaríamos nuestras armas de asalto guardadas en la armería del piso de abajo. Sería una batalla, pero estamos preparados para ello.

-¿Y estáis seguros de que no os arrollarían?

-Saliendo del ascensor, no hay donde esconderse, no hay obstáculos tras de los cuales parapetarse. La lucha no podría ser larga. Pero suponiendo que vencieran en esa lucha, tendrían que entrar en su piso. Su piso tiene todas las paredes acorazadas. En el centro de cada muro exterior a su piso hay una plancha de diez centímetros de acero. Una plancha en medio de dos capas de hormigón de veinte centímetros. Los muros interiores, no tanto, pero también están acorazados.

-¿Y la puerta?

-La puerta es invulnerable. No tiene ninguna cerradura por donde introducir una llave. O usted da la orden desde dentro, o el sistema automático no la abre.

-¿Y si tratan de abrir un boquete con un láser?

-Está calculado, tardarían no menos de veinte minutos. Y eso trayendo un equipo que es muy pesado.

-¿Y si usan explosivos? Podrían volarla y echarla abajo.

-La puerta pesa casi una tonelada. Las barras metálicas que la atraviesan tienen una longitud de más de cinco metros. Cinco metros que se introducen por la pared. Un

explosivo antes echaría abajo todos los muros del vestíbulo que esa puerta.

-Bien, pero ¿y si lo hacen, y si usan esos explosivos?

-El vestíbulo tiene apenas veinte metros cuadrados. Y poco más el pasillo de acceso. ¿Dónde se meterían? No pueden colocar la bomba en el muro y quedarse ahí. Tendrían que volver a entrar en el ascensor, detonar los explosivos desde el piso de abajo y volver a subir. Pero ya le he dicho que los ascensores se bloquearían desde el ático en el primer segundo de la alarma general. Además, cuando se activa la alarma general se trasmite una señal de emergencia a la comisaría de Wall Street. En un minuto estaría aquí la policía. Y no le digo un minuto por decir una cantidad cualquiera de tiempo. Un minuto es lo que tardan en llegar. Está calculado. Varias veces hemos probado la alarma general en simulacros. Además, si ellos comprueban que es un ataque de un grupo de secuestradores, en tres minutos el comando especial antiterrorista estaría aquí.

-¿Seguro que llegarían en tres minutos?

-En los simulacros de la policía metropolitana, a este edificio se le han asignado tres minutos como tiempo máximo fijado para llegar y actuar. No estamos en un pueblo perdido en una pradera del Midwest, estamos en pleno centro de Wall Street. La policía de aquí no es la normal. La policía de aquí siempre está en máxima alerta. Tenemos al lado al corazón financiero de esta nación y de todo este continente. Créame, a un grupo de secuestradores se les podría ocurrir venir con un verdadero ejército, y los comandos del Departamento de Policía le podrían hacer frente.

-Bien, ya veo que no es tan sencillo llevarse de aquí.

Durante unos momentos el millonario siguió dándole vueltas a todas las posibilidades de fallos en la seguridad.

-¿Y si alguien hace lentamente, durante días, un agujero desde un piso contiguo? Me refiero a un agujero para poder introducirse aquí.

-El piso de abajo pertenece al servicio de seguridad. El piso de arriba y el de la derecha son propiedad de hombres acaudalados. Entrar allí es casi tan imposible como en éste.

-Ya, ¿pero y si lo hacen?

-Hay sensores ocultos en el interior de los muros. Cuando se construyeron los muros se introdujeron esos sensores. Detectan incluso las menores vibraciones.

Abel iba quedando conforme con aquellas explicaciones. Pero aun así siguió preguntando:

-¿Y si alguien dirige una aeronave hacia este piso y trata de atravesar los ventanales?

-El pasillo aéreo más cercano está a tres kilómetros. Cualquier objeto que se salga de ese pasillo sería interceptado de forma automática por las varias baterías de misiles que hay en las cúspides de los rascacielos de esta zona. No importa si se trata de una avería en el ordenador de vuelo, salirse de ese pasillo supone ser interceptado de forma automática. El sistema es inmisericorde, pero es el único modo que existe para evitar ataques suicidas. De todas maneras, los cristales blindados de esta planta tienen cuarenta centímetros de grosor.

-¿Si desde una aeronave trataran de entrar a través de los ventanales, qué tendría que hacer yo?

-Usted nada. El exterior del edificio también lo vigilamos nosotros con las cámaras de seguridad. El protocolo de emergencia en esos casos ordena abatir la

aeronave de inmediato con armas de calibre medio. Diez segundos después que se detuviese ante el edificio, nosotros estaríamos abriendo fuego contra ella. Aunque una violación del espacio aéreo urbano es competencia de la Autoridad Central del Espacio Aéreo Urbano, la unidad competente de la Policía Metropolitana jamás permitiría que llegase hasta aquí sin interceptarlo.

Las respuestas parecían dejar satisfecho a Abel. Sí, para él escuchar a Arthur era siempre quedar en paz. Arthur, acostumbrado a este trámite, se dejaba preguntar impasible. Aunque el jefe de seguridad era el interrogado, era Abel el que siempre preguntaba con inquietud. El magnate tenía la sensación de que aquellos especialistas habían considerado todas y cada una de las posibilidades para penetrar en la casa. Era su trabajo. Tenían tiempo para estudiar los puntos débiles y se les pagaba para ello.

En esas entrevistas, el jefe de seguridad nunca hacía preguntas, sólo las respondía. Y si alguna vez hubiera hecho alguna, ésta nunca hubiera rozado lo más mínimo el campo de lo personal. La relación entre aquellos dos hombres era meramente profesional y el jefe de seguridad sabía que en su trabajo se incluía el pasar por estos trámites. No obstante, esta vez, cuando Abel ya parecía haber aquietado todas sus inquietudes, Arthur quiso hacerle una pregunta:

-Señor Abel, ¿es que hay algo que le preocupe?

Abel ya estaba mucho más relajado, incluso a gusto por haber quedado satisfecho. Era evidente que hacia el final de la conversación hasta estaba disfrutando de ésta.

-Pues verás, Arthur, siempre he pensado que ir un hombre por el mundo con

mucho dinero en el bolsillo, era una locura. Si llevas mucho dinero encima y la gente lo sabe, es como ir diciendo *atráqueme*. El dinero jamás hay que llevarlo encima en efectivo. De ese modo disuades al atracador. Ahora bien, el problema es que cuando tienes mucho dinero en el banco, tú mismo vales mucho dinero. Ya no es lo que lleves encima en efectivo, sino que tu misma persona tiene un valor monetario. Ese valor es como un dinero del que no te puedes desprender por más que quieras, está unido a tu persona, lo quieras o no. Cuando tienes más allá de cierta cantidad, te has convertido en un cebo. Un cebo para todo aquel que quiera ganar dinero sin escrúpulos. ¿Te das cuenta a qué me refiero?

-Por supuesto que sí.

-¿Cuánto crees que valgo yo para ese tipo de organizaciones?

El jefe de seguridad se sonrió. La sonrisa era felina.

-Hablando con brutal franqueza, nuestra empresa considera que un hombre cualquiera vale, al menos, el 35% de sus fondos en dinero líquido. Es decir, sabemos que cualquier grupo de secuestradores es consciente que de cualquier hombre del que logren apoderarse, podrán sacar esa cantidad.

-Vaya, no sabía que lo tuvieran tan bien calculado.

-Se trata tan solo de una cantidad orientativa. A veces se puede sacar más, pero pocas veces menos. A las empresas de seguridad nos conviene saber hasta qué punto les puede interesar a una organización delictiva hacerse con una persona. Según lo que pueden sacar de esa operación, en esa misma medida están dispuestos a *invertir* para llevarla a cabo. Es una cuestión casi... mercantil.

-Lo del 30% me ha dejado... impactado. No sabía que yo valiera tanto para ese tipo de gente.

-No, usted vale menos.

-¡Vaya! ¿Y eso?

-Pues verá, usted no tiene personas autorizadas a disponer de su dinero si está ausente. Nadie podría tocar su dinero. Al cabo de varios años de ausencia forzosa, y constando que usted sigue vivo, se comenzarían a tomar medidas legales para la administración gubernamental de sus bienes. Pero tendrían que pasar años. Por eso usted es una persona de bajo nivel de riesgo a este respecto.

-Me alegra saber eso.

-Y en su caso todavía baja mucho más ese nivel de riesgo por dos factores.

-¿Cuáles?

-Primero, usted actualmente no realiza desplazamientos fuera de su residencia habitual. Segundo, no tiene familiares o pareja sentimental con cuyo secuestro pudieran chantajearle para que paguen. Créame, este factor del secuestro de familiares sí que complica hasta lo increíble la labor de nuestra compañía. Porque la protección de una persona supone obligatoriamente la protección de su entorno, de las personas más queridas de su entorno. La seguridad de alguien implica la seguridad de todo aquello que pueda ser un elemento susceptible de ser utilizado posteriormente en un chantaje: un hijo, un hermano, etc. Pero ya le he dicho que ése no es su caso. Usted puede sentirse como uno de los hombres más seguros de esta nación.

Escuchar aquellas palabras llenaban de inmenso gozo a Abel. Daba gusto oír a su jefe de seguridad, iba al grano, hablaba con el aval de toda una vida dedicada a una prestigiosa empresa de servicios de protección. Porque el

equipo de guardaespaldas que iban rotando por turnos en el piso de abajo pertenecían a una gran empresa entre cuyos clientes se contaban todo tipo de firmas y millonarios. Por eso podía confiar en ellos, aquellos hombres eran verdaderos profesionales. Conocían ese campo tan bien, como él conocía el campo financiero. Su dinero le costaban, más de un millón de dólares al mes. Pero ahorrar en ciertas cosas era el peor negocio del mundo.

Abel y Arthur todavía estuvieron charlando un rato más. La cuestión de cuánto vale un hombre apareció aun varias veces en la conversación. El modo de tasación de la compañía le había encantado. A Abel le gustaban las respuestas precisas. Las que iban al grano. Las que no se perdían en odiosas disquisiciones. Estaba contento, además, porque ese tipo de cambio de impresiones le dejaban una gran sensación de seguridad. Sí, ciertamente, esas conversaciones con su abogado, su médico y otros profesionales de su entorno, constituían como una especie de ritual de confesión laica. Él confesaba sus temores, y aquellos profesionales conjuraban sus recelos y aprensiones. Eran unos verdaderos profesionales. Caros profesionales, pero la calidad se paga. Siempre, hasta el momento, habían logrado conjurar los monstruos del miedo. A veces se preguntaba qué sucedería si algún día ellos no lo lograran. Qué sucedería si ellos, los mejores entre los mejores, no le pudieran absolver de sus propios terrores. Posiblemente sería devorado por sus pensamientos. Las huevas del miedo anidaban en su mente, pero los profesionales metódicamente esterilizaban las zonas portadoras del mal. Sus miedos legales, biológicos, de protección personal, cada uno de sus miedos tenía su extirpador especializado.

Pero hoy ya estaba aquietado. Había quedado bien convencido de que no había resquicios en la protección organizada alrededor de su persona. Sabía que podía sentirse seguro aunque viniera a por él un comando, un pequeño ejército de asaltantes, o incluso aunque se organizase contra él una operación a gran escala. En cierto modo se sentía hasta importante, al saber que por la custodia de su persona, si fuera preciso, se desencadenaría una batalla. Se sentía orgulloso al saber que por su salvaguarda, la tutela del viejo dinosaurio, estarían dispuestos a morir varios de los jóvenes que esperaban en sus puestos del piso de abajo. Lo de *estar dispuestos a morir* puede parecer pura retórica, pero no. Abel sabía bien que cualquiera de los chicos de allá abajo, una vez que se ponían sobre el pecho un chaleco, estaban concienciados para arriesgar sus vidas. Y todo por un sueldo. Todos los años en Estados Unidos morían varios guardaespaldas en actos de servicio. Abel no compartía ese heroísmo, él por un sueldo jamás moriría. No compartía el heroísmo, pero lo pagaba. Sin embargo, aquellos chicos debían entender la vida de otra manera. Abel se sentía gordo, viejo, malhumorado y con una salud frágil, pero se enorgullecía de su propia importancia al saber que varios de esos jóvenes unos metros más abajo y con toda la vida por delante, morirían con tal de salvaguardarle si fuere necesario. Es la ley de la vida, pensó.

Hortus perfectus

.....



Dos chicas de color, de diecisiete años, con trenzas en su cabello crespo avanzaban por el largo y alfombrado pasillo del piso 150 del macroedificio en el que estaba radicado el hotel Palace de Pretoria. Todas las alfombras de aquel hotel sudafricano eran de un agradable tono granate moteado con infinidad de pequeñas flores de lis distribuidas geométricamente por su mullida superficie.

-O sea, lo que te digo, apriétate el cinturón para ver algo cool de verdad, tía.

-Ja. Estás mal del tarro si piensas que flipo por cualquier cosa.

Las dos llegaron a una especie de gran vestíbulo. Nada más entrar en él, la chica de los dos lazos azules en su pelo extendió la mano como diciendo *¿ves?* La otra chica sólo pudo abrir la boca y quedarse extasiada mirando. En el centro de la formidable sala había como una especie de colina de suave hierba de unos ochenta metros de diámetro. El montículo estaba cubierto de palmeras, helechos y vegetación tropical. Por aquel pedazo de terreno retozaban dos parejas de unicornios. Aquel jardín estaba situado en el centro del gran Vestíbulo Norte del que partían seis pasillos tan monumentales como ese vestíbulo de entrada al gran macrohotel. Alrededor de éste pequeño jardín interior había sillones, sofás, y gente esperando, charlando, tomando alguna bebida. Un dispositivo oculto impedía que los bellos cuadrúpedos salieran del terreno que estaba designado como su hábitat.

La jovencita, sorprendida, se acercó hasta la misma barandilla dorada que impedía

seguir adelante. Se apoyó en ella con los dos brazos y se quedó mirando a los unicornios de blanco pelaje y crin sedosa, que se recostaban perezosos, indolentes sobre el musgo de un trecho cercano a un arroyo artificial. Un cuarto animal con su cuerno de estrías espirales movía una rama de brotes tiernos para comerlos. Esos caros especímenes eran, evidentemente, todo un lujoso alarde de manipulación genética.

Aquella gran sala era el vestíbulo en el que, además de los pasillos, se abrían dos arcos neoclásicos que eran las salidas a los dos colosales puentes que unían a esa altura el edificio con los rascacielos más próximos. El techo del gran vestíbulo, abovedado, estaba pintado en tonos azules oscuros en el que brillaban millares de pequeñas luces halógenas a modo de estrellas. En un extremo de la bóveda, había una luna débilmente iluminada, un bello mosaico. En el otro extremo, con una luz más dorada, otro mosaico representando al Astro Rey. El vestíbulo de planta octogonal tenía en uno de sus ocho lados un frontispicio en el que se leía la hermética frase:

HOMO EX MACHINA.

Las dos chicas abrieron una bolsa de chucherías saladas mientras miraban y comentaban los detalles de aquel islote verde y húmedo que parecía directamente extraído de un cuento celta. El diseñador del edificio había colocado la iluminación más bien alrededor del vestíbulo y no en su parte central. De forma que el islote de los unicornios parecía sumido en una luz débil y brumosa. La parte de alrededor tenía el aspecto de un café en el que la gente, sentada tomaba tranquilamente sus bebidas con hielo o sus cafés humeantes.

Sobre la alfombra de hojas iluminadas por la luna



Ho-ching trabajaba sobre su mostrador. Aquel chino de unos cincuenta años y unos ochenta kilos de peso, tenía sus manos y su inteligencia concentradas, dedicadas, a la reparación del horno microondas de una vecina. Horno cuyas tripas yacían todas sobre la mesa. Aquel angosto establecimiento mal pintado tenía su espacio ocupado por decenas de aparatos recompuestos unos, esperando otros. Las herramientas habían sido dejadas por todas partes, como las piezas, como los repuestos, como todo. Aquel establecimiento semejaba una porción del caos, pero no.

La mente que gobernaba aquel lugar sabía dónde buscar cada cosa. Los ojos rasgados y oscuros del dueño sabían encontrar las cosas, hasta el más pequeño cachibache. ¿No era, acaso, aquel su establecimiento de trabajo desde hacía ya más de veintidós años? Sí, no era desorden. En el fondo no era desorden. Aquellas cajas amontonadas, llenas unas, vacías otras, aquellos montoncitos de piezas, soldadores y tuercas, aquellos estantes rebosantes de cables y alicates no constituían un desorden, sino un orden superior. Se trataba de una aparente desorganización bien conocida, un desorden cómodo y vital de un lugar donde uno pasa sus horas. Se trataba de un espacio donde lo práctico se había impuesto a lo estético. Las cosas que Ho-ching, el mecánico, necesitaba tener más a mano podían yacer amontonadas, podían parecer abandonadas, pero se hallaban a mano. Es cierto que las paredes lucían variados desconchones, es cierto que por el

suelo podían encontrarse muchas cosas si uno buscaba, pero la mente de Ho-ching era una mente técnica, aquel chino no era Miguel Angel Buonarotti. Aquello era un establecimiento de reparación, no una sucursal de Versalles, ni un palacio veneciano.

En medio de aquel taller de reparación no había ni una sola planta, sólo había colgada una foto, la de un prado alfombrado por las hojas menudas y amarillas caídas de los árboles. La foto, pegada con celo a la pared, había sido tomada por la noche, a la tenue luz de luna. Junto a la foto e igualmente pegada con celo, una cuartilla sepia con un verso en bellos caracteres chinos trazados con rápido pincel, aquellos rasgos negrísimos sobre aquel fondo sepia rezaban:

*las llamas quemarán
pero no germinarán.*

Sin duda un toque de humanidad y poesía en aquel taller donde todo era mecánico y exánime. Los ojos de Ho-ching seguían inmersos en aquel galimatías de cables, buscando el fusible de la discordia, la pieza, justo la pieza que un buen día había dejado de cumplir con su función.

El pequeño local de aquel rollizo solterón mal afeitado que se las sabía todas sobre reparaciones de electrodomésticos de escala media, estaba situado en una de los interminables pasadizos comerciales del nivel 70 del sector BL de Dunhuang, la capital de China del Oeste. La milenaria China hacía ya casi un siglo que estaba dividida en dos naciones, Yu-China y Zhan-China. Triste final, aquella división, a las prolongadas conmociones que produjeron los estertores de la República Popular China. Las divisiones son siempre el lógico e inevitable fruto del debilitamiento de todo poder central. Pero todo aquello ya quedaba lejos en el tiempo.

Hoy día, las naciones cuyas capitales eran Pekín y Yumenshi eran conocidas popularmente en el resto del mundo como East-China y West-China.

Ho-Ching el reparador de electrodomésticos vivía en una conurbación de ochenta millones de habitantes. Su establecimiento, como su pequeño piso, estaban situados en un corredor poco transitado del interior de un gran rascacielos. La parte interior de esa masa arquitectónica era poco luminosa, en ciertas zonas incluso presentaba un aspecto excesivamente nocturno, recorrida por infinidad de altos pasillos, espaciosos y anchos como calles, pero poco transitados. Unidos entre sí por puentes innumerables, los cuarenta grandes rascacielos del centro de la capital tenían en su seno, en el corazón de sus moles, verdaderos dédalos de viviendas de ínfima calidad. Viviendas que formaban calles internas de varios kilómetros de longitud.

Ho-Ching salía pocas veces del interior del inmenso edificio donde radicaba su piso. Los ocho parques interiores, amplios y con una espléndida luz solar artificial, suplían más que de sobra las necesidades de vegetación que pudiera albergar el corazón de aquel mecánico solterón. Ocho parques distribuidos en aquel laberinto cuadrulado que radicaban en el seno profundo de aquella edificación. A pesar de esos parques, esa parte más interna del edificio, barata y mal iluminada, era lo equivalente a un barrio popular, a un suburbio. Muy a menudo las partes más profundas de estos rascacielos, lejos de las mejores vías de comunicación, se depauperaban.

El corazón de aquella masa arquitectónica había conocido días mejores, después había decaído poco a poco. Ahora esos barrios internos de ese rascacielos era una zona de pisos económicos, zona recorrida

por galerías, pasillos y calles internas. Laberintos cuadrulados extendiéndose inacabables entre los gigantescos pilares de aquella edificación cuya cúspide y perímetro no había conocido decadencia alguna. Los pisos caros estaban en la parte exterior del rascacielos, distantes medio kilómetro de la parte interna del macroedificio donde el mecánico de reparaciones tenía su taller.

Ho-Ching escuchó unos pasos que se acercaban, por el ritmo de las pisadas dedujo que se trataba de Ming-chu. Efectivamente, enseguida apareció por la doble puerta acristalada, siempre abierta, la cara de la apacible y serena Ming-chu.

-¿Qué tal?

El saludo de aquella cuarentona con un aparato bajo el brazo, medio metido en una bolsa de plástico, dejaba bien claro que no era una visita de cortesía sino que venía para volver a arreglar lo que ya se le había reparado media docena de veces. El mecánico la recibió con amabilidad teñida de cierta picardía, al decirle:

-A ver, dulce capullito de jazmín, ¿qué le ha pasado esta vez a su Magna-star?

La pregunta de Ho-Ching era pura ficción. Sabía perfectamente lo que le sucedía a ese complicado trasto que a ella le había dado por comprarse y que siempre acababa por estropear por no aprenderse las instrucciones que mil veces le había tratado de inculcar el paciente mecánico.

-Pues, ya ve, el dichoso trasto. Otra vez.

Una mirada indulgente del técnico mientras la señora colocaba al aparato-víctima de sus malos tratos sobre el mostrador. Ming-chu procedió a explicar cómo el trasto había dejado de hacer lo que debía hacer. Incluso le explicó como al final había dejado de hacer cualquier cosa.

-Ya no es que no funcione bien, ¡es que ya no funciona de ninguna manera!

Así acabó sus explicaciones la señora, no sin antes añadir:

-Y no hace falta que le diga cómo son los de la garantía. Ni un día más allá de lo estipulado en la caja.

-No se preocupe, usted. Donde no llegue la garantía llevo yo.

En seguida ella preguntó con diplomacia, bajando la voz, cuánto le costaría más o menos la resurrección mecánica de su electrodoméstico.

El técnico volvió a mirar el aparato con ojo experto, mientras su mente calculaba. Treinta años de oficio miraban aquel aparato. Miles de facturas a sus espaldas le ayudaban a calibrar el veredicto.

-A ojo de buen cubero, no menos de veinte yuans.

Protestas. La señora protestó. El mecánico no esperaba otra reacción. Aguantar inmutable las quejas por un presupuesto, formaba parte de su trabajo. La señora pronto se dio cuenta de que estaba tirando piedras a una pared, así que resolvió:

-Más me vale entonces comprar otra Magna-star.

-Hará muy bien, señora.

Indignación. O por lo menos fingida indignación de la cuarentona. Pero la regateadora conocía muy bien el precio de una nueva. Lo conocían bien tanto ella como él. Así que ninguno de los dos se sorprendió de que la indignación se derrumbara como un castillo de naipes, acabando con un mero *bueno, en sus manos lo dejo mi Mang-estarng* –forma peculiar de aquella señora de pronunciar en chino la palabra Magna-star.

-En cinco días puede pasar a recoger su horno que estará como nuevo.

Hubo otro pequeño regateo en cuanto al número de días. Al final, el técnico dijo que

haciendo una excepción y tal podría tenerlo en dos. Ho-Ching ya estaba muy acostumbrado a todo este ritual comercial. De hecho, ya había contado tres días de más teniendo en cuenta que la señora pediría menos días de espera. Así que como norma incluía más días y al conceder *la excepción* la clientela se marchaba más contenta. Eran muchos años de oficio. Las personas, al igual que los aparatos, también tenían su técnica.

Eso sí, cerrado el trato, la señora (el *capullito de jazmín*, como la denominaba) cambió de cara se volvió amable y le preguntó por su pequeño perro peludo. La anciana señora nunca mezclaba el dinero con lo personal. Nunca le preguntaba por su perro antes de cerrar el trato. No se debía mezclar lo pecuniario con otros asuntos. Además, acabado el breve y trágico regateo, la misma señora ya era otra. Después del negocio siempre a floraba la viuda, la persona.

-Bueno, hasta dentro de dos días.

Y la señora Ming-chu atravesó a paso lento la puerta acristalada, marchándose. Tras salir de su establecimiento, el mecánico ya no pudo ver por aquel pasillo comercial a su cliente alejarse, cojeando siempre por su pierna mala.

El técnico se volvió a sumergir en su trabajo. Sus manos volvieron a sustituir, soldar, atornillar y cerrar carcasas. Dejó el aparato en su lugar y tomó otro encargo. Al cabo de media hora de silencioso trabajo, se levantó de su silla y se dirigió al pequeño y desvencijado equipo de música de su taller. Era paradójico que un hombre dedicado precisamente a los aparatos tuviera un aparato musical tan avejentado.

One more kiss, dear.

One more sigh.

Only this, dear.

It's goodbye.

For our love is such pain

and such pleasure.
And I'll treasure till I die.
So for now, dear,
aurevoir, madame

Solía escuchar a *Los Snoopies*. Solía escucharles pero sin entusiasmo, no era un forofó de la música. Por eso cuando encendía su pequeño equipo de música esperaba escuchar algo ligero y sin grandes pretensiones. *Los Snoopies* para eso eran perfectos.

Pronto entró en el establecimiento su amigo Tao-che enfundado en un anorak color café con leche. También él traía dos pequeños electrodomésticos.

-Me los ha dado la vecina. ¿Para el viernes?

El técnico los miró, pidió un par de explicaciones y dijo que sí. Después titubeó.

-En realidad... -y los volvió a mirar y a tocar-, no hace falta que te vayas. Si te quedas un cuarto de hora te los llevas ya.

Tao-che se quedó de pie junto al mostrador, charlando, mirando al amigo como los iba abriendo. Después se sentó en una de las cuatro sillas atornilladas a una de las paredes a la derecha del mostrador de la entrada. La charla entre los dos iba y venía sobre los asuntos de siempre. Una conversación tranquila, aburrida. Charla en la que Ho-Ching miraba a los mecanismos de su electrodoméstico, mientras su amigo se rascaba perezosamente la parte posterior de la cabeza y bostezaba.

-¿Qué opinas del nuevo Cónsul Máximo de la República Europea? -preguntó sin mucho interés Tao-che.

-Pseah, qué quieres que te diga. Europa me cae muy lejos.

-Ya... pero no sé, creo que éste tipo va con mucho empuje, quiere hacer grandes cosas.

-Va a llevar a todo el continente a la ruina, lo va a embarcar en aventuras. Han puesto a un loco al mando del timón. Allá ellos. Mejor para nosotros. Nosotros seguiremos prosperando.

-Sí, tienes razón. A veces creo que valoramos en exceso lo que sucede en Europa. Ellos bien poco que miran hacia esta región del globo. Pero... pero cuando veo en la televisión a ese Cónsul Máximo... ¿cómo se llama?

-Creo que algo así como Vanicianus.

-Vinicias...

-¡Viniciano! Eso es, Viniciano -por fin el técnico había recordado el nombre. Enseguida volvió a hundir la cabeza en su trabajo-. Pues, como te decía, cuando le veo en la televisión, cuando oigo sus discursos...

-¿Qué te pasa cuando le oyes? -la cabeza de Ho-Ching seguía inclinada sobre el aparato del mostrador y a veces perdía el hilo de lo que estaba diciendo. De forma que su amigo Tao tenía que reconducir el hilo de la conversación, repitiendo la última frase.

-Pues que siento que este hombre es como un Hitler. Me siento como un moscovita antes de la Guerra Mundial escuchando a Hitler -concluyó el mecánico sin apartar los ojos de las tripas del aparato.

-Ja, ja. Asia es muy grande.

-Su ambición está acorde a las distancias. O quizá son las distancias las que están acordes a su ambición.

-¿Pero estás preocupado de verdad? -rió el amigo-. ¡Por favor! Las relaciones entre Europa y la Liga Asiática son buenas.

-Te lo aseguro, ese hombre es un lobo, es el Lobo.

-No te vuelvas loco. Tu cabeza es un pétalo de flor de almendro flotando en una laguna de miedo. Siempre necesitamos del miedo, necesitamos temer a alguien. Si no

tenemos nada realmente de qué temer, nosotros nos creamos nuestros miedos.

-En fin, no sé. Tal vez tengas razón.

Ho-Ching ya había acabado con los arreglos de la vecina del amigo.

-Me lo pagas, cuando te lo dé tu vecina.

-No, no cóbrate ahora, sino se me olvidará.

-Mira que a mí me da lo mismo.

-A mí también.

-Vale, pues siete yuans y cincuenta céntimos.

-De todas maneras -dijo sacando el dinero-, gracias por tu confianza.

-Por favor, ya sabes que el Lago de las Flores tiene mucha hondura, pero no puede compararse, Tao-che , con la hondura de la amistad que siento por tí.

-Muchas gracias, Ho-Ching, nunca he dudado de esa hondura.

Ho-Ching abandonó su incómodo taburete del mostrador y se sentó en su sillón acolchado con respaldo. Era el sillón situado junto a una mesa abatible, un tablero más bien, mesa fija en uno de sus extremos a la pared y que se bajaba hasta un tope. Allí, sobre ese tablero blanco solía comer su almuerzo. Era la hora, así sacó unas tarteras de papel de plata y unos recipientes de plástico y los fue metiendo en un calentador automático. Pulsó el botón.

En los cinco segundos que se demoraba calentar la comida se volvió a Tao-che y le preguntó:

-¿Te apetece una partida de kinai?

-Buf, ahora no gracias.

En un armario del extremo del taller, estaba arrinconado un tablero de fichas rechonchas semejantes a pequeños budas. Los

budas rojos y los dragones negros seguirían inactivos, descansando, reposando, sobre su tablero hexagonal de mármol, tablero con semicirculares hendiduras para las piezas. Seguirían inmóviles las rollizas fichas sonrientes y los dragones escamosos porque al amigo del técnico sólo le gustaban las partidas crepusculares. Jugar antes, lo hubiera considerado un vicio anticonfuciano, una pérdida de tiempo y algo que hubiera desequilibrado su buena energía. Jugar antes del atardecer acumula mala energía en el ying. La gracil campanita del calentador de comida se dejó oír, un tintineo breve. La comida estaba a punto, en su temperatura justa.

El técnico fue colocando sobre su mesa los recipientes. No invitó a su amigo. Su amigo nunca comía allí, siempre lo hacía un poco más tarde en casa, con su esposa.

El mecánico comenzó a comer. Aquella comida no le entusiasmaba, siempre era parecida. Pero debía conformarse con aquel envase de setas salteadas con bambú, con aquellos trocitos cuadrados de cerdo; cerdo otrora feliz y ahora untado con salsa agrídulce. Las manos del técnico unos minutos antes ocupadas en asuntos de fusibles, cables y tornillos, ahora aderezaban la carne con la salsa traslúcida ligeramente rosada. Espolvoreaba brotes de soja sobre unos largos fideos de arroz calientes y humeantes. Su amigo Tao ya había observado desde la silla, aquella operación muchas veces. Ho-Ching ya estaba muy acostumbrado a realizar aquella operación siendo observado, estaba acostumbrado a comenzar a comer sin decir nada, sin invitarle, sin ponerse nervioso por aquellos ojos que le observaban.

-Lo de Europa me preocupa.

Tao tornó a sacar el tema. Lo dijo mientras miraba a la parte superior en que la

pared se juntaba con el techo. Lo comentaba como algo largamente meditado.

Ho-Ching masticaba con energía sus pálidos y transparentes fideo. Bebió un poco de saque, abrió su galleta de la suerte.

Detrás de las más oscuras nubes
de la peor tormenta
siguen luciendo mil soles

Mascullándolo entre dientes, le comunicó al amigo el contenido del exiguo y doblado papelito de la galleta. Tao era curioso y siempre quería saber qué decía el mensaje. Bien, pensó, esta vez la galleta no me promete pasiones amorosas, ni peligros económicos. Es una galleta poética. Miró a la pobre galleta quebrada que había exhalado su lírico recado. El mecánico seguía silencioso, no era muy hablador. Pero en su silencio seguía dándole vueltas al último asunto de la política del Viejo Continente. Ese asunto y la hipoteca eran los dos temas que más le preocupaban del mundo.

-Mira lo de Europa -dijo Tao tirando el papelito que había cogido para leerlo, no se fiaba- te puede volver neurótico. Esto es una balsa de aceite, una laguna tranquila mecida por la brisa bajo los rayos del sol. Las conmociones europeas ni nos van, ni nos vienen.

-Ya -dijo sin convicción el mecánico.

-Las llanuras de Asia... -prosiguió Tao arqueando las cejas-. Nadie se ha ceñido jamás la corona de Asia. Europa es un mero apéndice de Asia. Mira el mapa y verás que es verdad lo que digo. Un mero apéndice.

El mecánico hizo un sonido gutural de asentimiento.

Tao, acostumbrado a las pocas palabras de Ho-Ching sacó el periódico que llevaba en su anorak, lo llevaba hecho un tubo y metido en un bolsillo hasta la mitad. Tao se

puso a leerlo en silencio. Ho-Ching siguió comiendo también en silencio. En ese momento un largo fideo colgó de su boca para caer, después de alguna vacilación, sobre su camisa y finalmente al suelo, no sin antes manchar un poco su pantalón. Fue entonces, limpiando con la servilleta de papel la incómoda salsa de la tela de su camisa, la tela que cubría su pequeña barriga, cuando recordó para más INRI la clásica sentencia del Lum Yu, *el que sabe mantener un porte digno aun cuando se halla entre sus amigos, conseguirá que sus más íntimos amigos sientan un gran respeto hacia él.*

-¿Has visto ya *Minority*?

-No -respondió el técnico-, ya casi nunca encargo películas de pago, siempre voy a lo que dan en abierto.

-Mira lo que dice aquí. Es un thriller policíaco sin demasiado trasfondo, estilo *descubre-quién-es-el-malo-en-todo-este-lío*. Además, es un film acuchillado, remendado y maquillado para que los "simples" puedan identificarse con el protagonista, y salir del cine con la sensación de haber amortizado adecuadamente la entrada tras un final estilo...y-comieron-perdices, y entenderlo "todo" rapidísimo, sin más complicaciones.

-Burr -resopló, no pensaba verlo de todas formas.

Tras un par de comentarios intrascendentes y varios silencios más, Tao-ché se marchó a casa a almorzar. Ho-Ching volvió a su trabajo. Siguió trabajando dos horas más. Vinieron catorce personas durante la tarde. Una tarde aburrida, sólo amenizada por las baladas dulzonas de *Los Mr. Sandman*.

Mr. Sandman, give me a dream....

A eso de las cuatro habían venido las hermanas Namyoi, las dos de movimientos

medidos y una cierta gracia un poco infantil, y eso que habían sobrepasado ampliamente al ecuador de la vida.

-¿Ha cambiado de peinado? –le preguntó amable él.

-No –contestó la aludida con una mirada pícaro.

-¡Ha cambiado de color! –constató con sorpresa el técnico, o por lo menos fingió sorpresa mientras buscaba su secadora.

-Me he teñido. El tinte rubio va más con mi personalidad –respondió ella con mal ocultada satisfacción.

Tras eso le explicaron que ayer habían ido al teatro. Todavía les duraba el entusiasmo. Con pasión, allí, delante del mostrador, recitaron algunos pasajes de la obra: He aquí la cuestión. ¡Morir... dormir, no más! ¡Dormir!... ¡Tal vez soñar!

La rubia teñida recitaba con tal pasión que su hermana, en cuanto acabó, añadió un pasaje más no con menor entusiasmo: *¡Oh, me muero, Horacio. El activo veneno subyuga por completo mi espíritu.* Mientras tanto, Ho-Ching apuntaba los datos de la factura en el archivo del ordenador y les metía con cierta indiferencia la secadora en una bolsa. Pero una de las hermanas estaba tan entusiasmada, que justo antes de darles la factura añadió:

-Y después es cuando dice: *¡Ahora estalla un noble corazón! ¡Feliz noche eterna amado príncipe, y que coros de ángeles arrullen tu sueño!*

Aquellas mujeres le obsequiaron a Ho-Ching con unos jugosos chismes de vecindario, así como un par más de fragmentos de la velada teatral que tanto les había entusiasmado. Cuando se marcharon, Ho-Ching tuvo la sensación de que ya no necesitaba ver la obra, había asistido a la representación allí mismo, por lo menos había

asistido a la esencia del drama. El técnico prosiguió con su trabajo.

Lo más interesante de la aburrida tarde había sido la visita al taller de un agente de policía preguntando si sabía algo acerca de un *pellejudo*. Los *pellejudos* en el argot eran los adictos a tetranovocaina-d. La ley era muy estricta en West-China. El imperio de la ley, era bastante razonable, de ahí que hubiera seguridad en las calles. Con penas altas y cámaras de vigilancia por todas partes, uno podía recorrer aquellas galerías a cualquier hora del día o de la noche con una razonable tranquilidad de no ser víctima de ningún delito. El agente que entró en el taller para hacer preguntas vestía de paisano, aunque se había identificado. No sólo le preguntó, también sacó una minibolsita de plástico y le mostró una escama.

-Es una escama artificial. ¿Sabe de alguno de sus clientes que tenga algún *juguete* cibernético que pueda estar recubierto con este tipo de escamas con este número de serie?

Ho-ching miró una vez la escama, la volvió a mirar, la puso un momento bajo la luz ultravioleta de su microscopio electrónico. Le respondió con la típica sonrisa oriental, con la mirada dejó claro que no. Aunque después le comentó que un cierto turco que regentaba un local, sí que podía tener algo de eso, algún ejemplar de ofidio biónico. El agente de la gabardina sin mostrar mucha alegría se metió la bolsa con la escama en el bolsillo de la gabardina.

Cuando se marchó el agente Dekngn, la viejecita que había estado presente apoyada en su bastón y que aguardaba a que el técnico le entregara la factura de la reparación, le dijo preocupada:

-He oído rumores.

Ho-Ching puso cara de escepticismo, tenía esa cara de escepticismo incluso antes de escuchar nada de aquella viejecita.

-He escuchado cosas -prosiguió la anciana acercándose más al mostrador, aproximándose más a la cara de Ho-Ching-. Los... los vampiros.

-Por favor, señora. ¿Todavía con esas historias?

Existían rumores de que en las galerías más internas y oscuras del complejo de edificios del sector AG-4, el sector Tou-shin, existía una raza de vampiros. La historia rondaba desde hacía más de un cuarto de siglo. Nadie sabía muy bien dónde había nacido aquel cuento, pero los rumores pervivían a pesar de todos los desmentidos.

-Sí, sí, no es lo que piensa, es una enfermedad -insistía la señora-. No se convierten en murciélagos, ni nada de eso. Pero necesitan la sangre, o por lo menos les gusta. No son monstruos, son humanos, pero en busca de sangre.

-Los periodistas de lo amarillo les van a volver locos a mujeres como usted que deberían vivir tranquilas.

Lo que decía Ho-Ching no convenció lo más mínimo a la terca anciana. Sin embargo, tenía razón el técnico. Aquellos rumores eran completamente falsos, pero se habían afincado tan bien en el subconsciente de los habitantes de la capital que ya formaban parte del equipaje de sus miedos.

-¿Por qué me niega tan rotundamente que en una ciudad de ochenta millones de habitantes no puedan correr por nuestras calles diez o veinte vampiros? -la viejecita insistía, educadamente, pero con tozudez.

-Mire, yo no niego nada. Pero confío en la policía. Y el departamento metropolitano de policía dice que tal cosa es un bulo.

-¿Qué otra cosa van a decir ellos?

-Bueno, señora, ¿quiere alguna cosa más?

Ésta era una forma de decirle que tenía trabajo. Normalmente no hubiera sido tan descortés, pero le constaba que aquella mujer no sólo creía en vampiros, sino que también se dedicaba a esparcir rumores sobre simples mortales. Y él, al igual que los vampiros, también había sido objeto del interés murmurador de la anciana. Por lo menos eso era lo que había llegado a sus oídos. De ahí que cuando la anciana se marchaba del local, el mecánico le dijo a sus espaldas desde el mostrador:

-Y recuerde que aquí se repara todo con materiales de primera calidad.

La anciana no se volvió. Hizo cómo que no había oído. El mecánico no quería habérselo dicho, pero al final no se había aguantado. Eso sí, con una sonrisa agríndice, como la salsa, sin acritud. O por lo menos no con acritud al 100%. Se lo había dicho sin ira porque, como enseña el Primer Libro de Confucio, *cuando nuestro espíritu se haya turbado por cualquier motivo, miramos y no vemos, escuchamos y no oímos, comemos y no saboreamos*.

Ho-Ching prosiguió su paciente tarea de reparar durante una hora más. Después de las seis decidió que ya era hora de marcharse. Así que cerró el negocio. Bajó una fuerte puerta metálica sobre la doble puerta de cristal, la bloqueó con cuatro cerrojos, unos mecánicos y otros electrónicos, y se fue a su casa. Su piso estaba cerca, a cien metros de distancia por aquella galería ancha y alta que semejaba una calle. Y después de los cien metros, había que subir diez pisos, hasta la galería cincuenta.

Abrió la puerta de su vivienda, nada más hacerlo se encendió automáticamente la luz de su interior. En cuanto atravesó el umbral, un pequeño perro faldero de pelo blanco se acercó a recibirle con la lengua fuera, ladrando, moviendo la cola, nervioso, feliz. La casa de Ho-Ching, allí estaba su pequeño trozo de paraíso, el lugar de su descanso para cada día que llegaba a su fin. Un piso reducido, aunque suficiente: salón, cocina y habitación, una; eso era todo. El salón cuadrado, con ese alegre desorden que reinaba en el taller. Lo primero que el mecánico hacía nada más llegar a su casa era acariciar al perro, revisar sus peces, sus dos peces tranquilos en una gran pecera triangular situada en una de las esquinas del salón. Allí Ton-shun y Don-shun buceaban beatíficamente abriendo y cerrando sus boquitas.

Y después iba a rascar un poco a su hiang. El hiang de un palmo de longitud, gordito, levantaba su trompita rosada hacia su dueño. El hiang era uno de esos productos de laboratorio que se vendían ahora por todas partes. Diseñado como animal de compañía en un laboratorio de manipulación genética, tenía un carácter bondadoso, siempre sonriente, aunque con un cierto toque de melancolía, de piel suave, sin pelo alguno. Aquel hiang de un palmo de longitud, con sus cuatro patitas de tres dedos cada una y su trompa miraba a Ho-Ching desde el fondo de su caja como recordándole que era su hora de comer. Aquel bicho hervíboro, cariñoso y melancólico, con cara de enclenque pero muy higiénico, no acababa de hacerle mucha gracia a su dueño. Al bicho le encantaba que le rascaran. Cuando su dueño le rascaba detrás del cogote o en la panzita se revolcaba feliz. Pero el dueño lo hacía con un poco de aprensión. Lo había comprado en un impulso, pero no acababa de adaptar sus sentimientos a

un producto tan artificial. Ho-Ching le echó un poco de pienso en el cacharro de plástico que hacía las veces de bebedero y comedero. La mascota, sin remordimientos, dejó al dueño y se concentró en la comida.

El técnico se fue a la nevera. Allí, bien etiquetados, destacaban los envases con comida china, tailandesa y sushi. Hoy sacó los últimos recipientes que le quedaban con algo de comida coreana. Con toda calma fue sacando esos envases, los calentó, los puso en la bandeja, se fue al sofá, encendió la televisión y se puso a cenar. Todos los días la misma rutina. El trabajo, los peces, el perro faldero, el *bicho genético*, la bandeja de comida, la televisión y a la cama. El Chung Yung o Doctrina del Medio afirmaba desde hacía milenios: *cuando el centro y la armonía han alcanzado su máximo grado de perfección, la paz y el orden reinan en el cielo y en la tierra*. Sí, sin ninguna duda, allí en ese sofá, Ho-Ching alcanzaba cada día su máximo grado de perfección y paz.

En medio de esa paz hizo zapping durante unos minutos y después, sin mucho entusiasmo, dejó puesto un reportaje sobre la vida submarina en los arrecifes de Australia.

Una hora después de aburrido y colorido reportaje, Ho-Ching se levantó y sacó su álbum de fotos. Apoyó su amadísimo álbum encuadernado en piel sobre el sofá para hojearlo. Ese álbum era su baúl de los recuerdos, el cofre de su más querido tesoro, entre sus páginas gruesas moraban sus recuerdos. Sus recuerdos petrificados en forma de fotos. Si en el álbum había cientos de fotos, en una caja, imitación de marfil, guardaba muchas más. Las fotos se sucedían unas veces sin concierto, otras fotos se amontonaban en grupos y sucesiones que sólo la memoria de Ho-Ching conocía. Su vida estaba toda ella en ese álbum y en esa caja.

No era infrecuente que después de cenar aquel hombre soliera sumirse en sus recuerdos mirando esas fotos. Cada foto era una porción de su vida. Cada foto era irremplazable. Se levantó a preparar un poco de chong-cha, un té rojo, al limón, como le gustaba, y regresó a su sofá, a sus fotografías y a sus recuerdos. El piso de sesenta metros cuadrados se iluminó de recuerdos y aroma de té, el tiempo seguía transcurriendo a su ritmo usual, impasible a las emociones de Ho-ching y sus fotos.

Eran casi las diez de la noche, otro día tocaba a su fin. Ho-Ching se puso el pijama y se dirigió a la cama. No la había hecho por la mañana, así que se metió en medio de las sábanas arrugadas. Se metió en ella con la resignación del que sabe que otra jornada acababa. Otro día más. Mañana le esperaban en los estantes más aparatos para ser reparados. En realidad ya le estaban esperando esa noche, aguardándole en los silenciosos repisas de su taller, durmientes, cada uno con su avería, cada mecanismo con su desarreglo interno. A veces, Ho-Ching tenía la sensación de que era toda su vida la que tenía que ser reparada. Pero qué se podía esperar de un pobre hombre solo y soltero que no aguarda nada de la existencia. ¿Por qué debía albergar ilusiones respecto a la vida? Se volvió a levantar. Tenía que ir un momento al aseo. ¿No era ese ansia por las ilusiones la que formaba olas de intranquilidad en el estanque de su rutina? ¿Para qué incluir nuevas zozobras en su pacífica existencia? En pijama azul celeste, desde el lavabo, inició el breve trayecto hacia su cama deshecha. En el salón, el perrito blanco ya se había acomodado en su alfombra mullida apoyando su peluda cabeza. Los peces no tuvieron que apoyarse en ningún sitio, dormitaron en la oscuridad de sus aguas, en su blando y mojado lecho de agua. El hyang también

acabó por cerrar sus ojos. Aunque poco después al pobre animalito le atacó un acceso de hipo.

Ho-ching se durmió. Después de pasarse el día arreglando artefactos, disponía de unas horas para soñar. Aunque no solía hacerlo. O si lo hacía no lo recordaba. Quizá no tenía subconsciente. Tal vez una vida tan sencilla, tan plana, tan carente de ambiciones, tan carente de temores, no necesitaba de sueños. No pedía más a la vida. Quizá por eso las pesadillas habían huido de sus sueños. En realidad, nunca hubo pesadillas. La oscuridad reinaba en su habitación, en su piso, Ho-ching dormía feliz y tranquilo.

Cielo Veneciano



Aquella noche Ho-Ching soñó. Soñó con un campo sobre el que caía una lluvia menuda de hojas de ginkgo. Las hojas que caían de las dulces ramas iban punteando de amarillo aquel amable prado. Un leve viento, como un hálito húmedo y perfumado, recorría esos troncos lisos, delgados y no muy altos. El técnico recorría aquellos parajes amenos. Los transitaba dichoso y con el corazón sereno, bajo la tenue luz de esos momentos de la tarde previos al atardecer. Caminaba sobre la hierba bajo la luz todavía clara aunque cercana a ese punto en que pronto van a principiar los tonos crepusculares anunciadores de un ocaso inevitable. Su mente se concentraba en el silencio reinante, en el revoloteo de las hojitas arrastradas por aquel céfiro. Atravesó aquel paraje delicioso durante no poco rato, hasta llegar por fin a un claro que era el final del bosquecillo.

A poco trecho del fin de la arboleda comenzaban las callejuelas de una Venecia bastante irreal, casi celestial. Hacía poco que había visto en televisión un programa sobre Venecia. La ciudad que contemplaba ahora, en la que se internaba, era una Venecia luminosa, de paredes recién pintadas, de aguas cristalinas, de palacios renacentistas limpios de polvo y siglos, las góndolas doradas, casi barrocas, recorrían aquellos canales bajo cuyas aguas se entreveían bancos de pececillos color escarlata, peces aleteando en un agua transparente que se podía beber.

Ho-Ching a pie recorría los retorcidos y zigzageantes pasajes cercanos a los canales. Cruzaba puentecillos, doblaba esquinas para descubrir más y más sorpresas. La última, las

bellas cúpulas de la basílica de San Marcos. Varios perrillos falderos de pelo blanco (iguales a su querido Makiko) recorrían felices aquellos mismos pasajes cada uno en una dirección. Los canales con sus peces le recordaron su pecera, allí estaban su Makiko, cientos de satisfechos y juguetones Makikos moviendo sus colas, jadeando de alegría con sus lengüecitas al aire. Ya sólo faltaba algún hyang.

Mientras pensaba eso, decidió continuar su recorrido sin seguir paseando. Así que se puso a volar. Saltó hacia arriba como el que va a dar un salto, como el que se arroja a una piscina, y comenzó a bracear, como si nadara, como si nadara suavemente, extendiendo los brazos hacia los lados, a braza. Poco a poco, apaciblemente, se fue elevando, aunque no muy alto. Nadaba a unos diez metros de altura por las callejuelas, sobre los canales, entre los palacetes. Braceaba en un aire que, aunque sutil, era como blando. La sensación de nadar en el aire constituía la más placentera sensación de su vida. Había soñado otras veces que volaba. Pero ésta era de las veces en que la experiencia resultaba de las más reales. No quizá la que más, pero todo resultaba muy sensorial.

De pronto, a lo lejos, como si de una gran y lejana montaña se tratara, entrevió un gran Buda. Le sonreía sentado en la posición de flor de loto. Con las manos en sus rodillas, con su barriga, con su paz beatífica, le miraba a él. A él, como si fuera un pequeño insecto, un pequeño y frágil ser vivo volátil. Ho-Ching confiado voló hacia él perdiéndose en una sucesión de algodonosas y níveas nubes que recordaban un típico paisaje de tintas suaves sobre hojas de papiro. En esa inmaculada y esponjosa blancura se perdió el sueño. O quizá más bien en esa blancura se perdió, más que el sueño, la consciencia de estar soñando en medio de un sueño. Allí se perdió, se

sumergió la consciencia del sueño y su soñador. Ho-Ching soñando soñó que soñaba. Y se abandonó al candor de esa blancura de delicadas nubes etéreas.

Sí, por fin alcanzaba la fuente del verdadero soplo de vida, el torrente perdurable del *atman*. Por fin el verdadero yo de Ho-ching se hallaba con el sublime arroyo de la pureza y el nirvana. Allí, en ese supremo refugio libre de las ataduras, lo no-esencial ya no era visto como esencial por el ojo purificado de Ho-ching, y lo esencial ya no era visto como no-esencial por su juicio. Y se perdía en medio de aquella blancura leve y ligera como el tacto del pétalo terso de una tierna flor que se acaba de abrir por vez primera al amanecer de su primera mañana.

Fromheim Imperator



4 de agosto de 2185

Las dos mujeres de mediana edad eran conducidas por uno de los encargados de protocolo de palacio. Una de ellas, la de melena corta de pelo lacio y cortado formando una línea muy recta, era una de las forjadoras de opinión más influyente del mundo periodístico europeo: Lorelein Bogazkkoy. Aquella oriunda de Edimburgo era la autora de unas columnas de opinión tan admiradas como temidas por todos aquellos en los que ella fijaba sus ojos y su opinión. La otra mujer, a su lado, oriunda de Varsovia, de ojos clarísimos, azules e inteligentes: Angélica Desclée. Considerada cada año en todas las listas como una de los diez intelectuales más prestigiosas del Viejo Continente.

Las dos mujeres y el encargado de protocolo atravesaban callados aquellos marmóreos pasillos. La antesala del despacho de la máxima autoridad de la República Europea estaba decorada con variadas estatuas y bustos de estilo neoclásico. El monótono suelo recubierto por regulares rombos negros y blancos a trechos estaba amenizado con variaciones geométricas, así como por algunos mosaicos. Unas pocas sillas de madera oscura situadas junto a las paredes permitían sentarse a las visitas en esa antesala. Aunque las sillas eran tan nobles que temieron que quizá se tratara tan solo de meras piezas de decoración. Funcionales o meramente ornamentales, las sillas, y los bustos, estaban bañados por la luz clara del exterior que entraba por una gran claraboya

cuadrada situada en la parte superior de la antesala.

Nada más llegar a esa antecámara, la secretaria sentada allí se levantó de su mesa para saludar a las recién llegadas. Mientras el que las había guiado hasta allí se despedía. En ese momento del saludo y de la despedida, atravesó el lugar una formación de catorce pretorianos que se dirigían hacia el Ala Este de Palacio. De la misma manera que en siglos pasados Buckingham había contado con su Guardia Real, ahora la Guardia Pretoriana estaba encargada de la defensa del lugar. Las dos mujeres vieron pasar a los soldados con sus capas negras, sus yelmos y sus corazas. La Guardia Pretoriana constituía tanto un elemento estético de aquel lugar oficial, como una eficiente fuerza militar acantonada permanentemente en Palacio. Los más de dos mil efectivos que custodiaban el perímetro y el interior, formaban parte del paisaje palaciego. Protegidos por sus gruesas corazas antibalas, armados con sus pesadas ametralladoras, engalanados con sus capas y yelmos, eran todo un símbolo de poder. Pero un símbolo que protegía de un modo efectivo. Las botas de la guardia palatina resonaron sobre los mármoles de la antesala mientras se dirigían rutinariamente en dirección a los puestos de los hombres que iban a relevar.

Aquel relevo debía pasar por esa antesala porque el despacho y el resto del sector privado formaban una especie de corazón del Palacio al que sólo se podía acceder por un único trayecto a través de distintos círculos concéntricos. Círculos así diseñados para poderlos clausurar rápidamente a través de un sistema de puertas acorazadas.

La secretaria les dirigió directamente hacia la puerta del despacho del Consul Máximo, Fromheim Schwartz-Menstein. El Cónsul estaba sentado en su mesa, en cuanto

las vio entrar se levantó y se dirigió hacia ellas con una galante sonrisa.

El Cónsul, Jefe de Estado de la República Europea y uno de los magnates más ricos de ésta, iba vestido como un ejecutivo. Su traje de una pieza, ceñido al cuerpo, según la moda, le daba un aire de hombre práctico, de funcionario. Ni un sólo adorno, ni un sólo atavío sobre la sobria tela de tonos negros, ningún signo de pretensión, ni siquiera un anillo en sus dedos, sólo un perfecto traje cortado a medida. Su único ornato era esa sonrisa de político de casta en su cara. Su mano ya se adelantaba para estrechar la de las dos mujeres que habían entrado para entrevistarle, porque se trataba de una entrevista.

Durante las primeras frases de cortesía, las dos mujeres no pudieron evitar el mirar, como quien no quiere la cosa, el despacho. Y más que mirar, radiografiaban. La mirada de ellas era una mirada entrenada a fijarse en los detalles, las dos estaban adiestradas por el oficio a memorizar y analizar. Lorelein y Angélica llevaban muchos años de columnas de opinión sobre sus espaldas. Y aquel despacho, el despacho oficial de la máxima magistratura del Continente, era un lugar donde muy pocas personas podían contar que habían estado. Pocos podían decir a sus amistades que habían disfrutado del privilegio de haber podido ver personalmente ese despacho.

La belleza de líneas de aquel gran despacho era magnífica. Las pocas cosas que lo decoraban, soberbias. Una de las paredes del despacho estaba acristalada. Un dintel sostenido por ocho cariátides enmarcaba varios ventanales que dejaban ver una vista panorámica, insuperable, de la Urbe. Los rascacielos del Foro, los edificios de las grandes firmas bancarias, el océano de viviendas que llegaba hasta donde se perdía la

vista, todo estaba detrás de los ventanales de ese despacho.

Las insustanciales frases que se suelen intercambiar al comienzo de cualquier visita continuaban. Pronto les invitó a tomar asiento. La conversación arrancó enseguida abordando un cuidadosamente escogido ramillete de temas pertenecientes a los complejos ámbitos de la política nacional. Durante media hora diseccionaron todo tipo de asuntos. Desde los de más peso hasta las menudencias. Fromheim era el mejor improvisador del mundo. La sucesión de preguntas y respuestas fluía con inteligencia por ambas partes. Angélica quiso hacer un pequeño alto en el camino, un inciso en la conversación, y comentó:

-Curioso, un solo cuadro en todo el despacho.

-Pues sí.

Las superficies de todas aquellas paredes estaban decoradas por un solo cuadro. Fromheim y la otra periodista miraron desde sus asientos el gran óleo sobre lienzo de 9 metros x 6 metros. Una magnífica obra de Jacques-Louis David que representaba la coronación de Napoleón. A las dos periodistas les faltó tiempo para comenzar a deducir a toda velocidad conclusiones del hecho de que ése fuera el único cuadro en la sala.

-¿Posee para usted alguna significación? -preguntó Lorelein.

Fromheim se sonrió.

-Antes de que se haga una idea equivocada del por qué de la presencia de ese cuadro aquí -respondió-, le diré que este lienzo debería haber llevado colgado de esa pared más de treinta años. Fue una idea del cónsul Isenwalstad el colgarlo aquí. Por cuestiones que serían largas de explicar, el encargo se retrasó y se volvió a retrasar. Y finalmente no se llevó a cabo. Cuando me

enteré del proyecto, me pareció una excelente idea y por eso lo puse aquí.

-Pero no es el original, ¿no?

-No es el original. Se trata de una reproducción exacta. Pintada perfectamente igual, centímetro a centímetro, pintada por el gran Yoboznov.

-No obstante, la pregunta sigue en pie. ¿Tiene para usted alguna significación especial?

La plácida respuesta de Fromheim fue:

-Una composición pictórica de tal belleza, cargada de tantos simbolismos, es difícil que no tenga alguna significación para cualquiera. El mero hecho histórico no deja indiferente a nadie. Tal vez el cuadro que representa un mero paisaje o un rostro o una simple embarcación sí que puede dejar indiferente si no te gusta el paisaje, el rostro o el barco. Pero la coronación de un oficial como emperador de una Francia cuya revolución había acabado con la monarquía, es un hecho que no puede dejar indiferente a nadie que esté dotado de la capacidad de pensar. Refiriéndose a este hecho histórico no sé quien preguntó, *¿resistió el globo?* -las dos periodistas rieron-. Además, el cuadro está plagado de simbolismos.

-¿Qué simbolismos? -preguntó sinceramente Lorelein que no encontraba ninguno más allá de la mera representación de un hecho histórico. Si bien Fromheim sospechó que, en realidad, quería sonsacarle algo con esa pregunta.

-Son simbolismos muy sutiles, por ello tanto más valiosos -respondió el Cónsul.

Lorelein dejó de mirar el cuadro y se volvió a su entrevistado con una mirada de interrogación.

Éste le sonrió y le explicó:

-Fíjese en que el Emperador se corona a sí mismo. No es coronado. No quiso serlo porque no fue investido por nadie. Obtuvo el

poder. Alcanzó ese cetro por sí mismo. Por eso no quiso ser coronado, sino coronarse. Pero quiere hacerlo en Notre Dame y ante la presencia de Pío... bueno, ahora no me acuerdo qué sumo pontífice es el personaje de blanco sentado detrás de él. Repare en la cara de desdicha y resignación de ese Papa. Fíjese, además, en que las miradas de todos convergen en la corona que sostiene en alto Napoleón justo antes de colocársela sobre la cabeza. No pase por alto la cara de ambición del clero presente, todos ellos miran esa corona con codicia, o al menos con fascinación. Observe el gesto de satisfacción, ¡de satisfacción y entregada admiración!, de los servidores del Régimen que presenciaron el acto. Acto que fue preparado cuidadosamente, hasta en sus más mínimos detalles. Napoleón se colocará la corona sobre una cabeza que ya está ceñida por los laureles. En ese momento, entre la "Sagrada Majestad Imperial" y los "ciudadanos" se había cavado un abismo.

El Cónsul sonrió e hizo una pausa. Las dos periodistas estaban hechizadas ante la impresionante escena allí representada. Las dos estaban pensando que tenían material suficiente para escribir el artículo mejor de sus vidas. Fromheim continuó:

-Podría seguir hablando sobre este cuadro durante... media hora. Este lienzo es un capricho de coleccionista. Un capricho de uno de mis predecesores. Pero soy tan entusiasta del cuadro como el que lo consiguió para este despacho.

-Sabemos que usted tiene su propia colección privada de cuadros.

-Éste no es un cuadro para una colección. Él mismo ya vale por una colección. Costó una fortuna.

-¿En cuánto está valorado este Yoboznov?

-No tengo ni la más remota idea - mintió Fromheim con una encantadora sonrisa.

-Sí, ahora que me fijo en él, es como una foto de esa época, una foto de sus ideales -comentó Lorelein.

-Ciertamente -añadió Angélica.

Fromheim, ante la sincera admiración de sus invitadas por el lienzo, comentó con agrado:

-Además, esta escena es todavía más inconcebible cuando pensamos que hasta el día precedente a la coronación, aún la *Sagrada Majestad Imperial* era un *ciudadano*. El mismo pintor en sus primeras obras refiere un espíritu republicano, mientras que en este cuadro ya apoya manifiestamente la grandeza imperial. Presta a los detalles la misma atención meticulosa que un escultor romano. Su composición se caracteriza por la predominancia de las líneas verticales y usa las horizontales para sugerir estabilidad. A pesar de los detalles, su trabajo da una impresión de austeridad; su sentido de los colores da luz a sus obras.

-Observo que es usted un verdadero experto en el cuadro.

-No se extrañe, trabajando aquí lo veo continuamente -respondió sin dar más importancia a sus conocimientos-. Además, he invitado a venir a los mayores expertos en la materia para que me hablaran de él. Es un verdadero placer para la vista tenerlo todos los días frente a mis ojos.

En realidad, frente a la mesa del despacho de Fromheim estaba la puerta de entrada, y el lienzo estaba en la pared de su derecha. Los ventanales con la vista de la Urbe a la izquierda.

-¿Saben? -continuó el Cónsul-. En su ceremonia de coronación, sin siquiera sonrojarse, Napoleón dijo: *He sido llamado a cambiar el rostro del mundo*. ¿Y todavía me

pregunta usted, querida Angélica, si este lienzo de nueve metros tiene alguna significación para mí? Es un cuadro que no puede dejar indiferente a nadie.

Todos se sonrieron agradablemente. Había que reconocer que Fromheim era encantador. Culto, refinado, nada pretencioso, de conversación agradabilísima. Él no es que fuese un político, era el político por excelencia, un verdadero pura sangre. Hasta su apariencia física estaba a su favor. Su semblante, su perfil, sólo podía ser imaginado como el busto de un antiguo senador romano. Ante él, uno tenía la sensación de estar ante una especie de Julio César.

En la pared opuesta, detrás de las dos mujeres y el cónsul, enfrentados al cuadro, los ventanales, con su visión panorámica de la Urbe. Las masas de los rascacielos más cercanos ofrecían una vista semejante a la de colosales fiordos. Mientras que a lo lejos las cúspides de las grandes edificaciones se elevaban hasta alturas impensables, como si uno contemplara una especie de bosque de picachos rocosos.

Los tres siguieron charlando sobre el cuadro un rato más. Fromheim, al que siempre le encantaba hablar sobre este tema, en el que era un experto, comentó:

-Es curioso, fue a propuesta del tribuno Curée, cuando el Tribunato debió votar la aprobación de una triple moción. Triple moción que implicaba varias cosas: la concesión al Cónsul Bonaparte del título de Emperador de la República Francesa, la concesión de la heredabilidad del título y del poder que implicaba ese título, y por último la encomienda de la salvaguarda de la libertad, de la igualdad y de los derechos del pueblo. Sólo Carnot votó contra la moción. Pocos días después, también el Senado dio su aprobación. Y ese mismo mes los electores

inscritos fueron a las urnas, que ratificaron por amplia mayoría la decisión del senado.

-¿Por qué dice que es curioso?

-¿No se da cuenta? El tribunato, el senado, la república francesa... esos nombres... Esos nombres eran el recuerdo de que habían hecho una revolución para lograr la soberanía del pueblo, y ahora esa misma soberanía decidía entregársela, regalarla, a un solo hombre.

-Más bien deberíamos decir que la soberanía decidía abdicar de su propia soberanía -apostilló Angélica.

-Me es indiferente como quiera denominar el hecho. Lo cierto es que el Poder del Pueblo democráticamente decidió crear la figura del *imperator*. Sobre este asunto de la democracia cediendo sus propias libertades han corrido ríos de tinta. ¿Era lícito? ¿Le es lícito a la democracia tomar esa decisión? ¿Por qué no? Si la democracia es libre, por qué no ha de tener libertad para tomar esa decisión.

Lorelein rió. Después comentó la periodista:

-Ya veo que no pierde oportunidad de criticar a los Estados Unidos.

-Pues sí, creo firmemente que aquí en Europa mantenemos una postura más pragmática, más realista que nuestros vecinos del otro lado del Atlántico. La concentración del Poder es un hecho inevitable en la Historia. La defensa de la democracia a todo trance, a cualquier precio, puede convertirse en un dogma muy oneroso para el bien del mismo pueblo. Afortunadamente la República Europea ha ido evolucionando en la dirección del sentido común. Creo que a este respecto llevamos a los Estados Unidos medio siglo de ventaja. Al final, también ellos han tenido que adaptar sus instituciones y hasta su misma Constitución en la dirección de la efectividad. Pero lo único que han logrado con ir

retrasando ese tipo de decisiones y enmiendas a su constitución ha sido el hacer más traumáticos esos cambios cuando ya no han tenido otra posibilidad que llevarlos a cabo.

A lo que Fromheim se refería era a que la República Europea, para acabar con las graves convulsiones de finales del siglo XXI, había optado por concentrar cada vez más el Poder, como único medio para restaurar el orden. La división de poderes, las garantías de salvaguarda de los derechos personales habían ido sufriendo no una merma continuada, sino una reorganización en pro de la efectividad. La conciencia de la población se había ido desencantando progresivamente de los ideales democráticos.

Y eso no era una vaga apreciación sociológica, sino que las estadísticas mostraban claramente que cada vez más los europeos lo que buscaban en sus gobernantes era que hicieran que el Estado funcionase. Hechos, no más discursos. Y como respuesta a esa demanda popular, la cúpula de gobernantes se había ido conformando como un cuerpo de funcionarios, como un organismo endogámico que ante todo buscaba optimizar el buen funcionamiento de los servicios del Estado a sus ciudadanos.

Angélica bien sabía las ideas del Cónsul sobre el tema de cómo habían evolucionado las instituciones de gobierno en la República Europea. Pero como sabía que éste era un tema esencial en la entrevista, le dijo:

-Estados Unidos sigue manteniendo un mayor amor por la democracia en estado puro, ¿qué les diría a los estadounidenses?

Fromheim con las manos a la espalda sin dejar de mirar por los ventanales hacia el paisaje erizado de cúspides de rascacielos, contestó:

-Ya sabe, los dictadores han recurrido mucho a los plebiscitos. Las votaciones populares pueden convertirse en un medio óptimo para hacer la voluntad del tirano. Las votaciones pueden llegar a ser un instrumento para doblegar al pueblo a la voluntad de un solo ciudadano, o de un partido. El bipartidismo ha sido el gran tirano de la democracia estadounidense. Un tirano bicéfalo que ejercía el monopolio de las tres ramas del poder constitucional a base de una bien pactada alternancia en el Poder. Ésa era la realidad. Los ideales los dejó para los poetas. La realidad era ésa. La democracia norteamericana llevaba enferma desde hacía muchas generaciones. Y lo que era peor, la enfermedad se agravaba. Era una mera cuestión de tiempo que se produjera el reajuste que ahora ya se ha experimentado en su constitución. Pero en fin, siguen conservando sus votaciones para elegir alcaldes, gobernadores, y cámaras estatales. Sólo las votaciones para representaciones federales han sufrido un lapsus temporal que esperamos que pronto sea arreglado.

-¿Y si no se arregla pronto? ¿Y si no se restauran las instituciones en uno o dos años?

Fromheim se volvió hacia ella y sonriendo contestó contundente:

-Lo importante es que la nación funcione, prospere y tenga orden. Por encima de leyes y papeles redactados hace siglos, lo importante es que la nación funcione.

-Ya pero...

-No, no, mire si a usted le matan a su hija pequeña, si cada día tiene miedo de salir de su casa, si observa impotente como el dinero se pierde a espaldas en la Administración y las instituciones se muestran completamente inoperantes para poner coto a la situación, entonces llega un momento en que usted diría: basta, ¡hasta aquí

hemos llegado! En Estados Unidos la figura de un presidente con poderes especiales puede ser impopular, pero resulta necesaria. Los norteamericanos llevaban dando la espalda desde hacía medio siglo a la realidad. Y al final la realidad se ha impuesto. Por encima de los ideales. La alternativa es o un presidente con poderes especiales, o el caos y la corrupción creciendo sin que se vea el punto en que eso puede llegar a un límite. Al final, el norteamericano medio se ha dado cuenta de que la capacidad de aguante de una nación no es infinita, y han aceptado una suspensión de algunos derechos la Constitución. Eso es todo. No es ninguna tragedia.

-¿Cree que cada vez resulta más aceptable la figura del presidente dotado de poderes especiales?

-Sí, cada vez resulta menos impopular. Porque los ciudadanos se dan cuenta de que ésa es una institución que funciona. Los electores poco a poco se van dando cuenta de que les han estado estafando desde hace años. Lo que tienen ahora, era lo que precisaba la nación desde hacía mucho tiempo. Y al final la democracia lo ha obtenido. ¿Por qué la democracia, si es libre, no puede concederse este remedio que tiene ahora?

Lorelein sabía de las muchas maniobras que habían sido necesarias para implantar en Washington esa figura del presidente con poderes especiales. No había sido precisamente el Pueblo el que había implantado esa figura, sino la inactividad del Pueblo. Pero consideró que no debía seguir incomodando a su entrevistado por ese camino. Miró la mesa de trabajo de Fromheim: ordenada, amplia, con unos cuantos folios sobre ella, páginas de unos cuantos informes.

El periódico podía haber elegido a otra periodista para aquel artículo que ya le había

dicho su jefe que iba a ser publicado en ocho páginas con fotografías de Sophia Werner. Le había costado toda la carrera periodística de su vida estar sentada allí. Podían haber escogido a otras muchas. Sí, no debía incomodar al entrevistado. La entrevista con las dos periodistas había sido fruto de una cuidadosa negociación entre su periódico y el jefe de prensa de Palacio. La entrevista con ellas dos iba a tener gran trascendencia. Sí, había unos límites, que aunque invisibles, no debía traspasar con sus preguntas. La espada de los valores republicanos se había mellado pero la vida continuaba. Siguió mirando el cuadro durante la charla. Lo miró y lo volvió a mirar, observando que la que no participó en la gran fiesta, como siempre, fue la gran masa de la población; para esa masa, la marginada, el Imperio significó principalmente el incremento del reclutamiento. La gloria de las clases superiores siempre ha sido edificada sobre una carne de cañón sin nombre ni título. La historia se seguía repitiendo con increíble descaro. La Historia no era acaso más que un plagio de sus capítulos antecedentes. Todo lo que había ocurrido en la historia hasta ese siglo XXII se podía reducir, como diría Borges, a catorce o veinte argumentos. Lo demás eran meras variaciones y combinaciones temáticas. Y en medio de esas combinaciones, allí estaban ellas dos, al servicio del Poder, y además encantadas de haber sido ellas las elegidas.

-¿Cómo le gustaría ser recordado por las generaciones futuras? -esta pregunta de Lorelein más que una inquisición periodística era más bien un modo de habilitar un espacio para la vanagloria.

Fromheim rió moderadamente. Hasta él mismo reconocía que se trataba de una pregunta excesivamente condescendiente.

-Cuando apareció el compendio definitivo del Código Napoleónico, el código

jurídico que sustituyó a esa mezcla sin orden que eran las leyes que procedían de la época medieval, exclamó: *He cerrado la sima de la anarquía, he ordenado el caos*. Si de algo me siento orgulloso, si algo creo que me sobrevivirá por varias generaciones, es el impresionante esfuerzo que hemos hecho para dotar a este continente de un cuerpo jurídico sencillo, claro y unificado. Hoy en día existe una misma ley desde las costas portuguesas hasta el extremo oriental de las llanuras rusas -Fromheim se dirigió hacia su mesa, presionó un botón y de una ranura salió vertical un pequeño archivo metálico. Lo tomó y lo sostuvo entre su dedo índice y pulgar. Era muy delgado, parecía de acero. Mostrándolo a las dos mujeres dijo-: Aquí está toda la Ley. La entera República Europea, todos sus territorios asociados en Asia y África se rigen por el contenido de lo que sostengo entre mis dedos. Aquí se halla todo cuadrículado, unificado, simplificado. Este mundo de leyes que sostengo es como una maquinaria que ha sido optimizada una y otra vez.

Éste y no otro es mi gran monumento para la posteridad. Aunque para la población sea éste el más desconocido de mis logros. Esto es lo que la población menos valora, pero esto es lo que mejorará sus vidas durante muchas generaciones. Hasta que en un futuro lejano que se pierde en el horizonte del porvenir, aparezca otro estadista que emprenda la ardua labor de revisar, perfeccionar y volver a codificar las añadiduras que se hagan en el futuro a este cuerpo legal -volvió a dejar el disco en su sitio-. Yo lo he dejado todo simplificado. Otros volverán a sumar excepciones y adiciones. Alrededor de esta cuadrícula, volverá a generarse un bosque jurídico enrevesado. Así es la Historia.

-Si tuviera que elegir un modo de ser representado en un cuadro ¿cuál elegiría?, ¿o con qué, o sobre qué?

-Esto no es una hipótesis para el futuro, han erigido una estatua mía en una plaza de esta ciudad, cuando me preguntaron qué quería que colocaran en la mano de mi estatua, si quería algo, contesté, sin dudar, que un rollo representando a la ley. Y en la orla de mi toga, una greca de águilas bicéfalas. Por fin las dos repúblicas unidas.

-Evidentemente, sobre eso le quería preguntar también. Hubiera sido imperdonable no hacerlo. Usted es el primer hombre que ha logrado unificar los Estados Unidos y Europa -dijo Lorelein-, ¿se siente orgulloso de ello?

-Legalmente siguen siendo dos naciones tan independientes como siempre. La diferencia con tiempos pasados es que la primera magistratura de ambos países es ostentada por la misma persona, que soy yo. Pero de ningún modo quiero fomentar susceptibilidades: las dos naciones siguen gozando de su soberanía y de sus instituciones independientes, sólo mi persona mi persona es común a ambos Estados.

-Se le acusa de estar infiltrando a hombres de su confianza en la cúpula militar norteamericana, en sus ministerios, en su funcionariado. ¿Seguirán los Estados Unidos siendo independientes?

-Es un miedo comprensible. Sólo sé que antes de mi elección Norteamérica sufría un caos y una seguridad insostenible. Y que ahora he devuelto el orden a los Estados. Es cuestión de elección: elegir entre el miedo real a salir a la calle, y el miedo a hipotéticas futuras cuestiones de alta política.

-Lo que es incuestionable es que usted ha creado una concentración de Poder increíblemente grande, el Estado más

poderoso que ha contemplado la humanidad en toda su historia.

-Ciertamente he concentrado el Poder. La Historia lleva concentrando el Poder desde hace milenios. A mí me ha tocado ser el beneficiario de ese momento mágico e irreplicable que constituyó mi elección como presidente de los Estados Unidos ostentando la máxima magistratura europea. La unión se ha consumado a pesar de los reparos de tantos, sobre todo de allí, del otro lado del Atlántico. Los europeos eran más favorables a la unión. Ahora serán los que me sigan en este despacho los que podrán emprender grandes empresas con este Poder.

-¿Usted no?

-A mí me tocará en los próximos años consolidar. Demostrarles a los estadounidenses que la unión beneficia a todos. No sólo a nosotros, incluso al mundo. El mundo con un poder fuerte será un lugar donde se podrán llevar a cabo políticas necesarias, que hasta ahora por debilidad, por falta de acuerdos, se iban posponiendo. De momento hay que consolidar, reforzar los muros de la unión.

-¿Y qué creen que harán sus sucesores en este despacho?

-No tengo ni idea. Yo sólo he concentrado el Poder.

-Arriésguese, ¿qué espera que hagan? Aventure alguna posibilidad.

-No sé, pero si tanto insiste... me atrevería a aventurar que el mundo entero en las próximas generaciones seguirá el camino que han seguido nuestras naciones europeas. Todo se irá unificando, cuadrículando. Vivimos los coletazos finales de un planeta que hasta ahora ha sido mapamundi de feudos. Cada país tiene sus leyes, cada país se aferra a su sistema monetario, a sus fronteras. Cierro los ojos y puedo soñar ya con un

mundo napoleónico, el sueño ilustrado, todo bajo el imperio de la razón.

Piense que las democracias de distintos lugares del mundo desde hace generaciones han solicitado integrarse en nuestra República Europea. En el marco de nuestra república hace ya mucho que se aceptó a miembros pertenecientes más allá de las fronteras geográficas de este continente. Tres países de América del Sur y dos de América Central, uno de Asia y, sobre todo, siete de África constituyen parte territorial de nuestra república. Seguiremos andando por este camino.

-Nuestro Estado hace ya mucho que ha dejado de ser sólo europeo -dijo Angélica-, pero también hace ya tiempo que ha dejado de ser república democrática para pasar a ser un estado senatorial.

-Cierto. Pero piense usted con la cantidad de países africanos y americanos que se han sumado a la Unión Europea, ¿cree usted que podíamos haber seguido funcionando por la regla de que decidiera la mayoría de la población? De esa manera siempre hubiéramos dejado fuera a grandes países de otros continentes, porque algunos de ellos tienen tantos millones de habitantes que hubieran supuesto la dictadura de su mayoría. Hubiera supuesto crear la unión para después entregarla a una mera mayoría extranjera que se hubiera acabado de unir. Piense usted en China. Si ese país se hubiera unido a nosotros, hubiera supuesto la conquista de todo el continente europeo. Hubieran tenido mayoría absoluta en todas las votaciones. No. Era mucho más racional implantar este sistema senatorial, estable, ajeno a las veleidades de los votantes que se mueven a golpe de campaña electoral.

Las dos periodistas sonreían. No estaban de acuerdo, pero respetaron los

límites que se habían autoimpuesto. Aun así, Angélica preguntó:

-¿Por qué no ha colocado sobre su cabeza algún tipo de corona o algún tipo de cetro?

El Cónsul rió.

-Sólo soy un servidor del Estado. Soy el primer funcionario de la Nación. De todas maneras si el Cónsul Máximo no ostenta ningún símbolo es porque no lo necesita. Cuando tienes en tu mano el Poder, ¿para qué tienes que proclamarlo? Afortunadamente, los cónsules máximos que me han precedido han resistido hasta el día de hoy las tentaciones de barroquizar su status. Ya me ve -hizo un gesto con sus manos mostrando su persona-, voy vestido de un modo sencillo. Ninguna corona ha ceñido una cabeza del Viejo Continente desde hace siglos, salvo alguna folclórica y regional excepción sin ninguna relevancia fáctica. Es cierto que las masas populares precisan de mitos y símbolos, y que lo que se denomina por la prensa rosa como *Familia Imperial* se está constituyendo como una especie de dinastía Julia o Claudia. Pero no es de extrañar, dado el poder económico de ese grupo cada vez más cerrado sobre sí mismo.

Angélica llevaba unos minutos queriendo hacerle una pregunta de auténtico interés personal para ella, pero no se atrevía. Finalmente, hizo un esfuerzo y dijo:

-Mire, le voy a hacer una pregunta que le pediría que respondiera con el corazón. La respuesta que dé no saldrá de aquí. Se lo aseguro. Ya sabe, usted, estoy segura, de que soy demócrata. Siempre he defendido el retorno a las viejas votaciones para elegir a los gobernantes de la nación, y no sólo a los alcaldes y a algunos gobernadores.

-Conozco el historial de las dos. Por eso las elegí.

-También pienso que nos escogió, porque otorgándonos una gran oportunidad

periodística, padeceríamos algo de Síndrome de Estocolmo.

-Es usted muy retorcida. Hubiera sido una buena político.

-Bien, a lo que iba, respóndame con el corazón, le aseguro que no escribiré ni una línea sobre el tema. ¿A veces me pregunto cómo se ha llegado a esto? ¿Cómo hemos podido perder los ideales que rigieron nuestras sociedades durante tanto tiempo y por los que tantos lucharon? ¿Por qué la democracia ha evolucionado hacia el Imperio?

Fromheim paseó por su despacho ocho o diez pasos, cabizbajo, pensativo. Nunca se puede responder a la pregunta de un periodista con la excusa de que no saldrá a la luz. Por otro lado la pregunta resulta muy interesante, casi tentadora. Ella era una intelectual, al fin y al cabo. Una gran pregunta perfecta para una gran respuesta. ¿Tuvo un momento de tentación, pero al final la racionalidad se impuso? ¿Respondió con el corazón? Angélica no lo supo. Lo que sí que fue evidente es que Fromheim guardó silencio y se pensó qué decir. Paseó por su despacho con las manos a la espalda. Después se volvió y con una sonrisa respondió:

-La naturaleza humana es así. Podemos cambiar las leyes de una nación, pero no nos ha sido dado el cambiar la naturaleza humana. Si cada hombre particularmente puede ceder y por no crearse problemas puede pasar de ser un ciudadano a ser un súbdito, también las sociedades enteras pueden caer en este tipo de hábitos. Algunos dan en llamar a estos hábitos, malos hábitos. En ese tema de discernir si es bueno o malo, no entro. Pero mire, le digo una cosa, más vale que haya sido yo. Más vale que el receptor de esa concentración de poder, haya sido alguien razonable, un funcionario, un

estadista de sentido común, en vez de un alocado visionario.

-Usted no ha sido el mero receptor de ese poder, ha sido también su arquitecto.

-Sólo he sido el arquitecto de las maniobras necesarias para organizar esa concentración. Pero yo sólo no hubiera podido hacer nada. Las votaciones en este continente ya están pasadas de moda. Reconocerá que hay un cierto consenso social en que el ejercicio del Poder debe delegarse en manos de profesionales, que era necesario crear una élite especializada en el ejercicio del gobierno de la nación. Dejar el gobierno en manos de actores y retóricos que sólo miran el corto plazo, ésa era la enfermedad de nuestra antigua democracia. Y por eso la democracia *de facto*, la auténtica, la democracia real, se derrumbó mucho antes de que cayeran las estructuras constitucionales que sostenían aquella ficción del Poder del Pueblo. El poder siempre estuvo en los partidos. El poder siempre estuvo en cuatro o seis personas que eran las que en la cúpula de cada partido decidían quién entraba o no en el reparto de poder del partido. Ésta era la realidad, lo demás era para la televisión, puro decorado. Por eso el paso de la democracia al imperio, sólo significó quitar el decorado, quitar a los actores de esa farsa y poner un funcionariado eficiente en la cúpula del Poder.

-¿Y la libertad?

-Usted puede seguir haciendo lo mismo que hace un siglo y medio. No hemos quitado la libertad. Simplemente hemos sustituido a los partidos por un cuerpo senatorial, eso es todo. Insisto, usted puede hacer lo mismo que el 1.970 o que en el 2.010. Lo único que hemos quitado es el rito de echar una papeleta en una caja. Usted puede salir del país cuando lo desee. Puede emprender los negocios que quiera. Puede escribir lo que quiera en un periódico. Puede

criticar al Senado o a mí mismo. Nadie le va a decir nada haga lo que haga. Si quiere organizar una manifestación, sólo tiene que ponerse de acuerdo con el ayuntamiento sobre el recorrido y el día.

Aquellas dos mujeres eran no eran adeptas al Régimen, pero él sabía que podía conversar con libertad. La Familia Imperial era la dueña de las acciones de los medios para los que ellas trabajaban. Fromheim hablaba con ellas como un gigante habla con dos enanitos. Las dos enanitas estaban encantadas de tener el privilegio de hablar con el gigante. La conversación-entrevista todavía se prolongó veinte minutos más.

Aquel político encarnaba la egolatría narcisista del que ya no se somete a nada, ni a nadie. Pero la encarnaba con una sonrisa, con un increíble encanto personal. Cuando las dos columnistas abandonaron su despacho lo hicieron felices de haber tenido esa oportunidad, de haber sido escogidas, con un gran sentimiento de seguridad, al comprobar una vez más que los destinos de la nación estuvieran en manos de profesionales, los profesionales del Poder.

Me despierto en medio de la noche



Ho-ching se despertó en medio de la noche, en medio de la oscuridad de su cama. No era nada. No pasaba nada. A veces el metropolitano desplazándose sobre el acero paralelo de sus cuatro raíles con todas sus toneladas, sus cuatro pisos de altura y su trepidación de gigante ahuyentaba el sueño de aquel sencillo reparador informático durante unos minutos. Esas breves interrupciones del sueño eran ya como una costumbre. En la oscuridad de su habitación pensó en su querida Yokokeiko, su madre. Más querida y deseada que conocida. Pensó en el té que tomaría en el amanecer. Pensó también en Europa, en la lejana Europa.

El sueño tardaba unos minutos en llegar. Europa... tierras lejanas que en su imaginario le venían siempre a la mente como regiones divididas en un complejo puzzle de pequeños países y reinos, como una tierra agitada por las pasiones, por pasiones mucho más profundas que las que se hallaban en las tierras de Buda y Confucio, como una región de este mundo sumida en una oscuridad profunda tan distinta de las soleadas llanuras de aquel Imperio Celeste. Qué distintas nuestras verdes planicies de arroz en las que serpentean tranquilos nuestros caudalosos ríos de esas tierras de historias de guerreros acorazados, fortalezas y hordas armadas, pensó.

Reconocía que su visión era muy subjetiva. Que ni su China actual era la China que cantaron los poetas pintores de los rollos de tela de lino, ni las megápolis europeas eran la Europa de su imaginación. Pero, aun así,

Europa le venía a la mente como el verdadero corazón y núcleo de la oscuridad y las tinieblas.

Recordaba, por haberlas visto en televisión, unas pinturas, unos óleos de museo, de siglos diversos, pero todos mostrando ese mismo carácter europeo. Aquellos lienzos no eran otra cosa que la exteriorización soberbia del yo. Qué distinto mundo el de esos colores espesos, de infinitos colores, frente a la simplicidad de las tintas de las pinturas chinas clásicas, que eran contemplación pura, comunión con la naturaleza, serenidad. Montañas, árboles, flores, pájaros, frente a condes, marqueses, mercaderes de Amberes o Venecia, y escenas de guerra. Ni por un momento se le pasó por la mente a Ho-ching que sus apreciaciones fueran subjetivas.

En aquella cama oscura, la lejana Europa era como un sueño lejano. Pero en fin, trató de abandonar sus profundos pensamientos, para dormirse. Y así meditó apaciblemente en las cuatro virtudes del Buda. Se concentró en el verdadero yo flotando en un sutil lago de nenúfares, un lago rebosante de la pureza del Iluminado. Qué lejos de esa paz quedaban las pasiones europeas.

Ursila y sus nietos



Con paso poco decidido penetró Omar Shjar en la sala, una sala de Palacio, una de las salas dedicadas a bailes y recepciones. Era el salón de la Fuente de Flora. De casi cien metros de longitud, se encontraban todavía pocas personas. Omar, que hasta allí había sido guiado por un criado con librea, fue saludado por un grupo de jóvenes que lo habían conocido unos días antes. El grupo estudió de nuevo al australiano de origen árabe: un impresionante varón de dieciocho años de dos metros de altura. A ninguna de aquellas jovencitas se le pasó por alto que aquellos brazos habían sido muy bien modelados tanto en el windsurf como en el esquí. Mientras él esperaba a su amiga allí, junto a una mesa de canapés, aquel grupo de tres chicas, entre sonrisas, seguía analizándole y haciéndose preguntas. Finalmente se acercaron a él entre risitas.

Entre bromas y comentarios fueron pasando el tiempo y las bandejas con copas. Omar, aunque era hijo de un millonario industrial y desde pequeño estaba acostumbrado a la opulencia, no estaba acostumbrado a aquel nivel de lujo. Así que no pudo evitar hacer algunos comentarios admirativos hacia la belleza del lugar en general. Bah, no es nada, hay muchas salas como ésta en el Palacio Imperial, fue lo que le vinieron a decir las tres jóvenes de alegres sonrisas pícaras. La vista del joven fue pasando por los cuadros murales, por los artesonados y por los circunstantes. En un momento dado, preguntó por una viejecita sentada no lejos de ellos en la que casualmente había reparado su mirada.

-Ah, ¿pero no conoces a Ursila von Erlach? -le preguntó incrédula y jovial una de las jóvenes pelirrojas del grupo-. Es la madre del duque Bernhard Fischer y abuela materna del conde Harkonen. Vamos te la voy a presentar.

La joven sin esperar respuesta le tomó de la mano y le llevó hasta ella. Era un modo cortés de dejar al recién llegado con otra compañía y marcharse con sus amigas adonde tenían previsto. Era un pequeño castigo por no haber sido él tan amable con ellas, como ellas esperaban. La viejecita vestida con amplios ropajes negros, sentada en una silla de madera noble estilo imperio, se inclinaba participando en los juegos con sus cuatro nietas. Las nietas entre cuatro y seis años se movían alrededor de la abuela, le cogían de las manos, le agarraban por detrás. A Omar aquella escena de la poderosa señora con sus cachorros, le recordaba la escena de una loba rodeada de sus lobeznos. En seguida fue presentado y en menos de un minuto fue abandonado por la chica con una amable y alegre excusa.

-Siéntate aquí -la anciana puso la mano en la silla de al lado señalándosela.

Ursila, anciana pero astuta, avezada a ese tipo de reuniones sociales, conocía muy bien la treta de aquella joven, no le importó. Ya estaba un poco cansada de jugar con sus nietos, además, las personas muy mayores en este tipo de recepciones siempre suelen acabar, al final, un poco arrinconadas. Entablaron conversación. En seguida Ursila se dio cuenta de la situación del chico. Era el *amigo* de una de las hijas de un general conocido de ella y de todos los presentes allí. En el caso de las hijas de ese general, bien sabía ella que este tipo de amigos íntimos solían siempre hacerse muchas ilusiones, pero que solían ser reemplazados por otros en pocos meses. En seguida comenzaron a hablar

de las personas que estaban en la sala, un par de cientos. El australiano era un recién llegado a la Urbe y no conocía a nadie.

-Ése de ahí, el de los galones -le explicó la anciana- es el general al mando de nuestras legiones en África. El de más allá es el mariscal Menstein.

La anciana loba estaba resultando para el joven mucho más interesante de lo que se había imaginado al sentarse al lado. Se conocía a todos.

-El de más allá es el dueño del grupo Eghel. Y ése, el de la copa junto al criado de la librea blanca, es el mayor accionista de la industria del acero.

-¿El mayor accionista del mundo?

-Sí, querido.

Los cuatro senadores con sus togas blancas eran los que más destacaban entre los grupos de invitados. Ursila a sus noventa años recién cumplidos, había conocido a los padres de los cuatro senadores presentes, y a los padres de sus padres. Omar, ajeno a ese círculo, no sabía de la Familia Imperial más que las generalidades aprendidas por los pocos programas vistos de la prensa rosa.

-Soy australiano, por eso no estoy al tanto de todas estas cuestiones del Viejo Continente -se excusó.

-Querido, a los australianos se les perdona todo.

El joven rió la última observación de aquella vieja de rostro serio y un poco avinagrado.

-¿Cuál fue el origen de la Familia Imperial?

Ursila se sonrió: joven, inocente, todavía no maleado. Le encantaba el australiano.

-Acércame un poco más de té. Gracias. Verás, cuando Europa se vio sumida en la anarquía de mediados del siglo XXI, un grupo de empresarios alemanes decidió

organizar un pequeño ejército para protegerse y proteger sus intereses. Aquel pequeño grupo fue poniendo orden en centroeuropa. Lentamente fueron restableciendo el imperio de la ley en otras regiones. Como es lógico, prosperaron económicamente. Se hicieron cada vez más fuertes. Aquel grupo de empresarios en unos veinte años logró restaurar el orden en lo que hasta entonces había sido la Unión Europea. Pero la población de la Unión Europea de entonces ya no era la de treinta años antes, la de antes del caos. Con la población desencantada de una democracia inoperante que había llevado al derrumbamiento de las instituciones, los europeos dejaron pasar el tiempo en aquel statu quo. Con el tiempo se restablecieron las instituciones, sí... pero nominalmente. Lo cierto es que en los años siguientes, aquel grupo de empresarios no se deshizo ni un ápice de la posesión del poder político de la nueva república.

-¿La gente no se opuso?

-Ya te he dicho que estaba muy desencantada. El derrumbe del orden social no es cualquier cosa. Y eso lo habían logrado los políticos.

-Sí, es lógico que en una situación así la gente estuviera desencantada de la política. Los australianos nos sentimos muy orgullosos de nuestra democracia. Pero veo que aquí la cosa no funcionó.

-No sólo no funcionó, sino que encima aquel grupo de funcionarios sí que fue eficaz en la gestión de la naciente república. El resultado fue que aquel grupo de empresarios sumó a su cada vez mayor peso económico, el poder político. En el libre mercado todos tienen las mismas oportunidades, pero si además tienes el poder político entonces juegas con ventaja. Aquel grupo económico se hizo progresivamente más endogámico. Así se fue constituyendo un grupo de familias

que finalmente ha llegado a ser lo que hoy día la gente de a pie llama Familia Imperial. En total unas ciento cincuenta personas.

-¿Y aquí hay muchos miembros de la Familia?

-Más de la mitad de los invitados a esta recepción pertenecen a ella. ¿Ves ése de ahí? Posee el 30% de las acciones de la mayor empresa de software del mundo. El de al lado tiene una fortuna estimada en no menos de doscientos mil millones de euros. Así podría seguir describiéndote cuánto tiene cada uno en los bolsillos. El poder de la Familia Imperial es, ante todo, un poder económico. Esas ciento cincuenta personas poseen el 40% del producto interior bruto de la República Europea. Como ves era casi imposible que nuestros antepasados no se hicieran, además, con el poder político. Por otro lado la gente ve que la gestión de gobierno durante estos años ha sido eficiente. De forma que las estadísticas muestran que la opinión popular respalda este estado de cosas. La política se ha transformado en gestión, y la Familia Imperial gestiona bien.

-Ya veo.

-Pásame un poco de limón y el azúcar. Gracias. El poder económico va a seguir siendo administrado por un grupo pequeño de personas, porque las herencias de la Familia Imperial se distribuyen por el sistema de mayorazgos. Cada familia que quiera seguir manteniendo su nombre, deja la herencia a uno de sus descendientes. Al resto se le estipula en el testamento la parte que le toca. Pero siempre son partes pequeñas. De manera que la concentración de poder se mantiene a través de las generaciones. Los que no reciben el mayorazgo suelen elegir la carrera política: gobernadores, ministros, puestos en los ministerios, en el Partido, otros acaban de generales.

-Veo que este grupo de personas combina la eficacia germánica con los fuertes lazos latinos de la familia latina.

-Sí, así es.

Ursila siguió bebiendo de su taza con calma. El australiano miraba a los presentes en la sala. Algunos de los cuales habían venido de lejos para asistir a la concesión de condecoraciones de la mañana siguiente. El Senado además de otras condecoraciones menores concedería varias de importancia: dos Cruces de la Victoria, tres Coronas de Roble y cinco Águilas de Oro.

Omar hizo gesto de rechazar un canapé que un criado le ofrecía pasando cerca con su reluciente bandeja de plata ornada con varias cabezas de Gorgona. Rechazó el canapé por no engordar, quería seguir luciendo su atlética figura. Sí, había que resistir a la tentación de aquellas bandejas de buñuelos de queso Camembert con trocitos de sonrosada trucha ahumada.

De entre los grupos que charlaban y se saludaban en el salón se acercó un hombre de mediana edad vestido una especie de elegante traje parecido a un smoking, que era la prenda más frecuente entre los invitados. El hombre se plantó delante de Ursila, la saludó y charló cortésmente. La viejecita después de medio minuto de saludos, señaló a su acompañante y le presentó:

-Es Omar, el amigo de... ahora no me acuerdo. En fin, una de las hijas del clan Hoogstraeten.

El hombre saludó con cordialidad al joven.

-Este señor de aquí -le dijo a Omar- es el encargado de la nueva reforma del calendario.

-¿En serio? Encantado.

-Igualmente -le respondió aquel señor cortés pero serio. Ya se veía que a Ursila le hablaba y le sonreía, pero que con la *aventura*

de una joven del clan Hoogstraeten no estaba dispuesto a perder mucho tiempo.

-He oído hablar de esta nueva reforma, ¿en qué consistirá? -preguntó el australiano.

-Bueno... se trata de una racionalización del calendario, una rectificación de las varias irregularidades que presenta. En definitiva se trata de hacer con él lo que se hizo hace ya siglos con la instauración del sistema decimal.

-¿Cómo será el nuevo sistema?

-El año se dividirá en doce meses de treinta días. Y el año terminará con cinco días complementarios. Cada mes tendrá tres semanas de diez días. Como ves es mucho más fácil, mucho más regular.

-Ah, que interesante.

-Una ley de la Convención de 1793, en plena Revolución Francesa, ya promulgó este sistema que estuvo vigente trece años. Pero al final, incluso antes de la restauración monárquica, se volvió al viejo sistema, a las viejas irregularidades.

-Los nombres de los meses seguirán igual, me imagino -intervino Ursila.

-Efectivamente, seguirán. Los revolucionarios franceses los cambiaron también. Vendimiario, brumario, frimario, nevoso, pluvioso, germinal, floreal, prairial, mesidor, termidor, fructidor. Esos eran los nombres que impuso la Convención. Nosotros vamos a seguir el criterio de realizar los menos cambios posibles.

-¿Será pronto la implantación del nuevo calendario? -preguntó la anciana.

-Se anunciará en una semana o dos. Se implantará dentro de seis meses, el 1 de noviembre. Ese día comenzará la nueva renumeración de los días de los meses. También comenzará el año 1.

-No sé. Lo de los meses lo veo bien, pero creo que la gente no va a cambiar tan fácilmente de mentalidad en cuanto al año.

-Tardará, somos conscientes de que tardará. Pero cuando a partir del próximo 1 de noviembre, los documentos oficiales, universidades y colegios comiencen con la nueva numeración, convivirán las dos cronologías. Al final, no tengo la menor duda, la numeración oficial será la única utilizada. Insisto, la ley sólo obligará a usar el nuevo año a las instancias oficiales. Cada uno que use el sistema que desee, pero evidentemente al final sólo quedará una.

-¿La gente cómo cree que va a recibir esta reforma del calendario? -preguntó Omar.

-Nuestras encuestas muestran que la desaparición de la semana de siete días, va a tener un apoyo del 80%. Todos prefieren trabajar más días, y que después que te añadan un día extra de vacaciones antes o después del fin de semana.

-¿Cómo se llamarán los tres días suplementarios de la semana? -preguntó Omar.

-La semana que conocerán nuestros hijos será la del lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado, domingo, octruenes, novercoles y drovernes. Somos conscientes de que los últimos acabarán siendo conocidos como Octro, Novro y Drovo.

-Ahora suenan raros, pero dentro de diez años no sonarán más raros que los actuales -comentó Omar.

-Sé que parece un cambio caprichoso, pero una semana más larga, permitirá fines de semana más largos. Bueno, Ursila, debo dejarle. Me alegro de verle tan bien.

El estirado señor se marchó a recibir a un amigo suyo que acababa de llegar. Cuando estuvo lejos, la anciana le comentó:

-Honestamente, mucho me temo que toda esta reforma tiene su verdadera raíz en el afán de borrar el año gregoriano y la semana de siete días.

-¿Qué quiere decir?

La anciana le miró. La ingenuidad del joven era sincera, no sabía nada. Alejó de sus faldas a una de sus nietas y le dijo en tono más bajo, a pesar de no haber nadie cerca:

-La Familia Imperial siempre fue... pues eso, un grupo de personas poderosas que querían mantener su poder y nada más. Siempre hemos sido un grupo pragmático de empresarios e industriales. Pero desde hace unas décadas, entre nosotros se ha ido extendiendo una... ¿cómo la llamaría? Bueno, en fin, una ideología. O llamémoslo claramente: una secta. Muy pocos de entre los nuestros han aceptado el nuevo credo dagoniano. Pero... las cosas han cambiado bastante... a cómo eran hace veinte años.

Y volvió a alisarse la falda, al ver a otra nieta suya la llamó y se puso a jugar con ella. La niña de ricitos de oro puso sus manos en el regazo de su tía-abuela Ursila. La octogenaria le hacía caras y carantoñas. La conversación sobre la secta repentinamente había quedado lejana. Omar divisó a su amiga que acababa de llegar. Se despidió con sincera amabilidad de Ursila Margaretha von Erlach de Geer. Dejó a la loba sonriendo a sus cachorros. Aquellos cachorros que dentro de pocos años serían personajes poderosos, nombres conocidos. La viejecita sostenía aquellas manitas, le seguía haciendo caras a su nieta para que le sonriera. La otra nieta se acercaba de nuevo a la falda de su abuela, tratando de recobrar la atención de ella. Dentro de treinta años era de suponer que serían mujeres de gran peso en la dinastía. Pero de momento sólo buscaban una abuela que jugara con ellos.

La Abominación de la Desolación



3 de octubre
año 2209
Plaza de San Pedro.

La nave Imperatrix apareció en el aire escoltada de aeronaves del ejército. Mientras la escolta permanecía suspendida en el aire, la nave del Emperador descendió verticalmente en el centro de la Plaza de San Pedro. Al salir la cabeza de Viniciano sobre el ingenio arácnido lo primero que vio ante sí, fue el obelisco egipcio. El Emperador sonrió al ver que ya habían retirado la cruz de bronce verdoso que coronaba el vértice del monolito milenario.

El Emperador Viniciano había sufrido un año antes el terrible atentado que había destrozado la práctica totalidad de su cuerpo. De ahí que la cabeza indemne del Emperador había sido colocada sobre un ingenio mecánico sobre el que se desplazaba. La cabeza estaba situada sobre un gran *cajón* o *arca* en el que estaban situados los elementos imprescindibles para mantener con vida ese cerebro. Aquellos órganos artificiales estaban protegidos detrás de aquella caja blindada que se desplazaba sobre ocho pies mecánicos. El *torax* de aquel ingenio tenía unas dimensiones de 1m x 1,20m x 2m. El aspecto exterior del ingenio era como el de un gran arácnido de 1.800 kilos. Viniciano nada más abandonar la rampa de la nave pasó revista a las tres cohortes de soldados formados en la plaza. El ingenio arácnido pasaba revista seguido de medio centenar de miembros de su Guardia

Pretoriana. El aspecto pesado y corpulento de los pretorianos contrastaba con la vestimenta, propia de ejecutivos, de los secretarios de Estado que seguían al Cónsul Máximo Viniciano. Elegantes trajes oscuros, rodeando a un par de togas que caminaban justo a los flancos del Emperador.

El Emperador se detuvo a mirar las cabezas de estatuas amontonadas a un extremo de la cohorte que formaba marcialmente. Miró hacia arriba, en lo alto de la columnata de Bernini la plaza mostraba la decapitación general de todos los Padres de la Iglesia, fundadores de órdenes y santos. No pocas de esas estatuas habían sido dejadas caer desde lo alto y sus restos habían sido agrupados en dos montones, flanqueando el camino de entrada a la basílica a través de la escalinata. El cielo de octubre se mostraba gris, el tiempo había cambiado, no hacía frío pero las nubes se desgajaban veloces entre los rascacielos que se veían más allá de la columnata.

Viniciano, seguido de todo el séquito, subió las escaleras hacia la Basílica. Junto a la puerta le esperaban vestidos completamente de negro la cúpula de los sacerdotes de Dagón. Saludó uno a uno a los sacerdotes, con tiempo. Estos correspondían con una leve inclinación. El Cónsul no tenía prisa, quería paladear aquella ceremonia. Después de los saludos de rigor, Viniciano penetró en la Basílica, los bancos estaban llenos de servidores de Dagón. Al entrar en el templo, una oleada de rumores recorrió los bancos. *Ya está aquí*, comentaban mientras se iban poniendo en pie primero los más cercanos a la puerta. Fuera, varios hombres ya empujaban los portones de bronce para cerrar la basílica. Las grandes hojas se cerraron con un golpe profundo que resonó prolongado hasta el mismo fondo del templo.

Cincuenta pretorianos seguían al Cónsul, otros doscientos se apostaban junto a la entrada de la iglesia y sus alrededores. A la mitad de la nave de la iglesia, los pretorianos se detuvieron y el Emperador siguió avanzando seguido ya sólo de sus acompañantes más distinguidos. Avanzando por el pasillo central entre los bancos, podía ver allí a generales, a altos funcionarios de la burocracia europea, y un grupo senadores, una veintena. Los senadores vestidos con sus togas blancas estaban sentados juntos en los primeros bancos. Justo antes de llegar el Cónsul al presbiterio, justo antes de subir aquellas pocas gradas, se detuvo y musitó algo. Según algunos era latín, según otros fue una exclamación germánica. Incluso hay quien dice que no la musitó, sino que la profirió en alta voz, pero dada la vastedad del templo nadie oyó nada, a excepción quizá de los primeros bancos.

Sus pesados pies mecánicos comenzaron a subir los nueve escalones del presbiterio del Altar de la Confesión. En ese momento, dijo: *Un pequeño paso para mí.* Después añadió: *Hoy se abren las Puertas del Abismo.* Cuando llegó justo delante del altar, los pies mecánicos se alzaron hasta ponerse sobre el ara. El mecanismo de los cuatro pies delanteros hizo que se alargaran hasta sujetarse en el borde delantero del altar. Los dedos mecánicos con sus bordes de goma se ajustaron hasta agarrar con la fuerza de una prensa aquel borde de mármol. El ingenio cibernético dio un impulso y se colocó entero encima del altar¹.

La araña mecánica estaba sobre el ancho altar renacentista. El ara sobre la que habían celebrado sus misas los Papas siglo tras siglo, le servía de divino pedestal, de sagrado podio. Hollaba con sus pies la piedra

consagrada sobre la que habían sido ofrecidos los más santos misterios del cristianismo. El Emperador miró a todos desde lo alto, tomándose su tiempo. Después, recorrió con los ojos todo el templo, la *Trasverberación* de Bernini con las cabezas de Santa Teresa y el ángel arrancadas, las imágenes habían sido profanadas, todas las estatuas decapitadas, los mosaicos de las pechinas ennegrecidos por hogueras. Finalmente, su vista se alzó hacia arriba, hacia la bóveda. Y exclamó con todas sus fuerzas: *Sí, que han prevalecido.*

El Cónsul Máximo no decía nada, estaba haciendo Historia, su mera presencia allí ya era, desde ese momento, una página de la Historia. El futuro puede cambiarse, pero la Historia no. El presente que estaba viviendo quedaba indeleble ya para siempre, así lo creyó. Testigos eran todos, las dos mil personas presentes sentadas en aquellos bancos. El Emperador iba a decir unas palabras, pero las demoró un poco más, se deleitaba en el silencio, mirando la basílica desde aquella intersección del crucero con la nave, paladeando aquel instante impresionante.

Allí estaba él, sobre el rectángulo blanquecino del altar más venerado, bajo aquel baldaquino oscuro de columnas retorcidas. Estaba en el mismo centro, tenía la sensación de estar en el mismo centro de algo mucho más profundo que aquel templo y el Vaticano. Estaba en el centro donde las líneas confluían, líneas invisibles de autoridad y jurisdicción. *Estoy sobre el mismo centro de la agonizante Iglesia. Sentado sobre el punto exacto desde donde han confluído las invisibles líneas de la obediencia y la comunión con miles de obispos y arzobispos.* El Cónsul rió en su interior, ¡habían prevalecido! Verdaderamente se había abierto en la Tierra no una, sino todas las puertas del Reino del Infierno.

¹Ap 24,15

-¡Servidores de Dagón -gritó el Emperador desde encima del altar en cuanto le acercaron un micrófono-, cuánto tiempo hace que he esperado este momento! ¡Cuántos de nuestros predecesores en la Historia quisieron ver este instante! La Abominación de la Desolación.

El Dios hebreo ha sido vencido, patente queda la derrota del Dios trino, hemos roto el ciclo de las profecías bíblicas, presenciáis el inicio de una nueva era. Desde hoy, hay un antes y un después. Este *después* ha acabado definitivamente con el *antes*. Este momento fue profetizado por muchas páginas bíblicas de aquellos textos para ellos sagrados. Pero a lo que no se atrevieron esas profecías, era a explicarles, a describir en toda su profundidad, hasta qué punto la desolación iba a ser irreversible. Porque, si tal cosa les hubiese sido revelada, hubieran comprendido hasta qué punto las predicciones finales eran de tal intensidad que anulaban las precedentes. Sus profetas atisbaron, divisaron, este momento, pero no se atrevieron a consignarlo en toda su radicalidad. ¡Aunque ellos mismos sabían que este momento iba a llegar! La profecías finales, las profecías conclusivas de su ciclo, de SU Historia, eran tan radicales que ponían punto final a cualquier otra profecía que ofreciera esperanza. Nuestras puertas se han abierto, la de ellos se ha cerrado. Da principio nuestra Historia, nuestra era.

Ahora, a partir de ahora, sois libres. Ya no estaréis atenazados por el temor a un Dios que os juzgará al final de la vida, por el temor a un infierno cuyas cadenas hemos roto y sus puertas abierto. Sois libres. Quedan abolidas las leyes que oprimieron las conciencias durante milenios. Hace siglos liberamos a los hombres de la esclavitud de otros hombres. Después liberamos al hombre de la esclavitud de la carestía, de la esclavitud

de la enfermedad, lo liberamos de la esclavitud a la naturaleza. Después lo liberamos de la castidad, después lo desencadenamos de otros escrúpulos de conciencia. Ya no restaban barreras que se nos opusieran, tan solo quedaba liberarlo de Dios mismo. Por fin la humanidad podrá ser ella misma.

El día de hoy culmina muchos acontecimientos precedentes, es la culminación de tantos esfuerzos de hombres de tiempos pretéritos. En la época del Imperio Romano nació una peste que los coetáneos trataron de atajar como pudieron, con todos los medios. Pero el cristianismo, verdadera gangrena de los espíritus, se extendió, no hubo manera de contenerla. Los césares, vencedores de reinos y naciones, se mostraron impotentes para erradicar ese mal incorpóreo. Aquella peste ya no dejó hombres, a partir de entonces sólo habría siervos: siervos de un Dios desconocido y oriental. Entonces comenzó una larga época, una larga e inacabable oscuridad. Por todas partes se erigieron esos momumentos de irracionalidad que son las catedrales. Por todas partes florecieron las negras semillas de los monasterios que perpetuaban y desperdigaban sus raíces de oscuridad.

Esa larga oscuridad parecía no tener fin. Aunque sus profecías sagradas auguraban nuestra época. Mas no prestaron atención, era su tiempo. Los siglos pasaron, y aunque todo estaba aún oscuro, no obstante, ya comenzaba a haber desplazamientos de fuerzas en medio de esas tinieblas. Durante el Renacimiento aquel *amor de Dios* -pronunció esto con asco-comenzó a enfriarse. Aquellos hombres seguían amando a Dios, pero el amor se había enfriado. El centro del universo comenzaba a desplazarse. El enfriamiento siguió su curso. El centro ya dejó de ser Dios, cada vez lo fue más el hombre. Generación tras generación se

hacía más evidente ese desplazamiento, hasta que por fin surgió la luz: la luz de la Ilustración. Comenzaba a despuntar la luz en medio de la oscuridad. La aparición de la luz supuso una revolución, y miles de cabezas rodaron.

Nunca hubiera sido posible la aparición de esa luz de la rebelión a la servidumbre a esa divinidad, sin un Renacimiento en medio de aquellas sacras tinieblas siglos antes. Tras que apareciera sobre la Tierra aquel mensaje de rebelión hubo avances y retrocesos, pero el centro era evidente que seguía desplazándose más y más. El siglo XIX y XX supondrán el triunfo de la independencia del hombre, y el Reino de Dios retrocedería todavía más. Y así el hombre irá recuperando hasta nuestros días esa soberanía que nunca debió perder. El rito que contempláis hoy, rito de abominación, determina un antes y un después, es la manifestación más perfecta de esa ruptura, la prueba de que ya no hay vuelta atrás.

Por eso llamaré a mi futuro hijo Ichabod, que significa *no hay gloria*. La gloria ha desaparecido de Israel.

Nada más.

El Emperador descendió con precaución y se retiró a Palacio seguido de su séquito. Detrás de él, sobre el altar colocaban una imagen de oro de Dagón. En menos de un minuto, sus sacerdotes comenzarían sus ritos de execración del lugar.

Una hora después, sin interrumpir los ritos, varios equipos de operarios colocaron unas cadenas abrazando las cuatro columnas salomónicas del baldaquino. Aquellas columnas que podían ser abrazadas sólo por cinco hombres a la vez, fueron ceñidas por unos cinchos de acero sujetos a unas cadenas. En menos de tres minutos la operación de sujeción fue completada, los operarios se

apartaron a un segundo plano hasta que acabaron los ritos. Varios sacerdotes dagonianos tomaron la imagen que habían colocado sobre el altar y la retiraron sin interrumpir sus cantos y la quema de mirra. Todos los oficiantes descendieron del presbiterio, mientras se daba la orden a dos vehículos-oruga de arrancar.

Los seis vehículos avanzaron alejándose del baldaquino, las cadenas se tensaron. En diez segundos, los crujidos en el baldaquino oscuro y bronceado fueron evidentes. Después, principió a inclinarse una de las columnas, la que estaba a su lado también, aunque menos. Del pedestal de mármol blanco de una de ellas, comenzaron a caer trozos. Un fuerte crujido metálico conmocionó a todos los asistentes que contemplaban la escena en silencio. Las dos columnas de la derecha, asidas por cadenas comenzaron a inclinarse más y más. Pronto perdieron la verticalidad y sin dejar de aferrarse al techo del baldaquino se desplomaron estruendosamente arrastrando consigo buena parte de la cubierta. Parecía como si el puño del Leviatán hubiera propinado un rabioso golpe sobre el suelo de aquel templo.

La parte de la cubierta que se sostenía sobre las otras dos columnas, cayó dibujando un ángulo de 90° sobre las dos columnas que quedaban de pie, aunque cada vez menos verticales. La cubierta, lo que quedaba de ella, tras golpear a las columnas que la sostenían, también cayó golpeando el altar y destrozando uno de sus lados. Las dos columnas que quedaban en pie, cayeron con sus veinte metros hundiéndose en los suelos ornamentados con bellos, coloridos, juegos geométricos. Se incrustaron en ese suelo, levantando gruesas planchas de mármol. Al caer, una de las columnas de bronce se había partido, dos habían penetrado hasta la cripta

inferior donde estaban situadas las tumbas de los papas. Parte de ese techo de la cripta se había venido abajo.

La operación había sido cuidadosamente calculada: la potencia de los motores que se precisarían para quebrantar aquella estructura de bronce, el lugar de la caída. Todo había salido bien: las columnas habían caído hacia el lado derecho e izquierdo del crucero, cada una entre dos vehículos. Era lógico, dado el modo en que se había dispuesto el sistema de cadenas: formando dos triángulos entre las dos columnas y los tres vehículos de cada lado.

Los presentes sentados en sus bancos habían contemplado aquel abominable espectáculo. Todo se había calculado tan meticulosamente, que los testigos de la escena no habían tenido que levantarse de sus bancos. Cuatro sacerdotes dagonianos volvieron a colocar la estatua de oro de Dagón sobre el altar. La profanación había concluido. Aquel día quedaba marcado para la Historia.

Una hora después, el templo vacío, desolado, contemplaba como sus puertas de bronce, los portones de su entrada de la Basílica, se clausuraban definitivamente para nunca más ser abiertas.

Vinicianus Imperator



Un equipo de médicos examinaba el estado de salud del Emperador. El color de la piel era sumamente blanquecino. La parte del cuello donde los anclajes fijaban la cabeza al artefacto aparecía llena de hematomas, como siempre. Cada día un equipo de médicos examinaba a Viniciano, entre otras cosas porque cada día había que introducir sangre nueva en el tórax mecánico. Aquel ingenio no podía producir sangre, de forma que había que tirar la vieja e introducir la recién extraída de jóvenes sanos. Y en realidad la palabra *jóvenes*, entre los miembros del equipo médico, era un eufemismo. Tenían que ser quince litros al día de niños entre los siete y trece años. La sangre de los niños tenía sustancias regeneradoras de las que carecía la de los jóvenes.

Después, una vez en el circuito, el pulmón artificial se encargaría de introducir el oxígeno en la sangre. Una bomba de gran precisión impulsaba sangre hacia las arterias del cuello y recogía la de retorno reconduciéndola hacia el pulmón mecánico. Por supuesto el emperador no podía comer. Sin estómago incluso la saliva que tragaba por la boca, caía por la tráquea hacia un envase inferior. La alimentación era inoculada automáticamente vía intravenosa. Pudiera parecer que en esa situación el Cónsul Máximo podía permanecer indefinidamente, pero no era así. Aquellos órganos artificiales podían hacer las veces de pulmones, de estómago, de riñón, pero no podían producir encimas. El siglo XXII no podía generar, de momento, la exigua cantidad de aquellas sustancias que generaba el sistema linfático.

El resultado era que la cabeza presentaba un estado cada vez más degradado.

Aunque los problemas enzimáticos quedaban más lejanos frente a las complicaciones que estaban presentando los hematomas del cuello. De momento, los doctores estaban más preocupados por los anclajes del cuello. Los vaivenes del ingenio móvil presionaban una y otra vez aquella parte de la piel sobre la que se asentaba la cabeza. Controlar las infecciones no era sencillo. Ya había habido que cortar ciertos pequeños trozos de esa piel ante la posibilidad de una infección más extensa o incluso de una gangrena.

Desde luego el aspecto de ese extremo del cuello era tan repulsivo, que había que cubrirlo cada día con nuevas gasas, que a su vez eran cubiertas con una tela de lino, que abrazaba el cuello a modo de anillo. Las pocas visitas que recibía Viniciano no veían las gasas manchadas, sino sólo esa tela exterior en el punto en que se unía la cabeza con aquel tórax en forma de cajón. A pesar de todos los esfuerzos, el color cada vez más pálido de la cabeza, su tono de piel día a día más artificial, más enfermizo, forzó a los médicos a tomar la decisión de encargar a dos personas que cada día maquillaran aquella cabeza.

¿Aquél cerebro, aquella piel pegada a aquel cráneo, aquellos ojos, cuánto tiempo más se mantendrían con vida? De momento resistían. Había quedado comprobado que cuidados excepcionales en el suministro de determinados compuestos biológicos permitían a los cerebros sobrevivir algún tiempo antes de degradarse hasta la muerte. Los médicos, los casi cien médicos que componían el equipo, estaban muy satisfechos de su ciencia, nadie hubiera pensado que tanto tiempo de supervivencia fuera posible. Aunque, al fin y al cabo, lograrlo consistía

únicamente en mantener con vida unos cuantos tejidos, unos pocos órganos.

Es verdad que mantenerla con vida resultaba caro. Aquellos órganos artificiales demandaban cada día la inoculación de quince litros de sangre nueva. 365 días x 15 litros sumarían una cantidad que excedía los cinco mil litros. Algunos del equipo médico, entre bromas, llamaban a esa cabeza, el *vampiro*. Pero ni con cinco mil litros de sangre se podría evitar la degeneración de aquellos tejidos vivos. Ni al precio de cinco mil litros de sangre se burlaría a la fosa del sepulcro, cuya boca ya estaba abierta esperando. Los muchos médicos se habían esforzado, pero las fauces hambrientas del sepulcro esperaban ansiosas a su presa. El equipo sanitario compuesto por un centenar de especialistas resultaba una guardia de korps insuficiente para proteger de la muerte. Aquellos órganos se deterioraban, eso no lo podía evitar ni un imperio. Ni con un imperio se podía comprar la supervivencia de los órganos que albergaba aquel cráneo. Afortunadamente, Adriana iba tomando las riendas del Poder. *Es lo bueno que tiene el ocaso paulatino de un emperador, como dijo ella, el relevo se va haciendo poco a poco. Los emperadores al ser proclamados, deberían comprometerse a morir poco a poco.*

Ichabod



Al lado del médico-jefe del Hollbruck Hospital caminaba la secretaria personal de Adriana. El médico caminaba cerca de una pulida baranda de acero desde la que se veían los laboratorios de los ocho pisos inferiores. La secretaria de la nueva cónsul le hablaba mientras atravesaban un par de pasillos tan blancos como la bata del médico. Ambos llegaron a un gran vestíbulo completamente desierto. Sólo una mesa a cada lado de una puerta. Detrás de cada mesa, dos guardias privados de seguridad. Ante la vista del médico-jefe, los guardias abrieron la puerta.

-Aquí están -le dijo el médico.

La secretaria miró los 162 recipientes de cristal alineados en cinco filas. Los recipientes se hallaban colocados sobre ocho mesas alargadas, rodeados de innumerables dispositivos. El vidrio transparente dejaba ver que dentro de cada recipiente se desarrollaba un feto. Aquellos fetos de cuatro meses ignorantes de los destinos que se cernían sobre ellos, proseguían con sus ojos cerrados, su posición encogida, nutridos y mantenidos a temperatura idónea, flotando en aquel templado y calmoso líquido amniótico, desarrollándose como plantas en sus macetas. La secretaria exclamó con una cierta fascinación:

-Así que estos son los Ichabods.

-Sí.

Esos eran los 162 descendientes de Viniciano. El emperador (antes de su atentado) había mandado fecundar con su esperma un óvulo vacío de información genética. Y después lo había hecho clonar hasta 162 veces. Esos descendientes suyos

serían la nueva estirpe que debía gobernar el mundo. Una nueva progenie de gobernantes que convivirían con la Familia Imperial en la cúspide del poder mundial. Que convivirían con ella o la sustituirían si tuviera que darse el caso. Según la mente de Viniciano, el esplendor, la plenitud, de una nueva civilización pronto iba a dar comienzo e iba a ser necesaria una nueva élite para un nuevo orden.

Desafortunadamente para ellos, el emperador había fallecido. Y el informe acerca de la existencia de los Ichabods no había tardado ni dos semanas en aparecer sobre la mesa de la nueva Cónsul Máximo. Ella ya conocía de su existencia, ahora el informe le recordaba el peligro, la amenaza, que constituía la existencia de aquellos descendientes poseedores de unos supuestos derechos jurídicos otorgados por su progenitor en una ley promulgada ex profeso para ellos. Pero ahora las cosas habían cambiado. Cuando esto se supo, la Familia Imperial ni siquiera se sintió amenazada, simplemente dejó bien claro que no iban a compartir el Poder con nadie de fuera de la misma familia y que cuanto antes se buscara solución para ese centenar y medio de... *anomalías*, mejor para todos.

-¿Qué culpa tienen ellos del pecado de su padre?

La pregunta que había formulado el médico era una pregunta fría. Aquel hombre no sentía ningún tipo de sentimiento hacia aquellos cuerpos vivos dentro de los recipientes. Aquella pregunta era más bien una curiosidad, una curiosidad por ver qué razón moral podría presentar la secretaria ante la orden que acaba de dar, ante la orden que en breves instantes se estaría ejecutando.

-Bien -respondió la secretaria-, yo no me dedico a valorar la moralidad de las acciones, no es mi campo profesional. Y

usted... ¿se dedica a responder ese tipo de preguntas?

-Mi labor no va más allá de desarrollar estos embriones, y ahora mi labor no va más allá de desconectarlos. Lo que rodea o pueda rodear a estos fetos son cosas que escapan a la incumbencia de este hospital.

Y nada más decir eso se dirigió a un cuadro de controles situado en un extremo de la sala. Allí tecleó una serie de órdenes. En un minuto, los fetos comenzaron a agitarse. Unos pataleaban, otros agitaban sus manitas. Los deditos comenzaban a abrirse y cerrarse de un modo cada vez más agónico. Algunos fetos apoyaron sus diminutas manos y pies sobre el cristal que los contenía, en un inútil intento de salir. Como si fueran polluelos dentro de sus huevos. Pero esos fetos carecían de pico. Tampoco hubieran servido de nada frente a unos cristales de 20mm de grosor. El médico había dado órdenes al sistema central de cortar el suministro de oxígeno. Cada recipiente estaba situado sobre una base conectada a un electrocardiograma. El ritmo cardiaco aparecía como una línea cada vez más zigzagueante, con picos cada vez más acusados. Los más de cien fetos era como si quisieran agarrar algo, otros era como si quisieran ponerse de pie. Poco a poco se fue haciendo la calma. En tres minutos se extinguió el último espasmo silencioso dentro de aquellos recipientes. Ya todas las rayas eran planas.

-Alrededor de estos Ichabods planeaban infinitas cuestiones de Estado – comentó la secretaria-. Estos niños hubieran crecido y hubieran supuesto una ficha más en el complicado ajedrez de las intrigas por el poder. No podía ser. Librando al Imperio de su existencia, libramos de luchas intestinas a una futura generación de ciudadanos de la República Europea.

Ambos salieron de la sala de incubación. Dejando atrás a los dos guardias que hasta ese día se habían relevado ante esa puerta día y noche. El médico y la secretaria abandonaron aquel vestíbulo dejando a los guardias custodiando aquella sala llena de pequeños cadáveres.

-Informaré de inmediato a Adriana de que ya se ha puesto fin al proyecto Ichabod - dijo la secretaria.

De nuevo caminaban al lado de la baranda desde la que se veían muchos laboratorios: batas blancas y verdes, probetas, bandejas con muestras, microscopios de última generación, suelos impolutos. Después de un trecho, la secretaria preguntó al médico:

-Una mera curiosidad, ¿qué harán con los fetos?

-El procedimiento usual.

-¿Que consiste en...?

-El entero contenido de los recipientes, cuerpo y líquido, es depositado en contenedores especiales que son destruidos en el horno donde se quema todo el material biológico de deshecho del hospital.

-De acuerdo. No deje que ningún feto sea conservado.

-Por supuesto.

-Debemos evitar posibles fetichismos con respecto a este proyecto. Toda la información sobre el proyecto Ichabod será, asimismo, borrada de los archivos. No debe quedar constancia de nada de todo esto que hemos dejado puertas atrás.

-Es evidente que es lo más razonable actuar así. No se preocupe, dentro de veinte años el proyecto Ichabod no será más que una leyenda.

-¿Necesita algún tipo de orden firmada por parte de alguna autoridad?

-No, esto no es el Ejército. Esto es una institución privada. Ustedes pagan, nosotros hacemos lo que manda el cliente.

-De todas maneras, cómo van a borrar la parte de los archivos, no quiero que en el futuro algún inspector fiscal o alguien se pregunte qué ha pasado aquí.

-No le entiendo.

-Sí, dentro de dos años puede haber un inspector de la Agencia Tributaria que se pregunte cómo hay una partida de ingresos por un servicio que aparece en blanco en sus archivos. Sí, será mejor que les demos un *número de orden*. Si alguien investiga en el futuro, bastará que conste que esa parte del archivo se borró por una orden del Ministerio del Interior. Les daremos una referencia que podrá ser avalada por el Ministerio, porque constará en nuestros archivos. A su vez, el archivo ministerial referirá a una orden consular. Será un mero número, no especificará nada.

Ambos siguieron su camino hacia la salida, hacia la rampa donde había aterrizado su vehículo oficial. El médico era hombre de pocas palabras, correcto pero serio. La secretaria, al poco, preguntó:

-¿Quién se encarga de recoger el contenido de esos recipientes y echarlos en los contenedores?

-Hay un equipo en el hospital dedicado, entre otras cosas, a este tipo de tareas.

-De todas maneras, que les acompañen un par de guardias. Que no permitan que se haga ninguna foto. Que nada tangible se salve de la incineración.

-Muy bien.

El búnker



El vicepresidente ejecutivo del Banco Central Europeo entró en la sala. Iba vestido de traje gris, correcto y elegante, como toda su persona. Dentro de la sala, alrededor de una gran mesa de superficie reluciente estaban debatiendo seis técnicos revestidos de batas blancas. Tanto sus camisas como sus pantalones eran del mismo color blanco que la bata. Sobre el pecho de cada uno de los técnicos, colgaba una tarjeta de identificación con su fotografía. Un séptimo asistente iba vestido de traje como el hombre que acababa de entrar, era el Director de la Comisión Nacional de Seguridad de Sistemas Informáticos de Estados Unidos.

Los presentes interrumpieron su deliberación, la técnico-jefe amablemente indicó su sitio al vicepresidente que acababa de entrar. Aquella sala tenía un aspecto híbrido entre sala de consejo de dirección y una especie de puesto de mando, pues estaba situada en el centro de varias salas, visibles éstas a través de sus paredes acristaladas.

Desde aquella sala acristalada y más elevada que las circundantes se veía el trabajo de los otros equipos de técnicos informáticos que trabajaban alrededor de grandes mesas cubiertas de pantallas, de ordenadores, de papeles y de archivos informáticos. La sala central con su elevado techo, sus paredes de cristal ahumado y sus escalones descendiendo a las salas contiguas tenía una apariencia bastante soberbia, ofrecía el aspecto de ser la sala de los jefes, el lugar de deliberación de los jefes de los jefes.

-Buenos días a todos -saludó el recién llegado-, bien, ya estoy aquí. Así que ahora

explíqueme la razón por la que he tenido que venir de Noruega y anular toda mi agenda.

La jefe de los técnicos echó una mirada a todos sus colegas. Una gran incomodidad se palpaba en el ambiente.

-Ha... acontecido... una irrupción en el YZM-300 -al comunicar aquello titubeó aquella mujer, a la que conocía bien el recién llegado y que siempre le había parecido de hierro-. Lo que quiero decir -prosiguió- es que alguien ha entrado en el Búnker.

El vicepresidente del Banco Central Europeo cerró los ojos haciendo acopio de paciencia. Helmut Schenger lo sabía todo sobre macroeconomía, inflación, intereses y mercados bursátiles, pero acerca de los mecanismos informáticos, acerca de los instrumentos de programación de los que se servía su entidad bancaria no sabía gran cosa. Ésa era labor de los técnicos. Durante estos años había oído vagamente referirse al *Búnker*, pero eran conversaciones de técnicos. En cualquier caso, de lo que no tenía duda era de que aquella reunión significaba que había sucedido algo muy grave, debía ser algo muy grave para que le hubieran hecho suspender sus citas de ese día en Noruega.

Ni siquiera le habían podido decir el motivo por teléfono. *El asunto es tan grave, Helmut, que no podemos correr el menor riesgo de que esta conversación pueda ser escuchada por alguien.* ¿Qué es lo que realmente había sucedido para que aquellos hombres de la bata le hicieran atravesar toda Europa para tener esa reunión. Y ahora esa técnico le hablaba de no sé qué irrupción en el YZM-300. Helmut con gesto agrio dijo:

-Doctora Di Lasso, no soy ingeniero informático, así que explíquemelo todo con sencillez. Sacrifique precisión en aras de la sencillez. Se lo ruego.

-Muy bien, de acuerdo. Lo haré. Voy a explicarle el asunto de un modo cristalino.

-Se lo agradezco.

-Mire, en todo el mundo se realizan cada segundo varios millones de transferencias bancarias. Exactamente 1701 millones de transferencias. Por segundo. Cada persona se identifica en la ventanilla del banco o del cajero con su tarjeta de identificación. A su vez cada entidad bancaria se identifica ante otros bancos internacionales con un sistema especial llamado SCIAB, Sistema Central Internacional de Autenticación Bancaria. Ese sistema es el que certifica que, por ejemplo, cuando el Banco de Perú afirma haber enviado un billón de dólares a la EWRRH Corporation, lo ha enviado. Un billón de dólares o cien billones al final son sólo unos cuantos dígitos en una cuenta. Esa cantidad de dinero, al fin y al cabo, consiste únicamente en unos cuantos números asignados por el ordenador a una cuenta. Nadie entrega a nadie sacos llenos de oro, todo en definitiva son dígitos. Unos cuantos dígitos que pueden suponer centenares de billones de euros.

El sistema funciona bien mientras no haya mala fe entre las entidades emisoras y receptoras de esas billonarias cantidades. ¿Qué sucede si un banco central de un país afirma que ha hecho una transferencia de cuatro billones de euros y, en realidad, no lo ha hecho? ¿O qué sucede si otro banco central ha recibido esa suma y después insiste en afirmar hasta el final que no ha recibido nada? El camino del dinero se puede rastrear, pero si es la misma entidad bancaria la que cambia todos documentos donde ese rastro podría seguirse, entonces no hay nada que hacer.

Dicho de otro modo. Si un particular trata de falsificar algo, no lo va a conseguir. Pero si es el mismo banco de una nación el que decide negar que ha recibido un dinero, o

afirmar que lo ha enviado (cuando en realidad no lo ha hecho), entonces la cosa sí que se complica.

Así fue como, para más seguridad en el procedimiento de transferencias, se creó el Sistema Central de Autenticación. Las grandes operaciones bancarias, las que suponen más de diez millones de dólares, pasan a través de ese Sistema, y el Sistema da fe de que ésa o cualquier transacción se ha llevado a cabo, digan lo que digan las entidades implicadas. Como bien puede suponer la protección que rodea al sistema informático del Centro de Autenticación es impresionante. Sin duda alguna no hay sistema más protegido que ése. Ésta es la razón por la que lo llamamos entre nosotros *el Búnker*. Aunque el búnker no es un lugar de hormigón, sino un sistema informático. Pues bien... alguien ha entrado en el búnker.

-Vamos a ver, vamos a ver, ¿me dice que alguien no autorizado ha penetrado en el sistema que, según me dijo hace un mes, autentifica el traspaso de veinte mil billones de euros por día?

-Sí, eso es.

El vicepresidente se llevó la mano a la cara. Con razón que aquella noticia no se la hubieran querido decir por teléfono. Si alguien hubiera intervenido aquella llamada y la cosa hubiera trascendido, se hubiera provocado un pánico bursátil en todas las plazas.

-¿Y qué es lo que ha hecho ese intruso?

-El intruso penetró hace cinco días y autorizó una transferencia desde el Banco Ion-shing, radicado en China Oriental, de un valor de diez millones de euros. Prácticamente el mínimo que el sistema permite extraer.

-Bien, menos mal que no hizo un gran estrago. ¿Hacia dónde se dirigió esa cantidad de dinero?

-Esos diez millones fueron pasando de transferencia en transferencia a través de treintatantas cuentas. Su rastro se pierde en una cuenta fantasma radicada en un banco de un paraíso fiscal de Indonesia.

-Menos mal que el asunto no ha sido grave -el banquero se sentía aliviado-. Ha sido una cantidad sin importancia.

-Ya, pero el problema es que el sistema ha sido violado -intervino contundentemente el Director de la Comisión de Seguridad de Sistemas Informáticos dirigiéndose hacia el banquero-. Si el sistema ha sido violado una vez, quién nos asegura que no habrá una segunda. Además, una vez que el intruso entra en el búnker, lo mismo puede hacer una pequeña transferencia que una colosal.

-Y eso si no le da por modificar la misma programación del Sistema de Autenticación o cambiar los listados de códigos de identidad... -añadió otro técnico de rasgos orientales. Aquella ingeniero representaba en esa reunión al Banco de Japón.

-Bien, estamos aquí reunidos alrededor de esta mesa para tomar una resolución - concluyó Helmut tratando de mantener la calma.

La gran mesa cuadrada alrededor de la que estaban sentados, estaba cubierta en buena parte de grandes papeles que parecían planos. Aquellos pliegos cuidadosamente doblados eran, en realidad, los planos del sistema informático del búnker. La jefe se inclinó hacia los planos para señalar algo, pero antes de empezar decidió recordar una cosa a los presentes:

-No debería tener que decirlo, pero quiero que tengan presente que forman parte de la Comisión Supervisora. Por lo tanto, según los Estatutos que rigen esta comisión y

los convenios firmados en Helsinki en 1980, cualquier revelación no autorizada de lo deliberado aquí supone la comisión de un delito penado por las leyes internacionales. Los mismos Estatutos nos ordenan que ninguno de nosotros informemos a los países a los que representamos hasta que esta violación se haya solventado. La comisión sólo informa a posteriori. El acuerdo internacional que rige esta comisión es claro. Lo que menos necesitamos ahora sería un pánico bursátil.

Los presentes callaron. Y aunque ninguno manifestó gesto alguno de asentimiento, todos se hicieron conscientes de la tremenda responsabilidad que pendía sobre ellos. Cuando los países crearon el Sistema Central de Autenticación dejaron el control del Sistema a los técnicos. Si bien cada uno de los tres países firmantes tenía un representante en la Comisión de Supervisión. Ésta era la primera vez que se convocaba esa comisión desde hacía diez años. El Sistema Central de Autenticación, así como la Comisión de Supervisión, era supranacional. No estaba sometida a ningún país en concreto y los miembros no debían informar a sus naciones respectivas de nada de lo que se deliberase.

Cada país decidía quién era el que les representaba. Estados Unidos había decidido que sería siempre el Director de la Comisión de Seguridad de Sistemas Informáticos de Estados Unidos. Japón enviaba siempre a un ingeniero del más alto nivel. Europa decidió que sería el vicepresidente ejecutivo del Banco Europeo. Esa era la razón por la que Helmut estaba completamente pez acerca de los detalles del búnker, él no era una persona especializada en ese campo. Junto a los miembros designados de la comisión estaban los miembros natos, los cinco técnicos subdirectores del complejo donde estaba

situado el búnker, además de la directora misma, la doctora Di Lasso.

Durante un rato se discutieron posibles estrategias a seguir. El lugar donde tenía lugar la reunión era sumamente tecno. Todo eran superficies lisas, no había ninguna planta, ningún cuadro o adorno. Las paredes acristaladas no se prestaban a ninguna otra decoración que la ausencia de decoración. La sala era amplia, enmoquetada. Desde ella, situada en el centro del complejo, se tenía la impresión de estar en una colmena, de estar en una gran celda céntrica hexagonal rodeada de círculos concéntricos de celdas hexagonales.

-Siempre he oído hablar del Sistema de Autenticación -dijo el vicepresidente del Banco Europeo-, pero dónde está. Me refiero a dónde está situado en el mapamundi.

-Sí -respondió uno de los técnicos-, el búnker, es decir, el soporte, el conjunto de ordenadores, están aquí -y señaló con su bolígrafo un lugar de un mapa-. En Boiania, en la meseta brasileña. No es un complejo excesivamente grande, más o menos como éste.

-Está situado bajo tierra -añadió otro técnico.

-Como ve, dado que son unas instalaciones de tanta importancia, no se quiso situar ni en suelo europeo, ni japonés, ni estadounidense. Aunque todos los datos que contiene el búnker, tanto los listados, como la programación de funcionamiento, están duplicados en varios complejos gemelos. Hay uno en Arkansas, otro en Albania y un tercero en Kioto. Si una bomba cayera sobre el complejo de Boiania, cualquiera de los otros podría asumir sus funciones en seis horas. La transmisión de datos para su duplicación a los otros centros, es constante. La destrucción del complejo de Boiania sólo supondría la

suspensión del sistema durante unas horas, pero no se perdería nada de la información.

-¿En qué consiste el búnker? ¿Tiene partes?

-Sí, no son partes físicas. Pero tampoco forma una unidad indivisa. El programa que constituye el búnker tiene tres partes. La primera es la Puerta. La Puerta es el programa en el que se introduce el código de entrada. El código es una contraseña de novecientosmil millones de cifras. No sólo hay cifras y letras, también hay dentro del código palabras que conforman un programa menor. Ese programa pone en marcha un subprograma de la Puerta. De manera que es como si la contraseña tuviera dentro de sí otra contraseña que emite la información en la décima exacta de segundo en que debe hacerse. De hecho, la contraseña es como si contuviera dentro uno, dos o tres programas que son como contraseñas internas para continuar la emisión de la secuencia de la contraseña en la décima de segundo preciso. Por eso intentar entrar sin conocer el código exacto es imposible. No hay manera de tantear posibilidades. El código o se conoce o no se conoce. Pero en sí es inquebrantable.

Una vez dentro, según haya sido el código, uno tiene acceso a alguno de los diferentes niveles. Un nivel es lo que llamamos la Cripta. La Cripta contiene todos los programas necesarios para la gestión de la Puerta y el resto del Bunker. Dentro del Bunker, además de la Cripta, están las cámaras. Hay cuatro cámaras. La Cámara 1 es la que contiene todos los sistemas internacionales de autenticación bancaria de bancos centrales. La cámara 2 está reservada para las transferencias de esos mismos bancos centrales. La cámara 3 y la 4 contienen los listados oficiales de las transferencias de las grandes corporaciones financieras, reservas

supranacionales de moneda y otro tipo de movimientos de gran volumen de divisas.

-¿Puede uno acceder al Bunker desde cualquier ordenador del mundo? -preguntó Helmut.

-No, sólo hay doscientos puntos autorizados en los cinco continentes. Doscientos puntos cuya localización y recorrido telefónico hasta la Puerta están perfectamente identificados.

-¿Pero podría falsificarse la identificación de un punto desde una terminal manipulada?

-Sí, pero mientras dura la conexión, la Puerta va comprobando uno a uno todos los niveles de seguridad. Primero, el código de identificación del punto de partida. Después, el tiempo que tarda en llegar la señal. Si el terminal manipulado dice que está emitiendo en la sucursal del Banco de Zaire, pero observamos que la señal tarda un poco más o un poco menos, es que está emitiendo desde una distancia que no es la que tenemos en nuestros archivos. No le voy a aburrir con detalles, pero la Puerta sigue analizando una decena de factores más. Si un sólo factor no coincide, se interrumpe la comunicación automáticamente y se da notificación al banco de ese país, para que sepa que ha habido un intento de falsificación en un código de identificación de esa entidad emisora.

-¿Y hay mucha gente que intenta entrar sin autorización?

-Cada día el Sistema de Autenticación sufre unos treinta mil ataques...

-¡Treinta mil! -exclamó Helmut-. ¡¿Treinta mil cada día?!

-Treinta mil... por hora. Por todo el mundo hay repartidos hackers haciendo intentos desde terminales no autorizados. El búnker es como el Everest, el más alto reto posible. Pero no sólo es el reto. El premio si

alguien viola el sistema es poderse recompensar con una transferencia bancaria con los dígitos que uno desee a cualquier banco de su elección. Como ve es como la realización de un sueño. Es como si uno desde su casa pudiera decidir con cuantos millones quiere pasar el resto de su vida.

-En cierto modo, es siempre el mito de un irruptor en busca de las manzanas de oro custodiadas por un dragón –dijo otro de los sentados a la mesa.

A todos les hizo gracia la comparación. Había tanta tensión en el ambiente, que durante un par de minutos divagaron con el tema de las manzanas. Estuvieron divagando acerca de cuántas manzanas de oro se podrían comprar con los millones que habían sido sustraídos. La diestra del norteamericano de la Comisión Nacional de Seguridad de Sistemas Informáticos, pronta a hacer cuentas, garabateó unas operaciones sobre la esquina de su folio. Tanto peso por manzana, a tanto se cotiza el oro, tanto capital. Con su voz poderosa, grave y segura dijo: tantas manzanas.

Otra técnico dijo que, entonces, ellos, los presentes alrededor de esa mesa, eran el dragón. El mito de una cueva llena de riquezas, de un cofre repleto de tesoros, que se abría al decir una palabra mágica, era cierto. Esa fortuna incalculable existía en las bodegas de muchos bancos y la puerta hacia esas bodegas consistía en una clave, en un código. Con sólo conocer esa clave, como por ensalmo, los tesoros se trasladarían al lugar que el conocedor de la clave deseara. Era, por tanto, un reto casi mágico, épico. Ellos, el dragón, no estaban dispuestos a ponérselo fácil a ese Alibabá del siglo XXII. Ese Olimpo monetario seguía estando demasiado alto para que ningún hacker mortal pudiera poner sus manos en él. En el Olimpo

monetario, en realidad, no moraban dioses personales, si no impersonales riquezas idolatradas. Pero si no lo habitaban dioses, sí que estaba custodiado por Titanes. Curiosamente, ese Olimpo no estaba en lo alto de un monte, sino bajo tierra. Tradicionalmente, bajo tierra había reposado siempre el oro y la plata en las reservas, y bajo tierra se hallaba ahora el búnker de autenticación.

Después de que los componentes de la comisión divagaran entre francachelas y sonrisas, el tema se recondujo y el vicepresidente del Banco Central Europeo, más distendido, preguntó:

-¿Pero si entran en el búnker, así de fácil sería robar los millones?

-En realidad no. Aunque uno entrara en el sistema, necesitará no menos de una hora o dos para conocer los programas de listados de entidades bancarias. El sistema es un bosque de números, precisaría ese tiempo para orientarse. Y eso si no se hace un lío fenomenal y no llega a ningún lado. Además, si logra hacer la transferencia, tendrá que sacar el dinero lo antes posible. Ya que en cuanto aquí se detectara la transferencia no autorizada, la policía iría en búsqueda y captura del titular de la cuenta.

-¿Esté donde esté la sucursal?

-Esté donde esté. Aunque sea en la última isla del Pacífico. Si un país no aceptara la intervención de nuestra RWH, nuestra fuerza policial, quedaría fuera de todo el sistema financiero. Nadie podría comerciar ni con sus bancos, ni con sus empresas. El embargo sería total.

-Normalmente –intervino otra técnico-, las órdenes de captura se llevan a cabo a través de la policía del país. Pero si no nos fiamos, si la corrupción en ese país es grande, según los acuerdos internacionales la RWH

tiene jurisdicción para detener en otros países. Pueden portar armas y realizar detenciones. En menos de cinco horas, podemos poner treinta agentes de la RWH en la última isla del mapa del mundo.

-¿Y cuánto se tarda en detectar una transferencia ilegal?

-Cuanto mayor sea la cantidad, más rápidamente. Cuanto menor, más tiempo puede pasar. La cosa puede variar de un cuarto de hora a unas horas.

-Ustedes dicen que es imposible entrar sin la contraseña. Pero, vamos a ver, si tanta gente lo intenta desde tantos lugares, alguno puede tener éxito. No se puede ganar siempre. Basta que perdamos una sola vez para que lo perdamos todo.

-No es tan sencillo. Es cierto que son miles de flechas lanzadas hacia la diana. Pero la diana está lejos, alta y tiene delante de sí barreras. El número de intentos no importa, lo que importa es la calidad. No tienen ni media posibilidad. Ni una entre un trillón de trillones.

-Ya, pero si se equivoca usted y algún descerebrado entra en el bunker y allí hace una escabechina de números, todo el sistema financiero se podría ir al traste.

En la mesa todos se dirigieron miradas entre sí. Todos sentían un mayor o menor grado de indignación contra el vicepresidente al que se le había explicado el funcionamiento concreto del búnker. Un hombre de finanzas pero que no tenía ni idea de informática.

-Perdone -intervino la delegada técnica japonesa-, pero no se puede imaginar hasta qué punto llega el conocimiento de nuestra profesión.

-No lo dudo. ¿Pero no se dan cuenta de que no se puede ganar siempre? En este juego no vale con ganar cien mil veces la partida. Basta perder una sola vez, para perder todo.

-¿Quiere que volvamos a la época del Banco Inglaterra en el siglo XIX en que un señor con lentes y salvamangas firmaba un pagaré en una mesilla? ¿Le parece más segura una filigrana, una rúbrica, en el impreso de ese pagaré para evitar falsificaciones? ¿O que inspeccionemos en el talón la casilla de la cantidad para ver si hay raspaduras? -el hombre afroamericano, delgado y pálido, que había hablado se echó hacia atrás en su silla. Después preguntó tranquilamente a la doctora Muguruza-: ¿cuántas operaciones realiza el sistema bancario cada segundo?

-Concretamente, hablando de traspasos monetarios de más de 800 millones de euros, son 1.700 millones de transferencias al día como media. Y es el escalón menor de mi departamento. Si vamos a transferencias menores, la cifra es astronómica.

-Mientras no quiera que volvamos al papel -concluyó el técnico de color-, tendremos que fiarnos de los sistemas de autenticación. De todas maneras, el papel es infinitamente menos fiable que nuestro sistema.

-No ha sido mi intención poner en duda su trabajo, pero ustedes han fallado y a los hechos me remito -Helmut no daba su brazo a torcer-. De acuerdo que yo me dedico a la macroeconomía, de acuerdo que los que como yo se dedican al mundo de las negociaciones no nos paramos a pensar en cómo se realiza concretamente la... fontanería de esas transferencias. Pero el hecho es que ustedes me han explicado con detalle por qué el sistema es invulnerable. No obstante, ha sido vulnerado. Alguien ha hollado esos listados. ¡Alguien ha entrado en nuestro Sancta Sanctorum! Así que ya me dirán.

-Mire, echándonos las culpas no vamos a arreglar nada.

La técnico jefe miró su reloj de pulsera de platino. La aguja roja tocaba el III de la

esfera de nácar negro. La jefe de la comisión pulsó un botón y ordenó que trajeran unos cafés, había que descargar la tensión reinante alrededor de aquella mesa. En la sala ninguna ventana daba al exterior, bajo aquellos tenues y agradables focos de luz empotrados en el techo blanco, todas las paredes acristaladas daban a otras salas. El tono mate de los cristales y el color blanquecino en tonos hueso daban una impresión visual muy agradable y relajante. En dos minutos, dos camareros jóvenes, eficientes, callados y vestidos de marrón claro, trajeron bandejas de cafés. Tal como era la norma de la casa, ninguna pasta, ningún fruto seco, nada que añadiera más calorías. Si alguien quería un té o un zumo, sí. Pero allí nunca se comía nada entre horas.

-Vamos a ver, doctora di Lasso - preguntó Helmut con una taza humeante en la mano-, quizá el sistema es inexpugnable, quizá lo que ha sucedido es que alguien de dentro nos ha traicionado.

Todos se miraron con una mirada de incredulidad. La opinión que todos tenían de Helmut todavía cayó más bajo todavía. La doctora intervino implacable tras un silencio desagradable por parte de los presentes:

-Imposible. Nosotros tenemos acceso al programa general del búnker, pero sólo al programa general, y desde luego no a la parte del programa que nos autorizaría entrar en los listados.

-Dicho de otro modo -intervino otro técnico-, podemos entrar y cambiar la programación de la cripta. Pero hay una parte de la programación de la cripta en la que no podemos entrar. Esa parte no nos permite acceder a esos listados ni a sus contraseñas respectivas.

-¿Ustedes son los informáticos y no pueden entrar en una parte del programa?

-Exacto.

-Le voy a explicar algo -intervino otro técnico-. Nosotros gestionamos el programa, le hacemos añadiduras, lo optimizamos, pero las bases fundacionales del programa de la cripta fueron creadas por otro equipo. Un equipo de ocho personas. Una vez que acabaron su trabajo abandonaron su trabajo en el Sistema de Autenticación.

-Los que crearon este sistema central - dijo otro- no querían que un mismo grupo de personas tuviera todas las claves de acceso a todos los niveles del programa de la cripta.

-Entiendo -dijo Helmut-. ¿Y no ha podido ser uno de los pertenecientes a ese grupo primero el que haya sido infiel?

-Esas ocho personas fueron jubiladas nada más acabar el núcleo central del sistema de autenticación de contraseñas de la cripta. Cada uno fue trasladado a un lugar diferente y distante de los otros miembros del equipo. Cada uno vive en una buena casa en medio de tierras de su propiedad y con un buen sueldo de por vida.

-¿Un buen sueldo para qué?

-Para que dejaran de trabajar y aceptaran un retiro.

-¿Y cómo están seguros de que no están ahora trabajando para una empresa privada o para algún grupo terrorista que quiere desestabilizar la economía mundial?

-Cada uno de ellos tiene un grupo de escoltas alrededor de su casa. Los escoltas nos informan de adónde van, quién entra en la casa, de todo. Incluso las llamadas están intervenidas. Siempre están localizados las veinticuatro horas del día. El equipo que aceptó el diseño del programa que gestiona esas claves sabe que durante toda su vida tendrán que notificar de antemano sus desplazamientos. Lo aceptaron por escrito antes de tomar sobre sí el proyecto.

-¿De verdad que ellos aceptaron una jubilación anticipada bajo esas condiciones?

-Así es. En el mismo contrato que firmaron, aceptaron estas draconianas condiciones. Ellos eran perfectamente conscientes de que sabiendo las contraseñas de acceso al mismo núcleo del programa de la cripta se podía entrar en cualquier parte del búnker. Y que eso significaba que podrían disponer de cantidad ilimitada de dinero.

-Lo que me parece increíble es que aceptaran esas condiciones en el contrato. ¿No es inconstitucional eso?

-Bueno, en Japón, China, Estados Unidos y Europa se aprobó una ley especial para este tipo de casos, una ley común. Una ley para la protección y custodia de personas poseedoras de información estratégica. Fue una ley redactada a medida de este caso. Ellos, esos ocho técnicos, aceptaron porque eran los mejores en su ramo, este proyecto era el proyecto de su vida, el mayor honor que se les podía hacer, el mayor Nobel que podían recibir era ser los elegidos para llevar a cabo este encargo. Además, ellos mismos eran conscientes de poseer... ¿cómo lo diría yo?, la palabra mágica que les permitía entrar en una cueva de tesoros inagotables. Ellos mismos eran los creadores de la invulnerabilidad, y por tanto no quisieron poner en peligro su propia obra. Además, teniendo el conocimiento del programa interno sabían que podían ser raptados, torturados, que se les podía infligir cualquier daño con tal de obtener de ellos la información.

-Las medidas son draconianas – intervino otro de los presentes-, pero desde el momento en que ellos crearon el sistema central de autenticación, sabían que necesitarían de protección. Aceptar el proyecto, suponía aceptar que sus vidas cambiaban para siempre.

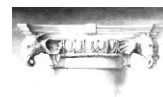
-¿Y si el programa central de la cripta algún día comienza a dar errores o no funciona y sus programadores han muerto?

-Cinco discos custodiados en una cámara acorazada subterránea de Canadá guardan una copia de la mitad del programa y las explicaciones de funcionamiento. En otra cámara de este organismo, se guardan los otros cinco discos con la otra mitad del programa y el resto de explicaciones.

-Bien, compruebo que han tenido en cuenta todas las posibilidades.

-De todas maneras, los años han pasado y ahora mismo ni siquiera los mismos creadores del núcleo del programa de contraseñas de la cripta, podrían sacar dinero del búnker. Porque el programa ha ido creciendo, desarrollándose. De manera que incluso ellos sólo tienen conocimiento de una parte de los sistemas de seguridad. La información premeditadamente se ha fragmentado, y nadie tiene todas las piezas del puzzle. Aquí ningún carcelero tiene en su cintura todas las llaves.

-Bien, señores, ¿qué hacemos?



Un mes después

Nueva reunión de la cúpula del Sistema Central Internacional de Autenticación Bancaria. Las mismas ocho personas alrededor de la misma mesa y otra entrada no autorizada en el búnker. Reinaba un clima de denso pesimismo.

La segunda vez, el hacker se había transferido 502 millones de dólares. Nada de todo esto había trascendido a la prensa. Fuera de los presentes, nadie sabía nada. ¿Qué podían hacer? El delito se podía cometer en cualquier rincón del mundo, en cualquier

momento. El ladrón no dejaba huellas dactilares, no tenía que desplazarse a ningún sitio. No se podía colocar un policía al lado de cada ordenador del mundo. Las masas monetarias de los bancos podían estar a buen recaudo en salas blindadas, pero bastaba cambiar unos cuantos dígitos para que ese dinero pasara de unas manos a otras. Lo malo de aquel caso es que no había ningún sospechoso, ninguna pista, ningún camino por el que empezar a andar. Nuevamente el rastro del dinero se había perdido tras una sucesión de transferencias hasta llegar a un punto donde todo se difuminaba. Las caras largas de los presentes lo decían todo, aun antes de comenzar la reunión.

-Bueno, tampoco nos pongamos tan pesimistas. Vamos a ver, ¿se puede ocultar este desfaldo? -dijo el vicepresidente del Banco Central Europeo.

-Yo lo podría pedir a la Reserva Federal -dijo el Director de la Comisión Nacional de Seguridad de Sistemas Informáticos de Estados Unidos-. Es una cantidad nimia, poco más de quinientos millones en total. La cantidad no es el problema. El problema es que me van a preguntar cuál es la razón de esta petición. Y una vez que salga de esta sala el conocimiento de lo que está sucediendo será una noticia que ya no habrá manera de pararla.

-Está claro.

-A mí me sucede lo mismo -dijo el vicepresidente del Banco Europeo-. No se pueden sacar quinientos millones y decir: bueno, me los llevo. Hay que dar razones. Y ésta es la típica razón que al mismo tiempo será una noticia incontenible.

-Se me ocurre una posible manera de tapar este agujero. Extraigamos un 0'00000000001% de todas las operaciones que se realicen en un minuto determinado y llenemos con ello el hueco que se ha creado.

Todos se miraron entre sí. No era mala idea. Era preferible eso, pues si la noticia de la violación del sistema trascendía, las pérdidas bursátiles y por tanto de la banca serían muchísimo mayores. Todos estuvieron de acuerdo.

-¿Qué concepto deberemos poner para realizar esa sustracción?

-No sé. Tasa de realojo de intereses devengados, quizá.

-Nosotros somos informáticos. Señor Helmut, usted es el experto en finanzas, ¿cuánto tardarán en darse cuenta de que se les ha sustraído una tasa del 0'0000000001%?

-En menos de una hora se darán cuenta.

-¿En tan poco?

-Sí. Daos cuenta de que la contabilidad se lleva al céntimo.

-Entonces ¿es factible o no sustraer esa millonésima de céntimo a todas las operaciones? Únicamente sería durante un minuto.

El vicepresidente del Banco Europeo pensaba.

-Sí, es posible. Cuando se den cuenta de la sustracción, diremos que no ha sido un error, sino una decisión de esta comisión. Ellos pedirán a sus abogados que redacten un informe. Esos informes tardarán un par de semanas en ser estudiados por sus respectivos Consejos de Administración. Después, disponemos todavía de un par de semanas más para enmascarar esa tasa con buenas razones. Si buscamos una buena coartada para una tasa tan pequeña, el asunto no pasará de una protesta formal por un nuevo gasto.

-Lamento contradecirle, señor - intervino un miembro de la Comisión-. De aquí no se puede sustraer ni ese 0'0000000001% sin que se pregunten qué está pasando. Lo primero que van a preguntar sus abogados, los de ellos, es ¿por qué a

nosotros sí, y a los otros no? Le aseguro que tendremos que devolver el dinero más la tasa de interés medio.

-Se me ocurre otra idea –dijo otro miembro de la Comisión-. Podríamos cobrar esa tasa del 0'0000000001% durante un minuto. Un mes después decir que ha sido un error y que se les devuelve. Pero cobrarla de nuevo en otro minuto y devolverla al mes siguiente. Serían 500 millones de euros que devolveríamos mes tras mes, pero que recobraríamos mes tras mes.

-No me parece una buena solución, pero creo que es la única –dijo la doctora Di Lasso. El agujero quedaría relleno. Cualquier solución es buena para evitar el pánico financiero que se desataría si no.

Los miembros de la Comisión salieron a la calle seis horas después de comenzada la reunión, una tarde lluviosa, con el convencimiento de que estaban posponiendo una pesadilla. En medio de aquella tarde fría, las torres de los rascacielos, negras y silenciosas parecían más amenazadoras que nunca. Semejaban torres que pudieran desplomarse bajo el impacto del gran secreto que aquellos ocho hombres guardaban. Saliendo de la sede situada en pleno centro financiero de Shanghai, las arquitectónicas alturas de águilas parecían desmoronarse entre los dedos impotentes de los integrantes de la comisión. Cada una de las lucecitas de las miles de ventanas que se veían en el sector de finanzas, cada una de las personas que trabajaban a esas horas, tranquilos y confiados, podían sufrir en cualquier momento los efectos del seísmo que se estaba gestando en las entrañas del Sistema Central de Autenticación Bancaria. Los efectos de ese seísmo incubado en las profundidades del sistema provocarían quiebras, suicidios, paro. En países lejanos, incluso hambre. En alguna

nación, hasta alguna revolución. La pobreza llegaba a tal extremo, sí, algún pequeño país caería en la anarquía y la revolución. La revolución conllevaría represión y ejecuciones. Los miembros de la Comisión se alejaron de la sede con el secreto bien guardado en sus corazones y con el deseo de hacer lo posible para evitar ese terremoto bancario. Pero, de momento, todo eran paños calientes, el seísmo se seguía incubando.

Dos semanas después

Nueva reunión. Otra entrada no autorizada. 1.108 millones de euros sustraídos. ¿Hasta dónde se podría continuar con el sistema ideado para ocultar las transferencias no autorizadas? El sistema ideado por la comisión para poner un remiendo sobre esos huecos, había dado un resultado perfecto. En cierto modo, la excusa de las tasas ideada para ocultarlo todo rondaba la perfección, pero el sistema no se podía usar *ad infinitum*. El pesimismo era grande, pero lo que nadie llegó a plantear sobre la mesa era la posibilidad de una suspensión del Sistema Central de Autenticación Bancaria. El sistema podría seguir indefinidamente si las fugas se mantenían dentro de unos límites razonables.

-Pensemos de un modo razonable –dijo uno de los miembros de la Comisión, el representante de China-. Si alguien ha logrado quebrantar todos los filtros, habrá sido porque es inteligente. No ha entrado por casualidad, sino por inteligencia. Si es inteligente, sabrá que puede seguir haciéndolo mientras sus acciones se mantengan dentro de los límites de lo razonable. El día que vaya más allá de esos límites, nosotros no podremos seguir con el sistema y él habrá matado a su gallina de los huevos de oro.

-Sí, estoy de acuerdo. Quizá debemos replantearnos la situación y simplemente aceptar que existe un cierto nivel de fuga en el sistema –le apoyó el representante de Japón.

-El problema es si un buen día le da por hacer un verdadero destrozo –intervino el representante de Estados Unidos.

-Sí, yo estoy de acuerdo con William –dijo la doctora Di Lasso-. El problema no es el agujero económico, perfectamente soportable, el problema es la incertidumbre que provoca el que alguien no autorizado pueda penetrar en esos listados. No se puede convivir con la incertidumbre de que alguien en cualquier momento pudiese borrar una cantidad indefinida de información.

-Tranquila, si el hacker fuera un terrorista ya hubiera hecho una verdadera escabechina. El que haya entrado de vez en cuando y se nos lleve algo de dinero, demuestra que estamos ante un adversario razonable, no ante un terrorista.

-¿Pero y si provoca un error en el sistema por puro desconocimiento de los protocolos o porque esté actuando sobre código base?

-Peor sería que estuviese accediendo desde el programa raíz –dijo un técnico apoyando su cabeza cansada en las manos y los codos sobre la mesa.

-Mirad, aquí podemos discutir lo que queramos -dijo el representante de Australia-, pero os quiero recordar a todos que ni vuestros cónyuges deben escuchar el más mínimo comentario de que las cosas se pueden poner feas en el futuro.

-No, no, claro –asintieron todos.

-La más ligera filtración provocaría una reacción imposible de detener. No estamos hablando de que se provocaría una recesión de un punto o dos el próximo año. Estamos hablando del pánico que provocaría

saber que ninguna de las transacciones mundiales será ya segura.

-Ni siquiera serían seguras las cantidades ingresadas en las reservas supranacionales.

-No quiero ni pensar qué significaría eso.

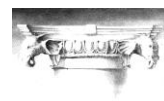
-Bien, pero también es cierto que os estáis poniendo en la peor de las situaciones. De momento es sólo una pequeña fuga incontrolada. Mínima.

-Pero incontrolada.

-De momento lo más importante no es controlar la fuga, sino el dato de que existe una intromisión no autorizada. ¿Estamos de acuerdo en eso todos? ¿No?

En ese punto había un acuerdo general y todos asintieron.

-Sí, el conocimiento de esta situación por parte de los mercados, será más destructivo que la sustracción de esa cantidad ínfima de capital –concluyó el Presidente de la Comisión-. Sigamos manteniendo la situación. Si las cosas se ponen feas, suspenderemos las operaciones del sistema, bajo el pretexto de la necesidad de una revisión integral del programa.



Tres semanas después

Nueva reunión. La euforia reinaba, era una reunión para cerrar cabos. El hacker había sido localizado y detenido. Una inteligente vietnamita de cuarenta años, afincada en Singapur, experta informática de una multinacional bancaria. ¿El fallo? ¿Cuál fue su fallo para ser atrapada? No se puede ocultar siempre y en todo momento una fortuna tan impresionante. Antes o después no te aguantas y acabas revelando hasta qué

punto estás putrefacto de dinero. Y antes o después alguien en Hacienda, en la policía o en otro departamento estatal alguien comienza a sospechar. Después es cuestión de tirar del hilo.

La técnico-jefe de la comisión sentada con su pelo corto apoyado en el respaldo, sonriente, puso palabras al sentimiento que todos experimentaban:

-Señores, hemos pospuesto el apocalipsis.

Departamento D-8



-Sí, el Ministerio de Defensa desde la última legislatura de Fronheim en el 2189 ya estuvo dedicando varias partidas del presupuesto en el desarrollo del proyecto que después ha sido conocido como D-8.

-¿En qué consistía exactamente ese proyecto?

-Era un proyecto para el desarrollo de facultades extrasensoriales.

-¿Puede ser más explícito?

-Algunos altos mandos de la División de Sistemas y Planes consideraron que el desarrollo de facultades mentales parapsicológicas, podía suponer un campo estratégico que, cuando menos, había que investigar. Si esas facultades eran susceptibles de desarrollo, nuestro ejército contaría con una ventaja esencial frente al ataque de un posible enemigo. Es decir, el conocimiento de una determinada clave o del emplazamiento de un silo, o solamente saber en qué dirección iban las investigaciones de una sección de alta tecnología de Japón, eran conocimientos muy pequeños, pero que podían resultar decisivos. Era muy conveniente que el Ministerio de Defensa investigara si se podía obtener algún resultado por ese camino.

-¿En qué materias comenzaron a indagar?

-En todas. Hiperestesia, pneumografía, telekinesia, telepatía, viajes astrales... Si uno solo de estos campos producía resultados, el Ministerio dedicaría los mejores investigadores para su desarrollo. El progreso de estas investigaciones nos llevaría años. Pero si conseguíamos algún resultado, el resto de ejércitos no tendría ni idea de por dónde

venía nuestra ventaja. Y eso significaría que les llevaríamos años de adelanto.

-¿Obtuvieron resultados positivos y científicamente comprobables?

-La respuesta es compleja, no basta decir un sí o un no. Obtuvimos resultados inequívocos de que existían esas capacidades extrasensoriales. En el laboratorio pudimos comprobar que existía la capacidad para transmitir pensamiento, para mover pequeños objetos esféricos y para realizar otro tipo de pequeños fenómenos. El inconveniente era que no parecían capacidades desarrollables. Además, parecían unas habilidades sumamente caprichosas. Las personas que disfrutaban de esos dones podían obtener información acerca de asuntos irrelevantes, pero nada de nada acerca de las cosas que realmente nos interesaban. Los resultados fueron muy desalentadores. Por lo menos ése fue el dictamen que se presentó al Cónsul Máximo por parte del general Von Dinken bajo cuyo mando estaba el director del proyecto D-8.

Después de cuatro años, los sujetos estudiados no habían producido nada que nos sirviera. Pero dado que se había comprobado de forma inequívoca que esas capacidades existían, se decidió continuar investigando en los mismos campos pero a través de nuevas vías. Vías más... extrañas. Fue entonces, bajo el mando del general Schlangerholts, cuando se comenzó a seleccionar a niños desde su nacimiento para prepararlos al desarrollo de esas habilidades supramentales. Los niños vivían en las instalaciones preparadas al efecto.

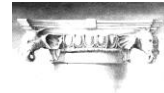


Una habitación de relajantes tonos azulados, muy amplia, enmoquetada, sin ningún tipo de armario, trece niños sentados

formando un círculo, sentados sobre el suelo en posición de loto, el profesor de barba blanca cuidadosamente recortada, sostiene las manos en alto, hacia delante, a la altura del pecho. Todos, niños y maestro, tienen los ojos cerrados, respiran lentamente en tres tiempos. En el centro del círculo que forman los aprendices, una tabla lisa, sobre ella se mueven relucientes bolitas de acero. La mente de cada niño mueve una bola. La trayectoria que cada esfera recorre rodando es circular. Cada una gira en una dirección, unas en círculos más amplios, otras formando círculos más estrechos. Algunas de las bolas daban un choqucito entre ellas y su circularidad se interrumpía durante unos segundos.

En la habitación de al lado, otro círculo de niños sentados sobre la moqueta, otra habitación sin armarios, de paredes desnudas. Los niños que hay dentro son más mayores, cada niño movía dos bolas en el tablero liso colocado en el centro. En aquella planta se hallaban trece salas dedicadas a la telekinesia. Trece salas iguales en las que sólo variaba la edad de los que allí se ejercitaban.

En la planta de abajo, un laboratorio con dos personas sentadas a cuatro metros de distancia una de la otra, con un cristal en medio, ambas transmitiéndose mentalmente cifras y signos esquemáticos. Varios técnicos con bata blanca apuntaban detalladamente errores y aciertos. La misma escena con variaciones se daba en la sala de la derecha y en la de la izquierda. Encima de la planta dedicada a la telekinesia, varias salas destinadas a investigar otros tipos de percepciones. Todo el complejo estaba enmoquetado con el mismo color azulado, las paredes sin ventanas, los técnicos y los aprendices caminaban en silencio por los pasillos, tratando de turbar lo menos posible las operaciones que tuvieran lugar tras la pared de al lado.



-¿Dice, usted, que se confinó a niños en las instalaciones?

-Sí. Indudablemente, era necesario para los experimentos encauzar a aquellas mentes hacia la extrasensorialidad, antes de que entraran en contacto con niños normales. Se utilizó para ello a niños expósitos y a niños fecundados *in vitro*. En cualquier caso, el lugar donde vivían, aunque no excesivamente espacioso, era un lugar ameno y, desde luego, adecuado.

-¿De cuántas personas estamos hablando? ¿Cuántos eran los integrantes del departamento D-8?

-Estamos hablando de novecientas personas. Al principio todo el departamento estaba localizado en una instalación militar en Libia², en la base de Aqar Atabah del Ejército de Tierra. Después, aunque después se abrió otra instalación del D-8 en Hutu-bongoya, Nigeria.

Por alguna razón, los generales no querían tener aquel proyecto sobre suelo europeo. Tantas precauciones que hasta se rumoreaba que bajo las instalaciones de Hutu-bongoya en Libia, en una sala precintada en el centro de la base, había una bomba de hidrógeno dispuesta a estallar en cuanto se diera la orden desde Europa. Se quería, decían, poder poner punto final en cualquier momento a los extraños fenómenos de aquella investigación, si estos se escapaban fuera de las manos.

Con el tiempo se abrieron nuevos departamentos. Se investigó la xenoglosia, la glosolalia y, lo más sorprendente de todo, la levitación. Sólo se logró que seis sujetos pudieran ejecutar este fenómeno. Las

² En el siglo XXIII, Libia, la entonces verde y próspera Libia, era una provincia integrada en la República Europea desde hacía más de treinta años.

grabaciones son sorprendentes. Todo está grabado. Realizamos miles de experimentos. Había allí físicos, médicos, técnicos en todas las ramas. Fuimos metódicos en la consignación de cada prueba y sus resultados. Desafortunadamente, en la legislatura de Hirsén se estuvo a punto de poner punto final todo el proyecto. El cónsul Hirsén detestaba todo aquello, jamás comprendió la futura utilidad de aquella investigación. Al final, el departamento siguió existiendo. Pero no se asignaron más ampliaciones a las partidas presupuestarias para desarrollar los nuevos planes de investigación. Sólo se logró, y con bastante esfuerzo, que se congelaran los números de nuestros presupuestos. En la reacción del Cónsul contra todo aquel proyecto había algo visceral. Incluso estuvo a punto de traspasar el mando sobre el proyecto al Departamento de Investigación de los Servicios Secretos. Se comentaba ya desde hacía tiempo que había una no declarada rivalidad entre los Servicios Secretos y el Ejército por hacerse con la supervisión de aquella sección.

Fue con el advenimiento de Viniciano cuando el D-8 va a alcanzar un crecimiento meteórico. El emperador en persona encargará que se abran todavía más líneas de investigación. Dedicará fabulosas cantidades al departamento. Y lo que jamás nos imaginamos, ordenará que se abra una rama del D-8 en la misma capital de la República.

Pero este personal interés del emperador por nuestro departamento supuso también un cambio drástico en la orientación que hasta entonces había tenido el departamento. Hasta ese momento habíamos sido una rama del Ejército. Se suponía que el resultado de nuestras investigaciones podían resultar estratégicas para el Ministerio de Defensa. Hasta entonces las investigaciones habían tenido un carácter científico, o por lo

menos eso se había pretendido. A partir del año 2209 las cosas cambiarán radicalmente.

El emperador tenía, además de su particular ideología, sus propias y particulares ideas esotéricas. En la mente del Emperador, nuestro departamento debía ser el semillero de una especie de élite espiritual que dirigiera al Partido. Europa debía estar regida en lo material por una eficiente burocracia. Pero las masas debían aceptar la égida, el liderazgo espiritual, de una élite de sacerdotes con poderes, con poderes paranormales me refiero. El sueño que acariciaba el Cónsul Máximo era que esa nueva casta sacerdotal, o al menos algunos miembros de ella, estuviera dotada de los poderes que se desarrollaban en el D-8. No serían muchos los integrantes de esa élite, pero conformarían una especie de SS. Lo que las SS fueron para el III Reich, lo serían aquellos niños y jóvenes para la nueva Europa³.

De ahí, que del carácter, digamos, científico y aséptico que tenía el departamento, se pasó a inculcar a los niños una serie de doctrinas. El departamento fue purgado. Los elementos disidentes fueron trasladados a otros proyectos del Ministerio. Y en la base de Hutu-bongoya desafortunadamente se comenzaron a practicar procedimientos cada vez más... ajenos a cualquier tipo de pretensión científica. Cada vez más, el conocimiento de lo oculto se buscaba a través de los, así llamados, *equipos de concentración de energía mental* que no ocultaban otra cosa más que prácticas espiritistas. Al final, este tipo de prácticas ni se trataron de ocultar bajo ningún ropaje pseudocientífico, el espiritismo se practicaba en todas sus formas posibles. Incluso de forma individual, si bien lo normal era practicarlo en grupo. Llegó a haber varias sesiones de cien, y aun doscientas, personas

³ Apocalipsis 16, 13-14.

simultáneamente invocando esas fuerzas. El departamento a partir de ahí fue cayendo en picado. De tratar de investigar todo aquello del modo más científico posible, habíamos caído en las prácticas esotéricas más detestables y acientíficas. Se llegaron a introducir sistemas de adivinación a través de las entrañas de animales, de la astrología, etc, etc. Aquello no era ni sombra de lo que habíamos comenzado quince años antes.

El D-8 se había transformado en un instrumento al servicio del Poder. Entre nosotros lo llamábamos las SS esotéricas. Cada vez quedábamos menos miembros dentro del departamento que no comulgáramos con las ideas dagonianas del Emperador.

-Háblenos de los incidentes, de los famosos incidentes.

-Comenzaron pocos años antes de la legislatura de Hirsén. Al principio empezamos a observar que el número de suicidios entre nuestros aprendices estaba creciendo. Después, en pocos años, era evidente que el índice de suicidios resultaba alarmante. De *preocupante* había pasado a ser *alarmante*. Y ese índice de suicidios siguió creciendo año tras año. Hasta que se estabilizó. Al final llegó a ser del 3.8% anual. Eso significa que casi el 20% de los que entraban en el D-8, acababan suicidándose antes de cinco años.

Supuestamente no eran realmente ellos los que se mataban, sino que eran abocados a ello por las fuerzas que poseían a nuestros aprendices. Especialmente teníamos prohibido a los cuidadores dejarlos solos en terrazas situadas en lugares elevados sin nadie que les vigilara.

El siguiente problema fueron los fenómenos poltergeist que comenzaron a producirse en las instalaciones de Hutu-bongoya. En un principio no les dimos

demasiada importancia, pues pensábamos que se trataba de energías mentales incontroladas, energías provocadas por los experimentos que estábamos llevando a cabo. Incluso, en los informes, sin darle mayor importancia, comenzamos a denominarlas *energías residuales*. Pero pronto nos dimos cuenta de que aquello no eran energías, sino otro tipo de entidades.

Los fenómenos poltergeist cada vez fueron más preocupantes. También las perturbaciones psicológicas de los integrantes del equipo, tanto investigadores como investigados, eran cada vez más frecuentes. El índice de demencia en el D-8 llegó a ser altísimo. Aunque este índice siempre se mantuvo en secreto para no preocupar en exceso a los que trabajaban en los experimentos del departamento.

-¿De qué índice estamos hablando?

-Es difícil precisarlo, porque las perturbaciones psicológicas podían ir de algo tan leve como una fobia a un brote esquizoide. Pero los trastornos de doble personalidad comenzaron a parecer una plaga, algo así como una gripe que va dejando fuera de combate cada vez a más colaboradores. Además, dado que aquellos investigadores dementes en grado agudo conocían detalles de una investigación de alto secreto, fue necesario retenerlos en centros psiquiátricos del Ejército, bien vigilados.

-¿No regresaron a sus hogares con sus familias?

-No. Conocían un proyecto de alto secreto y no estaban en sus cabales, había que colocarlos en un entorno protegido. En los centros psiquiátricos militares, el personal estaba adiestrado para que lo que dijese no trascendiera fuera del recinto.

-Háblenos de dos incidentes: el Reno y el del 15 de noviembre.

-No puedo agregar más de lo que ustedes ya saben. En el incidente Reno, las luces se fueron. En realidad se fue el fluido eléctrico de tres sectores enteros de las instalaciones. Sin ventanas en las paredes, con las puertas cerradas, comenzaron a escucharse gruñidos de animales, o por lo menos eso dijeron, varios intentamos abrir manualmente las puertas. El personal, en medio de un pánico espantoso, de una histeria ya incontrolable, agarró lo que tenía a mano para golpear contra todo lo que se moviera acercándose. Las agresiones provocaron que todo el mundo corriera en desbandada por las habitaciones vagando en medio de la más absoluta de las oscuridades, ya he dicho que el módulo principal de experimentación carecía de ventanas que dieran al exterior. Cuando media hora después se restableció el fluido eléctrico y se encendieron las luces, cuarenta personas yacían sin vida, muertas a golpes de sillas, de objetos contundentes, de... en fin, los allí encerrados presos de la histeria agarraron todo lo que tuvieron a mano para defenderse.

El infausto incidente del 15 de noviembre, fue parecido, aunque aquí no se apagaron las luces todo el rato, sino intermitentemente, con interrupciones a intervalos exactos de 17 segundos, según supimos después. Se produjo una crisis de histeria colectiva, todavía peor quizá porque inconscientemente recordamos lo que había sucedido en el llamado incidente Reno. Aquí el problema fue agravado por el hecho de que había ocho personas del servicio de seguridad dentro de las instalaciones del módulo principal. En medio de la crisis de histeria colectiva, sumidos en una perfecta oscuridad, aunque intermitente, se hizo uso de las armas de fuego. El triste resultado fueron cuarenta muertos.

A partir del segundo incidente, la idea de que estábamos trabajando en un lugar maldito ya no nos abandonó. Todos los miembros del equipo tuvimos miedo desde ese día.

-¿Es cierto que se retenía encadenados a varios hombres poseedores de un espíritu pitónico?

-Bien... ése es un asunto que ahora sonará aquí bastante inadecuado. Pero, en fin, tal como fueron sucediéndose los hechos... la actuación de los superiores del departamento resulta más aceptable. Los hechos son los siguientes:

El 10 de enero de 2002 una persona es trasladada a la base militar de Gurdurf en Noruega. Esta persona era una profesora de matemáticas en un colegio de educación primaria. Al principio se creó revuelo en el vecindario porque sus familiares más directos decían que ella estaba poseída del demonio. El revuelo llegó a tales extremos que los atemorizados lugareños pidieron la intervención de las fuerzas de seguridad. La policía despreció las quejas respondiendo que ellos no estaban para tonterías. Pero un mes después el clamor del vecindario llegó tan lejos, que fue el mismo alcalde de la localidad el que se reunió con los jefes de la policía local para exigirles que hicieran algo.

Al final, para saber lo que realmente estaba pasando, la policía obtuvo un mandato judicial para colocar una microcámara de vídeo oculta en el interior de su casa. La cámara grabó varias de estas crisis. Estas crisis no tenían nada de especial, salvo que en determinados momentos se quedaba en trance en su sofá o de pie en medio de su habitación y daba comienzo a la recitación de una larga serie de letras y cifras. En la comisaría estuvieron de acuerdo en que estaba loca, pero que no era peligrosa. Pero para que no hubiera problemas legales de reclamación contra la

policía, que eso lo decidieran los especialistas. Así que el comisario, sin darle al asunto más importancia y justo antes de dar carpetazo al tema y archivarlo, mandó la grabación a la sección psiquiátrica de la Policía Nacional en Oslo, por si allí alguien hacía alguna observación que pudiera ser de interés.

En aquella sección del edificio de la Policía de Oslo, en una oficina atiborrada de trabajo, el funcionario en cuestión escuchó medioaburrido el comienzo de una de las series de cifras y números. La escuchó tomándose un sandwich y sin darle mucha importancia, pero el caso es que algo de lo que escuchó le recordó al comienzo de una clave del Ejército, así que les pasó la grabación a ellos y se olvidó del asunto. Asunto cerrado, pensó. Nada más lejos de la realidad.

La grabación pasó al Ejército vía Internet, con la indicación de que sería interesante de que le echara una ojeada la sección encargada de claves o la de criptografía. Al día siguiente de pasarles el archivo, cuatro furgones oscuros del Grupo de Intervenciones Especiales rodeaban el edificio de viviendas de la profesora de matemáticas. En menos de un minuto los fornidos soldados con sus cascos y chalecos antibalas saltaron a toda velocidad de sus vehículos, clausurando todas y cada una de las salidas del edificio, mientras otros subían simultáneamente por el ascensor y las escaleras. La profesora cuando era introducida en aquel furgón de cristales opacos, custodiada por todos aquellos hombres, desconocía que iba camino de una base militar.

Resultaba que el comienzo de la serie de letras y números que recitaba en sus trances de posesión comenzaba con estas letras ABBAABBAABDENAGOSIDRAK. En la policía local nadie había dado

importancia a esas letras, ni tampoco los agentes de la Policía Nacional de Oslo. Pero en cuanto la grabación llegó a uno de los despachos de criptografía del Ejército, allí no tuvieron duda alguna, sabían muy bien qué era lo que significaban: era la clave de identificación que indicaba que los números y letras que seguían, constituían la secuencia de codificación del acceso al sistema informático de los misiles intercontinentales de los silos del Norte de Europa. El joven técnico que en el Ministerio de Defensa leyó aquello, dejó caer el vaso de café que tenía en la mano y a paso ligero se dirigió al despacho de su superior. No tardaron ni diez minutos en enviar al Centro Estratégico de Defensa Balística la grabación de las secuencias codificadas, ni siquiera ellos, en Oslo, poseían la secuencia entera de la codificación, sólo el comienzo identificativo de la serie.

La secuencia grabada, en boca de la profesora, parecía interminable, aquella mujer en trance recitaba números y letras, unas veces durante diez minutos, otras durante veinte minutos, a veces durante una hora entera. Aquella mujer que hablaba gangosamente, a ratos con los ojos cerrados, a ratos con los ojos en blanco, en unas ocasiones inmóvil como una estatua, en otras balanceando a ratos brazos y piernas, estaba parlotando una secuencia de números y letras que al principio de todo siempre lo encabezaba con las letras ABBAABBAABDENAGOSIDRAK.

Más al sur, a dos mil kilómetros de distancia, en el Centro Estratégico de Defensa Balística no se lo podían creer: la secuencia que seguía a esas letras, era correcta número a número, letra a letra. Aunque dijera cadenas alfanuméricas durante media hora, no había ni un solo error. Era una secuencia de alto secreto. Los códigos para dar la orden de lanzamiento de los misiles desde los silos.

Ella decía los códigos del Estado Mayor, los del maletín del Cónsul, los de las bases en ultramar, códigos y más códigos. ¿Cómo los había conseguido ella?

El psiquiatra de Oslo pasó la secuencia transcrita de números al Ministerio de Defensa en Oslo, a las 15:00. El Ministerio tramitó el tema en menos de cuatro horas. A las 18:40 ya había llegado al correo electrónico del joven técnico de la sección encargada de las claves. El encargado de turno, no lo abrió hasta las tres de la mañana. Con el corazón acelerado y el café derramado sobre sus pantalones, lo pasó a sus superiores. Hasta las 4:30 estuvieron comprobando la secuencia escrita que les había enviado el psiquiatra, así como el resto de archivos con las grabaciones. A las 5:15 se llamó a su casa al general Drovur, levantándole de la cama. A las 6:23, la sección antiterrorista de Oslo recibía la orden de detener a esa profesora de matemáticas usando todos los medios disponibles y todas las medidas de precaución posibles para que no se escapara. *Planee la operación como desee*, le advirtió el general Drovur, *use el número de efectivos que crea conveniente, pero si esa profesora se le escapa, mañana usted habrá perdido su puesto y será despedido*.

La mujer no se les escapó. De inmediato se dio orden de confinarla. Afortunadamente, nadie del vecindario, ni por asomo, sospecharía nunca que por la boca de aquella mujer se había estado diciendo, como si tal cosa, una información catalogada con la calificación máxima en el rango de secretos estratégicos. Pronto, en la base de Noruega donde estaba custodiada se dieron cuenta de que aquella mujer no era ninguna espía, que los interrogatorios no lograban nada. La mujer, además, cada vez se tornaba más furiosa. Cada vez tenía menos momentos normales. Sus trances se volvían más y más

prolongados. Blasfemias, escupitajos, ojos en blanco. Sus interrogadores no sabían qué procedimiento usar con un caso tan atípico. Ni los mismos psiquiatras militares se ponían de acuerdo. Tras la visita a la base Noruega de dos expertos del Ministerio remitidos ex profeso desde Berlín, se dio orden que se la enviara al departamento D-8, a África.

En los tres años siguientes, aparecieron cuatro casos más como éste: personas poseídas de un fortísimo espíritu pitónico. Hechos futuros, secretos militares, sucesos ocultos, eran proferidos por las bocas de aquellas cuatro personas que parecían tener contacto con el más allá. Asimismo decían todo tipo de necesidades. Había que escuchar horas y horas de necesidades para obtener algo con sentido. Hablaban con mirada de locos, sacando la lengua, a veces en medio de convulsiones. Un rato después despertaban del trance y no se acordaban de nada. Pero había que tenerlas sujetas con camisas de fuerza y con los pies atados, eran sumamente peligrosas.

La profesora de matemáticas traída de Noruega y confinada en la base de Libia, arrancó un ojo a una médico con la esquina de una bandeja de la comida que agarró en una décima de segundo y con la que le golpeó antes de que pudiera reaccionar. Todo ocurrió tan rápido, que no se pudo hacer nada para evitarlo. Otro de los sujetos reclusos rompió un vaso estando a solas, y varias horas después, en un momento de descuido de los que le atendían, se lo clavó en el cuello a un enfermero.

Desde entonces se tomaron medidas extremas en la custodia de estos *casos anómalos*. Además, en ciertas ocasiones parecían poseer una fuerza extraordinaria, se necesitaban ocho hombres para reducir a cualquiera de estas personas. Ocho celadores para sujetar a una profesora de matemáticas

resultaba, a todas luces, algo excesivo e inexplicable. En el paroxismo de sus crisis de furia, varios de estos casos anómalos furiosos llegaron a romper varias veces sus camisas de fuerza. Una vez rotas las sujeciones de la espalda en la camisa, liberarse de las bandas de inmovilización de las piernas les costaba apenas diez segundos. Reducir a una de estas personas libre de todas sus ataduras, era como reducir a una fiera salvaje. Al final se prescindió de las típicas cintas de inmovilización utilizadas en las instituciones mentales y se usaron directamente cadenas de acero. Era difícil tratar de explicar este tipo de sucesos a nuestros jefes del Ministerio cuando nos visitaban.

-¿Eran conscientes los oficiales al mando del proyecto de que recluir a personas por la fuerza sin haber sido juzgadas, es inconstitucional?

-Pero qué otra cosa habríamos podido hacer. Conocían secretos verdaderamente esenciales para la seguridad de la Nación, no podíamos dejarles sueltos.

-Pasemos a otro tema. Háblenos ahora del dossier Font Gaumbault.

-A los sujetos encadenados se les filmaba veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Todo aquel material filmado, todas aquellas filmaciones con lo que hacían y lo que decían, constituía un apasionante objeto de investigación para psiquiatras, filólogos, médicos y parapsicólogos. Una de las mujeres, creo que era checa, dijo en medio de una crisis de furia, cierta cosa que nos dejó perplejos. Era algo que, según ella, había ocurrido en un monasterio de la Normandía francesa. Como se trataba de un dato fácil de comprobar, se cursó a través del Ministerio del Interior la orden de investigar si era cierto lo dicho por aquella mujer. Ella había señalado que el día 2 de febrero de 2203, a las cuatro de la tarde, el coro entero de monjes

mientras estaba recitando la hora de nona, todos al unísono habían dicho espontáneamente sin ponerse de acuerdo lo siguiente: *a esta hora, este mismo día, en este año de 2203, acaba de nacer el Anticristo en una ciudad edificada sobre siete colinas.* Nada más acabar de decir esto los frailes interrumpieron su rezo, y se miraron preguntándose ¿qué había sucedido? ¿Por qué habían dicho aquello? ¿Y por qué todos a la vez? Después de la natural sorpresa, el estupefacto abad dio orden de retomar los salmos que restaban para acabar el rezo.

Estos fueron más o menos los hechos que sucedieron, o más bien lo que la posesa dijo, ¡en árabe!, que había sucedido. Una vez ya en la abadía, los agentes del Ministerio del Interior no encontraron más que el silencio del padre abad. El cual no dio permiso para que los agentes interrogaran al resto de monjes. Amablemente el abad en su despacho les expresó su deseo de que se retiraran y que no turbaran la paz de la comunidad. Para cuando nosotros quisimos por nuestra cuenta recomenzar una serie de interrogatorios fue demasiado tarde. Habían comenzado las persecuciones contra la secta cristiana. Los monjes fueron recluidos transitoriamente en un complejo penitenciario de Poitiers, justo antes de que fueran dispersados a varios centros de internamiento.

Quisimos investigar los archivos de la abadía. Pero todos los libros y escritos del monasterio habían sido transferidos a París. Allí, la secretaria, de la Biblioteca Nacional nos dijo que la acumulación de archivos eclesiásticos incautados era tal, que se tardaría no menos de un año en tener informatizados los títulos y temas del material intervenido. No se puede informatizar todos los fondos documentales de la Iglesia en cuatro días, nos dijo aquella mujer de color con una sonrisa irónica.

Sólo quedaba olvidarnos de los interrogatorios, de la revisión de los archivos, e investigar por nuestra cuenta. ¿Pero por dónde empezar? Si el hecho relatado resultaba verdadero, aquel niño que algún día sería el Anticristo, era un niño normal y corriente. En los meses siguientes una mujer bielorrusa, otro *caso especial*, comenzó a dar un mensaje relevante para el tema que nos ocupaba. Eran dos frases habladas en un dialecto africano, dos frases muy enigmáticas. Pero lo que venía a decir era que el niño tenía en su pecho, de nacimiento, una marca, una cifra numérica. La otra frase daba a entender con oscuras palabras que se trataba de alguien perteneciente a la Familia Imperial.

Como es evidente no podíamos llamar por teléfono a Palacio y pedir que nos dijeran si alguno de los dos nacidos en esas fechas tenía una marca demoníaca. Si hubiéramos hecho tal cosa, eso hubiera supuesto nuestro final y hubieran pensado que todos nos habíamos trastornado definitivamente; y que quizá nuestro trastorno era hasta peligroso. Hubieran podido pensar, incluso que éramos unos perturbados envueltos en algún tipo de disidencia política o algo así. Había que aclarar el asunto sin que ellos sospecharan que estábamos haciendo pesquisas. De todo esto ni siquiera se informó al general Schlangerholts, el superior jerárquico en el Ministerio del que dependía el departamento. En él, podía pesar más el deber de la graduación, el sentimiento de que tenía que informar a sus superiores. Sin duda, podía pesar más eso que la necesidad de evitar que los investigados se enteraran de que les estábamos investigando.

Pensamos que el mejor modo de averiguar algo sobre este espinoso tema era a través de alguien de la servidumbre palatina. La servidumbre de Palacio era numerosísima. No obstante, hasta que no intentamos

averiguar el nombre de alguien que trabajara en Palacio, no supimos lo difícil que era conseguir esos nombres. Ya que para evitar atentados, para evitar que algún miembro de la servidumbre fuera chantajeado, esos nombres no aparecían por ningún lado. Allí trabajaban más de mil personas en contacto directo con la Familia Imperial. Pues bien, ni una de ellas aparecía ni en el censo, ni en las listas de Hacienda, ni en la Seguridad Social. Ni siquiera el Departamento Metropolitano de Policía tenía en sus listados ni un solo nombre de alguien que tuviera su puesto de trabajo allí. Pero no sólo eso, las medidas de seguridad eran tan férreas que al intentar buscar esos nombres, al día siguiente aparecieron en donde trabajábamos varios agentes de una sección especial de la policía indagando para qué queríamos saber esos nombres.

En los sistemas informáticos, ciertas búsquedas activan automáticamente programas de alerta en la sección de protección de datos oficiales. No podíamos seguir investigando por ese lado. La excusa que ofrecimos al Departamento de Protección de Secretos Oficiales fue plausible una vez, pero no lo sería dos veces. Además, ya estaban mosqueados, sospechando que andábamos buscando algo. Es incluso posible que no creyeran nuestras excusas, y a partir de ese momento pidieran permiso a las autoridades superiores, para pinchar nuestros teléfonos. Aunque el carácter de máximo secreto del departamento D-8 nos protegía de cualquier investigación y pinchazo de departamentos ajenos al servicio de investigaciones internas del Ministerio de Defensa. Pero los del departamento que protegía datos oficiales debían estar, como he dicho, escamados. Porque yo no lo sabía, pero ya el mero hecho de buscar esos listados de nombres desde un centro oficial, constituía

motivo suficiente para provocar todo tipo de recelos. Abandonamos todo intento de conseguir esos nombres.

Ahora me doy cuenta de lo acertada de aquella decisión. Aquellos espíritus que hablaban a través de los posesos no hicieron otra cosa que jugar con nosotros, en esto y en otros muchos temas. Después, años después, comprendí que ese día no había nacido esa figura denominada como Anticristo, si tal figura existe. Además, según los entendidos en esa oscura materia, el Anticristo fue el emperador Viniciano. Aunque, bueno, ese tema lo dejo a la discusión de los expertos en la materia. Yo desde luego no sé.

-¿Cómo está seguro de que jugaron con ustedes?

-Otras cosas las investigamos a fondo. El resultado de nuestras pesquisas fue rotundo: aunque hablaban de cosas muy concretas, estaban diciendo cosas falsas.

-Pero los códigos eran ciertos.

-Sí, eso fue la única cosa cierta que se dijo en todo ese tiempo. El resto de cosas, así como el resto de casos, fue una completa pérdida de tiempo y de dinero. Se invirtieron muchos recursos del departamento, para nada.

-Ya que ha mencionado la figura del Anticristo y al emperador Viniciano, él sí que creía encarnar esa figura, ¿no?

-Sí, él estaba convencido de personificar ese personaje. Si no lo era, desde luego encajaba en todas las profecías acerca de esa figura.

-¿Profecías? ¿Qué tipo de profecías?

-Nosotros no teníamos acceso a ellas. El Emperador sí. Las profecías estaban consignadas todas en un libro. Un largo libro de difícil comprensión escrito hace miles de años. Los cristianos habían custodiado ese libro durante miles de años. Para ellos, la Biblia era un libro sagrado. Pero la obra en cuestión fue perseguida con implacable tesón

por la maquinaria imperial. Una persecución a nivel mundial. Estados Unidos, Europa, más de sesenta naciones fueron de modo sistemático recogiendo ese libro de bibliotecas, anulando direcciones en Internet, y disuadiendo a particulares de difundirlo en la Red a base de imponer año tras año penas progresivamente más severas.

Al libro se le acusaba de extender todo tipo de prejuicios, de ser un escrito propagandístico de una secta destructiva, de ser una apología de conceptos anticonstitucionales. Una vez que el Tribunal de la Haya falló en contra de los abogados que defendían los intereses de la institución cristiana, el libro fue haciéndose más y más inusual. Ni en las universidades de Occidente, ni en los servidores de Internet era ya posible encontrar el texto íntegro. Aunque, de momento, retazos del texto citados en otros libros sí que era posible encontrarlos. Pero sólo citas, el texto entero ya no. Hackers profesionales a cargo de la República Europea se encargaban de bloquear con virus cualquier dirección que en los buscadores apareciera con algún contenido de versículos bíblicos. El texto dejó de circular. Pero nos constaba que el emperador no sólo poseía el texto profético íntegro, sino que contaba con sus vaticinios. Eso le otorgaba un valioso conocimiento del futuro que a nosotros nos estaba vedado.

-Pero ¿el atentado que tuvo el emperador estaba profetizado?

-Lo desconozco. Ya he dicho que no teníamos acceso a esas páginas. Pero puedo asegurarle que el atentado tuvo como causa el descontento entre las capas tecnocráticas de la burocracia. Descontento muy profundo por el giro religioso que estaba tomando el liderazgo del Continente. Un Estado técnico, laico, con un marco jurídico de completa y nítida separación entre las confesiones religiosas y la administración, cada año, iba

sumergiéndose más en una especie de noche de los intelectos, en la que el Partido infiltraba su ideología a través de la burocracia, la banca y el ejército. La parte más tecnocrática, más ajena a todas estas fantasías pseudorreligiosas, intentó desesperadamente sustituir al hombre que había concentrado tanto poder sobre su persona. Después de muchos intentos, de muchos movimientos, el atentado fue su última tentativa.

-¿Cree que hubo alguna intervención cristiana en la instigación al atentado?

-No lo creo -dijo tras unas risas desganadas-. Esa semana, la del atentado, tuvimos entre nosotros interesantísimas discusiones acerca del tema. Bueno, creo, que toda la Nación no habló de otro asunto que no fuera el magnicidio frustrado. En fin, en la cafetería discutíamos sobre lo imposible que era una participación cristiana en el complot. Porque si aquel hombre era el Anticristo estaba profetizado en la Biblia que lograría llevar a cabo su persecución. Y por tanto nada podía impedir el que una profecía divina se cumpliera. Y si un cristiano u otra persona llevaba a cabo un atentado y mataba al Anticristo para evitar la persecución de la Iglesia, eso significaría que la profecía de la Biblia no era cierta.

¿Se da cuenta? Ambas jugadas llevaban a un jaque mate, a un callejón sin salida. Si la profecía era cierta, nada podía evitar la persecución sangrienta. Si la profecía no era cierta, entonces no tenía ningún interés el matar al Anticristo pues la fe hubiera resultado falsa. Lo dicho, un callejón sin salida. Sí, fueron unas discusiones muy interesantes -levantó la vista con una sonrisa, recordando. Y añadió-: Sobre el 666 también hubo discusiones muy apasionadas.

-Luego sí que conocían algunas profecías del Apocalipsis.

-Muy pocas, poquísimas. Por supuesto que había fragmentos circulando de modo más o menos clandestino. Aunque incluso la posesión de textos fragmentarios entraba dentro de lo tipificado como delito por las prohibiciones imperiales. Pero además del fraccionamiento, que clandestinamente seguía existiendo, el mayor problema era su interpretación. Los cristianos habían mantenido dos mil doscientos años de continuidad en la interpretación de esos textos. Una continuidad en la manera de comprender esos versículos, o por lo menos así lo creíamos. Pero nosotros nos enfrentábamos a la lectura de esos textos con nuestra mentalidad del siglo XXIII. Nuestro mundo nada tenía que ver con el mundo que vio escribir sobre sus papiros los caracteres griegos de los anuncios proféticos. Esos vaticinios que constituyen el augurio apocalíptico que se supone que estamos viviendo, vaticinios que para nosotros resultaban crípticos e ininteligibles.

-¿Cómo acabó el D-8?

-Cuando comenzó la guerra con Asia, el crack económico fue de tales dimensiones, el estallido social tan incontenible, que el Estado no pudo preocuparse en mantener este tipo de departamentos, digamos, de investigación. Aunque la época de investigación ya había quedado lejana. Desde que las HH.AA asumieron la dirección del proyecto, los fines de las investigaciones únicamente las conocían los altos oficiales. Los técnicos habíamos pasado a ser meros operarios del departamento. Pero fue la guerra lo que realmente acabó con todo.

Tras medio año del comienzo de la guerra, el Estado trataba sólo de preservar los núcleos más vitales de cada ministerio. Pero si el fin del presupuesto supuso un desastre para nuestro departamento, el enfrentamiento bélico con Asia fue la culminación del

desastre. Las sedes africanas del departamento fueron bombardeadas cuatro meses después del comienzo de hostilidades con Japón. En realidad, no es que se bombardeara nuestras instalaciones. Sino que nuestras instalaciones fueron arrasadas en las explosiones que destruyeron la entera base militar en las que estaban ubicadas. Los nipones ni tenían idea de que allí se encontraba un departamento de alto secreto.

Respecto a las instalaciones de nuestro departamento en la Urbe, nos llegaron contradictorias informaciones. Unos dijeron que fueron saqueadas y que ya nadie quedaba en ellas. Otros afirmaron que se hundieron cuando el gran rascacielos Lheureux en el que estaban situadas se desplomó en el transcurso de las hostilidades. Incluso alguien hubo que nos dijo que los últimos dagonianos del tercer círculo se atrincheraron en el complejo defendiéndolo contra las masas que trataron de tomarlo al asalto. Esta última información, aunque bastante extendida, seguro que es falsa, pues los dagonianos donde de verdad se atrincheraron con armas y víveres fue en el complejo del templo de Dagón, en el Foro.

Me hubiera gustado saber cómo los *oscuros hombres del Partido*, como los llamaban, habrán contenido a muchedumbres hambrientas. ¿Se puede contener a decenas de miles de personas con varias baterías de ametralladoras?



Los hombres orientales que le escuchaban tomaban notas, silenciosos y serios. Seis hombres situados enfrente de él, en unas mesillas puestas unas al lado de las otras, formando una U. Una sala amplia, con cortinas blancas que parecían que daban al exterior, aunque la sala se hallaba en las entrañas de un buque mercante y lo que se

veía tras las ventanas era luz artificial. Un buque que había partido de Singapur rumbo hacia Tokio. En la cubierta del buque había aterrizado en medio de la tormenta la aeronave que traía a los quince japoneses que habían escuchado todas sus declaraciones. De la misma manera que los Aliados después de la II Guerra Mundial trataron de averiguar todo lo posible acerca de los planes esotéricos y pseudorreligiosos de los jefes nacionalsocialistas, así también los japoneses trataban ahora de penetrar en la comprensión de la histeria religiosa que se había desatado en Occidente desde hacía veinte años. Y sobre todo trataban de penetrar en el conocimiento de las causas ocultas, de los mecanismos previos, que hicieron posible esa arrolladora explosión social de pseudorreligión.

Ahora tenían delante a aquel desertor. Pero había desertado no por amor a los japoneses, sino por salvar su vida de la reclusión en un campo de reeducación. Era un disidente que siempre se opuso al giro ideológico del departamento. Empezadas las hostilidades con Asia, había huido repentinamente de su puesto de trabajo.

Aunque fuera se había desatado una tempestad, dentro de la embarcación no se notaba nada, ni un ligero movimiento. El barco estaba dotado de unos estabilizadores óptimos. Los orientales que le escuchaban lo hacían con el interés de conocer de primera mano secretos bien guardados. Aunque mientras le escuchaban ocultaban la compasión, que sentían por él, al saber que aquel hombre sería canjeado al día siguiente por otro prisionero y entregado a sus enemigos. Sería canjeado por un topo japonés, un agente al servicio de la Unión Europea, había huido de Tokio, pero mañana retornaría.

Más información no lograrían de aquel disidente, de aquel participante en ese

proyecto secreto, así que no tenían ningún interés en llevarlo a suelo nipón. En un par de horas, inyectarían en su cuerpo un buen surtido de las ampollas que contenía el maletín de drogas que llevaba uno de ellos, por si el que ahora hablaba se había dejado algo en el tintero. Probablemente ya lo había dicho todo, pero si no ya cantarían. Ya que lo iban a devolver tenían que asegurarse de que no quedaba oculta información relevante en esa cabeza. Esas drogas iban a producirle irreversibles daños cerebrales, pero dado que pronto iba a estar de vuelta a casa tampoco tenía mucha importancia ese hecho, el recibimiento que le esperaba en casa sería peor.



-Hablando del final del D-8, ¿qué les sucedió a las cuatro personas confinadas de las que hemos hablado antes?

-¿Se refiere a los cuatro *casos especiales*?

-Sí.

-Bien... su rastro se pierde en otras instalaciones médicas militares. En pro de la seguridad nacional había que seguir manteniéndolas bajo régimen de internamiento y ajenas a todo contacto con el exterior. Así que para mantener en secreto su detención, no constaban ya en ningún archivo estatal desde hacía años. Una vez que salieron de nuestras instalaciones si se les asignó otros nombres es algo que ya escapó a nuestro conocimiento. Con nuevo nombre o no, en el fondo, era como si ya no existieran desde hacía años. En la práctica, ya no existían. Creo que se las mantuvo recluidas en algún centro oficial en suelo africano, no estoy seguro.

La verdad, debo reconocerlo, es que como ya seguimos en seguida con otros

proyectos, eso hizo que nos olvidáramos un poco de ellas. Además, su status... jurídico era un poco incómodo para el departamento. Pero lo que es seguro es que se optó por dar carpetazo al asunto. Lo más probable es que acabaran en algún centro militar psiquiátrico. También es verdad que, al final, esa sección no la llevaba yo. Por eso no sé qué fue de ellas. En cualquier caso no podíamos hacer otra cosa. A veces, ya saben, la vida es dura.

-Sí, a veces la vida es dura.

Halophagus heterocephalus



Las membranas traslúcidas de aquella medusa temblaban ante la presión del más ligero tacto. Temblaban como una gelatina semitransparente, inoculando en la redondeada y sonrosada yema del dedo minúsculas pero efectivas cantidades de su ponzoña. Todas aquellas vesículas violáceas en aquella membrana sufrían un espasmo automático e instintivo, inyectando con sus filamentos aquellas gotas, miligramos más bien, de strychnoarsenobenceno. Aquellas bolsitas orgánicas experimentaban imperceptibles espasmos en medio de una sustancia que parecía una mucosa.

Su creadora, observándola embobada desde los lentes de su microscopio, tenía la boca abierta: por fin vivía. Hasta el momento, el resto de especímenes habían fallecido sin lograr sobrepasar la semana. No podía levantar la cabeza, no podía dejar de mirar esa orla de tentáculos unos más bien transparentes otros con un toque más o menos azulado.

La científica se pasaba su suave mano derecha por sus rizos negros, por su larga melena de rizos negros, preguntándose, haciendo suposiciones acerca de su ciclo vital, de la estabilidad de los enlaces químicos del contenido de aquellas vesículas. ¿Lograría subsistir en el mundo exterior? Combinando distintos ADN preexistentes, acababa de crear una nueva forma de vida. Pero una cosa era crearla y otra que se hiciera un hueco en la pirámide de nichos biológicos. Podía ser creada, liberada, y finalmente devorada por el resto de formas vivientes de la naturaleza. Pero si esa forma viva lograba reproducirse, sería la peste. Tan indefensa como se

presentaba esa gelatina traslúcida, en ese recipiente plástico. Y, sin embargo, esa medusa desvalida, tan desvalida, tan huérfana de toda fortaleza, sería una verdadera plaga... si sobrevivía. Parecía un bichito indefenso, pero pronto sus depredadores aprenderían de su toxicidad. ¿Cuántas generaciones tardarían las inflexibles leyes de la evolución en marcar en el instinto de sus depredadores a aquel nuevo ser como evitable?

La bióloga sin apartar sus pupilas del microscopio seguía ansiosa interrogándose sobre la nueva hibridación que habían creado sus manos. Aquel animalito trasparente, vacilante en medio de aquel medio acuoso, había sido todo un alarde de manipulación e hibridación. Cuántas combinaciones bioquímicas habían sido necesarias para obtener algo verdaderamente interesante y viable, biológicamente viable.

En algún momento dado, meses antes, estuvo pensando incluso en crear la forma de vida y sus parásitos. Una forma de vida artificial, anfitriona de sus propios parásitos de diseño. Por supuesto hubiera tenido que tratarse de una forma de vida parásita y simbiótica al mismo tiempo. Pero los problemas menores resultaron a la postre insalvables. En cualquier caso, allí estaba aleteando un ejemplar de *Halophagus heterocephalus*. El contenido de aquella bandejita circular, una vez vertido en aguas estancadas, se reproduciría a millares, a decenas de millares. Con el tiempo, todas las aguas estancadas, todas las aguas fecales, las lagunas de aguas verdes, serían colonizadas por este invertebrado hijo de su mente.

Sentada ante aquella mesa que como un anillo rodeaba su asiento con el voluminoso microscopio electrónico de superficie metálica y reluciente en el centro, enfundada en su bata blanca, sintió un

sentimiento casi maternal ante aquella amalgama de tejidos hidrozóicos.

Mientras salía del laboratorio y se sacaba la bata y colgaba la tarjeta de identificación sobre su blusa, pensaba en la emoción de los próximos días cuando la echara en algún discreto tarrito de cristal en alguna laguna o, incluso, por la cisterna del váter. Era mucha la presión de algunos políticos para aprobar las leyes federales que persiguieran este tipo de *liberaciones*. Pero esa modalidad de leyes se topaba con un verdadero caos de problemas jurídicos. Además, ¿cómo se probaba que alguien había abierto un bote y había liberado una célula, un hongo, un insecto o un celentéreo?

Helena apagó el microscopio y cuatro aparatos más, recogió durante un par de minutos algunos envases, apagó la lámpara que inundaba de agradable luz blanda la superficie donde trabajaba, y se levantó. Salió por la puerta principal del edificio de laboratorios de la división biológica de la multinacional con la sonrisa de la científico que se siente una creadora, una especie de señora de la vida y de la muerte. En la calle, la formidable sombra del rascacielos New Woolworth cubría con su umbría toda la estrechez de la vía peatonal. La mujer se mezcló en la masa de viandantes que dada la hora se dirigían hacia sus casas.

En una esquina, un hombre anciano, flaco, medioloco, subido a un pequeño estrado, gritaba a los peatones:

¡Las bestias! ¡Las bestias serán vuestra plaga! De nuevo las ranas subirán del Nilo y penetrarán en vuestros palacios.

Nadie le hacía caso, todos proseguían su camino, incluso Helena, anónima entre la multitud, pasó sin prestar atención a aquellas palabras de un hombre alucinado que se pasaría horas gritando a esos bostonianos una

y otra vez un discurso visionario, un cuento de terror para ciudadanos del siglo XXII. Además, Helena tenía prisa por llegar a casa a arreglarse, aquella noche asistiría con su nuevo novio a la audición de la nueva versión de *Carmina Burana*. En el mundo de los melómanos, había sido muy anunciada esta reescritura de la obra de Off por parte del gran Pessoa. Pero aquellas exquisiteces culturales estaban muy lejos del mundo interior de aquel viejo de americana raída que con voz roma se desgañitaba en el anuncio de un Apocalipsis siempre pospuesto. Pero eso no importaba lo más mínimo a la faz del anciano de mirada iluminada que gesticulando de un modo histriónico repetía:

¡Las ranas del faraón!, ya chapotean entre el fango situado bajo vuestros pies. La maldición, el castigo, el flagelo de Dios caerá sobre vosotros porque vuestra iniquidad ha horadado la bóveda de los cielos y ha alcanzado el trono de Dios.

Sermón tukiota



Ultimo sermón pronunciado en la Catedral
del Sagrado Corazón de Tokio,
día 11 de abril del año 2212

Era Viernes Santo en la catedral católica de Tokio. Los bancos, llenos de fieles. El presbiterio, muy alto, tras incontables escalones se mostraba el altar desnudo, sin manteles, sin nada sobre él, como mandan las rúbricas en ese día litúrgico. En silencio, sin ningún canto de entrada, los tres oficiantes se dirigen por el pasillo central hacia el ara, iba a dar comienzo la ceremonia.

Los dos millares de fieles que aguardaban en los bancos, se pusieron en pie. Los tres oficiantes comenzaron a subir los escalones que les llevaban al altar. Pero antes, en un plano intermedio, se detuvieron, se arrodillaron y se postraron, cuan largos eran, con sus magníficas casullas de seda con estrellas bordadas en hilo de oro purísimo. Dos interminables minutos estuvieron tumbados boca abajo frente al altar. Por detrás de los oficiantes, en cada ángulo de la alfombra se hallaban los cuatro ministros del altar, revestidos con sotanas negras y roquetes blancos. Un rotundo silencio invadía el interior del templo. Las innumerables velas repartidas por todo el presbiterio lucían con sus pequeñas llamitas en lo alto de los candelabros de bronce.

Después siguieron los ritos del oficio de Viernes Santo. La lectura de la Pasión, las oraciones por el mundo, por el Papa, por el obispo (obispo ausente), por los hermanos separados, por los que no admitían a Dios. La ceremonia transcurría en medio de un clima de luto, de aire triston, era una liturgia fúnebre empapada de melancolía. Pero no era sólo por el mismo carácter del oficio. La archidiócesis de Tokio llevaba sin prelado dos años, no pocas de las diócesis niponas carecían de obispo. Por eso la ceremonia catedralicia estaba siendo oficiada por sacerdotes y no por su prelado. Pero no era solamente la terrible situación de la iglesia católica de Japón, eran las nubes negras y amenazadoras que se cernían sobre el mundo entero las que conferían a aquella ceremonia de oración un carácter de infinito abatimiento.

Después de la lectura a tres voces de las sagradas páginas de la Pasión, todos se sentaron. El sacerdote que presidía al resto de oficiantes comenzó su sermón. Comenzó con tono serio, apesadumbrado. Sus palabras fueron estas:

Et Iesus tacebat. Y Jesús callaba, refieren las sagradas páginas del dolorido evangelista. Asimismo nosotros ahora debemos callar. Muchas cosas os tendría que decir, mas deberé sepultarlas en el silencio. Nuestros enemigos, los enemigos de la Cruz, no sólo se hallan fuera sino que también están sentados en estos bancos. Como cualquier otro feligrés, sin nada externo que los identifique, están entre nosotros... sus agentes. Faltan, faltan, muchos obispos de sus sedes. Y seguirán vacantes.

Mientras el partido en el poder siga esta campaña de hostigamiento judicial contra nosotros, nuestra iglesia nipona seguirá agonizante. Sí, no os extrañéis de esta palabra: agonía. Nuestros obispos, miles de cristianos, monjes... las prisiones siguen recibiendo día tras día a más de nuestros hermanos. Quizá puede que ésta sea la última vez que haya un número suficiente de fieles para llenar los bancos de este templo, para celebrar el oficio de Viernes Santo en este lugar sagrado en el que desde hace siglos se llevan celebrando los sagrados misterios de nuestra santa fe. Ni siquiera puedo aseguraros que este templo primado siga abierto la próxima semana.

Japón, muy probablemente, seguirá los pasos de Europa, que después secundaron los Estados Unidos y que, finalmente, ha llegado hasta nuestra patria. De lo que fue la antigua Cristiandad vinieron los primeros misioneros a estas tierras, y de Europa procede ahora la ideología que ha propiciado la persecución que ya se ha instalado entre nosotros. No podemos hacer nada, sino orar. No podemos hacer nada, aguardamos indefensos, blandiendo tan solo la espada de la oración frente a un acoso tan severo, tan universal. Verdaderamente se ha legalizado nuestra demolición. El partido ahora en el poder aquí en Japón ha decidido sumarse a esta corriente

que busca erradicarnos. Y todos los resortes del Estado, el Estado por el que nosotros hemos trabajado durante nuestras vidas, ahora se revuelve contra nosotros como si fuéramos delincuentes. *Delincuentes ideológicos*, así nos llamó la primera ministra Yasunari. Ya no hace falta esconder los nombres, ya no es necesario referir los hechos con veladas alusiones, nos queda poco tiempo. Pero mientras nos quede tiempo podremos, al menos, denunciar lo que consideremos que debemos denunciar. Hablaremos, aunque también callaremos. Callaremos frente a las acusaciones que se propalan contra nosotros. No hace falta que nos esforcemos en rebatir punto por punto todo aquello de lo que se nos acusa en los reportajes, en los periódicos, en los debates televisivos. Dado que nuestros acusadores no buscan la verdad. Rebatir sería una tarea ociosa.

Dejadme decir os que el tiempo se acerca. La última encíclica de Nuestro Santo Padre Lino II es clara. El fin de los tiempos parece próximo. La Iglesia es perseguida de un modo universal. La Sede Romana ha estado vacante varios años hasta la elección de nuestro nuevo sumo pontífice. Europa entera yace bajo el poder de un partido cuyo representante si no lo es, parece una viva imagen del Anticristo. Las guerras se han desencadenado en todo el mundo como fruto de un delirante expansionismo del Viejo Continente olvidado y enterrado hace tantas generaciones. Pero no todo son malas noticias, el pueblo judío se convierte en masa al cristianismo, hecho impensable hace tan solo quince años antes. Y no sólo ellos, sino que las flores de virtud y heroísmo surgen en todas partes donde hay alguien que se atreve a decir *no* al mal.

Si éste no es un panorama digno del fin de los tiempos, Dios no nos culpará de que sospechemos que puede serlo. Pero no, no nos

equivocamos. Los signos del último libro sagrado de las Escrituras se nos dieron para reconocer esos tiempos. Las profecías se nos concedieron para discernir que había llegado el momento. Durante la historia muchas personas, con carácter individual, o pequeños grupos, creyeron ver cercano el cumplimiento de lo profetizado. Pero nunca, como ahora, fue el convencimiento de la Iglesia entera el que unánimemente llevó a considerar que sí, que ya llegaba la segunda venida, el santo advenimiento. El parecer particular de todos los obispos de todo el mundo, se vio confirmado por la última encíclica en la que el Santo Padre, antes de su martirio, nos dijo que sí, que daba la sensación de que los signos evidenciaban la proximidad de ese momento final vaticinado durante tantas generaciones de cristianos.

Por eso no tiene demasiada importancia si dentro de una semana, o dentro de un mes, las puertas de este templo son precintadas por la policía. Ni siquiera pasaría nada si, en los próximos años, fuese destruido. Todo esto no importa, cuando la instauración de la Jerusalén Celeste sobre la tierra puede ocurrir dentro de un año, de dos, de diez...

No sabemos ni el día ni la hora. Pero lo mismo que los judíos de la era mesiánica al ver los signos, supieron que la Redención estaba cerca. Así también nosotros al ver los signos, sabemos que el Juicio Final está próximo. Nadie conoce ni el día ni la hora, pero las profecías no se nos han dado en vano. Escrutad, escrutad los signos de los tiempos, ése es el mandato de Nuestro Señor.

Como es lógico, ovejas del rebaño de Cristo, no os aconsejo que invirtáis en Bolsa, no os aconsejo que emprendáis negocios, ni que compréis casas, ni terrenos, ni que hagáis planes pensando en un futuro lejano. Ya no hay tiempo. El fin de todo está próximo.

Mi consejo es que vendáis lo que tengáis y lo deis a los pobres y necesitados. Hacedlo mientras el dinero tenga valor. Os manifiesto mi personal convencimiento de que pronto todas las cosas ya no valdrán nada. Con vuestras limosnas y ayuda no vais a librar a los necesitados de ese próximo final, pero aliviaréis sus desdichas al menos por un tiempo. Esto hizo la Iglesia de Jerusalén en el siglo I. Los creyentes vendían sus tierras y posesiones y las daban a los pobres.

Cuando leí ese texto por primera vez, era yo todavía un joven seminarista en Okaido, me pareció una postura excesivamente radical. Una postura que de ser seguida por todos hubiera conllevado el hundimiento de la economía. Cuando leí ese texto de Hechos de los Apóstoles por primera vez, pensé que aquellos primeros cristianos deberían haber pensado más en las consecuencias a largo plazo si algún día toda la sociedad se hacía cristiana y todos hacían lo mismo. La economía de todo el Imperio Romano se hubiera hundido con semejante proceder. Eso pensaba.

No me daba cuenta de que existía la profecía de Jesús respecto a Jerusalén. La entera Ciudad Santa iba ser destruida. En el año 70, cuando las legiones la cercaran, la entregaran al fuego y enviaran a los supervivientes como esclavos a las distintas provincias del Imperio. Cuando eso sucedió y la profecía se cumplió, todo lo que contenía la ciudad no valió nada. Ni poco, ni mucho. En ese momento ya no valieron nada ni los bienes inmuebles, ni las escrituras de posesión, ni los contratos, ni los alquileres, ni los préstamos. En los próximos años, el mundo entero se va a transformar en la Jerusalén apocalíptica de ese año 70, asediada por las legiones de Tito. Oíd mis palabras y actuad sabiamente. Los demás, los no creyentes, creen que todas estas conmociones

de la política internacional se arreglaran en más o en menos años, que es una mala racha, que por mal que se pongan las cosas al final poco a poco todo comenzará a ir mejor, y que el orden se recompondrá. Pero no. Nosotros sabemos que no. Ya ha comenzado la cuenta atrás. Nada podrá detener el avance inexorable y terrible de las predicciones bíblicas.

No obstante, quisiera acabar este sermón, pronunciado en medio de estas circunstancias tan dolorosas, con una sincera invitación a la esperanza. Recordad que los oscuros pronósticos del texto sagrado acaban con la profecía del triunfo absoluto del Cordero degollado. Degollado, sí, pero al final victorioso. En medio de las tribulaciones que han de venir recordad que *si Dios con nosotros, quién contra nosotros*. Sabemos de quién nos hemos fiado. Amen, amén. Ven, Señor Jesús. Que su Nombre sea siempre alabado.

Neumophagus endocephalus



Todos los seres vivientes tienen las mismas
necesidades básicas:

respirar, digerir, evacuar desechos...

No importa que sean grandes vivientes de varias
toneladas

o ínfimos como un hongo de levadura.

La abeja tiene cinco corazones, la garganta de pulpo se
halla en medio de su cerebro, la estrella de mar ni
siquiera tiene cerebro.

Mis manos han creado todo tipo de
formas biológicas. Órganos, batracios,
cadenas de ADN... he manipulado, clonado e
hibridado. Desde que las manos del primer
alfarero en el amanecer de la Humanidad
amasaron el primer adobe, hasta mis manos
enguantadas en látex que *amasan* el magma
vital, han transcurrido más de un millón de
años. Un millón de años han pasado con toda
su lentitud, lentitud de generaciones que
aburridas charlaban alrededor de una hoguera.

Pero nuestras manos no son
precisamente adobes de barro no cocido lo
que modelan. Mi última creación ha sido el
Neumophagus endocephalus. Ya estaba harto
de diseñar células madre para las
investigaciones de esta universidad. Quería
experimentar la sensación de hacer algo
nuevo. Aunque mi forma de vida nunca saldrá
de las probetas del laboratorio de la sección
de biología de la Universidad de Hoi-mei de
Pekín. Esta forma zoológica que esboqué sobre
el papel una aburrida tarde de verano, tiene la
forma de un crustáceo. Pero es mucho más
que eso. No voy a extenderme acerca de sus
turbelarios rodeando sus ganglios, ¡ganglios
cerebroides!, no. No sólo no voy a
extenderme en explicar eso, sino que ni
siquiera voy a comenzar. Nunca he dado una

conferencia, siempre he sido la mente que
trabaja en la oscuridad, he dejado la fama, la
vida social, las recepciones académicas, para
otros.

Ahora que desde la ventana del piso
trescientos, la planta de nuestros laboratorios,
diviso en la lejanía, como truenos, el
resplandor de las grandes explosiones de esta
guerra con Asia que no acaba, me imagino
que nuestro final no está lejos, el final de
nuestra civilización.

Si queda alguien en medio de este
mundo radioactivo, no creará lo que han visto
nuestros ojos, los ojos de sus antecesores que
seremos nosotros. En nuestros laboratorios
hemos sido dueños y amos de la vida. La vida
era arcilla en nuestras manos. Fuimos dioses
wagnerianos. Para ellos, nuestros
descendientes, seremos oscuros e
incomprensibles moradores del Olimpo. ¿Qué
les diría a nuestros sucesores, a nuestra
progenie, que retrocederá a la edad primitiva?
No sé, les diría:

He visto cosas que vosotros no
creeríais. La bioquímica atravesó las puertas
tanhauserianas. He visto la luz de nuestra
razón brillar en medio de la oscuridad. Todos
esos momentos, todas las bibliotecas, todos
los archivos inacabables, se perderán en el
tiempo, como lágrimas en la lluvia.... para
esta civilización es hora de morir.

La propuesta 37



15 de octubre del año 2198.

En la pantalla del conductor de la aeronave del senador Ullendorf, se encendió una pequeña indicación amarilla, estaban penetrando en el sector 4 del Foro. La nave penetró en un pasillo aéreo restringido. Ante los ojos del relajado pero atento conductor, los rascacielos de ocho grandes multinacionales se elevaban hasta tocar las nubes. Esas ocho megaestructuras escalaban los cielos, mostrando a la Urbe y al mundo el poderío de las corporaciones que los habían erigido. Aquel grupo de edificios que como un grupo de picachos se elevaban en medio del bosque de rascacielos, eran todo un monumento a sí mismos.

Sobre la chapa reluciente de la aeronave senatorial se reflejaban los costados de sedes de los bancos y empresas que encajonaban ese pasillo aéreo. El alargado vehículo de color negro reluciente, era silencioso, parecía planear. Era natural esa impresión de majestad en un vehículo de una serie tan limitada como los Caprinia R-VIII, costaban una fortuna y eso se notaba.

El vehículo se dirigió directamente hacia la Torre Clermont-Ganneu. Varias luces intermitentes señalaban la entrada hexagonal a los puertos de atraque del edificio a la altura del piso 200. Los cinco trenes de aterrizaje se abrieron y la nave se posó justo en el puesto B-25. Hacia allí ya se dirigían tres personas para recibirle. En el asiento de atrás, Ullendorf se recogió los pliegues de su blanquísima toga y se levantó de su asiento.

Los tres que le esperaban al pie de la

puerta, no pudieron menos de admirar la belleza de la blanca y la amplitud de la toga.

-Senador, es un placer –le saludó Alexei Dimitriv dándole la mano. Ullendorf apretó la mano de aquel hombre de unos cincuenta años, con una especie de perilla recortada, sonrisa agresiva y pelo ensortijado teñido de negro.

El senador y Alexei se encaminaron por un bonito pasillo alfombrado hacia su despacho. El anfitrión les dijo a los dos hombres que les acompañaban, que les dejaran, que el camino al despacho lo harían solos.

-Ha sido todo un detalle, senador, que fuera usted el que viniera aquí. Yo me hubiera desplazado con el mayor de los gustos.

-Ya le dije que me caía de paso venir. Tengo que ir a la comisión de comercio del Senado.

El pasillo por el que caminaban era el que conectaba la zona de atraque de aeronaves con los pasillos del consejo de administración de la Corporación Barex. La calidad de los cuadros situados a los lados, así como cuatro grandes y costosísimos jarrones chinos, mostraban que se trataba de una zona reservada a los altos directivos de la multinacional. Bonitas fuentes de mármol manaban agua en los cruces de los pasillos. El senador comentó:

-Hace dos semanas, al acabar una reunión, el emperador me dijo: te llamaré un tal Alexei Dimitriv, escúchale. Por eso, cuando mi secretaria me dijo que usted me había pedido que nos viéramos, le indiqué que le diera hora sin pedir más explicaciones.

-Muchas gracias. Le dije a su secretaria que me reservase una hora. No me llevará más de cincuenta minutos explicarle de qué se trata. Por favor, adelante.

El anfitrión invitó a Ullendorf a que

pasara a su despacho. El despacho era sobrio, pero se notaba en su amplitud y en los pequeños detalles, que la Barex movía miles de billones de euros al año. Alexei era un hombre nervioso, y tenía un rostro vulgar y poco agraciado, pero el senador sabía que su fortuna no sólo se limitaba al 9% de la multinacional, sino que tenía participaciones en otras muchas filiales de otras corporaciones.

La puerta del despacho se cerró con un agradable chasquido metálico. Alexei le ofreció algo de beber al invitado, pero éste no quiso nada. Así que tras ciertas amabilidades, los dos hombres se sentaron frente a frente en unos comodísimos sillones de cuero negro. Unos sillones de formas redondas, eran como dos grandes bolas, blandas y de un tacto muy agradable. Una pequeña mesita, muy baja, con una jarra de cristal con agua y dos copas de cristal tallado, estaban entre los dos interlocutores.

A veinte metros de ellos una panorámica de ese sector 4 del Foro. Alexei tocó un botón y el cristal se oscureció un poco en su parte superior. Era como si un líquido menos trasparente se derramara por el interior del cristal. Una secretaria de pelo muy negro y brillante, recogido en un moño, tras comprobar que todo estaba en orden y que su jefe no le pedía nada, salió por otra puerta más pequeña y la cerró.

-Pues usted dirá –dijo el senador cómodamente asentado en su sillón.

Alexei empleó cuatro minutos en divagar acerca de lo voluble que es la Ley, que si lo que en una época estaba prohibido, después todo el mundo lo hacía, que si en épocas pasadas se quemaba a la gente por tal o cual cosa. Ullendorf notaba que aquello era un prólogo, pero que no entraban en materia. Se limitó a asentir. Alexei, por fin, se notó que iba a entrar en materia:

-Senador... no sé cómo empezar. Un grupo de hombres, digamos... muy poderosos, vamos a crear una fundación, una asociación sin fines lucrativos cuyo fin va a ser cambiar la mentalidad de la población, para que... sin prisa, dentro de dos, cuatro, o siete años, se apruebe una legislación que permita la creación de, digamos, casas especializadas con niños que se puedan usar en... cómo lo llamaría... funciones sexuales.

El senador quedó primero sorprendido, por un segundo apareció en sus ojos el brillo del horror. Quizá no era el horror ante lo propuesto, sino a las consecuencias que eso tendría para su carrera política. Alexei percibió esa reacción. La esperaba, pero le produjo un evidente incomodo. Ante todo deseaba que el senador no se asustara. El millonario se inclinó, apoyó los codos sobre las rodillas, entrelazó las manos junto a su boca. Estudió el rostro de su interlocutor: el senador había encajado el golpe de la propuesta, estaba sereno, en silencio y le escuchaba. Alexei prosiguió:

-Senador, dado que este mercado existe en países pobres, dado que se está usando a los niños para esto, lo que se propone es racionalizar esta realidad.

-La opinión pública nos va acusar de proponer algo descabellado.

-Estimado senador, cuando escuche mi propuesta, no le va a parecer tan descabellada.

El senador meneó la cabeza, sabía lo que era convencer a la opinión pública. Nada era imposible, pero algunas cosas eran arduas. Ésta lo era en extremo. Alexei continuó:

-Ahora se usa a los niños en países del Tercer Mundo, y esos niños tienen que convivir toda su vida con esos traumas. Es un sufrimiento que acarrear toda la vida. Lo que se va a proponer es aprobar una legislación, que permita engendrar in vitro a niños para ser usados en estas funciones, pero que no

tengan que vivir el resto de sus vidas con todos esos traumas auestas. Es decir, serán usados para esto, pero sin cargar con esos traumas toda una vida. Se hará lo mismo que ya se hace, pero eliminando la parte negativa.

-Que ese mercado existe en los bajos fondos de tantos países, es algo que nuestra legislación no puede evitar. Que sería deseable que no existan las consecuencias psicológicas de esas... funciones sexuales, está claro. Pero cuando dice que no tendrán que vivir el resto de sus vidas con esos traumas, se me escapa qué solución es la que han encontrado.

-Señor Ullendorf, demos una vida feliz a esos niños durante un tiempo, y después librémosles de la carga psicológica adquirida con el uso que se ha hecho de ellos.

-¿Se refiere a... darles de baja?

-No se me ocurre qué otra posibilidad puede existir.

-Si esto se lleva a cabo, mucho me temo que tendrán que seguir llevando esta carga durante los años que duren sus vidas. La opinión pública no va a aceptarlo de ningún modo.

-Señor, Ullendorf, estamos hablando de que con una legislación así, evitaríamos los abusos y violaciones que ahora se producen. Son decenas de miles los delitos que se cometen con niños en todo el continente. El sistema que se propone, permitiría atender a esos niños. El mal del que hablamos existirá, lo permita o no lo permita la Ley. Con este sistema, los niños al menos serían tratados psicológicamente, recibirían fármacos que les ofrecieran una continua sensación de euforia y satisfacción. Y, finalmente, se les daría de baja para que no tuvieran que cargar con esos traumas. Al fin y al cabo, las drogas tienen sus límites. En el fondo, lo que se le propone a la sociedad es una racionalización.

-Ya, ya, pero estamos hablando de niños. Y eso la gente no lo va a aceptar. La opinión pública es muy sensible con todo lo que tenga que ver con niños.

Alexei observó que el senador rebatía sus argumentos con fría serenidad, sin falsos escándalos farisaicos. Así que el millonario prosiguió:

-Nos estamos refiriendo a niños fecundados in vitro, clonados e implantados en madres de alquiler. No estamos hablando de niños que nacen y crecen en sus familias en sus casas unifamiliares en un bonito prado de Suiza rodeadas de ovejitas. Estamos hablando de laboratorios y de las empresas de la maternidad de alquiler. Empresas legales, que cotizan en bolsa y que ya ahora echan al mundo millones de seres humanos cada año.

-Le entiendo perfectamente. Pero los grandes periódicos le trataran a usted de monstruo.

-No, yo no apareceré para nada. De todo se encargará la Fundación Randolph-Xing. Ninguno de los hombres poderosos que pondrán los millones, aparecerán jamás. Nosotros pondremos el dinero y moveremos las influencias. Otros, profesionales, darán la cara.

-Aun así, todos dirán que el que dé la cara es un monstruo.

-Y nosotros diremos que ellos, en realidad, son los monstruos. Que los que se oponen prefieren que decenas de miles de niños lleven esa lacra sobre sus psicologías. ¿Y todo por qué? Por un fosilizado concepto de que esto no se puede hacer. ¿Quién ha dicho que no se puede hacer? ¿Dónde está escrito?

-Responderán que en la ley.

-Pues de eso se trata: vamos a cambiar la ley. Donde ahora la ley dice que no se puede hacer, se dirá que se puede hacer.

-¿Y cómo piensa conseguirlo?

-Lo que hay que conseguir es invertir los términos de la disputa. Hay que convencer a la opinión de que los inmorales son los que no quieren que esos niños existan. Que lo que la Fundación propone no es un mal, sino un mal menor. Hay que evitar el sufrimiento de por vida a tantos niños, ése tiene que ser nuestro lema. Es cierto que hay que darles de baja, pero mejor es vivir unos años felices, aunque sea drogados, que no que todo se haga fuera de la Ley.

-¿Pero cómo va a lograr que vivan felices realizando esos servicios?

-El secreto está en la edad. Si son eliminados antes de los seis o siete años, no se darán cuenta de nada.

El senador se quedó pensativo. Después comentó:

-Usted sabe que si la ley se aprueba, con los años la edad se irá elevando.

-Hemos contemplado esa posibilidad. Bueno, estamos seguros de que eso es lo que al final sucederá. Creemos que, en otros veinte o treinta años después que la ley esté funcionando, la sociedad permitirá no darles de baja antes de los quince o dieciséis años. Será algo indoloro, limpio, no se darán cuenta. Habremos logrado el mito de vivir una vida de juventud sin la carga de la vejez, del trabajo, del esfuerzo. Para esos niños y jóvenes la existencia será simplemente ocio. Sólo tendrán que preocuparse del ahora. Jugar, no trabajar, no tener que preocuparse de nada.

-La legislación tendrá que disponer que no puedan salir de esas casas.

-Evidentemente. Esos grupos de niños –continuó Alexei que lo tenía todo estudiado– se mantendrán siempre dentro del recinto de la casa. Esa burbuja humana sólo será posible mantenerla de este modo. Controlando lo que ven y lo que escuchan en todo momento. No

hará falta que aprendan a leer. Si estuvieran sueltos en la sociedad, verían que otros tienen otra vida, y de allí nacería la infelicidad, y los intentos de fuga. Estos niños no conocerán otra cosa que el pequeño entorno que les prepararemos.

-Pero si, al final, viven hasta los dieciséis años, no va a ser tan sencillo mantenerlos felices.

-Sí, senador, sí. Van a ser muy felices. Van a ser los niños más felices del mundo. Se les inyectará 30 miligramos diarios de hexadrocaina. Van a vivir entre nubes. Si alguno necesita ser calmado, la química se encargará de ello. Que alguno llora mucho, le aseguro que dos días después saltará lleno de euforia. Y si con algún caso nada sirve, siempre se le puede dar de baja.

-Pero un uso diario de estos niños, ¿es posible psicológicamente hablando?

-No solamente diario, se les usará varias horas al día. Probablemente unas seis. Los niños no se dan cuenta de nada. Para ellos esto será tan normal como estudiar, leer o comer. Acabado su trabajo, podrán correr y jugar. No necesitarán perder tiempo entre libros y lecciones.

-Económicamente hablando, estos niños van a ser un filón de oro. Además, hay clientes que estarán dispuestos a pagar mucho por estos servicios.

-No sabe hasta qué punto algunos están dispuestos a pagar por esto. Ahora tienen que hacer viajes de miles de kilómetros. Y siempre con miedo. Y metiéndose en tugurios, en barrios, espantosos.

-Sí, esta industria va a dar muchos, pero que muchos beneficios.

-Pero no lo hacemos por el dinero. Lo hacemos por los niños. No queremos que sufran. Ahora hay sufrimiento por ambas partes, la del cliente y la del niño.

Racionalizándolo todo se convertiría esto en una industria en la que nadie sufriría.

El senador sin querer cerró un poco los ojos y comentó de un modo un poco sibilino:

-Me ha dicho que hay gente importante detrás...

Alexei se sonrió. Después dijo:

-Empresarios muy importantes.

-Ajá.

-Incluso tres miembros de la Familia Imperial.

-Vaya.

-Todas estas personas no quieren acabar en la cárcel. Fueron todos estos los que en una cena tras una cacería en los bosques húngaros cercanos a Veszprém, decidieron crear la Fundación.

-¿Cuándo será una realidad esa fundación?

-Ya existe. No ha salido a la luz todavía. Pero créame que ya está trabajando. Tenemos muchos informes acerca de cómo organizar las cosas para cambiar la opinión de una sociedad.

-¿Y cuál sería mi función en todo esto?

-Tómese el tiempo que precise para meditar este proyecto. Lo único que necesitamos de usted es que proponga el debate en el Senado. Lo único que tiene que hacer es proponer la discusión, sólo eso. Ni siquiera tiene que estar a favor. Usted simplemente diga que es algo sobre lo que es conveniente pensar y debatir, pero que ya no se puede seguir mirando a otro lado. No se preocupe, usted propondrá el debate sólo cuando nosotros ya hayamos lanzado el tema en los medios de comunicación intensivamente durante un mes. Sólo entonces se propondrá el debate. Si el tema se debate en el Senado, adquirirá un aura de respetabilidad. La gente ya no se lo tomará como una locura, sino como algo realizable.

Además... otros tres senadores le van a apoyar.

-¿Oh, sí?

-Sí, pero queremos que sea alguien con su prestigio el que ponga el tema sobre la mesa. Si lo pone otro, quedará desprestigiado desde el principio.

El senador se dio cuenta de que el tema iba muy en serio. No en vano, había sido el mismo emperador el que le había agarrado amigablemente del codo y le había pedido con una sonrisa misteriosa que escuchara a Alexei.

-Dentro de un mes –prosiguió el millonario-, le llamará Samantha Papandreus. Escúchela. Más gente como usted va a actuar como si fueran reacciones espontáneas. Todo parecerá muy espontáneo, pero debemos actuar de forma coordinada, cada uno en el momento exacto. Tiene que parecer que esto es un clamor popular.

Alexei se sirvió un poco de agua y le preguntó a Ullendorf si quería un poco. Después Alexei sonrió con esa sonrisa maliciosa típica en él, y dijo:

-Senador, ¿recuerda cuando salvé a su hijo de la cárcel? Usted me dijo que estaba en deuda conmigo. Ahora le pido esto. ¿Contamos con usted, senador?

Ullendorf dejó la copa, se echó hacia atrás en su sillón, se relajó y dijo:

-Tranquilo. Haré mi parte.

-Sabemos de su experiencia.

-Haré mi parte como un profesional, haré mi trabajo bien.

Alexei estaba satisfecho. No era sólo su experiencia, ni su prestigio, sino todos sus contactos en el mundo de la política, y no sólo en ese mundo. El millonario prosiguió más tranquilo:

-Como le he dicho le llamará Samantha Papandreus. No tenemos prisa, pero queremos empezar ya dentro de un mes a

mover las cosas en la opinión pública. La CBRN sacará un largo reportaje sobre el tema. De forma que si todo va bien, en enero esto sea presentado ante el Senado. Queremos que ésta sea la propuesta 37 de ese mes. Justo entre la propuesta sobre las subvenciones agrícolas, y la propuesta sobre la reforma de la ley de asignación de obras públicas.

-Lo tienen todo muy bien estudiado.

-Créame, va a ser una obra de relojería. Parecerá todo muy espontáneo, pero hay mucho tiempo detrás. Tiempo y dinero. No se cambia la opinión de la sociedad así como así.

-Pero no creo que logren la mayoría de la Cámara.

-Por supuesto que no. Eso lo damos por supuesto, senador. La propuesta 37 no va a ser aprobada en este año, ni en el próximo. Nos conformamos con que el debate comience ya. Eso es todo. Ésta va a ser una carrera de fondo. Los objetivos no empezarán a materializarse hasta dentro de dos o tres años.

-Desde luego una vez que el debate se implante en la sociedad, ya no habrá forma de sacarlo.

-Exacto.

Alexei estaba satisfecho. Ya todo estaba dicho y la conversación discurrió por los senderos de asuntos ya menores. El senador, en un momento dado, dijo:

-Hay una cosa que me intriga.

-Dígame.

-¿Por qué no plantean usar para estas funciones sexuales a niños beta?

Los beta eran los niños fecundados in vitro, implantados en una madre de alquiler, que eran usados para extraerles los órganos para trasplantes. Tras el parto de estos niños, se les llevaba a un ala del hospital donde con una inyección se les inutilizaba el cerebro (en

algunos países, se les extraía quirúrgicamente) y se dejaba que siguieran creciendo tumbados sobre camillas. Conectados a goteros, iban creciendo. De ellos se extraía todo. Desde sangre para transfusiones, córneas para trasplantes oculares, y finalmente, de una sola vez (o a veces paulatinamente) todos los órganos que se necesitasen.

La ley sobre los seres humanos beta ya había sido aprobada hacía muchos decenios. Constituía un floreciente negocio y no provocaba recelos morales. Los beta no tenían actividad cerebral y yacían en sus camillas, silenciosos, sedados, sin moverse, sin abrir los ojos. Salvan muchas vidas, decía la gente. Las secciones de los beta en los hospitales eran conocidas por todos, aunque cerradas y alejadas de la vista de todos. En la jerga hospitalaria, dar de baja a uno de estos seres humanos vegetales (así se les llamaba) suponía que ya no había nada más que extraerle y que se podía por tanto desconectarle.

Existía toda una legislación creada ex profeso sobre los beta, cuando esta industria arrancó cuarenta años antes. En algunos países, sin embargo, la interrupción irreversible de la vida cerebral debía hacerse no después de la vigésimo primera semana de gestación. Eso suponía una operación muy desagradable para inmovilizar al feto dentro del seno materno, e introducirle una aguja para inyectarle la sustancia que produjese ese efecto.

Ese tipo de fariseísmos legales trataban de evitar los efectos jurídicos que tenía el nacimiento para muchas legislaciones. En la República Europea, hacía mucho que habían prescindido de todo tipo de enrevesamiento legal, permitiendo las cosas con claridad y sin escrúpulos.

-Verá, senador, podríamos usar a los beta... son un cuerpo vivo, sí. Pero los clientes no quieren hacerlo con un maniquí dotado de vida. Quieren tener el morbo de tener un niño auténtico. Para lo otro ya habríamos creado robots. Pero no es lo mismo. El ser humano, un ser humano auténtico, es algo distinto. Así que lo mismo que ahora la legislación distingue entre los alfa y los beta, tendrá que añadir una tercera categoría: los gamma.

Los alfa (serán los ciudadanos normales), los beta (los seres humanos vegetales), y los gamma. Dotados estos últimos de conocimiento (a diferencia de los beta), pero con un tiempo de vida limitado.

-Se debe poner, al principio, una edad límite muy baja.

-Por supuesto. Creo que los seis años será lo más conveniente. La iremos subiendo poco a poco.

-No debería ir nunca más allá de los dieciocho años. Si no provocará problemas legales. Espero que los niños estén muy drogados, no me gustaría que sufriesen.

-Estarán en las nubes, se lo aseguro. Podemos drogarlos tanto cuanto sea necesario. Total, su salud futura no es un elemento a tener en cuenta.

-Sí, que no sufran.

-Nos encargaremos de ello. Los clientes quieren niños alegres. Ojalá que dentro de quince años pueda ver esto con mis propios ojos, aquí. Sí, hay que empezar a trabajar ya.

Alexei entornó los ojos. Se imaginaba caminando por esas granjas humanas. Veía a los clientes paseándose entre niños de seis años, como un comprador entre polluelos, que extiende su dedo y dice: éste.

El senador, sin embargo, se fijaba en todas las implicaciones económicas del proyecto, las inversiones, los beneficios que

reportaría la creación de una empresa transnacional dedicada a este tipo de servicios.

-¿Se da cuenta, senador, del dinero que pueden llegar a pagar muchos posibles clientes que, dadas todas las enfermedades contagiosas que padecen no pueden ahora hacerlo con nadie, con estos niños sería posible.

-¿Ni siquiera pueden pagar esos servicios en lugares del Tercer Mundo?

-Oh, los hay con enfermedades que los han transformado en cadáveres andantes. Otros tienen su piel completamente cubierta de eccemas, de dermatitis supurantes. Esa gente estará dispuesta a pagar mucho.

-Sí, el campo del negocio y sus variantes es muy amplio. A veces no es tanto la cantidad de servicios que se podrá ofrecer, como el dinero que algunos pagaran por algunos de estos servicios.

Alexei se inclinó hacia delante y lanzó una mirada de alegría maliciosa a su interlocutor. El senador quedó intrigado, pero el millonario no decía nada.

-Vamos, dígame lo que le está pasando ahora por la mente –le dijo el senador.

Pero Alexei se limitó a mover la cabeza.

-Venga, estamos juntos en este barco.

El millonario excitado se levantó de su sillón, dio un par de pasos y volviéndose a Ollendorf, le dijo:

-Gustav, permíteme que te llame así, ¿sabes lo que algunos estarían dispuestos a pagar por servicios especiales?

Recalcó mucho las dos últimas palabras. El senador no sabía a qué se estaba refiriendo. Pero notó que la sonrisa del millonario brillaba de un modo peculiar, como el de un niño al que se le pone delante de una bandeja de pasteles.

-Gustav, Gustav... ¿cuánto crees que

pueden llegar a pagar algunos por satisfacer sus impulsos sádicos?

-Una fortuna –musitó Ollendorf echándose hacia atrás en su sillón.

-Habrá clientes que querrán rajar a esos niños con un cuchillo. Es triste ese final, pero al menos ese niño habrá existido durante un tiempo. Habrá existido y habrá sido feliz. Será sólo una hora de sufrimiento, por una vida de dicha. No es mal intercambio. Habrá millonarios que pagaran fortunas porque se les deje a solas con un cuchillo y un niño. Al acabar, se limpia la sangre, y otro cliente y otro niño pueden entrar. Esto va a ser una máquina de hacer dinero. No dudes de que algunos, como si de una adicción se tratara, van a gastar una cuarta, una tercera parte, de sus patrimonios en satisfacer estos caprichos.

-Esta industria tendrá que estar muchos decenios en marcha, para que algo así sea digerible.

-Lo sé, lo sé. Pero una vez que se admita a esta industria, habrá que eliminar a los niños. El modo en que se los elimine ya es una cuestión menor.

-Ciertamente, en los hospitales, los médicos se encarnizan mucho más, y durante años, con algunos por salvarles la vida – asintió el senador.

-Exacto, debemos emplear ese argumento.

-Es cierto, que la última hora de la vida, puede ser de pesadilla –dijo el senador pensando para sí mismo en voz alta-. Pero será sólo una hora frente a años de feliz infancia. Si queremos ser compasivos con ese niño, y no permitimos esta industria, el niño no nacerá. En ese caso, la compasión sólo nos sirve para quedarnos tranquilos. Pero aquí la compasión es crueldad. Tienes razón, hay que ver las cosas desde un punto de vista fríamente racional.

-Cuánto me alegro de que comiences a

ver que la verdad está de nuestro lado.

-Pero no quiero ni imaginarme lo que un cliente puede llegar a hacer durante una hora entera a una de esas criaturas. Con un cuchillo, o con otro instrumento.

-Tranquilo, se les puede sedar.

-¿Y si el cliente busca precisamente que su víctima sea plenamente consciente?

-Gustav, la gente ha padecido durante milenios espantosos cólicos de riñón, años enteros, o dolores en sus muelas, y tantas y tantas otras cosas, y nadie ha dicho: es mejor no traer niños al mundo, porque la vejez puede ser peor que una tortura infligida por la peor de las bestias. Y esas enfermedades, por ejemplo la lepra, duraban años. No, no veo la inmoralidad de este asunto.

El senador miró su reloj:

-Debo marcharme. La comisión de comercio me espera. Empieza a las once, pero debo llegar media hora antes.

Los dos hombres se levantaron.

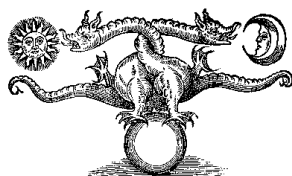
-Tenemos mucho trabajo por delante – dijo el senador recogiendo los pliegues de su toga para un extremo no tocara la copa con agua que había dejado antes sobre la mesita.

El Libro Noveno es una de las diez novelas que componen la Decalogía sobre el Apocalipsis. *Cyclus Apocalypticus* fue la primera de las diez obras en ser escrita. La Decalogía describe los acontecimientos de la generación que habrá de vivir las plagas bíblicas del fin del mundo.

Cada una de las novelas de la Decalogía (o Saga del Apocalipsis) es independiente. Cada una explica una historia completa que no requiere de la lectura de las anteriores. Fueron construidas esas historias como novelas que tienen sentido por sí mismas y que pueden ser leídas en cualquier orden.

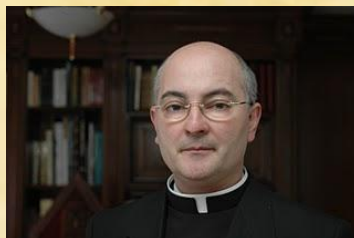
Cada novela de la Saga describe el Apocalipsis visto desde la perspectiva desde un ángulo distinto, desde un personaje diverso o desde otra situación. Todas estas historias que componen la Decalogía fueron comenzadas a escribir en 1998 por el sacerdote J.A. Fortea cuando era párroco de un pequeño pueblo entre las provincias de Toledo, Cuenca y Madrid. Y ninguna de las obras fue publicada hasta que fueron acabadas las diez. La primera en ser publicada fue *Cyclus Apocalypticus* en el año 2004. En ese año, las diez novelas estaban ya escritas. Si bien en los años siguientes sufrirían un constante proceso de revisión y ampliación.

Cada novela de la Decalogía no debe ser leída como la continuación de la anterior novela, sino como una novela independiente. Sólo al leer las diez novelas se tiene una idea clara de los hechos que las conectan entre sí. Muchos han preguntado al autor qué orden debería ser el más adecuado para leer la Decalogía. Siempre ha dicho que cualquier orden es válido. Aunque él aconseja leer primero: *Cyclus Apocalypticus*, después *Historia de la II secesión* y en último lugar el *Libro Noveno* y el *Libro Décimo* ya que estos dos últimos libros que concluyen la saga están compuestos de retazos, imágenes y pequeñas crónicas de toda esta época.





www.fortea.ws



José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en demonología.



Cursó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. Se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (Madrid). En 1998 defendió su tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*, dirigida por el secretario de la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española.



Actualmente vive en Roma, donde realiza su doctorado en Teología, dedicado a su tesis sobre el tema de los problemas teológico-eclesiológicos de la práctica del exorcismo.



Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, la posesión y el exorcismo. Su obra abarca otros campos de la Teología, así como la Historia y la literatura. Sus títulos han sido publicados en cinco lenguas y más de nueve países.



www.fortea.ws